



# La furia de Morales



Centro Nacional  
de Memoria Histórica

# La furia de Morales

Gesta del movimiento campesino por una  
reforma agraria democrática: semblanza  
histórica de la Asociación Nacional de Usuarios  
Campesinos (ANUC)



Centro Nacional  
de Memoria Histórica

# La furia de Morales

Gesta del movimiento campesino  
por una reforma agraria  
democrática: semblanza histórica de  
la Asociación Nacional de Usuarios  
Campesinos (ANUC)

Alejandro Enrique Suárez Meza  
**Investigación y contenidos**

Ismael Amaya  
Arellys Barbosa  
José Ángel Bohórquez  
Catalina Pérez

**Participantes de la iniciativa**

Álvaro Villarraga Sarmiento  
**Edición general**

Silvana Daniela Mancipe Pardo  
Juliana Rodríguez Naranjo  
Delany Sthepanie Rojas Alvarado  
**Apoyo a la edición de contenido**

**CENTRO NACIONAL DE MEMORIA  
HISTÓRICA**

María Gaitán Valencia  
**Dirección General**

Luis Carlos Sánchez Díaz  
Luz Ángela Castro Ñungo (e)  
(mar. 2025)  
Álvaro Villarraga Sarmiento  
(2024 - feb. 2025)  
**Dirección Técnica para la  
Construcción de la Memoria  
Histórica (DCMH)**

Camilo Andrés Garcés Vanegas  
**Líder de la Estrategia de Apoyo a  
Iniciativas de Memoria Histórica  
(EIMH)**

Yuri Andrea Leal Cabra (2025)  
**Apoyo a la supervisión EIMH**

Luisa Fernanda Cueto Hernández  
(mar. - dic. 2025)  
Juliana Rodríguez Naranjo  
(jun. - dic. 2024)  
Leidy Catherine Lara Guerrero  
(abr. - may. 2024)

**Acompañamiento a la iniciativa  
de memoria histórica**

Delany Sthepanie Rojas Alvarado  
(feb. - may. 2024)  
**Practicante EIMH**

Ana María Trujillo Currea  
Yenny Parra Zuluaga  
**Apoyo en la revisión técnica  
(DCMH)**

Sandra Milena Ramírez Martínez  
**Apoyo en la gestión editorial  
(DCMH)**

Daniel Fernando Polanía Castro  
**Profesional especializado de la  
Estrategia de Comunicaciones**

Linda Carolina Rodríguez  
**Edición**

Linda Carolina Chipatecua  
**Ilustración, diseño y  
diagramación**

Bibiana Alarcón Guerrero  
Liz Catherine Castro  
**Corrección de estilo**

Número de páginas: 380  
Formato: 14 cm x 21 cm  
ISBN impreso: 978-628-7792-41-8  
ISBN digital: 978-628-7792-42-5

**Imprenta Nacional de Colombia**  
Impreso en Colombia - Printed in  
Colombia.

Queda hecho el depósito legal  
© Centro Nacional de Memoria  
Histórica  
Carrera 7 n.º 32-42, pisos 30 y 31  
Bogotá, D. C., Colombia  
PBX: (601) 7965060  
comunicaciones@cnmh.gov.co  
www.centrodememoriahistorica.gov.co

#### **Cómo citar:**

Suárez Meza, A. E. (2025). *La furia de Morales. Gesta del movimiento campesino por una reforma agraria democrática: semblanza histórica de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC)*. CNMH.

Primera edición: diciembre de 2025

Esta publicación es el resultado del apoyo a una de las iniciativas de memoria histórica (IHM) del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) y su Estrategia de Iniciativas de Memoria Histórica, en la vigencia 2020-2024. Los contenidos presentados son responsabilidad de Alejandro Enrique Suárez Meza, por lo tanto, no reflejan necesariamente las opiniones del CNMH.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica.



Centro Nacional de Memoria Histórica.

La furia de Morales : gesta del movimiento campesino por una reforma agraria democrática. Semblanza histórica de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) / investigación y contenidos Alejandro Enrique Suárez Meza ; participantes de la iniciativa Ismael Amaya, Arelis Barbosa, José Ángel Bohórquez, Catalina Pérez ; edición Álvaro Villarraga Sarmiento ; ilustración, diseño y diagramación Linda Carolina Chipatecua. -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2025.

380 páginas : ilustraciones.

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN impreso: 978-628-7792-41-8

ISBN digital: 978-628-7792-42-5

1. Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) 2. Movimientos campesinos – Colombia 3. Reforma agraria – Colombia 4. Conflicto armado - Colombia 5. Violencia política 6. Violación a los derechos humanos I. Suárez Meza, Alejandro Enrique, investigador y autor II. Amaya, Ismael, participante III. Barbosa, Arelis, participante IV. Bohórquez, José Ángel, participante V. Pérez, Catalina, participante VI. Villarraga Sarmiento, Álvaro, editor VII. Chipatecua, Linda Carolina, ilustradora y diseñadora VIII. Centro Nacional de Memoria Histórica.

IX. Título.

CDD: 305.56

CO-BoCMH



*En memoria:*

*De quienes forjaron la inmensa movilización campesina de la ANUC en  
demanda de acceso a la tierra.*

*De quienes, en esta lucha, fueron asesinados o sufrieron graves agresiones  
por su compromiso con esta causa.*

*De quienes, con inmenso liderazgo, fueron guías incansables a cambio de  
nada distinto al beneficio del campesinado popular: Luis Miguel Vergara,  
Iván Salgado, Carlos Prada, Marleny Bides y Julia Suárez, entre otras y  
otros.*

Oigan, les cuento esta historia  
que sucedió allá en la hacienda de Leticia  
donde quemaron vivo un compañero  
y para este crimen ni siquiera hubo justicia.

Primero, con un lazo, lo colgaron  
para sacarle una declaración  
cuatro agentes y un civil lo quemaron  
porque el compañero puso duro el corazón.

Él tenía que hacerlo porque era muy inocente  
en ningún momento acusó a sus compañeros  
y, por eso, lo quemaron los agentes.

Terrateniente y compañía han desatado una violencia sin cuartel  
hace poco, en la vereda de Arroyón, asesinaron al compañero Ismael Bertel  
el feroz policía y el carabinero, junto con el DAS, son la mano negra  
asesinan a inocentes campesinos y, después de muertos, los acusan de  
cuatrosos.

Compañeros, compañeras, yo con esta me despido  
no sin antes hacerles recordar  
que esta banda de bandidos y asesinos  
entre todos la tenemos que acabar<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Este texto corresponde a una canción que, según cuenta Catalina Pérez, la compusieron ella junto con otras compañeras y compañeros en una de las tantas caminatas que realizaron por las tierras que defendían. Se inspira en «una historia triste de cuando mataron al compañero Ismael Bertel» (IMH-CNMH, Catalina Pérez, Bogotá, D. C., 5 de septiembre de 2024).



# Contenido

Presentación	17
Introducción	29
<b>1. Historia olvidada</b>	<b>53</b>
1.1. El canto alegre del sinsonte	53
1.2. Contextualización histórica de las sabanas del Gran Bolívar	54
1.3. La gran hacienda y la lucha campesina por la tierra	68
1.4. Impactos de la guerra: presencia de guerrillas y de paramilitares	76
1.5. «Nos juntamos y éramos muchos», la alfabetización concientizadora	88
1.6. La distorsión de la historia y la persecución del movimiento	96
<b>2. Cambio de élite y de paradigma</b>	<b>99</b>
2.1. La ANUC se divide: Línea Sincelejo y Línea Armenia	99
2.2. Las mujeres en la lucha campesina	101
2.3. El compromiso del Gobierno y la fuerza pública fue la violencia contra el campesinado	107
<b>3. Los guayacanes y la furia de Morales</b>	<b>113</b>
3.1. Tras la tormenta, a la tumba de monte: ¡Ya tenemos tierra!	113
3.2. Los viejos rememoran a nuestros ancestros zenú y la herencia del radicalismo liberal	118
3.3. Con la familia establecidos en Los Palmitos	122
3.4. Llega un tsunami en apoyo a la lucha agraria: asesores, activistas, estudiantes	125
3.5. Mi vinculación al sindicalismo, al liderazgo social y a procesos de formación	128
3.6. La vereda El Recreo se convirtió en un punto de ebullición política y social	137
3.7. La pérdida de mi madre me lleva a la búsqueda de nuevos soportes de vida	141

<b>4. El nido del macuá</b>	<b>147</b>
4.1. El liderazgo de Luis Miguel Vergara, la politización del campesinado y la llegada de miles de mujeres y hombres jóvenes comprometidos con el ideal revolucionario	147
4.2. El paro regional de trabajadores y cultivadores de tabaco: surge el Sindicato Regional de la Industria del Tabaco	154
4.3. Se fortalecen las organizaciones sociales populares en demanda de derechos, logros y dificultades	158
4.4. El PCC-ML y sus actos políticos de masas: su vanguardismo y sectarismo lo fraccionaron, afectando la unidad campesina	161
<b>5. El papel de la ANUC</b>	<b>169</b>
5.1. Surgimiento e implantación de la ANUC: el campesinado respondió con una fuerza inusitada	169
5.2. Las tomas de tierra fueron una rebelión: presupuestos conceptuales y metodológicos de la acción de la ANUC	175
5.3. La costosa y dolorosa ruptura de la ANUC en medio de la disputa sectaria entre sus distintas vertientes político-sociales	179
5.4. Mi retiro del liderazgo en la ANUC: reflexión crítica en medio de otras dinámicas sociales y bajo la persecución estatal	187
<b>6. La danza del pasarroyo</b>	<b>195</b>
6.1. La Iglesia tiene mandamientos y las organizaciones de izquierda, estatutos y estrictos procedimientos de militancia	195
6.2. Crisis del proyecto de guerra revolucionaria, desarticulación de la ANUC y búsquedas ante la ahora lejana utopía: el retorno de la mayoría del activismo	201

<b>7. El renacer de la utopía</b>	<b>211</b>
7.1. Balance del proceso político-social vivido, aprendizajes deambulando por varias regiones y el regreso a Los Palmitos	211
7.2. Débil arraigo y limitada actuación de las guerrillas en el Caribe	220
7.3. Mi incursión en las comunicaciones: periódico <i>El Común</i> del movimiento político Pan y Libertad, persiste la represión oficial violenta	221
<b>8. El retorno a las raíces</b>	<b>229</b>
8.1. De nuevo en Los Palmitos: la ANUC reducida a pocos activistas, sus bases en buen grado retornan al liberalismo, y la vieja dirigencia queda nostálgica y reprimida	229
8.2. Valiosos apoyos ante mi reacción frente a los señalamientos y ataques que me hicieron la Policía y las FF. MM.	232
8.3. Con el movimiento político ¡A Luchar!: desplazado con la familia a Bogotá, pero sin perder la impronta caribeña	243
<b>9. La pesadilla sin fin</b>	<b>249</b>
9.1. A la crisis del socialismo se agregó la «guerra sucia» contra la izquierda: frecuentes entierros de liderazgos políticos, sociales, miembros de corporaciones públicas y mandatarios locales	249
9.2. ¡A Luchar! alienta la movilización popular contra el régimen, pero colapsa ante la persecución oficial y la presión del ELN contra su despliegue autónomo	252
<b>10. El salto del golfo</b>	<b>265</b>
10.1. Aceptación de responsabilidad en la dirección regional de ¡A Luchar!: con cuestionamientos a la izquierda y al propio proyecto	265

10.2.	Reflexiones en consulta con voces autorizadas: ¿tiene la izquierda vocación de poder?, ¿estamos en guerra?, ¿qué misión cumplimos?, ¿se asumen ideales éticos en la militancia y las guerrillas?	270
10.3.	En contacto con la estructura urbana de la UC-ELN en Barranquilla	285
10.4.	El cura Hoyos: el fenómeno político del Movimiento Ciudadano bajo su liderazgo	287
<b>11.</b>	<b>El águila cuello blanco</b>	<b>295</b>
11.1.	En ruptura con el ELN creamos la CRS: intensa discusión entre innovar la estrategia de guerra o asumir un proceso de paz (la decisión adoptada)	295
11.2.	Golpe del Ejército y los organismos de seguridad contra el equipo de ¡A Luchar! en Bogotá. Los funcionarios discutieron: «Nos dijeron que eran guerrilleros...», «no son hermanitas de la caridad...», «pero no están armados y son solo activistas políticos...»	309
<b>12.</b>	<b>Las voces perdidas</b>	<b>317</b>
12.1.	Recuerdos de algunos que se fueron y nos dejaron los sueños de lo revolucionario, la fundamentación ética de la vida y la grandeza humana	317
<b>13.</b>	<b>El jariquirí del carao</b>	<b>325</b>
13.1.	Apuntes sobre impactos políticos, socioeconómicos y del conflicto, y las persistentes luchas sociales	325
<b>14.</b>	<b>El norte en llamas</b>	<b>337</b>
14.1.	De la gesta de la ANUC: «Todos unidos bajo una sola bandera: ¡la tierra!», al dramático impacto de la arbitrariedad y el conflicto	337
14.2.	De nuevo en la plaza pública: en Sincelejo con el campesinado frente al expresidente Santos	434

14.3. En la concentración campesina de Barranquilla: propuesta de alianzas estratégicas entre la oferta gubernamental y el campesinado	344
14.4. Pensando propuestas hacia una política agraria viable	351

Referencias	363
Entrevistas	367
Anexo 1. Mandato campesino	369
Anexo 2. Plataforma ideológica de la ANUC	371
Anexo 3. Voces y rostros de la lucha campesina	375

# Siglas y acrónimos

**ANUC:** Asociación Nacional de Usuarios Campesinos

**ANUC-UR:** Asociación Nacional de Usuarios Campesinos - Unidad y Reconstrucción

**CRS:** Corriente de Renovación Socialista

**Incodor:** Instituto Colombiano de Desarrollo Rural

**Incora:** Instituto Colombiano de la Reforma Agraria

**La liga ML:** hace referencia a una rama o fracción de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia (ANUC) que adoptó una perspectiva marxista-leninista en sus luchas y reivindicaciones

**MLM:** Marxista Leninista Maoísta

**MIR-ML:** Movimiento de Izquierda Revolucionaria Marxista Leninista

**MUR-ML:** Movimiento de Unidad Revolucionaria Marxista Leninista

**ORP:** Organización Revolucionaria del Pueblo

**PCC-ML:** Partido Comunista de Colombia - Marxista Leninista

**PRT:** Partido Revolucionario de los Trabajadores

**PLA Campesino:** se refiere principalmente a los territorios campesinos agroalimentarios (Tecam) y al plan nacional para apoyar y consolidar la generación de ingresos de la economía campesina, familiar y comunitaria (ECFC)

**UC-ELN:** Unión Camilista - Ejército de Liberación Nacional

**ZRC:** zonas de reserva campesina

# Hitos históricos del conflicto agrario en Colombia

**1961:** creación del Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (Incora) para distribuir tierras a los campesinos.

**1967:** fundación de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC).

**1970-1980:** promesas de reforma agraria rural integral por parte del Estado, sin cumplimiento efectivo.

**21 de febrero de 1970:** tomas campesinas de haciendas en el Caribe colombiano como acto de resistencia.

**1991:** nueva Constitución colombiana que reconoce los derechos de los pueblos indígenas y afrodescendientes sobre la tierra.

**1997:** creación de las zonas de reserva campesina (ZRC) como mecanismo de protección territorial para las comunidades rurales.

**2016:** acuerdo de paz de La Habana, donde la reforma agraria es un punto clave en las negociaciones.



# Presentación

El Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), mediante la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras (Ley 1448 de 2011), tiene el deber legal y la misión de contribuir a la sociedad, y a las víctimas en especial, por medio de la promoción y acompañamiento a los procesos de reconstrucción de la memoria y la facilitación de contribuciones en favor del esclarecimiento de la verdad sobre lo sucedido en el marco del conflicto armado interno, y la masiva y grave crisis en materia de derechos humanos y derecho internacional humanitario que ha afectado a amplios sectores de la población desde hace varias décadas hasta el presente.

Para dar cumplimiento a esta misión, el CNMH cuenta con la Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH), instancia responsable de desarrollar investigaciones orientadas tanto a la reconstrucción de memorias colectivas como al esclarecimiento de los hechos victimizantes. Esta labor incluye la atención a fallos y exhortos judiciales, así como la ejecución de acciones en el marco de programas de reparación colectiva y otras medidas orientadas a la garantía de los derechos a la verdad, la justicia y la no repetición.

Una de las principales líneas de acción de la DCMH es la implementación de la Estrategia de Iniciativas de Memoria Histórica (EIMH), a través de la cual se brinda acompañamiento técnico anual a iniciativas propuestas por comunidades locales, y sectores sociales y poblacionales de todo el país. Este acompañamiento busca fortalecer las capacidades del colectivo proponente, consolidar metodologías participativas y concertadas, y facilitar la difusión de los resultados mediante múltiples lenguajes expresivos que favorezcan su apropiación social y contribuyan al diálogo sobre el pasado reciente.

En el marco de esta estrategia, en 2024 fue seleccionada, entre cuarenta iniciativas, la propuesta «Visión distinta del conflicto que vivió y vive el departamento de Sucre», presentada por un líder histórico de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), en articulación con otros referentes del movimiento que tuvieron una destacada trayectoria durante las décadas de 1970 y 1980. Su propósito, según lo expresado por sus impulsores, es recuperar las memorias del movimiento campesino caribeño con epicentro en Sucre, narrar las conflictividades experimentadas, visibilizar los graves niveles de victimización sufridos y socializar sus hallazgos a través de la publicación del libro *La furia de Morales. Gesta del movimiento campesino por una reforma agraria democrática: semblanza histórica de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC)*.

Entonces, este libro se trata de una obra que conjuga el estilo literario con la narración histórica, nutrida de testimonios que rescatan vivencias individuales y colectivas de líderes y lideresas campesinas, en el marco de la lucha por el acceso a la tierra y a las posibilidades de reivindicación social que dieron lugar a la fundación y desarrollo de las acciones de la ANUC. En esa medida, los permanentes análisis de contexto y reflexiones dan cuenta de la fuerte resistencia de la élite de poder económico y político, reacia a aceptar las exigencias de derechos por parte de los campesinos y de los trabajadores agrarios de las plantaciones tabacaleras de la zona.

Por otra parte, los hitos establecidos destacan las movilizaciones campesinas, y de trabajadores agrarios y populares, así como las memorias de sus resistencias, y el impacto del conflicto armado y de sus actores, al igual que las graves formas de persecución y violencia estatal y gubernamental desatadas contra los protagonistas de estas luchas. De manera paralela, la propuesta rinde homenaje a los hombres y mujeres que entregaron su vida en esta gesta, resalta la defensa del territorio como eje fundamental de su accionar colectivo y reafirma la vigencia de la demanda campesina al Estado por la implementación efectiva de una

reforma agraria democrática, más allá de los limitados avances alcanzados durante las décadas de 1970 y 1980.

En primer lugar, el contenido de este libro documenta el surgimiento de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) en 1967, como una respuesta organizada frente a las condiciones estructurales de desigualdad social y a la histórica exclusión del campesinado en el acceso a la tierra. De acuerdo con esto, el texto da cuenta de la masiva movilización campesina, principalmente en el departamento de Sucre, así como en Córdoba, Bolívar y otros territorios de la región Caribe, que permitió la parcelación de haciendas y la adjudicación de tierras a familias campesinas.

Asimismo, se registran experiencias de conformación de empresas comunitarias, el gran paro de trabajadores tabacaleros en exigencia de pagos justos por su producción y las articulaciones solidarias con el movimiento indígena en defensa de sus resguardos y planes de vida propios. Sin embargo, también se recuerda cómo estas posibilidades de avance hacia la reforma agraria tuvieron un freno gubernamental con el llamado Pacto de Chicoral que impuso el gobierno del expresidente Misael Pastrana, en alianza con los terratenientes y las élites económicas y políticas del país y la región.

Prosigue la narración con el dramático escenario de la represión estatal directa por parte de las fuerzas militares, con apoyo del paramilitarismo, y la arbitrariedad policial y judicial desatada contra los liderazgos de la ANUC y contra quienes participaban en los procesos de organización campesina, dinámicas pedagógicas y jornadas de lucha. En medio de este difícil contexto, se aborda la dimensión humana de esta lucha, que cobra vida a través de pasajes de historias personales de líderes y lideresas campesinas, cuyas experiencias ilustran no solo sus motivaciones y sacrificios, sino también las características de las comunidades, su idiosincrasia caribeña, y sus entornos familiares y veredales, así como las formas de vida y socialización local.

Aquí se reconoce el papel destacado de las mujeres campesinas, quienes, a pesar de enfrentar barreras de género significativas, desempeñaron un rol crucial en la organización, la resistencia y la búsqueda de las alternativas asumidas por el movimiento campesino.

El libro entonces comienza con una introducción que permite captar su línea de tiempo, además de las fases históricas, y los principales hitos sociales y problemáticas políticas de la narración abordada. Posteriormente, cuenta con catorce capítulos que, por lo regular, inician con una oda literaria a la naturaleza, al paisaje, a las aves y a otros animales emblemáticos de la región, para establecer un paralelismo entre sus formas de ser y expresarse con las de las comunidades humanas campesinas que se comunican en sus entornos. A renglón seguido, fluyen las narraciones que, en primera voz y en voces concurrentes y colectivas que, en ocasiones, rememoran y reconstruyen diálogos, entregan valiosas informaciones, consideraciones y reflexiones en cada uno de los pasajes y escenarios tratados. Así, las dinámicas históricas, políticas y sociales se enmarcan desde el ambiente y el sentido del Caribe colombiano, y desde la peculiaridad de sus comunidades campesinas.

El capítulo primero, «Historia olvidada», destaca la importancia de preservar la memoria cultural de la región Caribe. En esa medida, aborda, a manera de antecedentes históricos, desde la conquista española hasta la actualidad, la resistencia histórica de campesinos, indígenas, afrodescendientes y mujeres, quienes han enfrentado despojos de tierras, represión y violencia de los terratenientes, el narcotráfico, la fuerza pública y el paramilitarismo.

El capítulo segundo, «Cambio de élite y de paradigma», narra la historia de la ANUC y la inmensa movilización campesina gestada en demanda de la reforma agraria en un contexto de creciente represión política y social. De manera especial, se reconocen los liderazgos y colectivos sociopolíticos emergidos del seno de

la ANUC, que denotan la influencia de vertientes comunistas, socialistas y revolucionarias en auge durante aquella época en el país y a nivel global, dejando en claro la construcción del *Mandato campesino*. De igual manera, se analizan críticamente las tensiones y enfrentamientos internos que llevaron a la progresiva ruptura tanto entre las vertientes político-sociales al interior del movimiento campesino como en la propia estructura nacional y regional de la ANUC.

El capítulo tercero, «Los guayacanes y la furia de Morales», describe la resiliencia y las capacidades de resistencia de la comunidad campesina caribeña tras el huracán denominado «la furia de Morales» en 1967, figura simbolizada en el guayacán como representación de esperanza y resistencia. Aquí se aborda la lucha por la tierra, la «toma de haciendas improductivas», las empresas comunitarias, los esfuerzos cooperativos, la solidaridad comunitaria y el liderazgo de una juventud local comprometida con los procesos formativos implementados, y con el activismo social y político. Además, se hace reconocimiento especial a la llegada de decenas de asesores, activistas políticos y sociales, y juventud universitaria, quienes se vuelcan en la región en apoyo a la causa campesina, como aliento a la aspiración de cambio revolucionario que se hacía palpable en aquellos años, en ámbitos populares de esta y otras regiones del país.

El capítulo cuarto, «El nido del macuá», detalla la lucha campesina en los Montes de María, destacando el liderazgo de Luis Miguel Vergara y el simbolismo del pájaro macuá como representación del amor y los ideales. Es así como la interacción entre el campesinado y los sectores de la juventud urbana, movilizadas en la región, evidencia, por un lado, la fuerza de la lucha social orientada al cambio estructural y, por otro, las profundas frustraciones derivadas de la persistencia de formas de exclusión, explotación, y pobreza estructural, así como de las severas limitaciones en el acceso efectivo a la tierra. Asimismo, se pone de manifiesto la falta de apoyo institucional sostenido a iniciativas de emprendimiento agropecuario lideradas por estas poblaciones.

El capítulo quinto, «El papel de la ANUC», explora la historia y la importancia de esta organización campesina, que fue motor de la movilización en busca de justicia agraria, y cuyo impacto cultural y político en la costa Caribe es destacable.

El capítulo sexto, «La danza del pasarroyo», analiza las dinámicas internas de los movimientos de izquierda en Colombia con presencia en la región e influencia en el movimiento campesino, abordando consideraciones críticas con relación a la ética, el sectarismo y las contradicciones que llevaron a su fragmentación y debilitamiento. Al respecto, se hacen reveladoras referencias al influjo directo de la izquierda en los movimientos sociales del ámbito popular en la región.

El capítulo séptimo, «El renacer de la utopía», narra las experiencias de un líder campesino en el contexto de la lucha social y política en el país, y sus similitudes con casos en el ámbito de América Latina, al reflejar momentos de esperanza y las tensiones emocionales del activismo.

«El retorno a las raíces», título del capítulo octavo, narra la experiencia de un activista campesino que, tras haber sido desplazado forzosamente, regresa a su comunidad. El texto explora las emociones ligadas a la nostalgia por el territorio, los cambios políticos que se produjeron durante su ausencia y las transformaciones culturales que marcaron su retorno. De igual manera, también se abordan las condiciones personales y familiares derivadas de la violencia, las amenazas, la persecución estatal y el desarraigo que lo obligaron a migrar.

El capítulo noveno, «La pesadilla sin fin», examina los movimientos sociales progresistas y las dificultades para organizarse frente a la violencia paramilitar que, con participación y complacencia estatal, incursionó progresivamente en la región contra el campesinado, y frente al clientelismo tradicional, como actuación comprometida con la defensa del *statu quo* y el cierre de las transformaciones progresistas demandadas.

El capítulo décimo, «El salto del golfo», reflexiona sobre la cultura política y los retos sociales en el Caribe, con un enfoque en las luchas por los derechos humanos y el impacto del dominio político regresivo y elitista de los poderes tradicionales, opuesto a las demandas campesinas.

El capítulo undécimo, «El águila cuello blanco», presenta una crítica a la insurgencia colombiana, explorando en la desconexión que se denotaba entre los ideales guerrilleros y las necesidades sociales reales de las poblaciones locales.

El capítulo duodécimo, «Las voces perdidas», rinde homenaje a quienes sacrificaron sus vidas en busca de un futuro más justo, resaltando lecciones sobre ética y memoria histórica, y constituyéndose en una fuerte denuncia frente a la violencia extrema con responsabilidad estatal y frente a la estrategia paramilitar contra el campesinado que demandaba sus derechos.

El capítulo decimotercero, «El jariquirí del carao», analiza los conflictos territoriales en la región de La Mojana y el impacto de la violencia armada, el narcotráfico y el despojo de tierras en este territorio. Finalmente, el capítulo decimocuarto, «El norte en llamas», aborda las luchas campesinas desde la década de 1970, reflexionando sobre la memoria histórica y la resistencia cultural frente a la violencia y el despojo.

De tal forma, este libro se presenta como una herramienta de reflexión sobre la complejidad de los movimientos sociales y las tensiones políticas que continúan moldeando el Caribe colombiano. Su narrativa combina historia, cultura y crítica social, ofreciendo un testimonio poderoso de lucha que deja razones y sentimientos de esperanza, al tiempo que se recuperan pasajes históricos cercanos a la búsqueda de la reunificación de la ANUC y la retoma por parte de su dirigencia de plataformas y consignas hacia la reforma y el mejoramiento de las condiciones de vida del campesinado desde un marco de actualidad.

El autor de este libro, Alejandro Suárez, plasma a través de los textos los recuerdos de los hechos intensos y dramáticos aquí descritos: son sus memorias, pero, como él mismo lo afirma, son también y ante todo las memorias colectivas de ese tejido social militante que luchó por cambios revolucionarios para el país desde el campesinado y desde los pobladores locales. En esa vía, Suárez rescata el perfil y el sentido de lucha política, social y poblacional que se erigió desde una región alimentada por las necesidades sociales, pero también por la utopía de la transformación y el cambio institucional y social revolucionario, por el que se empeñaron, entonces, las generaciones comprometidas con el protagonismo de los movimientos referidos.

A su decir, fueron días y noches largas no solo de rememoración, reflexión e inspiración, sino de intensa emoción y de gran dolor ante el recuerdo de la violenta agresión sufrida ante todo desde el mismo Estado, de forma que muchos y muchas que lucharon con él hombro a hombro en aquellos años se vieron afectados; en ese sentido, Suárez llega a afirmar con énfasis: «Eso fue un verdadero genocidio». Junto con su voz, mediante entrevistas, intercambios, talleres y notas recuperadas, fluyen otras valiosas voces de la histórica dirigencia campesina de la ANUC en los relatos: José Ángel Bohórquez, Ismael Amaya, Catalina Pérez y Arelis Barbosa Bettin.

Alejandro Suárez ha sido líder campesino, militante revolucionario, firmante de un acuerdo de paz y cuadro político, forjado a través de múltiples experiencias que se evidencian en el relato: «A veces, se extrañaban en la misma dirigencia de la ANUC porque era el que tomaba notas y prestaba apoyo, con frecuencia, en la elaboración de documentos, lo que me fue formando en la escritura».

Es así como reconoce que fue marcado por la lectura de textos, documentos y folletos escritos por Orlando Fals Borda y su valioso equipo que acompañó al movimiento campesino. De igual manera, en la narración, alude a obras leídas de Gabriel García

Márquez como *El amor en los tiempos del cólera*, *Del amor y otros demonios* y *Cien años de soledad*; además, reconoce el peso que tuvieron en sus años de militancia política documentos como *Línea de masas* (PCC-ML, 1975b) y *el Lanzamiento de la campaña de bolchevización* (PCC-ML, 1975a). Por último, en el despliegue de su acción, fueron centrales los documentos sobre política agraria, referentes de la ANUC Línea Sincelejo, como el *Mandato campesino* (anexo 1) y la *Plataforma ideológica* (anexo 2).

Sin embargo, para Alejandro Suárez, el recordar ha sido difícil por la carencia de la documentación y de la biblioteca que lo llegó a acompañar décadas atrás. Esto, porque, en una historia muy repetida entre las militancias políticas y sociales del ámbito popular y revolucionario, suceden este mismo tipo de episodios. Cuenta Alejandro que, en un allanamiento del Ejército a su casa en Los Palmitos, en 1986, le fue decomisada la biblioteca, sus documentos, libretas y notas de trabajo, sin que existieran garantías de seguridad para atreverse a intentar gestiones para recuperarlos, a lo que se suma que, al sufrir capturas por parte de la policía, al igual que sucedía con otros líderes campesinos, de inmediato sus familias procedían a quemar y desaparecer todos los libros y documentos que tenían, ante el temor de que estos materiales fueran decomisados y utilizados judicialmente en su contra.

El CNMH entrega con especial reconocimiento el resultado de la iniciativa de memoria histórica plasmada en esta publicación, que tendrá acciones de divulgación. En esa medida, felicita al autor y a las demás voces que confluieron en este ejercicio de reconstrucción de la memoria histórica colectiva del movimiento campesino del Caribe colombiano y destaca el valor de este texto como parte de las memorias sociales y políticas en el marco del conflicto y como medida de satisfacción ante las víctimas del movimiento campesino, social y político referido.

De igual manera, es necesario resaltar que este esfuerzo se suma al de otro histórico líder campesino de la ANUC: Jesús Pérez,

cuya historia de vida fue publicada por el Grupo de Memoria Histórica (GMH) —antecedente del CNMH—, en 2010, bajo el título *Luchas campesinas y reforma agraria. Memorias de un dirigente de la ANUC en la costa Caribe* (Pérez, 2010). Por último, cabe destacar que estas narraciones también aportan de manera destacada a los varios informes de memoria histórica y de contribución al esclarecimiento de la verdad sobre el movimiento campesino y sus luchas por la reforma agraria en la región Caribe, publicados inicialmente por el GMH y luego por el CNMH<sup>2</sup>.

## Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica Centro Nacional de Memoria Histórica

---

2 *La tierra en disputa. Memorias del despojo y resistencias campesinas en la costa Caribe, 1960-2010* (GMH-CNMH, 2010); *Mujeres y guerra. Víctimas y resistentes en el Caribe colombiano* (GMH-CNMH, 2011); *Mujeres que hacen historia. Tierra, cuerpo y política en el Caribe colombiano* (GMH-CNMH, 2011); *La política de reforma agraria y tierras en Colombia. Esbozo de una memoria institucional* (CNMH, 2013); *Tierras y conflictos rurales. Historia, políticas agrarias y protagonistas* (CNMH, 2016); *La maldita tierra. Guerrilla, paramilitares, mineras y conflicto armado en el departamento del Cesar* (CNMH, 2016); *Campesinos de tierra y agua. Conclusiones generales del trabajo de investigación* (CNMH, 2017); serie de textos con informes departamentales o subregionales del movimiento campesino en: *Campesinos de tierra y agua: Córdoba, Sucre, Mojana sucreña y bolivarense, Atlántico, Magdalena, La Guajira, Cesar* (CNMH, 2017); *Documento metodológico sobre la formulación y el desarrollo de procesos de memoria locales con participación de comunidad. Aportes desde la experiencia de la Alta Montaña del Carmen de Bolívar* (CNMH, 2018); *Un bosque de memoria viva, desde la Alta Montaña de El Carmen de Bolívar* (CNMH, 2018).





ORV  
CCION

# Introducción

Soy Alejandro Enrique Suárez Mesa, nacido el 14 de marzo de 1944 en el municipio de Los Palmitos, departamento de Sucre; fui cofundador de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia (ANUC). Escribo este libro en el cual rememoro hechos, reflexiono y converso con otras voces sobre situaciones históricas que se proyectan hasta el presente, con el deseo de destacar la vida de personas luchadoras por la justicia social; es un compromiso para que perduren en la memoria las experiencias de quienes han aportado y desean continuar haciéndolo con una senda emancipadora. En estas páginas, mis vivencias se entrelazan con la lucha campesina, con el conflicto armado y sus impactos, y con la historia política, económica y social que forjó al departamento de Sucre. De manera especial, se destaca a la gente que busca sobrevivir en nuestra tierra, conseguir una solución a sus problemas y evitar el desarraigo.

Les ofrezco entonces estas historias que van y vienen, y que, tal vez, se repiten, pero aludiendo a otras circunstancias y contextos, de manera que en su esencia contienen una manifestación viva de que la lucha del campesinado sigue vigente y continuará abriendo caminos de resiliencia, de resistencia, de propuestas de cambio, de alternativas de soluciones y de esperanza.

El movimiento campesino estuvo orientado hacia el logro de la reforma rural social, la producción de alimentos y el dar sentido a la vida del campesinado. Abrazamos la democracia, con un enfoque radical; nos enfrentamos a las élites, construimos una muralla contra lo ilícito, luchamos por la autonomía de la organización campesina y fuimos un factor de poder. Queríamos un campesinado amigable con la ciencia, la tecnología y la innovación; también éramos amigos de la equidad de género, de la cultura indígena y de la defensa del medioambiente.

La actuación de las dirigencias y las organizaciones campesinas siempre estuvo enmarcada dentro de la legalidad, sin recurrir a prácticas ilícitas como el secuestro, el tráfico de drogas o la violencia contra adversarios políticos. Estas organizaciones se caracterizaron por la defensa de demandas colectivas legítimas, asumidas e impulsadas con determinación y compromiso, aunque en muchas ocasiones fueron injustamente tratadas y señaladas.

Al adoptar el reto de transformar la vida campesina y la realidad social e institucional del departamento de Sucre, me forjé como dirigente campesino, así como se forjaron muchas y muchos más también, desde los distintos lugares de esta región. Hemos tenido la fortaleza de conocer nuestra realidad y nuestra idiosincrasia, y de asumir los procesos requeridos en beneficio de la población campesina. También reconocimos lo alejados que estábamos del pensamiento ilustrado, progresista y democrático, y de los procesos institucionales, legales y técnicos que se necesitaban, de forma que fuimos avanzando con urgencia al respecto.

Aunque existía un sentimiento de solidaridad con nuestros ideales, también se nos criticaba por nuestra falta de comprensión de la psicología y la cultura urbana, así como por nuestro discurso radical y ortodoxo, que nos desconectaba de la necesidad de conocer e intercambiar con otros procesos sociales y con las realidades urbanas e institucionales a nivel local, regional y nacional.

Las sabanas del departamento de Sucre fueron objeto de intervenciones diversas desde la misma condición humana y sus dispositivos de poder. La primera intervención fue el reordenamiento social que los españoles impusieron al cabildo indígena Finzenúes, con sede en Corozal, ya que desarticularon violentamente el cabildo y crearon 42 pueblos en la subregión los Montes de María y en la subregión de las sabanas. La segunda intervención fue la que produjo la conversión de las sabanas en un territorio cuyos habitantes fueron reducidos a la condición de siervos sin tierra, cuyos cuerpos y almas pertenecían al «blanco español» o a sus descendientes.

La tercera fue el engaño, cuando llegamos a tocar las nubes, llenos de ilusiones, sueños y esperanzas, al ser declarado este departamento el piloto para la organización y desarrollo de la reforma agraria entre finales de los años sesenta y comienzos de los setenta. Los pájaros cantaban en bandada, los árboles florecían y las bandas de músicos entonaban *Los sabanales*. El campesinado se movilizó y logró acceder a una parte de las tierras, pero de manera general no se logró y, luego, se truncó el proceso de reforma agraria con el llamado Pacto de Chicoral<sup>3</sup>, que la frenó y convirtió a Sucre en un laboratorio de guerras.

Cuando eso, al referido entusiasmo lo sucedió la angustia comunitaria. Las ciento veinte empresas comunitarias conformadas (especies de cooperativas) fueron sometidas a un bloqueo económico para castigar a la ANUC, que rechazó la intención del sistema financiero de hipotecar nuestras tierras y tomar la propiedad de los bienes adquiridos con créditos; se pretendía convertir al campesinado en asalariados de la banca. En un golpe de mano, las 122 400 hectáreas que habíamos conquistado con sudor, sangre y vida serían tomadas por el sistema financiero —afirmación que se respalda con uno de los testimonios narrados en el informe *Campesinos de tierra y agua: memorias sobre sujeto colectivo, trayectoria organizativa, daño y expectativas de reparación colectiva en la región Caribe 1960-2015. Campesinado en el departamento de Sucre* (2017), en donde se relaciona a las políticas financieras como uno de los factores que debilitaron a algunas de las empresas comunitarias—.

«[...] entonces, claro, los campesinos que habían hecho créditos en la Caja Agraria para la producción de algodón quebraron y es cuando vienen los embargos con la Caja Agraria, por eso yo decía que los primeros despojos que se dieron aquí fue la Caja

---

3 En 1972, el gobierno del entonces presidente Misael Pastrana suscribió el llamado Pacto de Chicoral con liderazgos de los partidos Liberal y Conservador, con terratenientes y con funcionarios del tema agrario, para suspender los compromisos con la reforma agraria en beneficio del campesinado y adoptar una política agraria de estímulo a proyectos de industrialización y comercialización de propietarios agrícolas.

Agraria, porque comenzó a rematar a los campesinos que no pudieron pagar los créditos que tenían en la Caja Agraria».

De tal forma que otra de las batallas de los líderes y líderesas campesinas de la ANUC fue en defensa de los campesinos endeudados por los créditos adquiridos con el Banco Ganadero y la Caja Agraria; cuando «en la Campaña Campesina encontramos que más de 1000 campesinos pequeños y medianos propietarios campesinos con 15-20 hectáreas que habían hecho créditos en la Caja Agraria y estaban endeudados y estaban siendo llamados para hipotecarle, embargarle las tierras, esa fue otra gran batalla que dimos porque nosotros nos opusimos a que la Caja Agraria le quitara las tierras al campesino». (CNMH, 2017, p. 65)

Esto se conjugó con otra variable, la de abrir expedientes por parte de los organismos de inteligencia y seguridad estatal contra todos los dirigentes y activistas de la ANUC. Pasamos de ser constructores de democracia y generadores de riqueza a ser considerados delincuentes, guerrilleros, corruptos y vividores; nos pretendieron convertir en la escoria de la sociedad.

A la vez, se sucedió una tercera variable que consistió en fomentar la división de las empresas comunitarias, promoviendo el beneficio del «yo» individual frente al «nosotros» colectivo. Se puede agregar como cuarta variable, asimismo, las afectaciones que tuvimos por la angustia socioemocional causada, que no cesó ante el largo proceso de despojo de tierras, de bienes y de desplazamiento forzado sufrido durante las décadas recientes hasta el presente por el campesinado y buena parte de la población de esta región.

Este es el contexto que propició el debilitamiento y las rupturas en la columna vertebral de la ANUC. Sobre estos graves impactos

sufridos por el campesinado, la prensa nacional, en ocasiones, hizo alguna referencia. Así, en 2011, el diario *El Tiempo* informó sobre reportes oficiales de Prosperidad Social y la Fiscalía General de la Nación donde Sucre figuraba con 91 352 hectáreas despojadas y 4380 víctimas (El Tiempo, 2011, p. 4).

El despojo violento y abandono forzado fueron consumados entonces desde los gobiernos sucesivos de Misael Pastrana —responsable del Pacto de Chicoral—, Alfonso López, Julio César Turbay, Virgilio Barco y otros más recientes, que tienen responsabilidades o fueron complacientes ante el ataque sistemático contra hombres y mujeres, y sus familias, que confiaron en promesas no cumplidas de cambio y de retoma de la reforma agraria.

Ahora bien, el presente ejercicio de reconstrucción de la memoria histórica colectiva de este movimiento social parte de hechos de finales de los años 60 e inicios de los 70, precisamente cuando el gobierno de Carlos Lleras Restrepo expidió la Ley 135 de 1961 sobre reforma agraria, se creó la ANUC y se empezó a gestar la movilización campesina tras esta expectativa. Anticipo entonces en esta introducción, de forma muy resumida, la alusión a algunos hechos referidos con mayor amplitud en los siguientes capítulos del libro, para dar una idea de los procesos que fueron convirtiéndose en hitos y referentes, y que proyectaron impactos o dinámicas con repercusión hasta el presente.

Cuando el expresidente Carlos Lleras Restrepo intentó poner en marcha la paquidérmica Incora, hizo posible la creación de la ANUC y el apoyo en la formación de miles de sus liderazgos de hombres y mujeres; esa fue la estructura de aquella fuerte organización social. Así, debe recordarse que en febrero de 1970 despuntó en Sucre una romería del campesinado en demanda del acceso a la tierra: «¡La tierra es para el que la trabaja!» fue la consigna.

Es de reconocer que también actuaban a favor de esta posibilidad asesores y funcionarios de entidades gubernamentales de

tierras, y que pronto llegó la solidaridad de numerosos jóvenes profesionales, estudiantes e integrantes de distintas organizaciones sociales. Sin dificultad, brotaban como abejas en el panal los visitantes que experimentaron un raudo viaje a la región; sentían que, con el proceso que se gestaba, los inundaba una dicha nunca antes conocida. En esa época, yo tenía treinta años, gozaba de un buen grado de libertad, pero aquello fue como una puerta batiente sin cerrojo, con expectativas de transitar hacia un mundo ideal donde el goce de la libertad y la autonomía eran posibles y realizables.

En aquellos turbulentos años setenta, la fiebre de la transformación democrática de la propiedad rural con apoyo de la organización campesina ANUC se extendió; a la vez, se sentía que esta situación se relacionaba con el ambiente revolucionario de aquella época en el país, en Latinoamérica y el Caribe, y en todo el mundo. Nos llegaba el eco del ícono de la revolución cubana Ernesto «Che» Guevara, a quien se atribuyó la famosa frase: «¡Una sola chispa puede prender la pradera!».

Entonces, también fue en un mes de febrero de aquellos años cuando viajó una pareja de ancianos enamorados en un barco surcando las aguas del río Magdalena, llenando de espanto a los ribereños que, atemorizados, veían cómo la nave infectada subía y bajaba, portando una bandera roja, la misma que inspiró a Gabriel García Márquez para darle vida a su novela *El amor en los tiempos del cólera*.

Ambos pasajes, el del Che y el de García Márquez, son testimonios que recorrían el Caribe en medio de ese calor abrumador, enmarcado por las brisas costeras que perturbaban la mirada de aquellos que, a la una de la tarde, desafiaban al sol y se exponían a la infernal brisa, cuyo calor era tan alarmante que los encargados de medir la temperatura apagaban los termómetros para no alarmar a los costeños, que se obligaban a hacer cada vez más livianas y transparentes sus ropas.

Así de sofocante era el ambiente cuando Apolinar Díaz Callejas, el único liberal, no solo doctrinario sino de práctica concreta, nativo de Colosó, en el corazón de los Montes de María, asumió la gobernación del departamento de Sucre; su misión era desen- tramar la atascada reforma agraria, y darle vida y legitimidad a la organización campesina.

En esa efervescencia de agitación, entre oradores, decimeros, cantantes y agitadores, concurrimos en una ocasión a una concentración campesina en la plaza de Los Palmitos. Cuando el ambiente se estaba haciendo insoportable, un sudoroso muchachito de entre quince y dieciséis años se subió a la tarima; no saludó como acostumbraban los campesinos, quienes daban un caluroso saludo a nombre de la vereda. Este joven nos llamó extrañamente «camaradas» y habló de Marx, Lenin, Mao y del retumbar de las metralas del «Che» Guevara. Su discurso giró en torno a la necesidad de emprender una guerra popular.

«¿Quién es ese muchacho que enciende al pueblo?», le pregunté a Andrés Sánchez, un viejo y habilidoso campesino del corregimiento de Hatillo, quien ejercía como vicepresidente de la Asociación de Usuarios Campesinos de Los Palmitos. «¡Juuff, no sabes tú, menos yo!», me respondió. «Pero ¿no eres el más viejo?», le reproché. «Preguntémosle a Tulio, él llegó con la gente de Niza, una vereda del municipio de Betulia, pero con vida social en Los Palmitos».

El inquieto tribuno acababa de llegar de Cartagena con una compañera y dos jóvenes más. «Eso no me importa, quiero saber quién lo trajo y con el respaldo de quién», contesté. «¡Lo trajo el Mono! Pensé que tú sabías». El Mono fue secretario político del Comité Regional Bernardo Ferreira Grandet, estructura que tenía el Partido Comunista de Colombia - Marxista Leninista (PCC-ML) en la región Caribe, así que había que ir a buscar al Mono para preguntar por el incendiario orador.

Supimos que nació en el municipio de Calamar, en el departamento de Bolívar, y que a los doce años perdió el segundo año de bachillerato en Barrancabermeja. «¿Por qué perdiste el año, si eres inteligente?»; precisamente, reconoció que fue porque desde allí se dedicó con fervor al activismo político revolucionario, sin que este fuera un caso excepcional, sino que estaba ocurriendo con cierta frecuencia en la región y en el país y en el continente con la juventud del momento.

Aquel joven era «Enrique Buendía» —su nombre de militancia clandestina—, a quien me unieron desde aquellos años vivencias personales, cotidianas, y de luchas sociales y políticas. Después de uno de esos sancochos campesinos que te dejan adormecido, con ganas de no hacer nada más que indagar las intimidades de otro, me contó que hubo dos jóvenes mujeres con las que salía cuando sus maridos, camioneros, no estaban: «Una noche sentí que me quitaban la pantaloneta, tuve mi primera relación sexual; a partir de aquella noche fui amante de las dos, mi corazón y cerebro quedaron sembrados en las entrepiernas de las dos insatisfechas damas». «¡Te desfloraron y te enamoraste!», le decía, pero la seriedad de Enrique ante esto contrastaba con la risa insostenible que nosotros teníamos.

Yo venía del Liceo Simón Bolívar de Cartagena, donde había terminado el cuarto año de bachillerato, y trabajaba en el Comité de Solidaridad Obrero Popular Anselmo Mendoza. Los activistas con formación política que llegaban de la ciudad tenían la expectativa del paso hacia el frente de guerra; este era el caso de Enrique. Se destacaba su beligerancia, su experiencia en el trabajo obrero, su formación teórica y su apariencia sabanera, que podía mitificarse y borrar las diferencias raciales con los campesinos, todo lo cual lo hacía ideal para el trabajo en el campo.

Más adelante, ya como militantes, logramos organizar una especie de escuela itinerante para enseñar a leer y escribir a los activistas campesinos. Todas las teorías sobre la guerra formaban parte de nuestra formación obligatoria, pero la vida es la que

nos muestra a cada uno sus inclinaciones y fortalezas. Enrique tenía una mente ágil para entender los fenómenos políticos, su capacidad para distorsionar situaciones incómodas era innata y, además, era un buen organizador de comunidades de base, un humanista como pocos.

Sin embargo, su verdadera inclinación eran las armas: fue su propio maestro en el aprendizaje y uso de las armas, tanto artesanales como sofisticadas. Fue estratega, tropero y una conciencia crítica en una sociedad que veía morir todos los sueños antes que cambiar; con él, se fueron sueños, ilusiones, esperanzas y confianzas. Fue una fortaleza ética que ayudó a transformar la cultura de los pueblos y a romper el entramado de relaciones sociales que ya no existían.

Se atrevió a decir: «No regreso a Barranquilla», donde vivían sus padres, cuando muchos decían lo contrario, y a probar caminos diversos sin miedo al juicio de los demás. Formó parte del contingente que conquistó la felicidad y la libertad, y, aunque su vida estuvo regida por una regulación autoimpuesta, jamás estuvo solo, porque siempre hubo una mano tendida para compartirla.

Al igual que él, pagamos un alto precio, enfrentándonos a nuestros miedos, más allá de nuestras fuerzas, pero jamás sentados en el sillón de la cobardía ni esperando coronas inexistentes; éramos dueños de nuestras vidas, la base de nuestra condición humana. Él les mostró el camino de la vida, pero también de la despedida, a muchos compañeros y compañeras que llegaron cargados de ilusiones.

El 4 de julio de 1973 nos despedimos, en el municipio de Santa Verónica, departamento del Atlántico; desde ese día, solo llegaron breves mensajes. El 18 de septiembre siguiente, una de mis hijas se soltó la larga cabellera y me entregó cuatro hojas de papel, envueltas en pequeñas trenzas, que contenían el último informe político de aquel adolescente que vi crecer. Años antes, cuando él tenía 23 años, le dije: «En este baile consigues novia o te la

conseguimos»; seis meses después, la novia estaba embarazada. Juvenal, el cura revolucionario, fue quien los casó. «¡Vamos a casarlo en San Onofre!», dije. Los padrinos: mi esposa, Silvia, y yo.

«¿Cómo se llama el novio?», preguntó Juvenal a la nerviosa novia. Ella respondió, confundida: «¡Yo no sé!». «¿No sabes el nombre del hombre con quien te vas a casar?», preguntó Juvenal, incrédulo. «¡No molestes! Él se llama Carlos Manuel Prada González». «¡Tú me dijiste que era tu hermano!». «¡No friegues, Juvenal! Ponle los anillos y punto. ¡Aaaacc!, la eucaristía ahora se dirige así, no sabía esa». «En Barranquilla, los pavos se venden muy bien», le dijo Enrique a mi esposa. Cargó con su sartén de pavos, los vendió, y compró una cama y un escaparate. Sus dos primeros hijos nacieron en mi casa; solo mis hermanos sabían que no éramos hermanos.

La ANUC fue un proyecto renovador que protagonizó avances en materia de reforma agraria, construyó un sujeto social con proyecciones políticas de inmenso impacto y conformó la más importante organización campesina del país durante décadas, construida desde las veredas, coordinada desde los corregimientos, y con comités municipales y departamentales, con presencia nacional pero inmensa participación, movilización e impacto con sus acciones en el Caribe, pero, ante todo, con epicentro entre Sucre, Bolívar y Córdoba. No obstante, también conoció de derrotas, traiciones, desunión y otras calamidades.

La columna vertebral de esa organización estaba compuesta por mujeres, hombres y personas jóvenes, quienes nunca fueron prisioneros de nada, ni siquiera de sus pensamientos, porque evolucionaban con la velocidad del viento. En esa medida, no siempre les favorecía la suerte, y su carrera estuvo marcada de emoción, incertidumbre y lucha por resultados casi siempre inciertos, pero sobre los cuales el colectivo persistía, defendía y sabía que eran condición para seguir viviendo en mínimas condiciones de dignidad.

Este movimiento campesino luchó en una época turbulenta de intensos conflictos sociales y de muchos órdenes, políticos y armados. En su seno, al igual que en el de otros movimientos reivindicativos del ámbito popular, se expresaban las organizaciones políticas de izquierda con sus paradigmas de cambio en cuanto a equidad, solidaridad «entre los pobres y oprimidos» y confrontación frente al poder estatal y las élites que monopolizaban de manera excluyente el poder a todo nivel. Así mismo, era una izquierda que aún no se unificaba, sino que aparecía como archipiélagos de grupos, enfrascada en debates sobre si era el momento para emprender reformas de beneficio popular y social o si lo era para emprender un levantamiento armado guerrillero o insurreccional.

Por lo tanto, su influencia era ambivalente, puesto que, a la vez que sus vertientes facilitaban importantes contribuciones de formación crítica, conciencia de clase y claridad frente a la adopción de plataformas de conquista de derechos, sus grupos inspiraban divisiones sectarias y discursos dogmáticos cargados de referentes internacionales; además, su acompañamiento a las organizaciones sociales estaba impregnado de intenciones en favor de sus estrategias políticas y también militares, en los casos en que favorecían la lucha armada, lo cual no siempre coincidía con los intereses de las organizaciones sociales, frente a las cuales buscaban imponerse y, en las disputas desatadas, les ocasionaban divisiones.

Igual que la fiebre producida por el paludismo tropical, que sacude inclemente el cuerpo del desprotegido, toda la izquierda, el clero, el Partido Liberal y el Partido Conservador nos vimos subyugados por el tornado que despertaba la democratización de la arcaica estructura agraria; se trataba del movimiento civil rural-urbano, que despertó diversas y encontradas posiciones.

Como en la teoría darwiniana de la selección natural de las especies, cada cual, de manera aleatoria, escogió el escenario de sus preferencias: los grupos socialistas fueron vitales en el diseño de

la escuela y la elaboración teórica; las corrientes de la teología de liberación, en la implementación de la metodología pedagógica del brasileño Paulo Freire y, junto con otros y el aporte de Fals Borda, de la educación-participación-acción; los sectores del liberalismo y conservatismo, contrariando la tradicional indiferencia de sus enmohecidas direcciones, fueron proclives y apoyos importantes de distinto orden, incluyendo el acceso y compromiso en ámbitos institucionales; el Partido Comunista y las diversas organizaciones denominadas ML —marxistas leninistas— o maoístas desplegaron el traslado a los escenarios de la lucha campesina a sus mejores hombres y mujeres, dispuestos a posicionar en la conciencia colectiva una visión de nación incluyente y democrática.

Cada fuerza disponía de equipos que fueron motores impulsores de sus sueños. La mayoría son héroes anónimos silenciados por las balas que, desde la oscuridad de la noche, callaron sus voces; otros prefirieron el discreto y frágil silencio que produce el anonimato social y político. Algunos, menos éticos, fueron tomando distancia ante las dificultades, hasta alejarse, y algunos llegaron a besar las manos del agresor.

Lo que sí sabemos es que hubo una gran movilización política, social y de opinión en favor de las luchas de la ANUC; sin ella, la quimera de la reforma agraria habría sido un saco de arena lanzado al fondo del mar. Para quienes haya sido su opción, ayudaron a sembrar el campo colombiano de encantados jardines, regados con su sudor desbordante. Ellos y ellas llenaron de ilusiones, esperanzas y sueños las cálidas veredas de todas las costas. El derroche de ética y pulcritud, aún hoy vigente en muchos casos, es objeto de añoranzas.

Por las noches, no podía conciliar el sueño; a mi mente acudían con fuerza las imágenes de muchas y muchos en diversidad de episodios: alegres, de preocupación, de angustia ante las dificultades, y de exaltación en los debates y dilemas difíciles de resolver. Algunos de estos recuerdos mantienen todo su dra-

matismo y vigencia. Así, nunca olvidaré las lágrimas de Iván Salgado, mi amigo y maestro, cuando en septiembre de 1978, llorando y abrazado a mi cuerpo, me detalló las torturas a las que fue sometido en la base naval que la Armada Nacional tenía en el municipio de Coveñas, departamento de Sucre.

Cuatro dagas, como clavos ardientes, habían atravesado en cruz su cráneo; una bolsa plástica en su cabeza, hundida hasta el fondo del golfo de Morrosquillo; el pene y el estómago heridos en una fogata a la cual fue sometido colgado de piernas y brazos hasta agotar el líquido en su organismo; todo eso para tratar inútilmente de destruir su fortaleza e inteligencia, propias del dirigente campesino que era. No quebraron su liderazgo, altivez, sagacidad, astucia y malicia, cualidades de las que poco se conocen.

Alejandro Suárez e Iván Salgado encabezaban la lista de setenta y cinco dirigentes contra quienes obró el orden de detenerlos en el departamento de Sucre; era el inicio del nefasto estatuto de seguridad, el cual aceleró el proceso de desinstitucionalización con métodos brutalmente represivos contra los trabajadores del campo, por enarbolar las banderas de la justicia social.

Por azares de la vida, me salvé de ser víctima directa de un hecho grave, únicamente porque no estuve presente aquel día en la Empresa Comunitaria El Nogal, organización de la cual fui socio y líder, y desde la que construimos un verdadero epicentro de acción para la ANUC; sin embargo, igual lloré con las noticias sobre mis amigos agredidos por la represión oficial, dado su liderazgo y actuación en el movimiento campesino. No podíamos comprender tanta maldad contra los líderes sociales que le dábamos vida a la democracia colombiana.

Aquel día que rememoro, lloramos hasta secarnos las lágrimas y, luego, cantamos en susurro: «El turbión que estremece a mi pueblo oprimido y violado por ley...»; era un himno del PCC-ML que hicimos para no seguir llorando, porque ya estaba claro que esas canciones, como los estribillos que cantábamos en las movilizacio-

nes, al igual que las letanías del Ejército y de la Policía, solo servían para estimular la mente y las acciones de las personas, en algunos casos, con mensajes de significado crítico y también, en otros casos, para impedirles razonar según su condición humana.

Ese día, dos hombres, símbolos del desafío a los señores de la tierra, lloramos lágrimas de sangre, pesadumbre, rabia e impotencia. No teníamos las armas destructivas de seres humanos que el Ejército aseguraba que poseíamos; solo cargábamos nuestras mentes, corazones y discursos llenos de sueños utópicos sobre la redistribución de la tierra. Claro, el discurso era subversivo, porque subvertía el orden feudal y señorial heredado de la corona española. ¿Cómo podíamos tener armas, quienes luchábamos por la vida, la democracia, la igualdad y la equidad? ¿Qué dirían los miles de campesinos que nos seguían? ¿Dirían que las lágrimas también son de hombres o que los hombres no debemos llorar, según lo que nos enseñaron nuestros padres?

En medio de esa confusión estábamos, cuando Evaristo, un viejo campesino, alto y de labios prominentes, irrumpió en una humilde vivienda en El Piñal, corregimiento del municipio de Los Palmitos, atravesado de sur a norte por la Troncal del Caribe. El Viejo Baro —como le decíamos—, cargando un succulento sancocho de marrano, dijo: «¡Compañeros, hay que seguir para adelante, para atrás asustan!»; Iván y yo sonreímos.

Parecía que Evaristo, con quien yo tenía vínculos de sangre, estaba profundamente metido en nuestras mentes y corazones, presintiendo la tormenta de sentimientos encontrados que nos corroía. En ese momento, apareció Ramiro Jiménez. Él era el presidente de la Asociación de Usuarios Campesinos del Departamento de Sucre y vivía en la vereda Santa Rita, en el municipio de Ovejas: «Son unos salvajes, criminales, depravados que usan las insignias del Ejército para ocultar sus instintos asesinos».

Los tres, Iván, Ramiro y yo —como otras personas—, éramos simpatizantes del PCC-ML que, en los primeros años de la década de

1970, logró importante influencia campesina y en otros movimientos sociales, a la vez que influían otras vertientes al seno de la ANUC como la ORP, la Liga ML, el ELN y un grupo socialista. Sin embargo, los líderes de la izquierda, con su afán de que cada organización fuera la hegemónica, el caudillismo y el sectarismo, nos dieron ejemplo de inconsecuencia con el propósito colectivo, irracionalidad y torpeza, ya que convirtieron en pequeños fragmentos lo que pudo haber sido una organización sólida, capaz de ser un pilar del cambio político y social que necesitaba la sociedad colombiana.

Así, el PCC-ML, producto de divergencias, se fraccionó en cuatro grupos. Ramiro terminó en el PRT; Iván, en el PLA, y yo, en la Tendencia MLM. Ahora bien, es de rescatar que, por encima de nuestros dirigentes, nosotros habíamos construido fuertes lazos de solidaridad más allá de lo que ellos llamaban «ideología», que era más la ausencia de compromiso real con el pueblo y la necesidad de preservar sus luchas y sus organizaciones.

Es así como las divergencias con el Gobierno, que incidió en un sector campesino, y las rupturas en la izquierda produjeron el fraccionamiento de la ANUC, la cual perdió, en conjunto, su legitimidad y potencialidad, así como la posibilidad de seguir representando y garantizando la participación del conjunto del campesinado. Cuadro muy difícil al que se agrega el que continuaban las estrategias de señalamiento y represión violenta desde el Estado y sus gobiernos contra la organización campesina.

En medio de esta situación, entro en una fase de contactos, de escucha de voces autorizadas de distintos campos, y de reflexiones y reconsideraciones políticas. Afronté, como otros dirigentes, señalamientos y persecución oficial, amenazas y capturas, lo que me llevó lamentablemente a tener que salir con mi familia en condición de desplazamiento forzado. Llegamos a Bogotá, donde tuve nuevas oportunidades formativas e hice parte del proyecto político promovido por el periódico *El Común*, de la

agrupación MUR-ML, que me permitió establecer contactos y tener experiencias de acompañamiento a movimientos sociales de distintas regiones del país.

Entonces, fue cuando en mi cabeza fluyó la idea de que la política y su relación con el poder son, de fondo, el mismo proceso, pero que, a la vez, resultaba cuestionable y poco ético enfocar grandes esfuerzos hacia el fortalecimiento del binomio dinero- armas. En esa medida, las agrupaciones MUR-ML y MIR-ML se unificaron como MIR-ML y, en 1986, se vincularon al ELN, por lo cual esta guerrilla adoptó entonces la denominación Unión Camilista-ELN (UC-ELN).

Es así que entro en contacto con la UC-ELN, pero progresivamente nos diferenciamos de nuevo como un sector más político y que abogaba por la promoción de los movimientos sociales y sus expresiones autónomas, en crítica al militarismo y a una pretensión insurgente que no respondía a la realidad, cuando de conjunto se apreciaba la inviabilidad estratégica de tales proyectos y la progresiva inclinación desde el Estado y las guerrillas hacia la búsqueda de acuerdos de paz. En estas circunstancias, nos escindimos del ELN y afirmamos, con la agrupación CRS, una salida política de paz, a pesar de la intensa y grave persecución estatal que sufrimos a comienzos de los años 90.

En aquel momento, pensábamos que era necesario un cambio estratégico, fundamentalmente político; creíamos que el propósito de toda organización política era la gobernabilidad y la transformación de los sistemas políticos, económicos y culturales existentes. Cuando estuve una temporada en Barranquilla, en medio de intercambios y nuevos aprendizajes, un compañero allí nos señalaba, con razón, los vacíos que teníamos sobre la realidad social y cambiante de las ciudades, así como ciertas problemáticas nacionales y regionales que ignorábamos, algo común en las militancias de izquierda y sociales. Nuestras luchas, las luchas de grandes legiones de revolucionarios urbanos y de dirigentes sociales, estaban profundamente conectadas en problemáticas comunes.

El movimiento campesino había desafiado su destino, incurrió con logros y requería, en estas nuevas circunstancias, resurgir con propuestas y nuevas conquistas hacia la utópica aventura de cambiar la estructura agraria del país. Es así como, en los años 80 y 90, hicimos desde varios sectores esfuerzos por reconstruir y reunificar la ANUC en distintas regiones del país.

En las décadas recientes han sido miles las voces silenciadas, frustrando sueños y esperanzas. Fue la sombra de la noche la que arrastró sus cuerpos a la profundidad del olvido, y solo el eco de sus sueños, sus voces y sus risas arrastran en nosotros una nostálgica sonrisa: «No merecemos una bala». Con la arremetida del paramilitarismo a nombre de las AUC, en alianza con sectores de las élites, la fuerza pública y el narcotráfico, la violencia en los años 90 y comienzos de los 2000 se masificó en Sucre y en muchos departamentos del país bajo la bandera de la contrainsurgencia, pero en gran medida encubriendo intereses frente a la alta concentración de las tierras y del poder, incluidos aliados y formas de actuación abiertamente ilegales.

Cuatro presidentes departamentales y dieciocho municipales de la ANUC fueron asesinados; decenas de masacres fueron cometidas contra el campesinado en Montes de María y otras regiones del Caribe, y 82 656 hectáreas fueron abandonadas (Fucude *et al.*, 2020). De acuerdo con la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV, 2022a), fueron más de ocho millones de tierras las despojadas o abandonadas en el país entre 1995 y 2004; además, según el Registro Único de Víctimas, solo entre 1996 y 2000 se causaron un millón novecientos treinta y cinco mil ciento once víctimas (1 935 111)<sup>4</sup> (Uariv, 2025). Hubo un incontable número de activistas desplazados y de diputados, alcaldes, concejales y sacerdotes asesinados.

---

<sup>4</sup> Cifra registrada por la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas (Uariv) con fecha de corte del 31 de octubre de 2025.

Uno se pregunta: ¿este genocidio tiene como propósito evitar el desarrollo de las fuerzas productivas?, ¿es para evitar que fuerzas alternativas accedan a la administración pública?, ¿es una venganza por la rebelión ideológica y cultural que produjo el movimiento campesino?, ¿se buscaba conquistar rutas para el tráfico de estupefacientes?, ¿se buscaba empoderar el fascismo como proyecto político, social y cultural? La ideología liberal considera al fascismo como su hermano gemelo, ya que ambos conciben la existencia de una clase superior, un bien que la naturaleza les ha otorgado. Por ello, comparten la misma cobija y practican la solidaridad de clase.

La democracia fue podada, al igual que la libertad y la igualdad, como se podan los jardines de las castas señoriales; sin embargo, la llama de la vida, triste pero viva, continuó encendida, como la música que se escucha a lo largo de los 102 kilómetros de playa, como la música que, a la una de la madrugada, cuando la brisa se apaga, deja oír el embrujo de las notas del acordeón o la penetrante tristeza de la gaita.

Esa es la música de la vida Caribe, que el 4 de junio de 2011 se hizo presente en Sincelejo, en un acto de rebeldía sentida para decir: «Aquí estamos». Esa misma rebeldía se hizo sentir el 27 de enero de 2013 en Barranquilla, y el 14 de marzo en Cartagena, buscando abrir espacios de negociación con el Estado, la empresa privada y la cooperación internacional. Los esfuerzos de los movimientos alternativos por participar en la arena política del departamento y romper la hegemonía de los partidos tradicionales se reflejan en estos intentos por no perder el pasado ni el presente ni el futuro.

Los sobrevivientes no podíamos cambiar la dirección del viento, pero sí podíamos ajustar las velas para llegar a un mejor destino. Tomábamos como compañera la fantasía de los sueños perdidos, pero con la guía de la realidad de la vida. Empezamos transmitiendo esperanza a los que lo habían perdido todo, convencidos de que las revoluciones y los cambios profundos surgen en los callejones sin salida, donde los seres humanos libres no temen

llegar hasta el final de sus pensamientos. Habíamos aprendido a doblarnos como el árbol bajo el viento huracanado, pero a levantarnos de nuevo una vez pasada la tormenta.

Éramos afortunados, no por estar vivos (porque la muerte es lo cierto en la vida), sino porque nada nos fue fácil. Habíamos aprendido a triunfar mirando a las estrellas, pero manteniendo los pies firmes sobre la tierra para no morir de desengaños. Dábamos sentido a nuestra vida porque teníamos el valor para emprender los cambios en nuestra propia realidad. Habíamos aprendido a valorar la integridad de las personas por sus conductas frente a lo humano, no por sus profesiones.

El ánimo justo y tranquilo lo descubrimos en Sincelejo, donde la gente luchadora se levantó, desde abajo, por encima de todos los sabios y técnicos para gestar proyectos de cambio y aplaudir con generosidad recibida, sin rencor ni resentimiento. Sabemos que los frutos sembrados en las luchas campesinas siguen frescos, como la primavera, a pesar de las llamas de fuego sembradas en la costa. Allí inauguramos en 1982 lo que para nosotros fue una especie de segundo mandato campesino; entonces, nos concentramos cerca de 5000 campesinos en Sincelejo para reconstruir la organización campesina proclamando la ANUC-UR (Unidad y Reconstrucción).

No hablo aquí solo a nombre propio, sino con reconocimiento y apelando a otras voces de hombres y mujeres protagonistas directos de las gestas campesinas, de sus resistencias y luchas que no pierden vigencia. Tampoco la pierde el reclamo relacionado con la inmensa deuda social ante los trabajadores, campesinos, indígenas o negros. En movilizaciones recientes aún hacemos presencia liderazgos sobrevivientes junto con los que emergen por fortuna desde las nuevas generaciones de la ANUC y de otras organizaciones campesinas que han surgido.

El nuevo contacto con las bases campesinas y con el público que nos acompaña en eventos, marchas y concentraciones, me hacen

sentir la misma sensación de antes. Quinientos líderes participantes en una jornada, me hicieron romper la promesa hecha a mis hijos: «¡No volveré a hablar en público!». Hoy, necesitamos de nuevo formar dirigentes campesinos y sociales en gerencia social, en cultura comunitaria, en cartografía social, en manejo de las cadenas productivas. Si creamos un fondo común, podremos entregar a la nueva sociedad hombres y mujeres capaces de generar riquezas.

En los territorios rurales, ofrecemos 200 000 hectáreas de tierra, valoradas en dos billones de pesos; queremos que el Estado se asocie con nosotros invirtiendo 20 000 millones de pesos, y en un año generemos un millón de empleos que saquen a nuestra región de las fatídicas cifras de la región más desigual del país. Rompemos con la línea de Familias en Acción, que cercena la dignidad de los pueblos. A estas iniciativas, le sumamos el acceso a la línea de distribución de la cadena productiva, donde nuestras riquezas no se queden enredadas. Esa es nuestra oferta, la colocamos sobre la mesa para que negociemos el futuro de la costa Caribe.

Proponemos formar alianzas estratégicas en defensa de una cadena productora del agua, como fuente de vida para nuestra sociedad. Queremos que el Estado se asocie con nosotros en la defensa del territorio de los pueblos rurales. Proponemos defender el concepto de la asociatividad, una fortaleza de las culturas de nuestros pueblos. La autonomía es un valor intangible que eleva a los pueblos como sujetos de derechos, democracia y libertad. Atrevámonos a construir la democracia como un bien para las sociedades civilizadas.

Debemos asumir como política de Estado la seguridad alimentaria, un reto cierto para producir y garantizar una alimentación orgánica suficiente, para que nuestro pueblo conquiste el bienestar y la felicidad. Es necesario fortalecer el comercio extrarregional, que dé vida a los pueblos rurales y ayude a alimentar a las sociedades de naciones amigas. Queremos disfrutar

de una economía limpia, sana y ecológica, que eleve la calidad de vida de la sociedad colombiana. Es fundamental que el Estado concentre toda la oferta de servicios institucionales en vivienda, educación, salud, energía, riego y tecnología, para que el desarrollo también acerque a los productores rurales a los beneficios de los cuales han sido excluidos por las élites gobernantes.

Habíamos emprendido y ganado una batalla para que los campesinos rompieran la dominación ideológica y social que los señores feudales ejercían sobre ellos, y para revertir costumbres culturales arcaicas, chocantes y vergonzantes, como la compra y venta de mujeres adolescentes vírgenes para satisfacer sus instintos infanticidas sexuales y expandir sus apellidos ilustres, además de revertir la concentración ancestral de la tierra, obtenida a sangre y fuego, contra los pueblos nativos.

No obstante, perdimos la guerra; no fuimos, ni pudimos ser, generadores del cambio que pregonábamos. Igual que los malos ingenieros que construyen carreteras o canales de contención del agua en tierras bajas, las fuerzas del agua, desbordadas, la obligan a buscar sus viejos cauces, generando inundaciones y catástrofes humanitarias. No supimos construir los verdaderos cimientos del poder popular o, tal vez, nunca pensamos en ello; nuestro ideario era la toma del poder, no la construcción del poder.

Este debe estar revestido del diseño colectivo de un modelo de sociedad diversa, democracia incluyente, libertad de pensamiento, igualdad social, autonomía colectiva, gobernabilidad abierta, ética y transparencia, de lo cual hablábamos, pero no ejercíamos. Siempre manejamos un discurso maniqueo: cuestionamos el sistema político, pero nunca fuimos, de fondo, lo necesariamente diferentes a ese sistema. El miedo al poder nos cohibía, lo nuevo, lo desconocido; actuábamos como un pájaro asustado ante los ruidos extraños.

Ningún territorio ha sido testigo de tantas luchas y resistencia como las antiguas sabanas del Gran Bolívar. Desde la época

colonial, fue aquí donde los esclavos africanos se refugiaron y construyeron palenques, y donde los indígenas lucharon ferozmente para mantener sus nacionalidades intactas. También fue aquí donde los campesinos dieron vida a la organización rural ANUC, donde los grupos insurgentes fracasaron en su intento de involucrar a la región en la guerra, y donde los paramilitares trataron de borrar de la faz de la tierra la rebeldía democrática de los hombres y las mujeres rurales. Fue aquí donde los movimientos de izquierda sacrificaron a sus mejores cuadros para cambiar los regímenes excluyentes de las viejas élites gobernantes.

La memoria histórica nos ofrece ahora la oportunidad de propiciar la emergencia de narrativas, con sus sentidos y expresiones diversas, que interpelan, cuestionan y contribuyen a superar dramáticos episodios resultantes del conflicto, de sus actores y de la violencia política, pero también de las resistencias y luchas emprendidas por los pobladores. En esa línea, la demanda de esclarecimiento de la verdad sobre lo sucedido nos exige contribuir con el relato de los hechos, las circunstancias, los contextos y las responsabilidades con respecto a lo ocurrido.





OLIVIA  
DANIEL

# 1. Historia olvidada

*«Por nuestros antepasados y descendientes, estamos obligados a cuidar la memoria de nuestra historia antigua, de nuestros orígenes culturales y espirituales comunes».*

*Piotr Tolochko*

## 1.1. El canto alegre del sinsonte

Desde las veredas, caseríos y villorrios de toda la costa Caribe, comenzaron a descender campesinos, indígenas, negros y muchas muchas mujeres. Su alegría era tan grande como la del sinsonte cuando, al amanecer, el rocío besa su plumaje, y este se sacude con gozo, llenando el alba con su canto. ¡Estás vivo! ¡Estás vivo! El remolino de gente sorprendió a los vecinos del polideportivo Las Delicias ese 21 de febrero de 1970, en Sincelejo, cuando vieron renacer sus sueños y esperanzas quienes, contagiados por esa energía, sacaban agua para que esa multitud de sedientos pudiera calmar su sed.

La tropa encargada de mantener el orden rompió su protocolo, sorprendida por tan espontánea y sentida alegría; no sabían qué ocurría, pero sabían que esas lágrimas eran lágrimas del alma, y que valía la pena respetarlas. Más tarde, la numerosa concurrencia, con una sonrisa de oreja a oreja, fue desfilando y tomando asiento en aquel liceo cubierto. Se iniciaba la histórica gesta campesina en Sucre y departamentos aledaños.

Sin embargo, poco a poco, sin explicación aparente, un holocausto oscurecía el sol del Caribe colombiano, sumido en la tristeza que, como el sinsonte, llenaba las frescas mañanas de los campos. El campesinado supo que sus vidas fueron sometidas a estudios y diagnósticos que intentaban explicar lo inexplicable; luego, por años y por varias décadas siguientes, se sucedieron incontables casos: líderes campesinos y sociales de la región

asesinados, masacres, mujeres violadas y 1 104 144 hectáreas de tierras campesinas despojadas y sus habitantes desplazados de manera forzada<sup>5</sup>.

En años más recientes, quienes aún han logrado permanecer o han logrado, en menor grado a la magnitud de los desplazados, retornar, han retomado dinámicas de resistencia y de difíciles intentos por recuperar la memoria de lo sucedido y reemprender la búsqueda de opciones en el territorio. Así, los que entonces estuvieron allí presentes, han retomado algunas acciones o jornadas en años recientes que, entre temores, nostalgias y pérdidas de expectativas en la población ante el duro castigo recibido, intentan revivir la lucha por la tierra y el bienestar social del campesinado.

Son valerosos sobrevivientes de aquella estela de horror y terror que se manifestó, prolongada en el tiempo, solo que esta vez, reaparece ese círculo de hombres y mujeres que, como el cón- dor, se niegan a morir y dejar de persistir ante el Estado en sus demandas de derechos, de respeto y de mínimas garantías.

## 1.2. Contextualización histórica de las sabanas del Gran Bolívar<sup>6</sup>

Desde los primeros años de la Conquista, ciertos recuerdos quedaron colgados para siempre en las paredes de las extensas y misteriosas sabanas que, por caprichos desconocidos, fueron definidas como parte del territorio de la provincia de Cartagena, según la real Cédula del 16 de febrero de 1533. Estas cédulas reales fueron la legitimación del despojo realizado por los invasores, a sangre y fuego, contra

---

5 Tan solo en la subregión Montes de María, como resultado de la estrategia implementada por los paramilitares durante un lustro, entre finales de los 90 e inicio de los 2000, fueron asesinadas, a través de sucesivas masacres, 485 personas, pertenecientes a familias campesinas de esta subregión (Fucude et al., 2020).

6 En este aparte aparecen numerosos datos sobre antecedentes históricos, los cuales el autor los recupera de conversaciones y documentos o textos de notas de intercambios pedagógicos hechos desde los años 70 con dirigentes sociales veteranos de esta región. Por la razón comentada en la presentación respecto al decomiso oficial y la pérdida de archivos por temor ante la persecución sufrida, no fue posible ubicar un documento que pudiera referenciarse como soporte de esta información.

los pueblos nativos que formaban la gran nación del Caribe colombiano, donde la pobreza se erige como una condena de por vida.

Las murallas medievales que rodean a este pueblo son más fuertes que las proyectadas por Gian Lorenzo Bernini en Roma, porque el pueblo de las sabanas está alejado de su origen, guardando consigo el secreto en un contexto de resistencia y obediencia. Fue una derrota infame la que el pueblo indígena de Pileta sufrió al aceptar, sumiso, la pérdida de sus tierras, su identidad cultural, su lengua y su condición de pueblo.

La conquista del actual territorio del Gran Bolívar fue adelantada por don Pedro de Heredia y su hermano Alonso. La primera expedición armada de 1533 penetró por la costa hasta las ciénagas y playones del sur de Sucre; aquella fue una fuerza invasora tan sanguinaria como las fuerzas paramilitares que, desde Antioquia, han descendido para despojar a los campesinos de sus tierras, en nombre de los intereses del blanco, generando un silencio que lastima las alegres almas del ser Caribe.

El interés inicial por la conquista de lo que hoy constituyen los departamentos de Sucre, Córdoba y Bolívar no fue el poblamiento, sino el saqueo de sepulturas indígenas, lo que permitió que 185 000 kilos de oro y 16 millones de kilos de plata llegaran a Europa para apoyar su civilización. Para 1555, los españoles aún no habían comenzado ninguna actividad agropecuaria significativa en el territorio; en cambio, el despojo estaba orientado a concentrar las tierras en manos del blanco y a someter a los pueblos rurales, mermando su dignidad y rebeldía. Se transgredieron las formas socioculturales construidas en el proceso de recuperación de los territorios, acabando con la vida de líderes tradicionales, afectando las estructuras familiares y las dinámicas productivas, e imponiendo su propia justicia.

El siglo de las comunicaciones, de la aldea global, llegó a la costa como la oscura noche de aquel 16 de julio en Los Guayacanes. La tierra se abrió, pero esta vez no por el saqueo de sepulturas, sino por el saqueo

de los recursos no renovables, las rutas del narcotráfico y, quién lo creyera, el agua, en la cual los nativos jugábamos desprevenidos.

En la primera mitad del siglo xvi, se fundaron Tolú y Toluviejo (1534), en la subregión del golfo de Morrosquillo; San Benito, en la subregión del San Jorge, y Sincelejo, en 1535, en la subregión de la sabana. La subregión de La Mojana comenzó a poblarse hacia los años 1750-1770, con las poblaciones de Sucre y Majagual. Cinco siglos después, estas poblaciones siguen estancadas en el tiempo, nadando en la quimérica esperanza de todos los pueblos del Caribe y renovando la cansada fe de que «el próximo año será mejor».

No era la tierra, sino el indio lo que los españoles consideraban como botín: la encomienda otorgaba una cantidad de indios a un español, dándole un dominio directo sobre ellos. Hoy, el interés está en la tierra, y muy poco en el indio, negro o mulato campesino, ya que la tecnología ha reducido la necesidad de mano de obra no calificada, por lo que la muerte fue la opción para tantas personas que ponían en riesgo los intereses conquistados por los «blancos». Doscientos o trescientos muertos pueden poner en peligro la existencia de cualquier régimen político, pero en Colombia, donde los ricos quieren ser gringos, la clase media desea ser europea y los pobres queremos ser mexicanos, esos muertos no importan: son indios, negros o mulatos.

El título de la encomienda no implicaba la cesión de tierras al encomendero, sino que las ponía bajo su protección contra la aspiración de terceros. Esto permitió formar una cadena de tierras consideradas de la nación, que pasaron a ser botín de guerra: una vez fue privatizada la cosa pública, se privatizó la tierra que antes se había colocado en custodia.

Los indios encomendados seguían manteniendo una relación de servidumbre con los encomenderos y la corona. No fueron beneficiarios de lo que se llama «independencia», sino que solo trabajaban donde se les indicaba, según los repartimientos lega-

les, y seguían prestando servicio a sus encomenderos hasta que, en 1598, la ordenanza de Ibarra estableció un contrato mínimo de tres meses a un año, lo que les permitió recibir un salario y una ración. Esto se convirtió en parte de las adherencias al blanco, en inexplicables lealtades a las familias de linajes y en base de votos cautivos en la «civilizada» democracia.

Al principio, los conquistadores y los funcionarios de la corona fueron los beneficiarios de las encomiendas de indios. Sin embargo, el rey, para evitar la identificación de intereses entre sus funcionarios y los encomenderos, prohibió que se otorgaran encomiendas a oidores o personas con oficios reales. Es así como en 1754, una cédula real prohibió dar encomiendas a «ningún mulato, mestizo o hombre que no fuera legítimo»; los «legítimos» eran los españoles de sangre azul, garantizando así que la plebe estuviera al servicio del señor feudal.

De esta manera, se conformó una capa dominante local de «blancos» españoles, un término que aún se utiliza para referirse a los terratenientes. La encomienda separaba claramente a dos capas sociales dentro del grupo dominante: por un lado, los españoles, cuyos privilegios les otorgaban acceso a los favores del rey, y, por otro lado, los españoles pobres, los mestizos y los mulatos. La estratificación no solo dependía del poder sobre la tierra, sino también del linaje; en el club social de Corozal o Cartagena, solo se aceptaba a quienes tuvieran linaje y tierra.

La encomienda concedía dominio indirecto sobre las tierras y directo sobre las personas de los indios. Al disminuir la población indígena por la muerte en combate, la tortura y muerte de prisioneros, el incendio de pueblos y cultivos, el robo de cosechas, la huida a las selvas, la captura y esclavitud de indígenas para venderlos en las islas del Caribe, y la transmisión de enfermedades, el valor económico de la encomienda disminuyó y las tierras quedaron en manos de los antiguos encomenderos. Esos feudos, ahora improductivos, fueron privatizados y vendidos mediante un pago metálico, mientras que los indígenas restantes fueron

reagrupados en tierras de resguardos, facilitando así el cobro de tributos y la evangelización; la religión se usó como bálsamo sedante, para que el dominio del «blanco» fuera aceptado como algo natural y divino. Por su parte, las tierras no reclamadas eran consideradas baldías, pertenecientes a la Corona, la cual se erigía como el gran señor feudal.

Paralelamente a la concesión de las encomiendas, en las sabanas se otorgaron, durante este periodo, mercedes de tierras a los vecinos más cercanos al poder regional y de la metrópoli. Un ejemplo de ello es la Hacienda Madre de Dios o Coveñas, ubicada en la villa de Tolú, que fue concedida a la familia Sarmiento de Sotomayor, y que comprendía entre 64 450 y 74 140 hectáreas. También estaba la Hacienda de San Sebastián del Pantano, en la misma villa durante la época colonial, ahora parte del municipio de San Onofre, que tenía aproximadamente la misma extensión.

La tierra que nosotros defendemos y reclamamos bajo la consigna de que «la tierra es para quien la trabaja» es vista por los señores del poder tradicional como un derecho consuetudinario. De igual manera, los pueblos indígenas, que también consideraban parte de este «botín» perdido, fueron un objetivo durante las guerras de Mancuso, los Castaño y Jorge 40, quienes los consideraban parte de su territorio.

Aunque los indígenas eran desplazados, la provisión de esclavos seguía siendo esencial para la producción de alimentos, debido a que eran los encargados de aplicar las técnicas nativas de roza y quema; por eso, junto con las concesiones de tierras, también se avanzó en la política de agregación de pueblos. En la costa, esta política tuvo un doble efecto para los terratenientes: liberaba nuevas tierras que ya habían sido despejadas por los indígenas y proporcionaba mano de obra para las haciendas, contribuyendo a consolidar un poder que nunca se fue, porque siempre fue suyo.

Ahora bien, la falta de técnicas para el manejo del ganado y la higiene dificultaba el crecimiento del hatu ganadero en la región, y,

a medida que el hato crecía, se ocupaban las sabanas, es decir, las extensas áreas de ciénagas y playones formados por los ríos Cauca, Magdalena, Sinú y San Jorge; así, se llegó a un punto en que todo el terreno disponible fue tomado. Hoy, esos mismos territorios están amenazados por los grandes intereses económicos que, desde paraísos fiscales, buscan tierras para las explotaciones mineras.

El hacendado, al fortalecer su posición económica, social y política, preparó el camino para la independencia. Sin embargo, el objetivo de este movimiento no era una revolución social, sino la conservación del *statu quo*: mantener las prerrogativas señoriales en el campo y la posesión de las tierras, protegidas de los cambios y contradicciones de la política agraria nacional. En efecto, a pesar de las reformas, la historia demuestra que estos intereses siempre han sido protegidos.

Es importante señalar que, entre 1738 y 1750, cinco familias, algunas con títulos de marqueses y maestros de campo, se destacaron por su represión a la población indígena en la Provincia de Cartagena, en el triángulo formado por Tolú, San Benito Abad y Mompox. Estas familias fueron grandes poseedoras de tierras, haciendas, encomiendas de indígenas y esclavos negros, y dichos territorios fueron los escenarios del mestizaje que caracteriza a los departamentos de Sucre, Córdoba y Bolívar.

Posteriormente, la apropiación de tierras comunales, tanto en las sabanas como en las regiones cenagosas, se aceleró durante los años de violencia política, la cual se intensificó a finales de la década de 1940. Sin embargo, este proceso no fue pacífico: los hacendados «blancos» en expansión formaron cuadrillas armadas, conocidas como «pájaros», que actuaban como cuerpos de policía privados, sin más autoridad que la que les otorgaban sus amos.

Los pueblos creados por don Antonio de la Torre y Miranda, así como los corregimientos y caseríos que surgieron con el mestizaje, quedaron entonces sometidos a un lazo social asfixiante, donde las barracas de grandes hacendados venezolanos

ofrecieron una válvula de escape, utilizando a indios, negros y campesinos costeños como mano de obra a cambio de un salario bajo y, luego, entregándolos a la guardia venezolana para evitar pagar prestaciones sociales.

En medio de este contexto, la Ley 200 de 1936, como parte de la reforma agraria, estableció la figura de los jueces de tierras, quienes, junto con los jueces municipales y otras instancias de la administración pública, incluyendo el parlamento, fueron influenciados de manera significativa por los terratenientes. Esta concentración de poder ha representado un desafío para diversos sectores de la sociedad, como campesinos, mujeres, pescadores, educadores y comerciantes, en su búsqueda de mecanismos equitativos para la resolución de conflictos en el ámbito agrario.

Con la Ley 135 de 1961 y la figura de predios aledaños, los terratenientes vieron una amenaza a su dominio, por lo que dividieron sus grandes feudos entre parientes para proteger sus propiedades; sin embargo, después del Pacto de Chicoral en 1972, el Gobierno nacional aprobó la Ley 6 de 1975, conocida como la ley de aparcería, cuyo propósito era proteger la integridad de las tierras de los grandes propietarios. Para cumplir con la exigencia de la ONU de que las tierras tuvieran una función social, los terratenientes formalizaron contratos con dos o tres de sus trabajadores, garantizando así que sus predios aparentaran cumplir con ese requisito.

La Ley 6 de 1975 se inspiró en el modelo alemán *junker*, que fundamenta el desarrollo rural en la gran hacienda y limita la posibilidad de una auténtica reforma agraria. En este sentido, esta legislación representó el panteón donde se sepultó la ilusión de democratizar la propiedad rural en Colombia.

Los Montes de María, una pequeña cordillera ubicada entre Tolúviejo y Sincelejo, se extienden hacia el canal del Dique, en el centro de Bolívar; esta zona sirve de límite entre el golfo de Morrosquillo y la subregión de la sabana. En los Montes de María,

los suelos son diversos, con clases 1, 2 y 3, siendo la región de la sabana y las zonas más secas de clase C. En cambio, los terrenos del canal del Dique y el golfo de Morrosquillo son planos, fértiles y de clase A, de manera tal que, al estar irrigados por los ríos San Jorge, Cauca, Sinú y Magdalena, son considerados unos de los más fértiles del país.

Ahora bien, las condiciones geográficas y culturales de estas áreas son clave para entender los intereses políticos de los paramilitares narcotraficantes en la región. Al respecto, según un censo catastral de 1975, las familias con grandes extensiones de tierras eran los Pérez, García, Martelo, Vergara, Olmos, Guerra, Támara, Badel, Fernández, De la Ossa, Gómez y Otero, cuyos dominios se extendían por Córdoba, Sucre, Bolívar y Magdalena. Estos apellidos, siempre relacionados con el poder, siguen marcando la historia de la región y su vínculo con la política ilícita, que mantiene fuera a las políticas públicas oficiales.

El desarrollo de la hacienda en estos departamentos no estuvo acompañado de componentes industriales, comerciales o turísticos que pudieran contrarrestar el oscurantismo religioso y cultural heredado de la época colonial. Esto generó una ideología de fidelidad, sumisión y subordinación de la mano de obra campesina al gamonal, que se convirtió en un referente político, social y económico. No obstante, esta relación desigual fue una de las fortalezas del movimiento campesino, ya que la consigna de que «la tierra es para quien la trabaja» se convirtió en un grito de libertad, autonomía y realización social, y, desde esa lógica, el movimiento campesino tuvo un fuerte componente subversivo.

La representación política y administrativa en Colombia, tanto a nivel de la gobernación como a nivel de la representación regional en el Senado y la Cámara de Representantes, recaía en las familias terratenientes, las cuales poseían clientelas propias, basadas en la prestación de servicios a cambio de votos y lealtad, lo que sentó las bases del clientelismo tradicional, que aún per-

siste hoy, alimentado por las maquinarias políticas por medio del uso de métodos mercantilistas y corruptos.

En el plano social, estas familias formaban grandes clubes sociales y unían sus lazos a través de matrimonios, creando un clan familiar que dominaba la vida política y económica de la región. Organizaban las fiestas patronales con corralejas, donde se divertían observando cómo se derramaba la sangre de sus empleados o de los toreros, mientras se apropiaban de las hijas de los campesinos a cambio de una paga. A pesar de la globalización y el impacto de nuevas culturas, la realidad material sigue siendo una especie de enfermedad persistente que, aunque diagnosticada, no ha sido curada.

En noviembre de 1964, durante el XIII Congreso Agrario Nacional de la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC), Carlos Lleras expresó su voluntad de crear una asociación de campesinos usuarios de los servicios del Estado. La organización que más tarde se conocería como la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) tuvo un origen contradictorio: por un lado, fue impulsada por el Gobierno, pero también se nutrió de la tradición autónoma y las diversas corrientes ideológicas regionales. En esa medida, siempre reflejó la diversidad de las estructuras agrarias, la economía campesina y los procesos de despojo de tierras en el Caribe colombiano, especialmente durante los últimos años de la violencia paramilitar.

La lucha campesina no ha sido fácil. Desde los inicios, los campesinos han tenido que enfrentarse a un sistema que históricamente los ha marginado y les ha negado el acceso a la tierra. La ANUC nació como una respuesta a esta injusticia, buscando organizar a los trabajadores del campo y exigir derechos que les habían sido negados durante décadas. Nos organizamos porque entendimos que solo si nos uníamos podríamos lograr cambios reales; por lo tanto, en las asambleas de la ANUC se discutían

no solo las necesidades inmediatas, sino también el futuro del campesinado. Queríamos justicia, queríamos acceso a la tierra, queríamos ser escuchados. (IMH-CNMH, Ismael Amaya, Resguardo de San Juan, Sucre, 11 de octubre de 2024)

El Decreto 755 de 1967 le encargó al Ministerio de Agricultura la creación de un censo de los beneficiarios de los servicios estatales, lo que resultó en un total de 600 000 campesinos en 1968. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos del Gobierno, la ANUC fue vista con desconfianza por las organizaciones campesinas tradicionales, que temían ser subordinadas, y por los grupos insurgentes, que consideraban a la ANUC como una estrategia reformista para frenar la revolución.

A comienzos de 1969, los organismos departamentales de usuarios comenzaron a reunirse; en estas reuniones, los dirigentes adoptaron un lenguaje radical y expresaron su rechazo a la legislación de la reforma agraria. Por su parte, durante el primer congreso nacional de la ANUC, realizado en Bogotá en 1970, se definió la reforma agraria como un proceso rápido, masivo y radical para redistribuir los derechos sobre la tierra y las aguas.

La SAC y la Federación Colombiana de Ganaderos (Fedegán) presionaron al presidente para crear un comité que evaluara los resultados de la reforma, y este comité publicó un informe a principios de 1971 en el que se criticaba fuertemente al Incora, el cual coincidió con una nueva ola de ocupaciones de tierras en Antioquía, validando así las críticas de dicho comité. Frente a esto, un grupo de ganaderos, liderados por figuras como Luis Robledo, Carlos Reyes Patria y el general Navas Pardo, formó un movimiento en pro de la renovación de la agricultura y ganadería para defender la propiedad privada y oponerse a lo que consideraban extremismo por parte de los dirigentes campesinos e indígenas.

El 21 de febrero de 1970 se destruyó el contrato social heredado de la colonia española, basado en la barrera cultural que impedía

al campesino, indígena y afrodescendiente romper el consenso desigual establecido por los terratenientes para la convivencia en la costa Caribe. Al romperse el hechizo que generaba miedo, se desataron energías incontrolables que, durante años, habían permanecido ocultas bajo la enajenación del «blanco» opresor.

Aunque la lucha por la tierra en la década de 1970 resultó en la conquista del territorio, la verdadera victoria fue ideológica y cultural. Este pueblo, rico en expresiones folclóricas forjadas por cuatro siglos de mestizaje, poseía genuinas manifestaciones de identidad colectiva, que eran oscurecidas y anuladas por las afirmaciones de dominio de aquellos que también estaban presentes en la región. Ese campesino, que creía en la mala suerte, culpaba a Dios de sus problemas materiales, rezaba y ofrecía mandas a los santos para que lo ayudaran; ese campesino, que veía en Corozal la cuna del linaje terrateniente, estaba condenado a ser arrastrado un 8 de diciembre por el río subterráneo que atravesaba la ciudad.

El mismo campesino que seguía las cabañuelas y los ciclos de la luna para adelantar las siembras; ese que creía en las brujas y en las ánimas del purgatorio, y que predecía cuándo llovería con huracán. Ese hombre que no asistía a la iglesia, pero que estaba lleno de mitos y creencias, de pronto, se vio confrontado con otro discurso que ofrecía una nueva explicación de su existencia, llamándolo a ser protagonista en un nuevo orden de relaciones sociales, más equitativas y justas.

El terrateniente ejercía sobre el campesino una dominación cultural e ideológica que se manifestaba de diversas maneras. Él podía disponer de la honra de su mujer, de sus hijas, y maltratarlo física y moralmente, pero lo más grave era que esto sucedía con la complacencia del campesino pobre, que se sentía orgulloso de semejante yerno y «santo cachón». Nada volvería a ser igual en los departamentos de la costa; desde aquel 21 de febrero de 1970, se rompió el hilo invisible de dominio que las élites heredaron de la Corona española, el cual mantenía a los campesinos sujetos como imanes a castillos medievales rodea-

dos de hombres y mujeres sumidos en la miseria y la desilusión. Esa miseria se convertiría en parte de una historia negra, una historia ya superada. Los campesinos, sobre todo aquellos con memoria histórica, prefieren la miseria urbana, donde se sienten libres, al dominio rural esclavizante.

En las fiestas patronales, los terratenientes organizaban las corralejas, verdaderos actos de señorío, donde se enorgullecían de regalar dos o tres días de toros. La euforia, la música, el licor y la riqueza cultural se mezclaban con afirmaciones de dominación y enajenación. Los palcos de honor eran ocupados por las familias de los terratenientes, desde donde lanzaban billetes cerca de los toros enfurecidos, para que el campesino, entre ingenuo, ebrio, juguetón y necesitado, los recogiera, dispuesto a enfrentarse cara a cara con la muerte.

El evento entretenía a los pobres, reafirmaba la superioridad de un grupo social, y permitía cortar el tiempo y enajenar la conciencia; todos salían agradecidos. Así, los circos paganos de la antigua Europa se actualizaban en las sabanas de la costa colombiana; el hombre, frente a la miseria y la muerte, era parte central del espectáculo, el cual contaba con la bendición de la Iglesia católica, símbolo de complicidad ancestral con los poderosos.

Las primeras tomas de tierra generaron desconcierto entre los terratenientes, pues los invasores eran, generalmente, sus antiguos jornaleros, compadres, ahijados, hijos naturales y campesinos que, de alguna manera, habían sido maltratados por ellos. Al mismo tiempo, los terratenientes temían que se desataran violencias hacia ellos, dada la magnitud del resentimiento de los campesinos por la opresión a la que habían sido sometidos.

La actitud inicial del terrateniente fue ceder parte de las tierras invadidas para que el Incora las comprara a precio del avalúo catastral. Dejaron de celebrarse las fiestas de toros, ya no se compraron más las hijas vírgenes de los campesinos y cesaron las participaciones en los festejos de los pobres, así como

las expresiones eróticas públicas que solían exhibirse en esos eventos. El regocijo del campesino creció, mientras el miedo y el resentimiento de los ricos aumentaron hacia aquellos que lograron levantar la cabeza, luchar por superar los vestigios de la esclavitud y buscar la esencia de la dignidad humana y una democracia directa y electiva.

El movimiento campesino por la tierra de los años setenta se caracterizó por ser un conjunto de muchos movimientos sociales; en él se manifestaban diversas ideas sobre hasta dónde se debía llegar o se podía llegar, se expresaban intereses variados, y la claridad política era insuficiente para el desafío emprendido. Infortunadamente, no hubo cohesión en sus estructuras organizativas ni una propuesta común sobre cómo avanzar o hacia dónde; esta inconsistencia política fue, a la postre, nuestra maldición gitana.

El movimiento campesino mostró una actitud persistente y decidida en las tomas de tierra, pero evitó la confrontación directa con la fuerza pública. Su lucha no fue contra el Estado, lo que se reflejó en que la lucha por la tierra arrojó un saldo pequeño de víctimas, en comparación con lo que sucedió posteriormente, cuando el Estado emprendió una retaliación vengativa contra aquellos que querían construir una sociedad moderna e igualitaria. En efecto, entre 1970 y 1990 murieron solamente cinco personas como resultado directo de la lucha por la tierra: Anselmo Mendoza, el 8 de noviembre de 1972 en la finca El Prado; José Cárdenas y Segundo Salazar en 1974 en la finca Mula; Moisés Bohórquez en 1985 en la finca El Destino, y Julio Contreras en 1985 en la finca El Cedro.

La lucha no solo ha sido contra la pobreza y la desigualdad, sino también contra la represión. Muchos líderes campesinos fueron perseguidos, encarcelados o asesinados por atreverse a alzar la voz. No fue fácil mantenerse firmes, pero sabíamos que el futuro del campo dependía de nuestra resistencia. Hubo momentos en los que parecía que todo estaba perdido. Las amenazas eran constantes, el miedo era

real, pero aun así seguimos adelante. No podíamos permitir que nos arrebataran lo poco que habíamos logrado. (IMH-CNMH, Ismael Amaya, Resguardo de San Juan, Sucre, 11 de octubre de 2024)

**La lucha por la tierra en las sabanas puede verse como una experiencia de resolución pacífica de conflictos, a pesar de los hechos violentos esporádicos y de los grupos radicales presentes en la región. Al respecto, cabe resaltar lo dicho por Ismael Amaya en su testimonio:**

La causa de esos conflictos en el campo de Colombia ha sido siempre la lucha por la defensa del derecho a la propiedad de la tierra. Siempre es la que ha generado los conflictos y seguirá generando los conflictos porque la gente va a seguir luchando por defender su derecho a esa propiedad. (IMH-CNMH, Ismael Amaya, Resguardo de San Juan, Sucre, 11 de octubre de 2024)

El 21 de febrero de 1974, la Federación Colombiana de Ganaderos orquestó una campaña, en la que se destacaron *La Voz de Corozal* y *Radio Piragua*, de propiedad de Nelson Martelo y José Guerra Tulena, respectivamente, emisoras que asociaron el movimiento campesino con el movimiento guerrillero. Como consecuencia, se produjeron detenciones, se amenazó con juicios militares y consejos de guerra, y se aprobaron las leyes 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup> de 1973, fruto del Pacto de Chicoral, además del Decreto 2073 de 1973, que reglamentaba las empresas comunitarias creadas por los campesinos en las tierras recuperadas.

La Ley 4 de 1973 flexibilizó las condiciones para que un predio fuera declarado adecuadamente explotado y, por lo tanto, no susceptible de ser comprado por el Incora. Este viraje en la política agraria se dio en un ambiente de acuerdo entre el Gobierno, el Congreso, la Federación Colombiana de Ganaderos (Fedegán), la Asociación de Agricultores de Colombia (SAC), la Federación Nacional de Cafeteros, la gran prensa nacional y el nuevo Plan de

Desarrollo Rural Integrado (DRI), lo cual representaba una política de Estado que favorecía el atraso y perjudicaba la democracia social.

Los funcionarios del Incora en la costa Caribe comenzaron a recorrer las veredas con una mirada dura, castigadora, como si su conciencia de fariseos los persiguiera. Para deslegitimar la democracia, se asociaron con la policía y la base naval de la marina en Coveñas, iniciando una serie de acusaciones, detenciones y señalamientos contra líderes campesinos, magisteriales y estudiantiles, a quienes se les acusaba de pertenecer a organizaciones guerrilleras. Fue una política de conversión de los líderes, transformándolos en el «demonio interno» que debía ser combatido y destruido, en el marco de la cual implementaron la conducta de las «mulas», que engendran y convierten al feto ya nacido en un succulento banquete.

En resumen, la década de los setenta y los primeros años de los ochenta estuvieron llenos de contrastes, con llamas encendidas de fuego lento y, a veces, ardientes llamaradas en las rozas de veranillo, que el campesino producía y quemaba cada 19 de marzo; fuego tan profundo que aún alimenta el imaginario colectivo. Esos fueron nuestros aciertos y desaciertos en el movimiento campesino. Finalmente, prevalecieron los desaciertos, y el movimiento campesino pereció, por factores internos como las luchas por la hegemonía, la falta de tolerancia en el debate político y los intereses relacionados con los recursos. A su vez, los factores externos, como las políticas agrarias regresivas de los Gobiernos, fomentaron el individualismo entre los campesinos y pusieron bajo sospecha el movimiento, mientras los terratenientes y sus aliados reaccionaban de manera regresiva.

### 1.3. La gran hacienda y la lucha campesina por la tierra

En los últimos años, el uso de la tierra en los Montes de María ha cambiado. El cultivo de palma de aceite y de teca, junto con la instalación de plantas procesadoras, ha invadido territorios

de comunidades afrodescendientes e indígenas. Este proceso refleja la transición de una región sin tierras a una marcada por el uso intensivo de ellas.

El desarrollo de las haciendas en los departamentos de Bolívar, Sucre y Córdoba nunca estuvo acompañado de un verdadero desarrollo industrial, comercial o turístico. Esto contribuyó a la persistencia de un oscurantismo cultural y religioso heredado de la época colonial, que fomentó una ideología de fidelidad, sumisión y subordinación de la mano de obra campesina hacia el gamonal, un fenómeno que se reflejaba en las contiendas bélicas, la protección de las haciendas y la identificación de los intereses del gamonal con los de sus trabajadores.

Esta extraña sumisión del oprimido al opresor sigue siendo una constante. Se dice, por ejemplo, que «no se puede morder la mano de quien te da de comer», una frase que refleja cómo se extendió el valor de la servidumbre en las relaciones laborales y familiares, donde el hombre consideraba a la mujer como su posesión. Estas relaciones de poder siguen presentes en las estructuras sociales de la región y se niegan a morir.

Por otro lado, como parte de la reforma agraria, se construyeron los embalses de Matuya y Playón, con canales de riego para 19 600 hectáreas de tierras que beneficiarían a 1529 familias. Sin embargo, toda la institucionalidad y normativa en estos territorios ha mostrado su ineficiencia cuando se trata de defender las causas sociales. Existen poderes omnímodos que están por encima de las normas y la institucionalidad.

La representación política y administrativa, ya sea por designación presidencial para la gobernación o por elección popular para el Senado y la Cámara de Representantes, ha recaído en las mismas familias de terratenientes. Estas familias han utilizado el clientelismo y las contraprestaciones para asegurarse el control de los cargos públicos, garantizando su poder político y económico a lo largo de los años.

En el plano social, estas familias formaron grandes clubes sociales y se unieron en matrimonio entre ellas, creando una red de relaciones familiares. También organizaban las fiestas patronales de cada pueblo, incluyendo las corralejas, donde disfrutaban viendo correr la sangre en el ruedo, mientras controlaban a los campesinos y se apropiaban de sus hijas a cambio de un pago. Sin embargo, durante las luchas campesinas, estas prácticas fueron suprimidas, ya que los campesinos, indígenas y negros que antes fueron dominados, se alzaron contra el poder de estas familias.

En el presente siglo, los señores de la guerra han transformado estas corralejas en empresas privadas, que, aunque ya no son comedias, siguen siendo una tragedia desteñida; a través de estas empresas, mantienen viva una tradición que ya no tiene el mismo poder ni significado que antes. En esa medida, las comunicaciones, aunque ya rompieron muchas tradiciones, siguen desafiando las viejas costumbres y estructuras de poder.

En noviembre de 1964, durante el XIII Congreso Agrario Nacional de la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC), el entonces presidente, Carlos Lleras, expresó su voluntad de crear una asociación de campesinos que fueran usuarios de los servicios del Estado. La organización de los campesinos, que con el tiempo se conocería como la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), tuvo un origen doble: por un lado, la voluntad del Gobierno, y por otro, la tradición autónoma colombiana, con sus diversas corrientes ideológicas y regionales, que se reflejaban en las diferentes estructuras agrarias del país. León Zamosc distinguió cuatro de ellas: economía campesina, áreas de colonización, latifundio tradicional costeño y llanero, y capitalismo agrario en los valles interandinos.

Por medio de un decreto presidencial de mayo de 1967, se encargó al Ministerio de Agricultura realizar un censo de los beneficiarios de los servicios estatales y entregarles una constancia; un año después, 600 000 personas fueron censadas y 4500 funcionarios se encargaron de organizarlas a nivel local, departamental y, más tarde, nacional. Es así como el Decreto

2420 de septiembre de 1968, al reorganizar los servicios agrícolas del Estado, contemplaba la representación de los usuarios en todos los organismos del sector agropecuario.

Esta organización despertó, en un principio, el recelo de las organizaciones campesinas tradicionales, que veían en ella un intento del Gobierno de subordinarlas. También fue rechazada por los grupos insurgentes, que consideraban a la ANUC un proyecto reformista del Gobierno, destinado a frenar la revolución colombiana, y, por lo tanto, debían combatirla, según consta en circulares internas del PCC-ML y en las memorias de los dirigentes campesinos de la época.

A comienzos de 1969, se celebraron reuniones de los organismos departamentales de los usuarios. La primera de ellas tuvo lugar en febrero en el departamento de Sucre, en presencia del expresidente Carlos Lleras Restrepo, quien declaró al departamento de Sucre como «piloto» en materia de organización campesina. Durante ese encuentro, los representantes de los campesinos adoptaron un lenguaje muy radical: pensábamos que el ser «piloto» nos daba derechos especiales, sin entender que se trataba de un experimento. Lo mismo ocurrió la semana siguiente, en una reunión en Palmira, donde Lleras también declaró al Valle del Cauca como departamento piloto en asuntos de organización campesina.

Los dirigentes campesinos, en ocasiones con la complicidad de los jóvenes funcionarios encargados de asesorarlos, sobrepasaron la voluntad del Gobierno. En diciembre, un seminario de 110 dirigentes campesinos, que preparaba el primer congreso nacional, adoptó una postura radical y criticó fuertemente la legislación de la reforma agraria. En esa vía, el congreso, realizado en julio de 1970, definió la reforma como un proceso rápido, masivo y radical destinado a redistribuir los derechos sobre la tierra y las aguas.

La SAC y la Federación Colombiana de Ganaderos (Fedegán) lograron que Lleras nombrara un comité para evaluar los resulta-

dos de la reforma, y dicho comité publicó un informe a principios de febrero de 1971, en el que criticaba al Incora. La publicación coincidió con una nueva ola de invasiones en tierras de Antioquía, Urrao, Sucre, Sincelejo, Toluviejo, Huila y Campo Alegre. En respuesta, un grupo de ganaderos, entre ellos Luis Robledo, Carlos Reyes Patria, Martín Vargas y el general Navas Pardo, creó un movimiento en pro de la renovación de la agricultura y la ganadería, con el fin de defender la propiedad frente al proselitismo extremista.

El 21 de febrero de 1970 no transformó la tenencia de la tierra, pero sí transformó la cultura en cuanto a las relaciones de dominio que impedían al campesino romper el consenso desigual establecido por los terratenientes en la costa Caribe. En el departamento de Sucre, el movimiento ocupó 70 de los 500 predios invadidos por campesinos organizados en la ANUC en todo el país. Roto el hechizo del miedo, se desataron energías incontrollables que habían estado ocultas por años, alimentadas por la enajenación impuesta por el «blanco». Fue como un éxtasis, similar al que produce el masticar tabaco, hoja de coca o yagé; soñamos, por un instante, que nuestros pueblos eran libres, y que nuestra tierra volvía a nuestras manos, pies y cabezas. El doctor Lleras se había convertido en nuestro Simón Bolívar.

Aunque la lucha por la tierra en la década de 1970 resultó en la conquista de 122 144 hectáreas en el departamento de Sucre, la principal victoria fue cultural. Este pueblo, lleno de expresiones folclóricas enriquecidas por cuatro siglos de mestizaje, comenzó a tener genuinas manifestaciones de identidad colectiva, que anteriormente se veían opacadas por las afirmaciones de dominio presentes en la región. Esto ocurrió en toda la costa Caribe.

El campesino, que antes creía en la mala suerte, que le echaba la culpa de su malestar material a Dios, que rezaba y ofrecía mandas a los santos para que lo ayudaran, que pensaba que Corozal era la cuna del linaje terrateniente, se vio, de repente, enfrentado a un nuevo discurso que le ofrecía una explicación distinta sobre su existencia, llamándolo a ser el actor principal de un nuevo orden social.

El terrateniente ejercía sobre el campesino una dominación cultural e ideológica que se manifestaba de diversas formas. El terrateniente podía disponer de la honra de la mujer y las hijas del campesino, y maltratarlo física y moralmente; lo más grave, sin embargo, era que esto ocurría con la complacencia del campesino, que se sentía orgulloso de tener a semejante yerno. Desde aquel 21 de febrero de 1970, nada volvió a ser lo mismo en aquel territorio Caribe.

Los terratenientes organizaban, en las fiestas patronales, las corralejas, verdaderos actos de señorío en los que se vanagloriaban de regalar dos o tres días de toros. La euforia, la música, el licor y la riqueza cultural se mezclaban con afirmaciones de dominación. Los palcos de honor eran ocupados por las familias de los terratenientes, desde donde lanzaban billetes cerca de los toros embravecidos, invitando al campesino, entre ingenuo, ebrio y necesitado, a recogerlos, arriesgando su vida.

El evento divertía a los pobres, reafirmaba la superioridad de los terratenientes, y permitía cortar el tiempo y enajenar la conciencia; todos salían agradecidos. Así, los circos paganos de la antigua Europa se actualizaban en las costas colombianas, con el campesino enfrentando su miseria y la muerte como parte central del espectáculo, que contaba con la bendición de la Iglesia católica.

Las primeras tomas de tierra sorprendieron a los terratenientes, pues los invasores eran, en su mayoría, antiguos jornaleros, compadres, ahijados e incluso hijos naturales de ellos, personas que, de alguna forma, habían sido maltratadas por los terratenientes. Estos temían que pudiera desatarse violencia hacia ellos, dada la rabia y el resentimiento acumulados por parte de los campesinos ante el abuso al que habían sido sometidos. En las élites regionales se mantenía la convicción de que el movimiento campesino por la tierra era, además, un movimiento subversivo, armado y preparado para la guerra.

La actitud inicial de los terratenientes fue ceder parte de los predios invadidos para que el Incora los comprara al precio del avalúo catastral. Dejaron de celebrarse las fiestas de toros, ya no se compraron más las hijas vírgenes de los campesinos y cesaron las expresiones públicas de dominio erótico en los festejos.

El movimiento campesino por la tierra de los años setenta compartió varias características con otros movimientos sociales de la época. En él se manifestaban diversas ideas sobre hasta dónde se debía llegar en la lucha, se expresaban diferentes intereses y la claridad política era limitada; no había cohesión en sus estructuras organizativas y se echaba en falta una acción común. Tampoco existía una propuesta compartida por todos sus miembros sobre cómo avanzar.

El movimiento campesino mantenía una actitud persistente y decidida en las tomas de tierras, pero evitaba la confrontación directa con la fuerza pública. Esto se refleja en que la lucha por la tierra en Sucre causó pocas víctimas en comparación con otros movimientos similares. Entre 1970 y 1990, murieron solamente cinco personas por la lucha campesina: Anselmo Mendoza, el 8 de noviembre de 1972 en la finca El Prado; José Cárdenas y Segundo Salazar en 1974 en la finca Mula; Moisés Bohórquez en 1985 en la finca El Destino; y Julio Contreras, también en 1985, en la finca El Cedro.

La lucha por la tierra en las antiguas sabanas de Bolívar puede verse como una experiencia de resolución pacífica de conflictos, a pesar de los hechos violentos que ocurrieron de forma esporádica y de los grupos radicales que también estuvieron presentes. Desde el 21 de febrero de 1974, la Federación Colombiana de Ganaderos lanzó una campaña en la que tuvieron un papel importante *La Voz de Corozal* y *Radio Piragua*, de propiedad de Nelson Martelo y José Guerra Tulena, respectivamente. En esta campaña, dichas emisoras asociaron al movimiento campesino con el movimiento guerrillero y, como consecuencia, se dieron detenciones y amenazas de

juicios militares; además, se aprobaron leyes como la cuarta y quinta, resultado del acuerdo en Chicoral, Tolima. También se implementó el Decreto Reglamentario 2073 para las empresas comunitarias.

La ley cuarta flexibilizó las condiciones para que un predio fuera declarado adecuadamente explotado, lo que lo hacía no susceptible de compra por parte de Incora. Este cambio en la política agraria se dio en un contexto de acuerdo entre el Gobierno nacional, el Congreso de la República, la Federación Colombiana de Ganaderos (Fedegán), la Asociación de Agricultores de Colombia (SAC), la Federación Nacional de Cafeteros, los grandes medios de comunicación, la Iglesia católica y el Plan de Desarrollo Rural Integrado (DRI).

En las regiones de las antiguas sabanas de Bolívar, los funcionarios del Incora adoptaron las consignas de normalizar las carteras crediticias y dividir a las comunidades. Además, se vincularon con la policía y la base naval de Coveñas, donde comenzaron a satanizar la organización campesina. De esta manera, se iniciaron una serie de señalamientos, acusaciones y detenciones de líderes campesinos, magisteriales y estudiantiles, acusados de pertenecer a organizaciones guerrilleras.

En resumen, los años setenta y principios de los ochenta fueron una época de contrastes para el movimiento campesino, llena de logros y errores. Finalmente, prevalecieron los desaciertos y el movimiento campesino decayó, debido a factores internos como las luchas por la hegemonía, la falta de tolerancia en el debate político y los intereses sobre los recursos. Además, influyeron factores externos, como las políticas agrarias regresivas de los Gobiernos, que fomentaron el individualismo en los campesinos y pusieron al movimiento bajo sospecha.

La reacción de los terratenientes y sus aliados buscaba un campo sin campesinos, expulsando a miles de personas rurales mediante la violencia y promoviendo la agricultura de exporta-

ción, lo que resultó en la erosión de las tierras y en la muerte de muchos campesinos. La influencia de una izquierda infantil, que trató de instrumentalizar el movimiento, también contribuyó a su muerte social.

#### 1.4. Impactos de la guerra: presencia de guerrillas y de paramilitares

En los campos, los campesinos observaban la vida pasar, resignados a la quietud y al abandono. La insurgencia surgió sobre lo que quedaba del movimiento campesino, con acciones como tomas de parques y bloqueos de carreteras, buscando convertir la lucha social por la tierra en un conflicto armado generalizado, según las exigencias de la Coordinadora Nacional Guerrillera. Sin embargo, esa pretensión fue recibida con indiferencia, ya que la ANUC nunca fue un partido político, nunca tuvo una estrategia de guerra ni campamentos; por el contrario, siempre fue una organización gremial interesada en la reforma agraria.

A finales de los años 70, y en el contexto de la primera Coordinadora Nacional Guerrillera, se hizo evidente la presencia del Movimiento de Integración Revolucionaria (MIR) - Patria Libre, fusionado en 1986 con el Ejército de Liberación Nacional (ELN), de donde surgió más tarde la Corriente de Renovación Socialista (CRS). El Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Ejército Popular de Liberación (EPL), desmovilizados en la década de los 90, también tuvieron influencia en la región. Bajo el gobierno del expresidente César Gaviria, la CRS y el PRT centraron su accionar en la subregión de la sabana y llevaron a cabo negociaciones en los corregimientos de Don Gabriel y Flor del Monte (municipio de Ovejas), mientras que el EPL se encontraba en el corregimiento Arenales, San Jacinto, Bolívar.

La insurgencia se montó sobre el «cadáver» del movimiento campesino, con acciones beligerantes de pequeños núcleos de activistas: tomas de parques, oficinas públicas y bloqueos

de carreteras, acompañadas de la eliminación física de los opositores, con el fin de que la lucha social por la tierra se convirtiera en una guerra armada generalizada. Las acciones más «contundentes» consistieron en asesinatos selectivos, como el de Lucidez Pérez el 8 de diciembre de 1975, y Reyes Montes Pacheco, en los años 80, presidentes de Fedegán y enemigos acérrimos de las luchas campesinas, acompañados de la voladura de tanques de almacenamiento de petróleo en la base de la marina de Coveñas, y otros asesinatos selectivos como los de Luis Alfonso Farak, Nelson Martelo Jr., entre otros.

En 1985, surgieron en el municipio de Colosó las primeras expresiones de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo (FARC-EP) y, a finales de la década de los 90, hubo acciones del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), disidencia del ELN, en el municipio de Ovejas. La violencia se mantuvo con una motivación folclórica en todo el territorio Caribe, al igual que las historias de los acordeoneros que, en pacto con el diablo, recorrían sabanas y montañas donde espantaban a unos y asustaban a otros. La excusa fue siempre la misma: derrotar a la guerrilla, pero el único contacto guerrilla-paramilitares se dio en Pijiguay, corregimiento de Ovejas. La otra confrontación fue del Ejército con el Frente 37 de las FARC-EP, en las estribaciones del canal del Dique, municipio de Córdoba.

La supuesta proeza contrainsurgente consistió en aniquilar la organización social de los campesinos. Como ya se mencionó antes, los terratenientes contaban con bandas de «pájaros» a su servicio, que actuaban en defensa de sus intereses, y en cada pueblo de las sabanas existían bandas dedicadas al robo de ganado y otras actividades delictivas. Fueron famosas las bandas de La Cascona, en Chalán; Los Rodríguez, en el Carmen de Bolívar; Ñame, en Ovejas, y Los Meza, en San Pedro, entre otras. A comienzos de los años 80, entonces, la policía impulsó la organización de la defensa civil, y estas bandas fueron utilizadas como informantes y guías para la Policía y la Armada en Coveñas.

Durante el gobierno de César Gaviria, en 1993-1994, se crearon las Convivir en Sincelejo, Sincé, Betulia y Tolú, a las cuales se integraron miembros de los «pájaros», bandas criminales y hombres de las defensas civiles. Estas Convivir fueron dirigidas por figuras como Víctor Guerra, Luis Salaiman (exalcalde de San Onofre), Joaquín García (Juaco) y Manuel Vicente Hoyos (Tico Hoyos). Hoyos fue uno de los primeros paramilitares en Corozal y recibió entrenamiento militar por parte del subteniente de policía Salomón Feris, conocido como Comandante 08.

El paramilitarismo se asentó en municipios como Coveñas, Palmito, La Arena y Varsovia, formando el primer frente de operación en el departamento. Esta zona también fue utilizada para cubrir territorios zenú en Córdoba.

San José de Palmito, en el golfo de Morrosquillo, limítrofe con Córdoba, fue uno de los principales lugares donde se cometieron atrocidades. Se asegura que en la finca Potosí, recientemente restituida a los campesinos por el presidente Gustavo Petro, existen fosas comunes. Allí, las víctimas del departamento de Sucre y de Córdoba fueron asesinadas y enterradas en condiciones macabras: algunos aseguran que los cuerpos fueron desmembrados con motosierras y fritos en una caldera para alimentar a los animales.

Esto explica el terror que aún recorre la región y la razón por la cual los medios locales y nacionales reportan que se han desaparecido hasta 3000 personas; sin embargo, la Fiscalía, el CTI, el DAS y la Procuraduría no han logrado ubicar las fosas comunes ni encontrar los restos de tantas víctimas. De igual manera, aunque se habla de un secamiento en la laguna de la finca El Palmar, en San Onofre, donde supuestamente se arrojaron los cuerpos para alimentar a los cocodrilos, las autoridades no han conseguido pruebas concluyentes.

La cúpula de las autodefensas en las antiguas sabanas de Bolívar estuvo liderada por Rodrigo Antonio Pelufo, alias Cadena, nacido en Macayepo, corregimiento del Carmen de Bolívar.

Pelugo, desde joven, perteneció a la famosa banda de Los Rodríguez, una de las muchas bandas dedicadas al robo, la extorsión y la violencia en la región.

Toda esta zona norte del departamento de Sucre y el centro de Bolívar es conocida como los Montes de María. En una época estuvo bajo el control de Los Méndez, empleados de Rafael Frieri, un terrateniente de origen italiano del municipio del Carmen de Bolívar. A partir de 1996, Los Méndez comenzaron a actuar como paramilitares vinculados a las fuerzas armadas, estableciendo su base militar en el municipio de Córdoba, Bolívar.

Ahora bien, realmente, fue Salaiman quien abrió las puertas al paramilitarismo en San Onofre, ya que, durante su mandato como alcalde entre 2000 y 2003, construyó una red de informantes y asesinos, responsable de la muerte de entre 100 y 120 personas de San Onofre. Según algunas versiones, esta red se expandió desde San Onofre hacia otros lugares de la costa Caribe y otras regiones del país.

Marco Tulio Pérez Guzmán, alias el Oso, nació en el barrio La María de Sincelejo y trabajaba como ebanista; fue detenido por la Fiscalía en 2004. Aunque algunos medios locales, como *El Meridiano* y *El Universal*, informan que está preso en una cárcel de Medellín, los habitantes de la zona aseguran que su lugar de reclusión es Valledupar. Fue juzgado en Sincelejo por delitos como desaparición forzada, desplazamiento, concierto para delinquir, extorsión, hurto calificado y falsedad personal.

Durante una audiencia en el Palacio de Justicia, una hija de 14 años del ganadero Benito Ricardo Julio, con la mirada baja y entre lágrimas, señaló a Marco Tulio Pérez Guzmán como responsable de la desaparición de su padre, ocurrida el 19 de mayo de 2002 en una finca ubicada entre los corregimientos de La Libertad y Arroyo Seco, en San Onofre. La menor lo identificó como el Oso y lo señaló en sala, indicando que estaba acompañado por su abogado.

La niña relató que el Oso, junto a un joven apodado el Chino, llegó a la finca en busca de su padre y se lo llevó. Al salir a buscarlo, una mujer en La Libertad les advirtió que no lo hicieran, pues los hombres portaban pico y pala. También se indicó que los animales de la finca —gallinas, carneros, vacas— fueron tomados por los mismos hombres. Días después, la familia se desplazó a Cartagena, conformando un grupo de 28 personas, entre ellos 14 hijos menores, además de nietos y yernos<sup>7</sup>.

Heder Pedraza Peña, conocido como Ramón Mojana, es un bumangués que estuvo vinculado al paramilitarismo desde 1999. Al respecto, se habla de que las autodefensas que operaban en las sabanas de Sucre, Córdoba y Bolívar no fueron creadas para luchar contra la insurgencia, sino para controlar y proteger los corredores hacia el golfo de Morrosquillo, usados para el tráfico de coca proveniente de departamentos cercanos como Bolívar, Antioquía y Córdoba. Por eso, San Onofre se convirtió en un centro político y operativo para la clase emergente ligada a sectores tradicionales, dispuestos a vengar la afrenta de la organización de campesinos, en un contexto marcado por el descubrimiento de fosas comunes en la región.

Así lo soñaba y leía Enilce López en la heladería La Enramada, cuando era fuente de préstamos para jueces y autoridades que acudían a su generosidad; la ley de la selva, mejor dicho, la ley de la sabana, es la que prevalece allí. Las sabanas, con su geografía compleja, dificultan la orientación, incluso a los locales; los vehículos que transitan desde Sincé hasta la Villa de San Benito Abad se enfrentan a enormes lagunas, y las coroceras, infestadas de hormigas negras, provocan un intenso malestar al picar. La región es extrema, y todo parece tener un carácter inhóspito; a veces, los morros parecen inofensivos, pero, al usarlos como refugio, las picaduras de los comejenes pueden ser sumamente dolorosas.

La última vez que estuve en estas zonas fue para encontrarme con Enrique Buendía después del «Coveñazo» —un ataque realizado

7 Este fragmento corresponde a una reconstrucción narrativa incluida por el autor a partir de sus procesos investigativos.

por el ELN a la base militar de la Armada Nacional en el municipio de Coveñas, Sucre—. Betulia, Sincé, Galera, El Sitio, San Roque y la Villa de San Benito Abad eran zonas de trabajo campesino donde aprendí a moverme. En el camino hacia San Roque, un conductor de Willys me preguntó: «¿Usted es el que viene a reemplazar al compañero Mañee?». Al no saber de quién hablaba, le pedí que me dejara en la plaza; estaba preocupado, pues el pueblo ya sabía de mi llegada y sentía que estábamos expuestos.

Esa región tiene una subcultura peculiar. La arquitectura está marcada por casas de palma de corozo, la población tiene una mezcla de personas de piel oscura y ojos verdes, y hay quienes tienen pecas. Aunque la influencia de la Iglesia católica es modesta, se celebra el culto a Cristo de la Villa dos veces al año, atrayendo a unos 15 000 turistas en marzo y septiembre. La tierra es fértil y produce agua, pero se carece de acueducto.

Es una región de contrastes y extremismos: la gente vive entre la pobreza y el misterio, y todo parece estar gobernado por una fuerza invisible. En cuanto a los vínculos de los dirigentes políticos con actividades mafiosas, los casos de los Guerra y el proceso 8000 muestran un panorama diferente al tradicional clientelismo costeño. En esa vía, las declaraciones de Fidel Castaño en 1991 alertaban sobre la toma del negocio de las drogas por parte de grandes oligarcas que, aunque vinculados al comercio ilícito, tienen negocios legítimos que les otorgan una fachada de legalidad.

En el análisis de la situación internacional actual, se observa cómo la descomposición de ciertos Estados y el fortalecimiento de redes criminales transnacionales se han convertido en fenómenos recurrentes. Esta dinámica, que supera los límites de lo nacional, revela la coexistencia y articulación de corrientes ideológicas disímiles —como el liberalismo y el autoritarismo— en escenarios marcados por conflictos internos, guerras prolongadas y vacíos de poder. Más que una confrontación entre modelos políticos clásicos, lo que emerge es una reconfiguración del

orden global, donde actores no estatales y alianzas informales adquieren protagonismo frente al debilitamiento de los Estados.

Históricamente, los ganaderos han apoyado al paramilitarismo. Entre ellos se destacan figuras como Reyes Montes Pacheco, hermano del exgobernador de Sucre, Oswaldo Montes, y tío del aspirante a la gobernación, Gustavo Montes. También están Miguel Nule Amín, hermano del exministro Guido Nule, y Jorge Visbal Martelo, expresidente nacional de Fedegán.

Además, existen empresas como Coolechera y Filedco, cuyos socios, originarios de Sucre y Cesar, están comprometidos en actividades paramilitares. Gabriel de la Ossa, Luis Taboada Vivero y Alfredo Taboada Vuelvas son algunos de los nombres vinculados a Frigosabana, una empresa que tiene nexos con el paramilitarismo. Emiro Arrázola Ospina, exfuncionario de la Contraloría General de la Nación, también está relacionado con el narcotráfico, y se le señala de ser uno de los gestores de la urbanización Tolunuevo en Tolú, que se cree fue creada para lavar activos del narcotráfico.

Ante las dimensiones sociales, políticas y criminales del paramilitarismo, que incluyen la expropiación de tierras, el asesinato de ganaderos, y la apropiación de la vida política y comercial, el sentimiento de temor y desesperanza predomina en todos los círculos de élite.

En Sucre, Córdoba y Bolívar, se habla de una «renovación» política lenta y parcial, un proceso que, en realidad, incorpora elementos de la vieja clase política. Las fortunas de las familias más poderosas de estos departamentos, que se fundaron sobre la base de grandes extensiones de tierra, ahora enfrentan nuevos desafíos. La relación entre estas familias y el narcotráfico crea un mapa social y económico en el que las fronteras del poder van más allá de lo nacional, fusionando intereses regionales con fuerzas externas.

Joaquín García, originario de Ovejas, Sucre, fue un actor clave en la región y, aunque nunca fue visible en la lucha por la tierra, logró construir una alianza con Enilce López y se convirtió en una figura

central del poder económico y político. Su fortuna, ligada al narcotráfico, le permitió financiar campañas políticas y operar desde las sombras, sin que su nombre o su riqueza fueran ampliamente conocidos. Solo cuando comenzaron a surgir amenazas contra Jorge Anaya, exgobernador de Sucre, se empezó a conocer más sobre él.

Lo que los medios no han dicho es que, para saldar la deuda de 1700 millones de pesos con Joaquín García, el exgobernador Anaya debió recurrir a fondos destinados a pagar una deuda de 12000 millones de pesos con el magisterio de Sucre. La deuda fue saldada en parte a través de descuentos del 30 % a otros acreedores, lo que puso en evidencia la corrupción y el poder de García en la región. Joaquín también es propietario de los hatos La Milena y La Ponderosa, en Palmito.

Por su parte, Enilce López se dedica desde hace 25 años a los préstamos extrabancarios, conocidos como agiotismo. Está casada en segundas nupcias con Héctor Alfonso, expolicía originario del Valle de Tensa, Boyacá, quien actualmente está dedicado al negocio de las apuestas, siendo conocido como el Gato.

Para defenderse de los acreedores y, en ocasiones, evitar pagar los premios de las apuestas, Enilce y su esposo comenzaron a formar su propio ejército privado para protegerse, sin que hubiera detrás alguna ideología política. Su primera finca, de 280 hectáreas, se encontraba en Barrancayuca, corregimiento de Magangué, Bolívar, y se caracterizaba por tener un 75 % de terrenos de cascajo, de clase C, por lo que se aprovechaba solo el 25 % de la tierra. Hoy en día poseen 10 fincas en diferentes partes de la región, en las cuales han eliminado físicamente a delincuentes, y competidores políticos y económicos.

Durante la expansión del paramilitarismo en Sucre y Bolívar, entre 1995 y 1998, Enilce y Héctor fueron piezas clave en la estrategia conjunta entre el Ejército y las autodefensas para derrotar al ELN en el sur de Bolívar, y controlar los cultivos de coca y la

extracción de oro en esta rica región. Sus negocios de préstamos y apuestas, así como sus hombres armados, les permitieron entrar de manera poderosa a las autodefensas, potenciando sus actividades con recursos del narcotráfico y el apoyo político de Carlos Castaño, quien era el líder indiscutido de las autodefensas en ese momento. Todo esto con el respaldo de las fuerzas armadas colombianas.

Los acuerdos alcanzados y su empresa de apuestas El Gato les permitieron involucrarse en la política como financiadores de casi todas las campañas de la costa Atlántica, especialmente en Bolívar, Córdoba y Sucre. Un caso relevante fue el de Alvaro García Romero, quien acudió a ellos tras el asesinato de Antonio Nader, quien había sido su principal fuente de financiación para sus campañas políticas.

Con el control total de Magangué, tanto a nivel comercial como político e incluso religioso, facilitaron la llegada de su hijo Jorge a la alcaldía y apoyaron al doctor Simancas en su campaña para la gobernación de Bolívar, a quien financiaron por completo. Se estima que Enilce tenía un caudal electoral de 300 000 votantes en la costa, aunque este poder se ha visto opacado por las condenas, acusaciones y denuncias que pesan sobre ella y su familia. Con ese respaldo, su hijo Luis fue elegido para la Cámara de Representantes; además, han tenido una influencia determinante en las alcaldías de los municipios del centro y sur de Bolívar, Sucre y el norte de Córdoba: solo si Enilce lo permite, otros competidores pueden tener éxito en la política.

Su negocio de préstamos la llevó a prestarle 350 millones de pesos a la junta directiva del Club Campestre de Sincelejo para su remodelación, sin que la entidad tenga cómo pagar ni los intereses ni la deuda, lo que la convierte en la futura dueña de este emblemático club de la élite política de Sincelejo.

De igual manera, hace unos años, Enilce reunió a todos los propietarios de chances de Sucre y fundó la empresa Apuestas Permanentes de Sucre, con la que controla el negocio del chance

en el departamento; esta misma estrategia la replicó en Bolívar, Córdoba, Atlántico y Magdalena. Para expandir su negocio, Enilce siempre ha recurrido a métodos violentos, eliminando a cualquiera que se interponga en su camino.

Los políticos o comerciantes que le piden dinero prestado a Enilce deben firmar un seguro de vida a nombre de personas que ella determine. Se comenta que fue ella quien le prestó a Jorge Anaya, exgobernador de Sucre, el dinero por el cual Joaquín García intentó atentar contra él.

Edward Cobos Téllez, conocido como Diego Vecino, es señalado de tener compromisos con el narcotráfico y de haber sido socio de Vicente Castaño en este negocio; es originario de San Marcos y está muy vinculado con el Gordo García, quien maneja su agenda económica. Aunque mantiene un bajo perfil, es uno de los principales responsables de que los narcos y paramilitares se hayan infiltrado en las actividades comerciales de la región, convirtiéndola en un corredor para el narcotráfico. Al respecto, ha sido un gran artífice y patrocinador político y económico de la élite mafiosa y paramilitar en la zona, y, bajo su influencia, ha florecido la cultura del silencio impuesto por esta.

Diego Vecino fue subordinado de Víctor Carranza y, luego, jefe superior de alias Cadena. Se afirma que manejaba los negocios de coca de La Mojana, usaba la empresa Vikingos para sus exportaciones y tenía control político, militar y comercial en la subregión de la sabana. Quienes lo conocen lo observan con miedo, pues, según versiones orales de la región, estaría vinculado a la DEA.

A pesar de los problemas y las luchas internas, algunos afectados esperaban que Vicente Castaño Gil, jefe real de Edward Cobos Téllez y de Rodrigo Pelufo, decidiera dismantelar toda la estructura paramilitar, como parte de las negociaciones en Santa Fe de Ralito. Esto incluiría a los «chepitos motorizados», responsables de distribuir y cobrar los préstamos extrabancarios, extorsionar

a comerciantes y propietarios de tierras, y realizar actividades de sicariato. No obstante, la vida ha dado sorpresas: Carlos fue asesinado, Rodrigo desapareció y Edward fue encarcelado. Las redes de control territorial siguen operando, a veces con nombres y otras sin ellos, pero siempre ejerciendo poder sobre los territorios que han conquistado. ¿Qué detendrá su caída en el mar de las dificultades? Solo el tiempo lo dirá.

La finca El Palmar, conocida por el palo o árbol de caucho, ubicada en San Onofre, era donde los políticos, comerciantes y hacendados de la región acudían para resolver sus problemas. Fue propiedad de Pedro Renals, quien fue asesinado en Cartagena por negarse a vender su hacienda, que se convirtió en uno de los mejores hatos del departamento. Esta finca está marcada por una historia sombría, como la suerte de su propietario.

El complejo turístico Rincón del Mar, ubicado en el corregimiento El Rincón de San Onofre, es famoso en la zona, aunque poco publicitado, ya que, junto con Berrugas e Isla Palma, se utiliza para exportar cocaína al exterior. Además, en estos complejos turísticos se celebran el Festival Sirenato del Mar, matrimonios de mafiosos y reuniones de élites.

La finca La Ponderosa, ubicada en Palo Alto, San Onofre, es propiedad de los Vergara. Esta finca se encontraba en la ruta de narcotráfico que va desde Toluviejo hasta Cartagena y se convirtió en un centro de producción extensiva, custodiado por hombres de la Armada de Coveñas. Desde allí llegaba la cocaína proveniente del sur de Bolívar, el sur de Córdoba y el nordeste de Antioquia. Por otra parte, la finca La Pelona, expropiada por Rodrigo Mercado Pelufo, alias Cadena, es conocida por ser un lugar donde se encuentran muchos cadáveres, aunque los organismos de investigación no logran poner atención en ella.

Las haciendas que pertenecían a Teófilo Martínez Rodríguez, exconcejal con gran sentido social, fueron desplazadas por amenazas de los paramilitares. Sus propiedades, ubicadas en el

corregimiento Las Brisas y en Palmira, San Onofre, son ahora controladas por alias Cadena o su fantasma, ya que, aunque el Estado lo da por muerto, en Sincelejo aún se le ve haciendo ejercicio en las canchas de los barrios periféricos.

El 4 de enero de 2005, el coronel Rafael Colón Torres tomó posesión de la Primera Brigada de Infantería de Marina. Desde ese día, las comunidades sucreñas comenzaron a ver a la brigada y al Batallón Bafim n.º 5 como cómplices de las masacres y asesinatos selectivos perpetrados por los paramilitares. Sin embargo, en pocos meses, el coronel Colón rompió con esta tradición y comenzó a perseguir a Rodrigo Pelufo, estableciendo para ello una mesa en Santa Fe de Ralito, donde intentó sin éxito atrapar a Cadena.

Posteriormente, en mayo de ese mismo año, dio de baja a Tulio Tapias, alias Pistola, en Turbaco, Bolívar. Estas acciones, junto con la muerte de Luis Salaiman Fayad y la detención de Marco Pérez Guzmán, alias el Oso, contribuyeron a la descohesión de las autodefensas, agudizando su lucha interna y generando un ambiente de tensión.

Ahora bien, aunque se rompió la vieja línea de mando, aún hace falta un combate frontal contra el paramilitarismo y una acción eficaz contra su estructura de 500 hombres y la red de sicarios e informantes que controlan los territorios, especialmente el narcotráfico que fluye desde La Mojana y Córdoba, con el Rincón del Mar, Berrugas e Isla Palma como puntos de salida al exterior.

Esa compleja red de políticos, mafias ligadas al narcotráfico, nuevos hacendados, y autoridades civiles y militares, construyeron una jaula donde se reproduce la marginalidad social como un símbolo de democracia.

El sentimiento generalizado es que los órganos de inteligencia de la institucionalidad, como el DAS, la Dijín, la brigada, el bafim, las unidades móviles, la Fiscalía y la propia Policía, mues-

tran tolerancia con el paramilitarismo y el narcotráfico. Esto se oculta tras el combate a actividades ilícitas menores, mientras adoptan una postura de protección y dependencia económica con los gestores de la corrupción y el narcotráfico. De igual manera, a menudo, se centran en actividades cívicas y en combatir a los sectores progresistas, acusándolos de tener vínculos con los movimientos insurgentes.

### 1.5. «Nos juntamos y éramos muchos», la alfabetización concientizadora

El departamento de Sucre, situado en el corazón de las sabanas del antiguo y gran departamento de Bolívar, nació político-administrativamente en marzo de 1967. Para esa época, ya existían catorce sindicatos agrarios que, a través de la Federación Agraria Nacional (Fanal), formaban parte de la Unión de Trabajadores de Bolívar (Utrabol), afiliada a la vez a la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC), con influencia del Partido Conservador y de la Iglesia católica.

Con la fundación del departamento, se creó la Unión de Trabajadores de Sucre (Ultrasucre). Los campesinos afiliados a esos catorce sindicatos se integraron a esta nueva organización, que fue dirigida por Manuel Tapias, originario del corregimiento de Chochó, municipio de Sincelejo. Yo, Alejandro Suárez, siendo aún un joven sin experiencia, formé parte de la dirección de esa organización. Estos sindicatos estaban ubicados en el núcleo de lo que más tarde se convertiría en el epicentro de la lucha por la tierra: la reforma agraria integral, asociada al anhelo del Estado social de derecho, pero que más tarde veríamos en el olvido los hombres y las mujeres que creímos en la promesa ofrecida por el entonces presidente Carlos Lleras Restrepo e impulsada por Apolinar Díaz Callejas, exviceministro de Agricultura.

Bajo la dirección de Díaz Callejas, comenzó en los últimos años de la década de 1970 el proceso de inscripción de aspirantes a ser

beneficiarios de la reforma agraria, logrando que 5000 familias se inscribieran como solicitantes de las tierras ofrecidas por el Estado. Con la reorganización del Estado y la declaración de Sucre como departamento piloto en materia de organización campesina, el impacto psicológico sobre la sociedad sucreña fue profundo. Se percibía una renovada esperanza por parte de muchos pobladores en tal reforma y, al mismo tiempo, hubo una clara señal del Gobierno nacional en apoyo a la organización campesina. Así, todos sentimos que el cambio finalmente había llegado.

La alegría, los sueños y las esperanzas de redención social de campesinos, indígenas, afrodescendientes, pescadores y mujeres trabajadoras y cuidadoras del ámbito rural transformaron al departamento en una fiesta de múltiples colores que llenaba los corazones. En esos momentos, no había lugar para el escepticismo, sino para la entrega de las tierras y las posibilidades de realización de los proyectos agropecuarios asociados a ellas.

Es importante señalar que la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) acogió a pueblos indígenas, afrodescendientes, mujeres, pescadores y jóvenes. Esta convergencia de todos los sectores rurales en una sola organización fue clave para otorgarle a la ANUC, en tal momento, una gran capacidad de representación y negociación. Los pueblos indígenas, que poseían escrituras otorgadas por los reyes de España sobre ciertos territorios, fueron apoyados para organizar los primeros cabildos indígenas y hacer valer los derechos que se les habían otorgado, pero que estaban en manos de particulares. Esta unión favoreció la creación de un espíritu de hermandad, armonía y apoyo mutuo, vinculando distintos saberes y promoviendo una lucha conjunta por la defensa del territorio.

En 1969, el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (Incora), en colaboración con el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (Icacira), impulsó, a través de su Departamento de Desarrollo Social, un programa de alfabetización basado en la metodología de Paulo Freire,

titulado «Alfabetización liberadora o concientizadora». De repente, llegaron hombres y mujeres de varios países de América Latina, quienes contribuyeron a proyectar una imagen de apoyo internacional hacia la prometida reforma agraria. Sentíamos que tocábamos el cielo, que por fin estábamos siendo reconocidos como parte de Colombia; el influjo del grupo Golconda y su discurso de «opción por los más pobres» fue un bálsamo para nuestras almas aturdidas<sup>8</sup>. De este modo, tres principios fundamentales sustentaron aquellos procesos de alfabetización:

- **Campesino en sí o campesino para sí.** Esta idea tenía como propósito hacer comprender al campesinado su condición de clase social. Si no hay conciencia de clase, tampoco habrá sentido de pertenencia: no podremos defender la tierra ni luchar por los derechos arrebatados por los Gobiernos, porque no sabremos quiénes somos. Sin conciencia de clase, nunca sabremos quién es el amigo y quién es el enemigo. Ellos, los poderosos, tienen conciencia de clase: están organizados, cuentan con solidaridad de clase, y eso es parte de su fortaleza.
- **Organización y formación política del campesinado.** En este proceso comprendimos que la organización rompe las barreras de los agrupamientos formales y que la misma está en constante transformación, orientada al ejercicio de la democracia. «Si no hay organización, no hay democracia», nos decían con absoluta convicción. La organización es una herramienta para defender o conquistar derechos; es indispensable para lograr la equidad, la justicia y la transformación social. Si no hay organización, no hay poder popular.

---

<sup>8</sup> El grupo Golconda surgió de una reunión de sacerdotes partidarios de la teología de la liberación que se reunieron en julio de 1968 en una finca de ese nombre, en Viotá, Cundinamarca. Su enfoque fue la labor pastoral con énfasis en el compromiso con los pobres, el apoyo a las demandas de cambio social y político, y la labor pedagógica con las comunidades, inspirada por el teólogo progresista y reconocido pedagogo brasileño Paulo Freire. Entre sus liderazgos estaba el sacerdote René García y otros de origen español que, con simpatía por Camilo Torres Restrepo, se vincularon a la guerrilla del ELN: Domingo Laín, Manuel Pérez y Antonio Jiménez.

- **Progreso y miseria.** Las cadenas productivas conducen al progreso o a la miseria. Si no comprendemos cómo funciona la cadena de producción, estaremos trabajando para otros. Son los comerciantes quienes se apropian de la plusvalía generada por el productor; nosotros, nuestras familias, producimos para la felicidad y el bienestar de los demás.

Este trabajo fue acompañado de veladas culturales en las que desmenuzamos cada letra, cada palabra, cada implicación. Fue una especie de terapia convulsiva que destruyó los cimientos culturales de aquellos hombres y mujeres que creían que su pobreza era voluntad de un dios. Aquel proceso rompió las máscaras que cubrían la mente del agricultor sabanero, destruyó el hechizo conformista y produjo una mezcla de ira y dolor. Más tarde, nos enteramos del movimiento de la teología de la liberación, cuyo corazón estaba en Brasil, y de la influencia, años más tarde, del movimiento bolivariano promovido por Hugo Chávez en Venezuela.

Cuando los promotores contratados por el Gobierno llegaron a la región para impulsar la organización campesina, ya existía un mundo de hombres y mujeres sin miedo dispuestos a hablarles a aquellos que se asomaban a la organización. Ya se había despertado la rebeldía que había estado dormida en la conciencia colectiva de los sabaneros, una rebeldía sembrada en lo más profundo de sus corazones. Hasta ese momento, la única revolución que conocíamos era la que escuchábamos a través de la radio *Rebelde* de Cuba, que sintonizábamos a las once de la noche. Los promotores no tuvieron que convencer a una base radical que ya miraba con desconfianza al Incora y a los nuevos directivos que querían emprender la toma de tierras. No se aceptaba la tutoría de dirigentes que no propusieran acción.

Los promotores del Gobierno desempeñaron un papel clave en la cualificación de los líderes más destacados. Aquellos fueron, en esencia, unos espacios educativos itinerantes, donde se estudiaban

temas sobre el capital, las tesis filosóficas de Mao —*El libro rojo*— (Tse-Tung, 1966), los textos sobre democracia y poder popular de Vladimir Lenin, y los escritos sobre la superestructura del Estado. Muchas de estas lecturas sustentaron un análisis profundo de las coyunturas políticas y de las clases sociales en Colombia, lo que consolidó una especie de universidad popular sobre las teorías revolucionarias y los fundamentos ideológicos, económicos, culturales y políticos del capitalismo. La racionalidad política se convirtió en la bandera de aquel grupo de activistas, cuyos ojos desafiantes y discursos radicales no dejaban espacio para veleidades.

Después de Cartagena, Corozal era la ciudad más importante de la región. Allí residía la «familia imperial», quienes juraban tener sangre azul: eran altos, de ojos azules, ostentando pergaminos con presunción de la más encopetada aristocracia europea. Sus viviendas, que asemejaban castillos, rodeaban la plaza central, la cual aún conserva la figura de una L, con la majestuosa iglesia atravesada por un río subterráneo en sus cimientos.

Los matrimonios entre estas familias se concertaban a las cuatro de la mañana. La pareja llegaba en carruaje al tapete rojo, adornado con claveles, y allí les esperaba el cura en la puerta de la iglesia. Todos sabían que esos enlaces no eran por amor, sino por conveniencias. Las alianzas matrimoniales eran pactadas por los padres con el fin de conservar las fortunas y la supuesta «pureza» de la raza.

Las mujeres, por su parte, se encargaban de mantener el estatus familiar «imperial», en una suerte de matriarcado feudal, donde nada se mostraba a los ojos del público. Sin embargo, cada «blanco», como les decían los campesinos, tenía entre 40 y 60 hijos en los pueblos cercanos a sus haciendas. La virginidad de las adolescentes de 13 años era comprada por 2, 3 o 4 vacas, dependiendo de la belleza de la joven. No existía censura social, sino actos consentidos tanto por los padres como por la sociedad en general.

A pesar de sus ilustres apellidos, muchas de estas familias estaban carentes de fortuna. Sus hijos naturales o «extramatrimoniales», como se les decía en el interior del país, se convirtieron en la base social de la lucha por la tierra y en los dirigentes de la organización campesina. Entonces, las familias imperiales adoptaron una postura prudente ante las tomas de tierras, pues gran parte de los hijos e hijas nacidos fuera del matrimonio estaba al frente de los movimientos sociales.

Las tierras tomadas por los campesinos eran tierras empobrecidas, con escasa capa vegetal, sin agua y sin infraestructuras para garantizar el progreso del agricultor. Estas tierras fueron adquiridas por el Incora con bonos de clase B o C, ya que estaban inadecuadamente explotadas. Los comités de selección, donde se determinaba la unidad agrícola familiar y el valor de la tierra, eran controlados por los hacendados, quienes les adjudicaban las tierras menos productivas a los campesinos. También por ello, los hacendados mostraron cierta tolerancia con las tomas, ya que las tierras más codiciadas, las llamadas clase A, se ubicaban en el golfo de Morrosquillo, en el mar Caribe, bordeando los Montes de María y en las laderas del río San Jorge, conocidas como las ciénagas o mojanas.

Otras tierras, igualmente codiciadas, se encontraban cerca del caserío de Malagana, en el centro de Bolívar, bañadas por el canal del Dique, mientras que las demás haciendas se hallaban en la depresión momposina, en el sur de Bolívar, bordeadas por los ríos Magdalena y Cauca. Con este negocio redondo, los hacendados cumplieron su deuda social con los hijos naturales y vendieron las tierras menos fértiles, mientras su prestigio como terratenientes «socialmente responsables» quedaba en las nubes.

A raíz del Pacto de Chicoral, en el departamento del Tolima, la ANUC departamental de Sucre convocó a los campesinos a una movilización en Corozal. La Federación Colombiana de Ganaderos (Fedegán) fue el principal gremio interesado en enterrar

la reforma agraria y, al mismo tiempo, en declararle la guerra al joven movimiento campesino, al tratar la lucha social como si se tratara de una cuestión bélica.

En 1944, de nuevo un 21 de febrero, 30 000 campesinos respondieron a nuestro llamado; era la primera vez que pisábamos la tierra sagrada de los herederos de la corona española. Lo que estaba en juego en esa protesta era la misma existencia del movimiento campesino, como una fuerza transformadora de las condiciones sociales, políticas, culturales y económicas. Ahí estábamos, campesinos cargados con el peso de la esclavitud, el dominio cultural y el abuso sistemático hacia nuestras compañeras, hijas y mujeres. Traíamos con nosotros los recuerdos de los maltratos físicos, de los «perreros» hechos con la cola del toro, símbolos de la violencia sistemática sufrida.

Nos enfrentamos, entonces, dos fuerzas: la esclavista y la esclavizada. Veintiún policías nos suplicaban que no llegáramos a la plaza: «Tenemos orden de dispararles», pero los campesinos y campesinas no escuchábamos; llegar a la cueva del opresor y mostrar que existía un movimiento liberador era algo que brotaba desde el alma. Sin embargo, los dirigentes no queríamos ver correr la sangre de las mujeres y los hombres que creían en nosotros. Al final, todos regresamos a nuestras veredas, con el alma derrotada.

## 1.6. La distorsión de la historia y la persecución del movimiento

La mayoría de los analistas, afectados por una especie de abulia mental, asumieron como verdadera la matriz de análisis que las fuerzas armadas impusieron: «El conflicto entre campesinos y terratenientes», «Los dirigentes son guerrilleros», «Los dirigentes son secuestradores», «Los dirigentes son corruptos», «Los dirigentes viven de los campesinos», «Los dirigentes viven bien» y «Los dirigentes son robatierras». De este modo, fuimos víctimas de un señalamiento propio de una

posición proclive al fascismo que se convirtió en política de Estado.

Con todo y ello, queda una pregunta pendiente: ¿qué no se ha contado sobre la historia del departamento de Sucre? Se ha ignorado una historia que ha sido construida a través de las luchas campesinas y que ha sobrevivido en la memoria de aquellos líderes y líderesas que siguen proclamando la libertad de las tierras usurpadas.

Para dar respuesta a esta pregunta, el compañero de lucha, José Ángel ha dicho:

La raíz no solo es en 1969 ni con el nacimiento de la ANUC. Estas luchas se fortalecieron desde la colonización. El campesinado sufrió el desmonte de tierras para sostener a los terratenientes y el ganado. El municipio de Los Palmitos (La Catalina, La Pringamosa) era un conjunto de tierras de los señores Aníbal Valdel y Ana Carmela de Olmos. La montaña de Alonso, en esa zona se fue a hacer vida campesina; con la crisis, se volvió a la zona La Catalina, que pega con el predio entregado por Rojas Pinilla, y pasa a ser parte del proceso de la reforma agraria, en los setenta. El cerro del Macuán era un punto importante porque desde allí hicieron una división y pusieron los linderos. Hubo una etapa de miseria... lo que se podía cultivar era poco. Se cortaba leña y se vendía para hacer trueque para el arroz, los huesos, el azúcar. Esto era cotidiano. (IMH-CNMH, José Ángel Bohórquez, 5 de septiembre de 2024)

Por eso, cada líder y líderesa sigue contando la verdadera historia que vivió. Ismael Amaya relata la siguiente línea de tiempo (figura 1) desde el sentir en cada paso.



## 1930-1960

- Surgimiento de la lucha campesina y la reforma agraria.
- Aumento de la violencia contra los campesinos en Sucre por la lucha de la tierra.



## 1960-1970

- Aparición de los sindicatos agrarios, con más de 16 en Sucre. Estas organizaciones gestionaron la compra de tierras y la titulación de propiedades para los campesinos.
- Carlos Restrepo, como presidente, entrega personalmente títulos de propiedad en el Coliseo de León.
- Surgimiento de acción Campesina Colombiana liderada por José A. Lozada.
- Continúa la violencia y el conflicto armado en el campo.



## 1980-1990

- Declive de los sindicatos agrarios y las ligas campesinas.
- Surgimiento de grupos paramilitares como Los Pájaros y Las Águilas Negras supuestamente para defender las tierras de los terratenientes, pero que luego se transformaron en grupos violentos.
- Intensificación del conflicto armado en el campo, con masacres y asesinatos selectivos.

Figura 1. Línea de tiempo del conflicto en Sucre.

# Línea de tiempo del conflicto en Sucre



1990-2010

-Negociación entre el Gobierno y la Corriente de Renovación Socialista para la desmovilización.

Se prometen obras en beneficio de las comunidades afectadas, pero no se cumplen.

-Aumento de la violencia paramilitar, con grupos como las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), lideradas por Carlos Castaño.

-Se producen masacres como las de El Salado y El Talao.

-Desplazamiento masivo, abandono y despojo de tierras.

-Resistencia y persistencia de la gente en la defensa del territorio y la propiedad.



2010-2024

-Aumento de la corrupción, el clientelismo y la presencia de bandas criminales en todo el país, incluyendo Sucre.

-Presencia de grupos narcotraficantes, incluso asociados con carteles mexicanos como el de Joaquín Guzmán.

-Producción y tráfico de cocaína en la región, con rutas que pasan por Sucre hacia Centroamérica.

-Continúa el deseo de reconstruir el tejido social y la lucha por la restitución de tierras aunque con dificultades.



## 2. Cambio de élite y de paradigma

### 2.1. La ANUC se divide: Línea Sincelejo y Línea Armenia

En 1972, varias tormentas afectaron al joven departamento de Sucre. La ANUC, influenciada por grupos socialistas y maoístas, consolidó tanto su plataforma ideológica como el *Mandato campesino*, los cuales se convirtieron en la excusa para justificar el ataque violento contra la ANUC. Los sectores más radicales de la dirección nacional y el Gobierno nacional decidieron medir fuerzas, lo que provocó la ruptura de la organización.

El 21 de febrero de 1972, Sincelejo, la capital del departamento de Sucre, fue el escenario del acto fundacional de la ANUC Línea Sincelejo. El Ejército custodiaba con celo el lugar, y concurren fuerzas ilustradas del país en apoyo a los liderazgos de mujeres y hombres campesinos. El éxito del evento fue como una euforia colectiva; no nos dimos cuenta de que estábamos sentados sobre un volcán a punto de estallar. En reacción a este hecho, el Gobierno nacional reunió a los sectores más moderados de la misma ANUC en la ciudad de Armenia, donde se fundó lo que se conoció como la ANUC Línea Armenia. En un abrir y cerrar de ojos, se comenzó a destruir el sueño campesino.

Se dice que hubo un «juramento de fidelidad y apoyo incondicional» en el llamado del Gobierno para el encuentro en Armenia. Cuando uno pide fidelidad, es porque se tienen dudas sobre ella o la intención de engañar, pero los líderes campesinos del interior del país creyeron en la supuesta sinceridad del Estado. Sin embargo, el Gobierno tenía otros planes: convocó al Congreso de la República, a los gremios económicos, al sector financiero, a los directores de los medios de comunicación, a los comandantes de las fuerzas armadas y a la cúpula de la Iglesia católica colombiana.

Entonces, el departamento del Tolima fue escenario de lo que se conoce como el Pacto de Chicoral<sup>9</sup>. La primera medida política derivada de ello puede decirse que fue como la creación de una fosa común, donde quedaron sepultados los vestigios de la posibilidad de un Estado social de derecho, a través de la Ley 135 de 1961<sup>10</sup>. Fue allí cuando, a la vez, dada la posición estatal y gubernamental frente al campesinado, puede decirse que se declaró la guerra al joven movimiento campesino, al que se le consideró un «engendro comunista», «guerrillero» y «terrorista», aplicando, en consecuencia, en su contra lo que se conoció como la «guerra preventiva» y la «doctrina de la seguridad nacional».

El informe de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV) puso de presente este fracaso político, desde las élites y la institucionalidad, de hacer realidad la reforma agraria en las décadas recientes.

La tierra en Colombia siempre ha sido un factor de acumulación de poder político y económico. El gran fracaso de las agendas liberales ha sido ponerle fin al latifundio improductivo y redistribuir la tierra. Para no tocar los intereses de los grandes propietarios, el Estado terminó empujando la colonización y ampliando la frontera agrícola hacia territorios marginales donde nunca logró un despliegue de las instituciones y la democracia. En esos territorios se construyeron órdenes sociales regulados por grupos armados, especialmente las guerrillas. (CEV, 2022c, p. 579)

---

9 Luego de que el gobierno liberal del expresidente Lleras Restrepo (1966-1970) promoviera en cierto grado la reforma agraria, en medio de fuertes resistencias de las élites de poder y en particular de los principales terratenientes, el siguiente gobierno conservador del presidente Misael Pastrana Borrero la suspendió, consagrando formalmente su cierre mediante un pacto firmado en 1972 en el municipio de Chicoral, Tolima, con participación del Gobierno, liderazgos de los partidos Conservador y Liberal, congresistas influyentes de estos partidos y grandes hacendados o terratenientes que, en parte, coincidían con las anteriores participaciones. La ANUC, en especial su vertiente de oposición influida por la izquierda, llamada ANUC Línea Sincelejo, y otras organizaciones campesinas de distintas regiones, en rechazo a este pacto, continuaron con la exigencia de una reforma agraria.

10 Esta ley definió la posibilidad de la reforma social agraria para la nación mediante la estructura social agraria, el uso racional de los recursos naturales y su explotación adecuada.

## 2. Cambio de élite y de paradigma

En materia legal, después del llamado Pacto de Chicoral, se adoptó la Ley 5 de 1973, que le entregó a la banca las hipotecas sobre las tierras y los semovientes de los campesinos, mediante una figura llamada «prenda agraria abierta»<sup>11</sup>, creada para proteger las grandes haciendas. Posteriormente, se promulgó la Ley 6 de 1975, conocida como la ley de aparcería, que establecía un acuerdo entre el propietario de una tierra agrícola y un aparcerero, en el que trabajaban juntos la tierra y compartían los beneficios de la cosecha. Sin embargo, como se dice: «Hecha la ley hecha la trampa»; dos o tres trabajadores de un hacendado firmaban contratos falsos de arrendamiento, aparentando así el cumplimiento de la demanda de función social de la propiedad y protegiendo a las grandes haciendas.

Por último, con el apoyo de la FAO<sup>12</sup>, se implementó el programa Desarrollo Rural Integral (DRI), con el cual pequeños y medianos propietarios podían crear cooperativas, pero sin garantías de crédito, comercio y asistencia técnica. Esta estrategia culminó con el Decreto 1923 de 1978, que otorgó a las fuerzas armadas la responsabilidad de manejar los asuntos sociales. En resumen, Nicolás Maquiavelo se queda corto frente a estas medidas que se estructuraron a partir del Pacto de Chicoral.

### 2.2. Las mujeres en la lucha campesina

Julia Suárez, una mujer grande. Su vida siempre estuvo entregada a la causa. Esa mujer se quitaba su sombrero vueltiao y cantaba *El indio sinuano*, ya que el sombrero siempre ha sido símbolo de las mujeres en la lucha por la vida. (IMH-CNMH, Catalina Pérez, Bogotá, D. C., 5 de septiembre de 2024)

11 Creación de créditos que promueven las actividades agrarias.

12 Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.



Figura 2. Obra de teatro realizada por mujeres campesinas en función de la concientización de los temas relacionados con la lucha por la tierra, 1970-1971.

Fuente: Archivo de Derechos Humanos, CNMH. Fondo Edelmira Pérez Correa. Actividades culturales de campesinos 12/13. Co.11001000.00573.01-00-00-01-00-000-0019-00568.

Esta batalla también ha sido de las mujeres. Dioselina, Alina Torres, Catalina Pérez, Julia Suárez, Marlene Envides, Arelys Barbosa Bettin, entre otras, fueron clave para que la ANUC se consolidara como una organización fuerte que luchaba por la justicia social. Ellas fueron las que organizaron la estructura de la ANUC, llevando esta causa por todo el Caribe y estableciendo las bases de la fuerza campesina.

Estas bases siguen firmes hoy en día, porque han sido ellas quienes han protegido el territorio y cuidado la tierra, haciendo trabajos de cuidado en el hogar, con las y los hijos y, con ello, también a nosotros; bien lo dice Arelys Barbosa: «Cuando el hombre sale de la casa, pues la mujer se echa una carga muy

## 2. Cambio de élite y de paradigma

grande» (IMH-CNMH, Arelis Barbosa, Resguardo de San Juan, Sucre, 11 de octubre de 2024). Gracias a ellas, y a tantas otras, miles de vidas no serán en vano. Ellas no fueron sujetos invisibles en este proceso, sino la columna vertebral del movimiento.

Cuando la ANUC llegó a los territorios con los promotores campesinos de la reforma agraria, que fueron más de 5000, para conseguir la tierra, entendí que la organización es lo más grande de la vida. Por eso, defendiendo a la ANUC. (IMH-CNMH, Catalina Pérez, Bogotá, 5 de septiembre de 2024)

En medio de un contexto social, político y económico complejo, la reforma agraria abrió un camino en la década de los 60 para dar paso a las tomas de tierra. Mientras algunas personas las veían como invasiones, otras las consideraban actos de recuperación, dependiendo de la perspectiva. La reforma agraria siempre se pensó como una acción justa, destinada a redistribuir la tierra de manera equitativa, pero los grandes terratenientes no dudaron en lanzar ofensivas, ya que su sed de riqueza no tenía fin. Para ellos, nosotros éramos sus mayores enemigos, y las mujeres también lucharon contra el poder de los hacendados.

La participación activa y valiente de las mujeres mostró el enorme desafío que enfrentaron contra las estructuras de poder tradicionales. Así, más de 50 compañeras, armadas de coraje, se tomaron la hacienda Arroyón en Córdoba; este movimiento, que crecía con fuerza, llevó a las mujeres a exigir justicia para los presos. Mi querida amiga Catalina Pérez encabezó una gran manifestación en Buenavista, exigiendo la liberación justa de los campesinos encarcelados (CEV, 2022b).

Sin embargo, era previsible la respuesta violenta y represiva de quienes defendían las riquezas de los poderosos. No dudaron en atacar a las compañeras, causando grandes estallidos de violencia, perpetrados no solo por los grupos paramilitares, sino también por el Estado.

Las mujeres siempre participaron activamente en la lucha por la tierra, y fuimos objeto de hostigamiento por parte de la Policía y el Ejército. Nos arrebataron la tierra a los campesinos mediante la violencia, pero siempre estuvimos allí, resistiendo. (IMH-CNMH, Catalina Pérez, Bogotá, 5 de septiembre de 2024)

Porque, como dice la letra de la canción *El indio sinuano* de Máximo Jiménez: «Esta tierra es mi tierra, este cielo es mi cielo». Ese era el empoderamiento que sentían las mujeres, quienes enfrentaron una lucha por el futuro. Las mujeres lo lograron todo, no se dejaron dominar por el miedo ni fueron conscientes de las consecuencias.

Las mujeres salían de las casas con nuestros hijos e hijas, pues el movimiento era comunitario. Incluso allí se sigue viendo el cuidado, pues montábamos la olla comunitaria en medio del bloqueo y nos cuidábamos para que ellas no se quedaran solamente en la casa esperando, pues, en esas luchas, siempre se oía la voz de muchas compañeras que participaron en tomas de tierra, lucharon; muchas de ellas se iban con los hijos a pelear contra la policía. (IMH-CNMH, Arelis Barbosa, Resguardo de San Juan, Sucre, 11 de octubre de 2024)

La tierra, siempre la tierra, refleja la vida y de ella brota la esperanza; sin embargo, aquí en el Caribe ha sido motivo de conflicto y violencia. Nos la han arrebatado, pero las mujeres no se dieron por vencidas, y su fortaleza brilló con la intensidad del sol de Los Palmitos. Un día, al recordar viejas conversaciones con Catalina, nos acordamos de la gran desobediencia civil que protagonizamos junto a las mujeres.

El 21 de febrero de 1970 realizamos 800 tomas de tierra, lo que llamamos la «hora cero». En ese momento, los campesinos comenzaron a entrar. Lo más

## 2. Cambio de élite y de paradigma

importante fue la organización. No teníamos teléfonos celulares, pero con una sola voz nos coordinábamos e incluso usábamos señales en las veredas. Así nos comunicábamos y, al final, debido a la represión, llegamos a entendernos con la mirada. (IMH-CNMH, Catalina Pérez, Bogotá, 5 de septiembre de 2024)

De tantas vivencias y hechos que trazan el destino de las mujeres, fue en 1972 cuando el paro tabacalero marcó un hito en la defensa de los procesos que ellas mismas habían impulsado. La lucha por mejorar su calidad de vida y ser escuchadas ante toda una nación fortaleció la determinación de defender los derechos de la comunidad, liberándose así de la estigmatización, y, aunque la tormenta siempre acecha, arrebatando los espacios de vida, las mujeres han permanecido firmes, vigilantes, resistiendo hasta que el nuevo amanecer las encuentra de pie.

Permanecer ha sido un símbolo de resiliencia en esta espiral de tiempo en la que las mujeres han preservado las tradiciones culturales y han velado por todos, cuidando tanto a los humanos como a los no humanos. Han rescatado la tierra y sanado las heridas dejadas por la guerra. Esas heridas, hoy convertidas en cicatrices, habitan tanto en la piel como en el alma, y forman parte de una historia que necesita ser contada, sin interpretaciones ajenas. En este proceso, las mujeres dieron a luz la templanza, organizaron el territorio y preservaron nuestras tradiciones.

Las voces vivas reclaman visibilizar la trayectoria de lucha de las mujeres. Mientras los hombres salían a luchar, ellas participaban de otras formas cuando tenían que atender el cuidado de las hijas y los hijos, desempeñando un rol fundamental. Su reconocimiento dentro de las comunidades de líderes asesinados es esencial, porque sin el cuidado no hay vida, y sin vida no pueden florecer quienes luchan por este país. La justicia social y la verdad solo serán posibles cuando la lucha de las mujeres sea plenamente reconocida.

Según lo que menciona mi amiga Arelys Barbosa, las prácticas de cuidado contribuyeron a la lucha campesina. Este rol fue asumido mayoritariamente por mujeres que participaban activamente en las reuniones para la organización de los eventos más importantes que logramos llevar a cabo como ANUC, como la toma de tierras. Las mujeres, con sus hijos a cuestas, se enfrentaban a las fuerzas armadas. Sus hijos eran la representación de la fuerza; ellas buscaban transmitirles a ellos el sentir de la lucha y la importancia que tenía la tierra en sus vidas.

Vilma, una amiga leal y compañera del resguardo de San Juan, señala lo siguiente:

[...] muchas compañeras activistas ya han fallecido y, aunque aún quedamos muchas, parece que las mujeres no somos tomadas en cuenta. No se menciona en las luchas campesinas a los líderes caídos con los casos de las mujeres, y esto nos hace sentir que hemos quedado en el olvido. Sin embargo, aún podemos reclamar nuestros derechos y preguntarnos cuáles son esos derechos por los que debemos seguir luchando. (IMH-CNMH, Arelis Barbosa, Resguardo de San Juan, Sucre, 11 de octubre de 2024)

Es fundamental reconocer que las mujeres juegan un papel esencial en la transformación del campo colombiano, ya que nutren la tierra y tienen un rol clave en las decisiones que afectan el bienestar de la comunidad. Su visión colectiva es crucial para la construcción de paz en los territorios, y hoy en día asumen la responsabilidad del liderazgo; por eso, es cada vez más urgente que el Estado impulse políticas que apoyen sus actividades y reconozcan la importancia de su arduo trabajo (Farah y Pérez, 2004).

La fuerza, la tenacidad y el cuidado han sido, son y seguirán siendo el pilar fundamental de la supervivencia en el territorio. En este camino hacia la reivindicación histórica, son las

## 2. Cambio de élite y de paradigma

mujeres quienes siembran la semilla que honra a aquellos ya no están y fortalece a aquellos que siguen luchando. Agradezco a mis compañeras y a la vida por permitir que las experiencias de las mujeres iluminen este sendero, haciendo que su sabiduría brille en cada espacio de resistencia. En un nuevo amanecer, las miradas y los gritos de libertad encontrarán el horizonte de la reconciliación y la reparación de todas las víctimas de una violencia que arrebató vidas, pero que nunca nos venció.

Por último, quiero resaltar el mensaje que siempre pregonaba la compañera Arelys Barbosa:

Les pido a las mujeres que tengan ese ánimo y que tengan esa voz de aliento. Si vamos a surgir, si vamos a acompañar a nuestra Colombia que tanto desea esa ayuda de nosotras, de nuestra fuerza poderosa, ¡no nos han callado y no nos callarán!, hay que pararnos duro en esta tierra por la que tanto hemos trabajado. Colombia necesita ese apoyo, esa ayuda, esa fuerza femenina. (IMH-CNMH, Arelys Barbosa, Resguardo de San Juan, Sucre, 11 de octubre de 2024)

### 2.3. El compromiso del Gobierno y la fuerza pública fue la violencia contra el campesinado

En las antiguas sabanas de Bolívar —Córdoba, Sucre y Bolívar— operaban siete bandas de delincuentes dedicadas al abigeato<sup>13</sup>, al asalto de buses y a la violación de adolescentes. Como respuesta, la Policía organizó lo que se conoció como la Defensa Civil, lo que les permitió a los delincuentes actuar con el compromiso de informar a la Policía sobre los movimientos de los líderes campesinos, magisteriales y estudiantiles.

Otro frente de batalla fue la estrategia de guerra psicológica, que buscaba deslegitimar a la organización campesina. Los directi-

<sup>13</sup> Robo de ganado.

vos de la ANUC y la lucha social fueron tildados de subversivos, se activó una red de informantes y se utilizó la metodología de los rumores, fortaleciendo la idea de que éramos enemigos del Estado.

La colonización del pensamiento fue fundamental: cualquier reclamo, por más insignificante que fuera, se consideraba como si fuera un atentado «contra el orden establecido». Para ello, se apoyaron en una red de enemigos de todo lo nuevo. Los nubarrones fueron tan oscuros que dirigentes políticos de partidos tradicionales y exgobernadores como Gustavo Dager Chadid (liberal) y Carlos Martínez Siman (conservador) trataban de protegernos; nos decían: «Los quieren llevar a juicios verbales de guerra». Las retenciones, por horas o días, se hicieron frecuentes. Las preguntas eran constantes: «¿Cómo se sostiene? ¿Qué nivel académico tienen? ¿Qué vínculo tienen con las guerrillas? ¿Quiénes son los que adoctrinan a los campesinos?». De tal modo, se fue creando un cerco invisible; el nivel de zozobra generalizada creció como la espuma.

Fue así como el Estado, bajo el fundamento de mantener el orden social, desarrolló nuevos planes que llevarían a tener otro análisis dentro de esta guerra psicológica. Al respecto, mi compañero de lucha antes citado recuerda lo sucedido y menciona lo siguiente:

Año 1979, la represión estrenó el estatuto de seguridad. Detuvieron a los líderes campesinos. El campesinado era la fuerza de peligro contra la institucionalidad. No solo eran las tierras sino la toma del poder. No solo eran líderes campesinos, sino subversivos. El campesinado tenía poder de movilizar gran cantidad de campesinos. En la reunión de Punta del Este, en Uruguay, hubo un análisis de la situación interna de Colombia. Debates en la ANUC sobre el acuerdo y la Revolución cubana y su influencia en la ANUC, la estrategia de Fidel y el Che, una chispa podía prender la pradera. Lo importante es que sí había un oído, había un Ejército. La

## 2. Cambio de élite y de paradigma

discusión interna era sobre independizarse del Estado. La lucha era no dejar marcar el ganado con el hierro de la Caja Agraria, otra era no aceptar el título de la tierra al campesino, era tener el poder popular, eso lo llevó a tener el manejo de recursos de manera independiente. En el paro tabacalero se juntaron los campesinos, la mayor cantidad de trabajadoras eran mujeres. Orientación política de hacer sindicatos. Las mujeres que llevaban años trabajando sin protección social, con el sindicato, fueron reconocidas e indemnizadas. Hubo un paro cívico para conseguir estos derechos, el primer enfrentamiento con la fuerza armada en la carretera. (IMH-CNMH, José Ángel Bohórquez, 5 de septiembre de 2024)

El primer misil contra el movimiento campesino desde las FF. MM., por decirlo así en forma figurada, estalló el 14 de septiembre de 1978, a las cuatro de la mañana, cuando en los helicópteros de la Armada Nacional con sede en Coveñas desataron un operativo de persecución, el cual se inició en Los Palmitos, Betulia y Sincelejo, para capturar a 75 líderes campesinos de la ANUC y llevarlos a un centro de tortura montado en la base de la Armada en Coveñas.

En 1982, el terror se generalizó. La acción se extendió a la vieja funeraria de Sincelejo, y 17 líderes fueron acusados de secuestrar y asesinar a Gloria Lara de Echeverri, directora del Departamento de Acción Comunal con sede en Bogotá. El miedo sacudió los cimientos del joven movimiento campesino, el magisterial y el estudiantil, dinámicos en la región y el país e igualmente reprimidos, causando zozobra y angustia en sus integrantes. Parecería que el Estado los consideraba responsables de todos los males de la sociedad.

En la tercera fase, se organizó en los años 90 un frente paramilitar que reclutó a las siete bandas delincuenciales que operaban

en Córdoba, Bolívar y Sucre, siendo las más destacadas la de Los Rodríguez, Los Mesa y la de Cadena —ya reconocido como delincuente en Macayepo—. A ellas se sumaron delincuentes no organizados, bandas de «pájaros» y miembros de las fuerzas armadas. La élite señorial de sangre azul, dueña de la ciudad colonial de Corozal, no formaba parte directa de la convulsión que se planeaba en las entrañas del poder nacional y regional. En su lugar, emergió una élite cooptada por la clientela nacional, vinculada al negocio de los estupefacientes, a la contratación pública amañada y a la explotación sexual. Fue allí donde comenzó el inicialmente silencioso genocidio contra la población campesina de la región.

Entonces, como una tormenta de tinieblas, se sepultó en el olvido la columna vertebral del activismo que impulsaba la transformación del departamento. Cuatro presidentes de la ANUC departamental y dieciocho directores municipales fueron asesinados. Las emisoras regionales y los «analistas», ideológicamente colonizados, ubicaban a Sucre como un territorio en llamas, pero, al mismo tiempo, ocultaban el origen y los responsables de la violencia. ¿Quién disparaba las balas? Era un pacto de sangre en complicidad con la muerte y el genocidio; no se preguntaba ni se investigaba cómo el pensamiento ilustrado se convirtió en parte de la estrategia de muerte diseñada por las élites. La matriz de análisis vendida por las fuerzas armadas —«son guerrilleros»— se asumió como una verdad absoluta.

Aquel enfoque no era más que una montaña mágica que ocultaba la realidad. Se trataba de construir corredores de acceso al golfo de Morrosquillo, y eliminar la organización campesina era el muro que había que derribar para limpiar el camino. Ya con los líderes deslegitimados, asesinados y desplazados no quedaba obstáculo alguno que impidiera el empoderamiento de lo ilícito.





## 3. Los guayacanes y la furia de Morales

### 3.1. Tras la tormenta, a la tumba de monte: ¡Ya tenemos tierra!

El 16 de julio de 1967, cuando los rayos del sol comenzaban a retirarse y un hermoso tono dorado cubría la espléndida sabana, un rugido profundo surgió del interior de la tierra, estremeciendo la tranquila mente de los habitantes de la zona. El estruendo estalló, seguido por otro y, luego, otro más; el cielo se oscureció, robándole una hora al día de las trece horas de luz que, en ese mes, se dan en la costa Caribe.

Una corriente de aire, acompañada de lluvia, presagiaba lo que sería una terrible noche. La lluvia caía a cántaros con fuerza, mientras relámpagos incandescentes iluminaban el occidente, bañando el interior de las viviendas. Media hora más tarde, el viento cambió caprichosamente de dirección; ahora venía del oriente, mojando por completo a los residentes. La oscuridad empezó a ser rota por las fulgurantes centellas que sembraban el pánico entre los campesinos de la sabana.

Tras dos horas, el huracán cubría los cuatro puntos cardinales. Las centellas, que duraban más tiempo, hacían que las copas de los árboles se agitaran como si besaran la tierra. El miedo y la confusión fueron tan grandes que ni siquiera percibimos cuándo o cuántas veces la tierra tembló. Fue solo al amanecer, cuando nos reunimos con miedo para salir a caminar por los alrededores, que encontramos grandes grietas en el suelo de un metro de ancho; con varas de madera tratábamos de medir su profundidad. Los cerros de Quintero, Quinterito, Barqueta y Arenal se inclinaron, bloqueando el paso de los campesinos por el arroyo que conducía a Arenal, obligándolos a tomar rutas más difíciles hacia Ovejas, Morroa, Los Palmitos y Corozal.

Cada rugido de la tormenta aterrorizaba a los campesinos que, asustados, abrazaban al Cristo de la Villa, a la Virgen del Carmen, a San Judas, a Santa Rosa de Lima, a San Francisco, a San Antonio, entre otros. Rezaban, lloraban e imploraban, pues el miedo no tenía límites, igual que la furia de la naturaleza: las casas caían como torres de naipes. Aquella fue una noche de terror, miedo y angustia que amenazaba con destruir nuestros sueños de agricultores.

El único refugio eran los horcones de guayacán que, cinco meses antes, cincuenta hombres habían cargado para levantar el rancho del secretario general del sindicato, que agrupaba a ochenta familias arrendatarias en la finca El Recreo. Mi papá, Alejandro Suárez; mi mamá, Enriqueta Meza; mi hermana, Julia; mi hermano, Aníbal, y yo, nos protegíamos formando un círculo alrededor del horcón cada vez que la tormenta cambiaba de dirección.

En medio de la angustia, de repente, apareció un campesino que, temblando de miedo, se arrodilló, abrió los brazos, imploró al cielo y gritó: «¡Es Morales! ¡Es Morales, compadre Alejo! Virgen Santísima, es Morales. Protéjanos, almas del Purgatorio. ¡Qué mal te hemos hecho, Santísima Trinidad!». Cada súplica era respondida con mayor furia por la naturaleza que, soberbia, intentaba silenciar las voces del angustiado ser humano.

Yo había oído a mi papá hablar del cerro Corcovado, del cerro La Pita, del cerro La Nevada y de los cerros de Morales, pero esa noche los cuatro se unieron al dios trueno, al viento y al agua, para intimidarnos y hacernos sentir lo pequeños que éramos ante ellos.

A las cinco de la mañana, setenta y nueve viviendas y los cultivos agrícolas habían sucumbido ante la furia de Morales. Solo el horcón de guayacán logró mantener en pie el rancho del secretario general del sindicato, aunque la tormenta destrozó la cumbre del techo, dejándolo con la forma de un lomo de camello. Desde entonces, los guayacanes se convirtieron en el centro de la vereda: allí se hizo el campo de béisbol, allí se encontraban los

### 3. Los guayacanes y la furia de Morales

enamorados, allí se organizaban las celebraciones del 24 y 31 de diciembre, y ese fue el punto de reunión obligado para todos los jóvenes de la vereda y sus alrededores. Nadie los eligió, pero eran el corazón de nuestra dispersa aldea.

A las cinco de la tarde comenzaba la romería de jóvenes; todos salíamos bien peinados, con la mejor ropa y una sonrisa de oreja a oreja. Las jóvenes llegaban un poco más tarde, con sus vestidos de gala, para flirtear con uno y otro. Eran árboles viejos, de siglos, con flores amarillas en unos y rosadas en otros, cuyo aroma suave se convertía en el fiel acompañante de nuestros encuentros. Ese perfume nos envolvía, dejándonos perdidos en su hechizo, y así permanecíamos hasta bien entrada la medianoche.

El encanto se rompía cuando alguno decía: «Vamos a burrear». «¿Dónde?», preguntábamos al unísono. Licho, que tenía alma de cazador, sabía dónde estaban las víctimas; como una manada hambrienta, corríamos uno o dos kilómetros para satisfacer nuestros deseos. Nuestros padres no escuchaban ni veían el bullicio de esos jóvenes sedientos de aventuras, por lo que teníamos licencia para actuar.

Según los compañeros más mayores, el guayacán era el único árbol que desafiaba las leyes de la naturaleza, pues se convertía en piedra en lugar de una planta de la tierra. Esas piedras eran tan afiladas que las comparábamos con los rayos que, desde las nubes densas durante las tormentas, caen acompañados de truenos, relámpagos y centellas, creando enormes huecos en la tierra y partiendo a un árbol en dos grandes arbustos, cuando la tormenta se desata con furia sobre los campesinos.

Cuando llegamos a esa zona, cuatro años antes, atravesábamos la peor hambruna que se había vivido en las tierras que rodean los Montes de María. El padre Salazar, un jesuita comprometido con la teología de la liberación y su enfoque hacia los más pobres, fue quien, aprovechando la religiosidad de la propietaria de la finca El Recreo, doña Carmela, viuda de Olmos, la convenció de reali-

zar una obra de caridad. Ella aceptó ceder una hectárea de tierra a las familias del pueblo en arriendo por \$150 000 al año, con la esperanza de ganar un reconocimiento divino. Lo que doña Carmela no sabía era que los arrendatarios no éramos muy practicantes de alguna religión.

La firma del contrato fue recibida con alegría y esperanza por el pueblo hambriento de Los Palmitos. ¡Por fin, una victoria del sindicato, que en veinte años no había logrado ningún éxito importante! Sin embargo, ese éxito tenía un límite territorial: la división San José, que colindaba con el camino real que va desde San Pedro hasta Paloquemao-Los Palmitos-Corozal.

El primero de marzo comenzó la «tumba de monte», que consistía en derribar con machete los árboles más bajos y cortar con hacha los más altos, todo para limpiar el terreno. Esta era la técnica tradicional que los campesinos usaban para, luego, quemar y preparar la tierra donde cultivarían los productos que asegurarían la alimentación de sus familias. Los campesinos más viejos tenían un olfato y oído envidiables que les permitían saber todo lo que pasaba en el pueblo: dónde había yuca magangueleña, en qué tienda llegaba arroz (aunque fuera de Holanda y tuviera fama de hacer daño), o cuándo llegaban bocachicos de Magangué. A las tres de la mañana, llegaban a fiar, pagando con cosechas que aún no se habían sembrado. A las cuatro, todos, en fila, partíamos hacia la futura «roza», un término usado por los campesinos para referirse a los cultivos de pancoger.

La vivienda era la barranca del pozo (jagüey), junto a una ceiba frondosa, bajo la cual descargábamos y cocinábamos. La solidaridad era evidente: todos comíamos lo mismo, en una olla común, y nos organizábamos en cuadrillas de hombres delgados y curtidos por el sol. A las cinco de la tarde, partíamos a pie hacia el pueblo, a dos horas de distancia. Los jóvenes organizábamos carreras imitando a Álvaro Mejía, el atleta de Medellín que nos alegraba el año nuevo con sus victorias en la Carrera de San Silvestre en Brasil, cuyas hazañas escuchábamos por radio.

### 3. Los guayacanes y la furia de Morales

En quince días, ya habíamos picado y hachado el monte, abierto los guardafuegos, y esperábamos ansiosos el gran día de la quema, que llegó el 19 de marzo, día de San José. Ese día, a la una de la tarde, cuando el sol abrasante de la costa superaba los 40 grados y la sombra parecía quemar la piel, el presidente del sindicato, Tarcisio Pérez, dio la orden: «¡Fuego!». Desde todos los lados, surgieron cuadrillas de hombres que, con mechones impregnados de petróleo, incendiaron las ochenta hectáreas de tierra que habíamos desmontado en jornadas de trabajo que iban desde las seis de la mañana hasta las cinco de la tarde durante los últimos quince días. La tarde en que terminamos la quema, cuando nos dirigíamos de regreso al pueblo, una multitud nos salió al encuentro, celebrando con papayera y acordeón nuestra segunda gran victoria: ¡Ya teníamos tierra!



Figura 3. Paisaje Rural después de los estragos dejados por el huracán, 1970-1971.

Fuente: Archivo de Derechos Humanos CNMH. Fondo Edelmira Pérez Correa. Paisajes de Sucre 21/21. Co.11001000.00573.01-00-00-01-00-000-0021-00683.

### 3.2. Los viejos rememoran a nuestros ancestros zenú y la herencia del radicalismo liberal

Establecidos en las parcelas, y con las referidas obras comunitarias, entre las familias empezaron a circular comentarios: «Eso es comunismo», decían algunos. «No sea ignorante», respondían los más viejos. «Esas tierras eran de los finzenúes, que las perdieron cuando los españoles los usaron para construir 43 pueblos. Construyeron los pueblos, pero destruyeron nuestras autoridades», decían, recordando cómo los finzenúes fueron dispersados en distintos pueblos para debilitar su poder frente a los invasores. «Nosotros somos españoles», decían algunos. «No, somos finzenúes», respondían otros. «Los indios son pequeños». «No, los finzenúes eran altos, esbeltos y de ojos claros. Por eso, no somos negros ni españoles, somos parte de la Gran Nación Caribe». «Eso es comunismo». «No, nuestra cultura es asociativa, solidaria, colectiva. Somos una familia, ellos nos dividieron para dominarnos. Nos destruyeron como pueblos para reinar sobre nosotros».

Los más firmes y determinantes en esa discusión eran Gregorio Narváez, Juan García y Mama Carla, campesinos de entre ochenta y noventa años, altos, delgados, alegres y descomplicados. Ellos hablaban en prosa, movían las manos y la cabeza, componían versos, y se encargaban de curar torceduras de pies y manos, preparar remedios de plantas, tratar picaduras de serpiente, mal de ojo, retrasos menstruales, hemorragias, diarreas y fiebres.

Estos personajes tenían en común su analfabetismo, su ideología radical liberal, y su admiración por el general Rafael Uribe Uribe y por el MRL, que fue liderado por Alfonso López Michelsen. Cuando hablaban, miraban directamente a los ojos, y sus opiniones, más que simples pensamientos, eran sabias conclusiones cargadas de filosofía, que no dejaban lugar a dudas.

Hablaban de nueve grandes grupos étnicos, con sus territorios y líderes: los zenú, los panzenú, los finzenú de la Gran Sabana de Bolívar, los kaamachú, los *mokaná ette ennaka* de Tubará

### 3. Los guayacanes y la furia de Morales

(Atlántico y parte de Bolívar), los arahuacos, los arzarios, los chimilas, los koguis en la región del Magdalena y los wayuu en La Guajira. Ellos sabían que el único proceso de reordenamiento poblacional que se había realizado en Colombia fue llevado a cabo por el teniente coronel español don Antonio de la Torre y Miranda, con la ayuda de la encomendera doña Matías González y Galápago en 1776, cuando reorganizó a 41 133 finzenúes y fundó cuarenta y tres pueblos en la Gran Sabana de Bolívar.

Según contaban, entre 1494 y 1660, llegaron 55 000 europeos a la costa, entre los que se encontraban 10 118 andaluces y 20 000 esclavos africanos. El mestizaje, decían, ocurrió en las haciendas de Cincerín, San Jorge y Tolú. También relataban que el cabildo mayor de los finzenúes fue Pileta y que de allí descendían los pueblos de los bureches y los malibúes, todos altos, esbeltos, de ojos claros y cabello castaño.

Como testigos de esta historia, no solo permanecen en pie los cuarenta y tres pueblos fundados por don Antonio, sino que lugares como Betulia, Albania, Hato Nuevo, Hato Viejo, Palma Sola y Caño de la Vieja, siguen siendo centros de producción de la cerámica más fina y auténtica de los pueblos de la costa Caribe, manteniendo viva la tradición ancestral de sus antepasados, sin que las nuevas generaciones lo sepan. En municipios como Corozal, Los Palmitos, Ovejas y Morroa se han encontrado restos de cerámica y moyos de oro enterrados por los pueblos indígenas para protegerlos de la codicia de don Pedro de Heredia.

Esas lecciones fueron como dagas que atravesaron mi mente, provocando un despertar en mi pensamiento crítico, en mi acción y en mi sensibilidad, alimentando mis deseos de aprender y mis capacidades para ejecutar lo que creía. Más tarde, pude confirmar lo cercanos que estaban esos maestros a la historia integral de la cultura Caribe, un legado que aún conservaban, entrelazado con el pasado y el presente de los pueblos caribeños, cuyos saberes, como tantos otros, fueron enterrados con los sabios campesinos.

La red de caminos reales, que como vasos sanguíneos se conectaban entre sí, permitía a los baquianos campesinos desplazarse con agilidad y seguridad. Estos, en la época de la Gran Nación Caribe, seguramente carecían de títulos que los acreditaran como ingenieros civiles, pero poseían un conocimiento profundo de la tierra y la naturaleza. Los antiguos caminos de herradura que unían a los pueblos zenú, finzenú y panzenú fueron, durante la época precolonial y colonial, las rudimentarias rutas que, construidas por manos indígenas y esclavos africanos, comenzaron como vías de comunicación entre ellos.

Más tarde, sirvieron para eludir a don Antonio de la Torre y Miranda, quien llevó a cabo el único plan de reordenamiento poblacional conocido sin recurrir al exterminio: la creación de 43 pueblos ubicados en el corazón de los Montes de María, cubriendo su costado oriental, occidental, sur y norte, conectados con las planicies de las sabanas y los ríos San Jorge y Magdalena, hasta el mar Caribe.

Estos pueblos, que más tarde se convirtieron en municipios, fueron los ejes de las luchas campesinas. Era común escuchar a los campesinos mayores explicar a los más jóvenes por qué valía la pena luchar por esas tierras que habían sido de los ancestros caribeños. Ellos no hablaban de la destrucción de las culturas indígenas, pero sí se quejaban de las intenciones de don Antonio de la Torre y Miranda al dispersarlos en 43 poblados.

Yo escuchaba atento esas explicaciones, aunque no comprendía completamente la historia, pero me apasionaba y me hacía sentir que lo que vivíamos era una especie de resurgimiento de un pasado lejano, aunque todavía cercano.

Esa rudimentaria carretera, con sus pequeñas variaciones, sería más tarde conocida como la Troncal del Caribe. De niño, acompañaba a mi papá a diario, quien, a cambio de pasto, trabajaba en las fincas Quintero, Quinterito, Arenal, La Aguadita, Barqueta y El Reparó, propiedad de Anibal Olmos. En verano, la yuca se

### 3. Los guayacanes y la furia de Morales

volvía cristalina y amarga, y debíamos recoger pepas de un árbol llamado gueimaro para comer o sacar la cepa del árbol de majagua para extraerle la fibra y hacer cabuya, jáquima, cincha y ristanca, que luego vendíamos para paliar la falta de comida.

En las entrañas de los cerros de los Montes de María, donde después se guarecerían paramilitares y guerrilleros, encontrábamos tinas de agua «llorada» en piedra limpia, con sabor a azufre; la sed nos obligaba a beberla sin saber las consecuencias. Mi papá, a menudo, no sabía qué responder a mi curiosidad: «¿Por qué esta agua es salada, gorda y huele a azufre?», le preguntaba. «Acá debe bañarse Lucifer», me respondía. Yo quedaba petrificado de miedo, imaginándome a Lucifer en cada árbol, pero ese miedo se desvanecía rápidamente.

Otras veces, con las manos, escarbaba en la arena del arroyo hasta que brotaba agua; al beberla, sentía que era salada y desagradable. «¿Por qué esta agua sabe tan mal?», preguntaba. Mi papá contestaba: «El diablo debió orinarse aquí; por estas quebradas se esconde la Llorona, las almas en pena, y salen entierros; el diablo bota candela por los ojos». La sensación de inquietud era tal que, a las luciérnagas, que aparecían en verano, las confundía con seres sobrenaturales.

Mi papá no era hombre de muchas creencias religiosas, pero cargaba con un mundo de mitología y supersticiones que me daban escalofríos. Tenía también un marcado rechazo hacia los militares, y su salida de Sincé, su pueblo natal, y su posterior llegada a Los Palmitos, fue para eludir el servicio militar. Era un excelente decimero, aunque solo mostraba su talento cuando bebía o estaba trabajando en el desmonte; verlo trabajar la tierra bajo el filo de su machete causaba una inexplicable satisfacción que, para mí, siempre fue un misterio.

A esas supersticiones recurría para callarme por breves momentos. «¿Por qué buscas agua donde hay árboles de ceiba, floral y matarratón?», le preguntaba. «Estos árboles nacen donde el

agua está cerca». Recuerdo que, cuando mi vista se irritaba, él cortaba una rama de matarratón y, con el agua que salía de ella, me curaba el malestar de los ojos.

### 3.3. Con la familia establecidos en Los Palmitos

En mi mente, los recuerdos me transportan al bello pueblo de Los Palmitos, a la casa donde nací; era grande y debió haber tenido una época de gloria. El patio era inmenso, con cuatro estacas del corazón de un árbol llamado pijiño, que se endurece con el tiempo y su sabor amargo desagrada a los comejenes; un corpulento palo de mamón; dos árboles de totumo: uno en la puerta, con trancas largas que producían unas bangañas redondas, y otro en el centro del patio, que producía totumos alargados donde, por las noches, pernoctaban un enjambre de gallinas, tres gallos y una lora extremadamente vulgar, que espiaba a los vecinos y pregonaba frases soeces que alarmaban a las «mentes cultas». Los gallos tenían la costumbre de bajarse de sus perchas para esperar a cuántas gallinas caían para hacerles el amor. Una espesa mata de jazmín florecía tanto en invierno como en verano, y una riata de piedras blancas con una inmensa mata de lirio blanco adornaba el inolvidable paisaje de peñas blancas.

Mi abuelo, Hilario Meza, era un hombre de bigote espeso, nariz y labios delgados, con una mirada felina que helaba la sangre con solo ver su foto colgada en la pared de la sala. Debió haber sido un hombre dominante, casi salvaje, que manejaba a los esclavos que cavaban en una peña fina cuatro hoyos de un metro de largo y veinticinco centímetros de ancho, donde se clavaban estacas que soportaban no solo los embates del tiempo y de los animales, sino también los tirones que mi primo, Antonio Meza, y yo les dábamos con la intención de aflojarlas, para que no amarraran a los animales que ensuciaban el patio con residuos de yerba y excrementos. Mi mamá debía limpiar todo eso a diario y quemar la basura para evitar los malos olores.

### 3. Los guayacanes y la furia de Morales

Mi papá hablaba de él con nostalgia, pues fueron amigos de parrandas. Un día le pregunté a mamá:

- ¿Para qué son estas malditas estacas?
- Para amarrar los animales.
- ¿Qué animales?
- Yeguas, mulos, vacas.
- Y, ¿dónde están las vacas?
- No tenemos finca.
- ¿Tuvimos una?
- Sí, tu abuelo las vendió y se las bebió.

Mi mamá dijo esto con voz ida y mirada nostálgica. En ese entonces, yo tenía ocho años, así que, convertido en hombrecito, le pregunté:

- ¿Dónde están las escrituras de las tierras de mi abuela? Él no tenía derecho a vender lo que no era suyo. Dime, y yo reclamo—, con mi furia juvenil, le dije desafiante.

Al ver mi rabia, mi mamá me abrazó con su mejor sonrisa y me acarició la cabeza.

- Eso se lo llevó el viento. Tú no estabas en camino. No mires atrás, mira al frente. Revertir la historia es difícil, mejor sonríele al futuro. Deja eso así.

Su voz tan tierna y apacible desarmó mi rebeldía. Nunca más volví a tocar el tema; sentí que había cosas que le dolían profundamente y que le lastimaban el alma. Ese día, la percibí tan tierna, tan frágil, tan humana, tan mujer que, desde ese momento, me convertí en su protector y juré defenderla con mi vida, si era necesario. Nunca más una grosería, no dejaría que volviera a trabajar. Mi hermano y yo trabajaríamos para ella, no sería más partera ni lavandera de ropa ajena; yo buscaría sus calillas, sus tintos y velaría sus siestas.

Desde muy niño, la acompañaba a buscar bajagua, una planta con la que preparaba bebidas para purgar a Víctor, quien, siendo hombre, presentaba una palidez azufrosa que lo inutilizaba para el trabajo físico. El médico del pueblo, el doctor Rubio, no sabía qué mal aquejaba a mi hermano. Una noche, vi que Víctor arrancaba la vieja pared de boñiga y se la llevaba a la hamaca; como mi papá me llevaba a las faenas agrícolas para que le hiciera compañía, almorzando, le comenté:

—Papá, la pared no se cae, Víctor se la come; por eso, está enfermo. ¿Lo viste?

—Sí.

El silencio de mi padre fue absoluto. Inmediatamente, ensilló el burro, y partimos al pueblo. A las tres de la tarde llegó mudo, entró por la puerta falsa —esa puerta que tienen las viviendas rurales en la costa— y, ciego de ira acumulada, le dio una paliza tan fuerte y brutal a Víctor que el enfermo alcanzó a zafarse de la tormenta de cáñamo que le caía encima. Solo paró de correr cuando llegó a la casa de Pablo Arrieta, un campesino acomodado que tenía una hermosa casa en la calle principal de Corozal y una finca en la zona de las Aguaditas, Montes de María, municipio de Morroa.

Seis meses después, llegaron voces que, en secreto, le informaron a mamá que Víctor, la «oveja negra», estaba en el hospital de Corozal. Al verla lista con su elegante trenza, la increpé:

—¿Para dónde vas?

—Vamos, me acompañas a Corozal.

El hospital, en ese entonces, era un centro de confluencia para los ricos terratenientes de Sucre, pero también contaba con una pequeña área de caridad, donde estaba el «cuarto del olvido». Ese cuarto recibía todos los ruidos del hospital, pero la voz del pobre enfermo nunca se escuchaba. Como mi hermano había corrido desde Los Palmitos hasta Corozal, diez kilómetros, cuando Pablo

### 3. Los guayacanes y la furia de Morales

Arrieta lo llevó al hospital, el doctor Vergara, que en ese entonces era el director del centro hospitalario, lo refugió en ese cuarto para protegerlo.

Allí, Víctor deseaba cualquier cosa menos caer en manos de ese hombre pequeño de carácter apacible, tolerante y solidario, pero capaz de transformarse en una fiera salvaje. Fue él quien le hizo caer rayos y centellas, como meteoritos que estremecieron su cuerpo maltrecho, carcomido por las porquerías que consumía, que mantenían a mis padres esclavos de su vicio. El diablo se le presentó transformado en una banda de hombres pequeños vestidos de blanco, lo que lo hizo pensar que los médicos, por sus vestimentas, formaban parte de esos meteoritos que lo golpeaban en manada.

Mi mamá, serena, le dijo al doctor Vergara:

—Quería saber si estaba acá.

—¡Déjate de cosas! ¡Entra, habla con él! Ven todos los domingos.

Dos años duró mi hermano en el hospital de Corozal. Ya no permanecía como paciente, sino que se había convertido en un personaje dentro del hospital: cuidaba los jardines, hacía mandados y orientaba a los visitantes. Cuando regresó a Los Palmitos, lo hizo convertido en un hombre fornido, de un metro setenta y cinco centímetros de estatura, y rebosante de salud. Nunca se tocó el tema de su adolescencia; como era costumbre en nuestra familia, lo pasado quedaba en el olvido. Si mi hermano comía estiércol, ¿fue posible redimirlo y convertirlo en sujeto de su propio cambio, en lo que Carlos Marx llamaba «clase para sí»?

#### 3.4. Llega un tsunami en apoyo a la lucha agraria: asesores, activistas, estudiantes...

De la Troncal del Caribe parten quebradas que, en su camino, se convierten en arroyos que se van uniendo hasta desembocar

en el arroyo Arenal, en Naranjal, y, luego, en el arroyo Pichillín, que llega al golfo de Morrosquillo, en el mar Caribe. Mi papá me contaba que el agua del mar rechazaba el agua dulce, pero que esta última terminaba ganando poco a poco. «Pero, papá, si el arroyo tiene fuerza, ¿por qué no lo hace de una vez?», le preguntaba. «Porque, con mañitas y salivitas, el burro le mete a la hormiguita», me respondía. Yo no entendía la metáfora, pero en mi mente de preadolescente circulaban toda clase de escenas y me imaginaba al agua dulce tratando de penetrar al mar de manera casi erótica.

Años más tarde, en plena adolescencia, viajamos en gallada hasta un punto a seis kilómetros de Los Palmitos. En principio, el camino trascurría por peñascos profundos hasta llegar a El Chorrrito, en el municipio de Morroa, a recoger agua en un recodo del arroyo donde brotaba agua de la tierra, y los campesinos construyeron pozos artesanales de donde en verano se surtía el pueblo; esa agua también sabía a azufre, pero parecía extraída de un refrigerador porque era completamente helada.

Generalmente, nos bañábamos en manada, como la naturaleza nos trajo al mundo; es la cultura del desnudo heredada de la cultura ancestral de los pueblos indígenas. No obstante, previamente, cumplíamos nuestro deber sexual con «María casquito». Ese tipo de actividad es normal en adolescentes de pueblos costeros, heredada también de nuestros ancestros, y solo más tarde percibí que los ciudadanos del interior del país se alarman por nuestro desfogue sexual, pero no se alarman por los procesos de masturbación que sus jóvenes llevan a cabo. Nunca encontré una explicación científica que me aclarara por qué unas prácticas sexuales son inmorales y otras son moralmente aceptadas. Tampoco, nunca supe por qué las aguas que brotan de las cordilleras de los Montes de María son saladas y las de las cordilleras Andinas son dulces, si ambas son cordilleras.

En otras ocasiones, cuando los pozos públicos se secaban, nos dirigíamos a la hacienda Villa Sol, propiedad de Nelson Martelo,

### 3. Los guayacanes y la furia de Morales

un terrateniente de alta alcurnia de la aristocrática ciudad de Corozal. Esta hacienda colindaba con el cementerio de Los Palmitos; allí íbamos a surtirnos de agua, pero solo se nos permitía extraer dos cargas y no podíamos bañarnos ni, mucho menos, podíamos acercarnos a las hermosas mulas que pastaban en la hacienda. Esta situación nos resultaba frustrante, y solíamos insultar a los «pájaros celadores», llamándolos «maricones» y «cuidadores de culos ajenos».

Antes de empezar a trabajar en El Recreo, Juan García y mi tío, Mateo Meza, convencieron a Lorenzo Barrios, el único hacendado negro con el labio inferior pronunciado que conocí en el municipio de Corozal, para que nos permitiera trabajar en sus fincas en Joney, en la zona de Naranjal, a cambio de convertir sus tierras en pasto. Así fue como conocí bien la planicie que une los municipios de Los Palmitos, Morroa, Ovejas, Chalán y Coloso.

Cuando los arroyos de Joney, Arenal y Coloso se desbordaban, inundaban las zonas más bajas, creando lagunas que los muchachos convertíamos en piscinas para bañarnos y sentirnos tan libres como cuando nacimos. Éramos libres como el viento o la brisa marina, y esa libertad era fomentada y estimulada por los mayores, quienes no mantenían posturas rígidas ni autoritarias. No teníamos riquezas, pero poseíamos autonomía y libertad; la sonrisa, la alegría y la despreocupación que adquirimos en nuestra infancia nos acompañaron como una herencia genética indisoluble a lo largo de toda la vida. Esa fértil y próspera planicie fue testigo del paso de un grupo de adolescentes que, soñando con ser grandes, visitábamos por primera vez los prostíbulos. Esos disparates solo se aliviaban con el acompañamiento de tres o cuatro jóvenes mayores, quienes nos guiaban en esos primeros pasos.

Naranjal es una extensa zona de tierra fértil en el departamento de Sucre, productora de ñame, yuca, maíz y tabaco negro. La calidad del suelo produce un tabaco cuyas hojas son realmente proporcionadas, alcanzando tamaños impresionantes de hasta

ochenta centímetros de diámetro. Sin embargo, la producción de potasio es débil, y las venas de las plantas conservan demasiada agua, lo que obliga a los campesinos a construir ranchos ventilados y usar varios fogones para secar las hojas, logrando así la textura y el color acanelado que caracterizan al mejor tabaco.

### 3.5. Mi vinculación al sindicalismo, al liderazgo social y a procesos de formación

La tradición cultural colectiva parecía estar dormida en la conciencia de los miembros del sindicato de agricultores de Los Palmitos. Solo después de un largo letargo, mediado por generaciones de procesos de desculturización vividos en la costa, esta tradición despertó con fuerza, como brotan las plantas en la tierra fértil de las sabanas cuando llegan las primeras lluvias de la primavera.

Una vez que la vida nos enfrentó al reto de la colectividad, no solo logramos asumirlo como algo natural, sino que le dábamos sustento teórico recurriendo a historias que reconstruían el pasado de los nativos, quienes eran los verdaderos poseedores de los territorios ancestrales. Ahora, los campesinos parecían nuevamente libres; el desarraigo que los había afectado por tanto tiempo parecía haber desaparecido, y habían vuelto a retomar parte de las viejas costumbres que sobrevivieron a las enseñanzas bíblicas y a la dispersión impuesta por don Antonio de la Torre y Miranda en la costa Caribe.

Para nuestra desgracia, estas historias se contaban principalmente en los velorios, en medio del ocio y los tragos, o durante la faena agrícola, cuando, agotados por el sol y el calor, nos refugiábamos bajo un árbol, tomando agua y afilando las rulas. La memoria oral, a diferencia de la escrita, tiene la ventaja de fascinar y embelesar al oyente, que se pierde en el embrujo de esa fantasmagórica realidad, sin saber si está soñando, recordando o viviendo en diferentes dimensiones aquello que le ensombrece el alma.

### 3. Los guayacanes y la furia de Morales

Recuerdo el día en que, tomado de la mano de mi papá, fui afiliado al sindicato de agricultores de Los Palmitos. Juan García y Gregorio Narvárez me acariciaron la cabeza y, a partir de ese momento, me protegieron y me transmitieron su sabiduría; ese mismo afecto lo expresaron otros socios del sindicato. Por eso, cuando la Unión de Trabajadores de Bolívar (Utrabol) comunicó que había dos cupos para asistir a un seminario de líderes sindicales en Cartagena, todos me miraron, y no hubo necesidad de propuesta ni votación: ya estaba decidido, yo viajaría. La única voz contraria fue la de mi hermana Julia. Ella soñaba con que estudiara derecho y estaba dispuesta a trabajar en la casa de Hugo García, un terrateniente de Corozal residente en Barranquilla, para financiarme la carrera.

La idea de estudiar me atraía, pero el precio era demasiado alto: las muchachas de servicio terminaban siendo las amantes de los hijos de los «blancos». Esa humillación no la soportaría por un título universitario. «Quiero estudiar, pero no a ese precio», le dije a mi hermana durante una discusión. «Si papá pudiera apoyarme, no lo pensaría, me iría a estudiar. Pero ¿tú trabajando en una casa de familia por mí? Esa gente no respeta a los pobres». «Te vas a quedar bruto», me respondió ella. «No, no me voy a quedar bruto, pero tampoco quiero que tú paras hijos de padre desconocido. No insistas».

El 2 de febrero de 1966, partí hacia Cartagena junto con Genaro Pérez, otro aspirante a líder social. Allí nos unimos a 58 jóvenes más; todos eran bachilleres, menos yo. Desde la primera semana, me ubiqué entre los más destacados del seminario. No me fue difícil establecer buenas relaciones con los instructores, dos hombres maduros con amplios conocimientos y excelentes habilidades pedagógicas, uno paisa y el otro boyacense, ambos vinculados a *Radio Sutatenza*. A pesar de nuestra despreocupación por la religión, teníamos que asistir a misa los domingos, ya que el curso se llevaba a cabo en una entidad religiosa en el barrio Crespo, a orillas de la playa. Sin embargo, cinco de nosotros evadíamos ese ritual, escapándonos para visitar amigas en Cartagena o Pasacaballo.

Ya avanzado el curso, una tarde, mientras conversaba con el instructor de Boyacá, me dejó unas premisas que siempre me han acompañado: «Cuando un líder conserva demasiados papeles en su escritorio, no es porque tenga mucho que hacer, sino porque es desordenado». «Cuando los líderes no tienen las cuentas al día, cuando falta un papel o la información la maneja alguien que no está, ten la seguridad de que hay “rosca”». «En una discusión política, nunca uses frases soeces que hieran los oídos de los demás. Usarlas es manifestación de debilidad y un reconocimiento de la fortaleza del otro». «Cuando las cosas sean delicadas, conserva la calma, escucha y emite tu opinión solo cuando conozcas los argumentos de los demás». «Siempre habla con seguridad, no te preocupes por el grado de verdad; la verdad no existe, solo existen opiniones diferentes». «No siempre la información es fortaleza; a veces, es charlatanería. Por eso, es importante mirar a los ojos al que habla, pero no digas lo que piensas».

Recuerdo también el impacto de la noticia de la muerte de Camilo Torres, el «cura guerrillero», el 16 de febrero de 1966. Los instructores culparon a Fidel Castro, a quien acusaban de haber llevado a Cuba al comunismo por resentimiento, debido a que, según ellos, había perdido una parte del miembro reproductor en una operación. En toda la costa Atlántica, se escuchaba *Radio Rebelde* de Cuba, y muchos de nosotros estábamos influenciados por las ideas que allí se emitían. No era fácil convencernos de que Fidel era Satanás, así que, aunque escuchábamos los discursos anticastro, no los aceptábamos del todo.

Mi primera frustración como líder social llegó el día del examen de oratoria. Tenía preparado un discurso, aprendido de memoria en las playas del barrio Crespo, pero, cuando llegó el momento de exponer, todo desapareció de mi mente y tuve que improvisar a mitad de mi intervención. La angustia que sentía en esa improvisada tarima se multiplicaba al ver las señales de nerviosismo en el auditorio, que esperaba que

### 3. Los guayacanes y la furia de Morales

cerrara con broche de oro; esto me hizo bajar al tercer lugar de los graduados. Mi premio fue una colección de libros sobre historia de la literatura, historia del sindicalismo y la encíclica papal.

Me di cuenta de que para algunos jóvenes estos aprendizajes eran sus proyectos de vida. Recuerdo a un muchacho de color, proveniente de una isla cerca de Cartagena, quien, al no quedar entre los cinco primeros, lloraba desconsolado. Otro joven, algo despistado al principio del curso, logró entender bien y quedó cuarto, y uno de Pasacaballo, con experiencia en lucha libre, encabezó el grupo y siempre fue cómplice en las fugas clandestinas que organizábamos.

Después de tres meses, regresé a Los Palmitos. El «pueblo de las colinas», el «cerro de las lomas» es un morro de cien metros de altura y ochenta metros de ancho, con forma redonda; en su cima, completamente plana, crece una espesa sabana. Se sube por rústicos escalones, donde mamá Carla solía contarme que sus abuelos le decían que allí se realizaba la ceremonia de transmisión de mando de los caciques. Ese cerro era el corazón de un mundo de pequeñas y medianas colinas de piedras blancas, que creaban un serpenteante camino de diez quebradas, cada una terminando en pequeños valles cubiertos de espesas neblinas durante las madrugadas.

El arroyo que bordea el barrio de Chingalé, donde se unen las diez quebradas, traía un aire fresco, y cada aguacero era un acto de renovación de la cultura nudista indígena. También se han encontrado valiosas piezas de oro, que hoy están guardadas en el comando de policía de Los Palmitos, como la famosa custodia de Badillo. En la Casa de la Cultura descansan inmensos moyos, cerámicas y piezas de oro que dan cuenta de los rastros de los antiguos habitantes que tomaron esa región como su asentamiento.

Fue allí donde asumí como secretario general de la Junta de Acción Comunal de Los Palmitos. El pueblo se construyó sobre

una gran zona de peñas blancas secas, cruzadas por fuertes quebradas. La tarea era clara: ampliar las calles y construir muros de contención, en alianza con la administración municipal, los vecinos y la Junta de Acción Comunal. Todo era como una fiesta: las mujeres cocinaban en plena calle para todos, otras preparaban y distribuían guarapo de panela para mitigar la sed, los albañiles más experimentados ejercían como maestros de obra, y otros se encargaban de mezclar cemento y arena. Éramos un verdadero equipo de hombres y mujeres laboriosos, decididos a hacer de aquel pueblo un lugar digno para sus habitantes.

En 1968, Ana Carmela, viuda de Olmos, se negó a ampliar la cobertura territorial del contrato de arrendamiento y a venderle la finca El Recreo al Incora; ante su negativa, decidimos invadir el resto de la hacienda y presionar al Incora para que la adquiriera. Sabíamos que en las divisiones de las fincas Germania y El Recreo pastaba ganado cimarrón, cuyas crías eran devoradas por enormes serpientes, así que, un 21 de febrero, nos unimos al ejército de campesinos recuperadores de tierras.

Al cruzar un árbol seco de majagua, me encontré en el lomo de una serpiente, que, al sentir mi peso, se tensó y emitió un sonido que alertó al grupo de campesinos que, con alegría, se adentraban en el monte; mi espanto fue absoluto, pero con un salto de cinco metros logré alejarme del peligro. En segundos, los campesinos tomaron varas de cuatro metros para enfrentar al animal. La primera serpiente que matamos medía seis metros de largo y tenía un diámetro impresionante; encontramos su cueva, llena de huesos, y dentro había cuatro serpientes más.

El miedo se apoderó de los más jóvenes; habíamos visto serpientes, pero no tantas ni tan grandes. Solo los campesinos más experimentados mantuvieron la calma. En total, encontramos diez nidos de serpientes y, con cada susto, matábamos una más hasta que, al final, el miedo dio paso a las risas por tantos sobresaltos.

### 3. Los guayacanes y la furia de Morales

Para rematar, doña Ana Carmela puso una denuncia y nos mandó la policía. Nosotros, sin embargo, mostramos copia del contrato, y Apolinar Díaz Callejas, gobernador en ese entonces, determinó que no hubo invasión, sino una violación unilateral del contrato; enviaron peritos a medir y Ana Carmela tuvo que pagarnos por las mejoras. La hacienda quedó registrada como reclamada por los campesinos, y comenzaron las negociaciones con el Incora.

La famosa Ley 135 de 1961 permitía que el propietario pudiera reservarse cien hectáreas por cada hacienda que tuviera, pero existía también una norma del «espanto», por la que se consideraba la afectación de predios aledaños, la cual «afectó» a la hacienda El Nogal, propiedad de Luis Taboada, un destacado médico de Corozal.

Con la constancia que nos acreditaba como beneficiarios de la reforma agraria, organizamos una cooperativa que fue liderada por el profesor Arturo Borrero Márquez, la cual se encargó de la compra y comercialización de los productos agrícolas. Con los ahorros de los campesinos, pudimos comprar cosechas de tabaco, maíz y ajonjolí, y venderlas directamente a los exportadores, eliminando a los intermediarios que solían explotar al campesinado. Además, suministrábamos víveres de primera necesidad a los socios, ya fuera al contado o a crédito, desafiando las normas del cooperativismo, que aconsejan comprar y vender solo al contado y a precios más accesibles.

En un impulso espontáneo, asumí la administración de la cooperativa. Un día, sin previo aviso y sin carro oficial, llegó Edelmira Pérez, jefa del Departamento de Sociología del Incora, quien me hizo una pregunta virulenta: «¿Sabes para qué sirves?». «¡Claro que sí!», respondí. «Me parece que no», dijo ella, mirándome fijamente a los ojos. «Lo que estás haciendo lo puede hacer cualquiera de tus compañeros, pero ellos no pueden hacer lo que tú sabes hacer. Estás desperdiciando tus conocimientos». Su diagnóstico fue tajante; en ocasiones anteriores, cuando me encontraba trabajando en el campo, me solía decir: «¿Estás disfrazado de campesino?», pero nunca, como ese día, fue tan

directa. En silencio, me dirigí a la casa del tesorero, le entregué las llaves, el dinero y los libros, dando por concluido ese capítulo de mi vida.

La felicidad y la desgracia son procesos desencadenados por fuerzas y circunstancias que no siempre podemos predecir ni evitar. Tras la entrega de la hacienda El Nogal, ocurrieron varios hechos trágicos en el grupo de campesinos. Todos nos asentamos a orillas de la vía El Bongo-Magangué; el burro que antes usábamos para desplazarnos a Los Palmitos fue sustituido por el carro. La cooperativa que habíamos constituido la trasladamos a una casa de material, reemplazando la palma por Eternit. Sin razón aparente, fue asesinado por desconocidos Rafael Pérez; más tarde, Juan Tarras también fue asesinado y su cuerpo arrojado en El Bongo. Inexplicablemente, una retroexcavadora que trabajaba en la vía atropelló a un niño de once años.

Tres personajes fueron fundamentales en el rumbo de la organización campesina en esa región sabanera. Mario Montoya, abogado regional del Incora, joven profesional de fuertes convicciones democráticas, sencillo, sabio y con una gran sensibilidad social. Tenía los pies sobre la tierra y conocía bien las potencialidades sociales del departamento; sin embargo, actuaba con mesura y aplomo.

Apolinar Díaz Callejas, nacido en Colosó, en el corazón de los Montes de María, era jovial, alegre y sin complicaciones. Exgobernador del departamento de Sucre y viceministro de Agricultura, fue un convencido defensor de la reforma agraria, pero, más allá de eso, estaba plenamente convencido de la necesidad de organizar a los campesinos para romper el dominio de una clase gobernante retrógrada. Fue una pieza clave para empoderar a las comunidades, mostrándoles su capacidad para ser agentes del cambio en la estructura agraria regional.

Edelmira Pérez, una extraña paisa con una voz pausada y una metodología accesible para los campesinos iletrados, dirigía el

### 3. Los guayacanes y la furia de Morales

Departamento de Sociología del Incora, que abarcaría Sucre, Córdoba y Bolívar. Su forma de hablar y su estilo sencillo daban la impresión de haber nacido y crecido en el campo. Junto con un grupo de profesionales comprometidos con la teología de la liberación, corriente del clero en América Latina basada en el compromiso con los pobres, asumió el reto de transformar la mentalidad conformista de los campesinos. Sin alardear de sus conocimientos, tenían la intuición para identificar a aquellos compañeros y compañeras con potencial de liderazgo.

Para los campesinos, Mario, Apolinar y Edelmira eran simplemente parte de su entorno. Sin discursos grandilocuentes, enseñaron a los campesinos el concepto de igualdad entre los seres humanos, lo que marcó el inicio del fin de la dominación ideológica y servil que la Iglesia católica, con ortodoxia, y los terratenientes, con intereses y prácticas medievales, ejercían sobre ellos. Ayudaron a romper la cadena que oprimía la conciencia del campesinado sabanero y a construir los cimientos de una nueva historia social.

Mis desplazamientos tomaron otro rumbo. Primero fue Cali, para un taller sindical de ocho días; luego, a Sincelejo, donde el Incora impartía un curso sobre contabilidad en empresas comunitarias y cooperativas. Después, llegaron a la comunidad los profesores de la Universidad Cooperativa de Colombia (Indesco), para instruirnos sobre cooperativas agrícolas. El SENA también llegó a enseñarnos nuevas tecnologías en materia de producción agrícola, artesanías, y técnicas para castrar y suturar ganado. El ICA nos brindó herramientas para cultivar tabaco y maíz de manera que se evitara la erosión del suelo. *Radio Sutatenza* nos enseñó a producir abonos orgánicos para una agricultura más limpia. Por último, el IICA CIRA estableció escuelas de alfabetización usando el método de Paulo Freire, el brasileño que promovía la educación-acción-participación.

Esta fue, en particular, una forma sencilla y efectiva de mostrarnos a los campesinos que existían monopolios imperialistas

transnacionales que se apropiaban de nuestras riquezas y la plusvalía que generábamos, y que nuestra pobreza no era voluntad ni designio de Dios, sino fruto de la mano invisible y perversa del sistema de dominio organizado por el propio hombre.

La mayoría de los campesinos, atónitos, sintieron como si el velo que cubría sus ojos se rasgara por completo. Era como si un viento huracanado les arrancara las vendas que durante años les habían adherido en sus ojos y almas. La curiosidad se desbordó, y comenzaron a surgir apellidos conocidos y relacionados con los empresarios que compraban y exportaban el tabaco de la región: Taboada, García, Pizarro, Támara, Espinosa, que funcionaban como tentáculos de las empresas norteamericanas, alemanas, inglesas y francesas.

Estos intermediarios sostenían una red expoliadora que manejaba el dinero para distribuirlo entre los cosechadores, quedándose con la mayor parte del trabajo y de la riqueza generada por las familias campesinas. Los campesinos, sin embargo, no veían a los exportadores como explotadores, pues los corredores jugaban el papel de intermediarios que aparentaban proteger sus intereses.

Por primera vez, los campesinos obtuvieron una explicación lógica y racional para su pobreza, para su miseria, y, por primera vez, identificaron un responsable terrenal de esa situación. Dejaron de cargar sobre sus hombros la culpa divina, entendiendo que no era la voluntad de Dios, sino el resultado de las estructuras injustas de poder.

Los interrogantes no tardaron en surgir: ¿qué pacto existe entre la Iglesia y los monopolios?, ¿qué papel juega el Gobierno?, ¿es que el Gobierno y los monopolios son lo mismo?, ¿por qué la reforma agraria?, ¿quién les paga a ustedes? Cada pregunta llevaba a una explicación aún más inquietante. La respuesta era clara: la estrecha alianza entre las élites terratenientes de la región, la Iglesia católica, la burguesía industrial exportadora (integrada por los hijos de los terratenientes) y los monopolios internacionales.

### 3.6. La vereda El Recreo se convirtió en un punto de ebullición política y social

La vereda se convirtió en un punto de referencia, donde se daban cita funcionarios de todas partes del país y de América Latina que estaban involucrados en procesos de reforma agraria. Mi casa fue el centro de este desfile de visitantes, cada uno trayendo libros y documentos que me regalaban gustosamente. Aunque no lograba digerir tanta información y literatura nueva, leía sin descanso, como alguien recién salido de un manicomio, sin un plan metodológico ni un orden definido.

Nos hablaban del Frente Unido del Pueblo, y nos leían el periódico del mismo nombre. Nos explicaban que el primer punto de la plataforma de Camilo Torres se refería al problema agrario: «La propiedad de la tierra será del que la esté trabajando directamente, no se comprará la tierra a nadie. La que se considere necesaria para el bien común será expropiada sin indemnización». Sin embargo, lo que más nos llamaba la atención era el tema de la tierra.

Mi tío, Mateo Meza, se emocionaba al escuchar sobre el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), el Frente Unido, la Alianza Nacional Popular (Anapo), el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC), el EPL y el ELN; ya veía una posible alianza entre la Iglesia, los militares, las universidades y los sindicatos. Él creía que el triunfo contra los terratenientes, a quienes asociaba con los conservadores, era inminente. Nosotros, sin embargo, queríamos más información, ya que pensábamos que la Iglesia y los militares también eran terratenientes que ejercían el poder.

Nos hacíamos preguntas: ¿esos frentes son de clase social o de organizaciones políticas? Y, si Camilo Torres ya está muerto, ¿quién manda allí? No teníamos una comprensión completa de todo, pero sí nos quedaba claro que las personas que estaban en el Frente Unido tenían formación académica, lo que para nosotros era una ventaja frente a un puñado de campesinos inquietos.

El fervor fue tal que decidimos montar una escuela para enseñar a leer y escribir a nuestros amigos de la misma edad. Más tarde, continuamos esta labor con los militantes iletrados que llegaban a la organización política, porque no concebíamos a un revolucionario que no pudiera leer ni escribir. Ya teníamos la convicción de que la revolución no solo necesitaba del pueblo raso, sino también de los diversos saberes que ayudarían a llevarla a cabo.

Todo comenzó a cambiar en El Recreo. La ebullición y el flujo de personas aumentaron cada vez más. Además de los funcionarios de las entidades del sector agropecuario, comenzaron a llegar profesores y estudiantes de universidades como la del Atlántico, la Universidad de Antioquia, la Universidad Nacional, la Pedagógica, la del Valle y la del Cauca. También arribaron delegaciones de países como Panamá, México, Chile, Venezuela, Brasil, Argentina y Cuba. Con ellos, llegaba literatura de izquierda: los escritos de Carlos Marx y Federico Engels, *El manifiesto comunista* y *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*; de Vladimir Lenin, *Un paso adelante y dos pasos atrás* y *El Estado y la revolución*; de Mao Tse-Tung, *Las cinco tesis filosóficas*; de Trotsky, Enver Hoxha, Indalecio Liévano, entre otros.

Los visitantes traían consigo música, y compartían historias de la lucha socialista, de sus triunfos y fracasos. Nos hablaban de figuras como María Cano, de las luchas en las bananeras, de Jorge Eliécer Gaitán, de Bolívar, y de la necesidad de armarnos para la guerra. También nos relataron la farsa electoral, con la famosa frase «El que escruta elige». Como conclusión, se fue afianzando en nosotros una postura abstencionista, de desconfianza en las instituciones y en las promesas de cambio a través del sistema electoral.

Los guayacanes y los sabanales, que con su verdor protegían la capa vegetal de los hermosos arbustos, fueron escenario de llegadas que nos alteraron. Las cinco hectáreas de tierra arcillosa, rodeadas de tunas, pitahayas y un enjambre de bejucos, se convirtieron en el marco de veladas que reunían a espectaculares mujeres e intelectuales barbudos.

### 3. Los guayacanes y la furia de Morales

Bajo un cielo estrellado, los relatos y las veladas culturales, llenas de historias narradas por los visitantes, nos sumían en una mezcla de fascinación y desconcierto. Las historias que nos contaban los campesinos, maestros en el arte de la expresión oral, palidecían ante las historias juveniles de nuestros visitantes. Los cincuenta jóvenes que asistíamos a esas reuniones nos mirábamos entre nosotros, buscando una respuesta, pero la confusión era total: ¿quiénes eran estas personas?, ¿todo lo que nos contaban era verdad?

Para ellos, todo se reducía a una agradable velada cultural en un paisaje paradisiaco, en el que su imagen se desvanecía con el paso del tiempo. Árboles de guayacanes, flores de jazmín, tierras no cultivadas y el inmenso cielo estrellado nos rodeaban, creando un ambiente casi surrealista, digno de un cuadro. Pero nosotros, los campesinos, salíamos perturbados y confundidos, sin entender si aquellos visitantes formaban parte de brigadas internacionales, como la del Che Guevara, enviadas a expandir la revolución, o si eran simplemente soñadores de clase media, buscando conocer la realidad del campesinado para, luego, escribir libros sobre ella o seguir contando historias.

Los campesinos, por su naturaleza, son grandes narradores de historias costumbristas, que enriquecían esas veladas con su toque mágico. Sin embargo, nos dábamos cuenta de que esos relatos, llenos de fantasía y emoción, también ocultaban una pena profunda, la de quien ha sido desterrado de sus sueños y se mira a sí mismo en el triste reflejo de un destino que lo maldice. Así, estábamos expuestos a esa contradicción, pero no le temíamos al reto; era como volar hacia la luz en medio de la oscura noche, buscando la claridad en la cima del mundo, para encontrar el genio de la música nocturna en una intoxicación colectiva de placer.

Definitivamente, la vida de la comunidad se había transformado. Estábamos viviendo una metamorfosis, una transmutación que trastocaba nuestros sueños iniciales: tener tierra, cultivarla y ser parte del desarrollo cultural de la región. Como presidente del

sindicato fue elegido Julio García Santos, un hombre que había abandonado las filas del Ejército. Aunque no tenía parcelas, le aportó oxígeno, disciplina y vitalidad al grupo.

Al principio, las ochenta familias solo querían un pedazo de tierra para trabajar y vivir dignamente; los jóvenes, por nuestra parte, soñábamos con un estadio de béisbol donde poder jugar. Elegimos los guayacanes como el terreno ideal, pues era firme pero arenoso. Creamos el equipo Los Agrarios y organizamos un concurso de belleza en Los Palmitos, con las hijas de los campesinos, todas mujeres de belleza tropical: sus encantos no eran glamurosos, sino naturales, y causaban gran admiración en todos los jóvenes de la región. Trajimos a las mejores orquestas, bandas musicales y grupos vallenatos para amenizar el evento, todo ello con el objetivo de recaudar dinero para comprar manillas, bates, pelotas, guayos y uniformes. Fue una febril actividad cultural liderada por el sindicato.

La pasión creció tanto que pronto comenzaron a llegar instructores de Cartagena, Sincelejo y Montería, y rápidamente logramos acceder al campeonato departamental de segunda categoría. Ocho jóvenes de los más destacados fueron seleccionados para integrar la selección departamental de béisbol de Sucre, y cuatro de ellos terminaron en la selección nacional. Los Palmitos se convirtió en una verdadera fortaleza beisbolera, gracias al entusiasmo de este grupo de jóvenes campesinos. Atrás quedaron los días en que idolatrábamos a figuras como Luis Herrera, Luis de Arco, Milcíades Mejía o Rafael Morales, estrellas colombianas de la Selección Mundial de Béisbol.

Paralelamente al béisbol, practicábamos el boxeo. Trajimos a «Barbulito» Zuluaga, de Montería, y a «Mochila» Herrera, de Cartagena, para una exhibición boxística. Todas estas actividades las combinábamos con el baile; el *twist*, el *rock and roll*, la salsa pesada, el vallenato, el bolero antillano y la ranchera nos apasionaban tanto como las novias y las actividades sexuales que desarrollábamos sin escrúpulos ni prejuicios morales.

La tristeza, la melancolía, la soledad, el desamor, el cansancio o el estrés no formaban parte de nuestro vocabulario. Aunque nuestra jornada laboral era de seis de la mañana a una de la tarde, ni el agua ni el sol ni la enfermedad nos detenían cuando una nueva pasión nos convocaba. Cada baile de gaita, velación de santos, fandango o caseta era una posibilidad de conquista, no existía un plan, pero sí una lujuria desbordante, a flor de piel y sin control a la vista.

Fue tal vez esa energía la que, como un imán, atrajo a un segundo flujo de intelectuales, esta vez de izquierda, provenientes de todo el país hacia ese pedazo de tierra. Éramos un grupo de campesinos jóvenes, pero con mentalidades abiertas, inquietas, despiertas y dinámicas. Rompíamos el molde cultural del campesinado: mirábamos de frente, sonreíamos con malicia y tranquilidad, vestíamos con la última moda de la región, no nos cohibíamos ante extraños, y manteníamos un diálogo respetuoso, pero entre iguales.

Las palabras «blanco», «doctor», «don» no formaban parte de nuestro léxico. Los conceptos cristianos de «malo», «pecado», «maldad», «perdón», «arrepentimiento», «castigo», «miedo», «superior» o «sumisión» no estaban en nuestra estructura de valores. Nos sentíamos libres, éramos nosotros mismos, y la red de afectos y complicidad que se había formado entre nosotros iba más allá de la consanguinidad, funcionando como una verdadera comunidad diversa, pero unida por mil lazos interactivos. Lo vivido fue tan fuerte que, medio siglo después, esos afectos perduran, unidos por los hilos de la lealtad.

#### **3.7. La pérdida de mi madre me lleva a la búsqueda de nuevos soportes de vida**

La furia de Morales no había cesado el 19 de noviembre de 1968. Para mí, llegó convertida en un tsunami, moviendo todos los sentimientos humanos que poseía, y lo hizo por donde menos

lo esperaba. Un mes antes, mi mamá, Henriqueta Meza Mercado, una mujer pueblerina y reservada que tuvo once hijos y crio ocho sobrinos, me dijo: «¡Alejo, tengo hemorragia!». Sin pensarlo, mandé a mi hermana Julia a llevarla al médico. El diagnóstico fue dramático: «Tiene cáncer en el útero y le quedan, como máximo, cuarenta días de vida».

El descontrol de mi hermana fue total, pero mi madre, serena, dijo: «Los médicos se equivocan, busquemos otro diagnóstico». Cuadramos todo y nos fuimos a Cartagena el 17 de noviembre; sin embargo, el 19 de noviembre, mi madre murió en casa de Lila Pérez, una palmitera residente en Cartagena. Fue la primera vez que vi a mi mamá llorando; era una mujer de contextura y carácter fuerte, con una mirada serena y penetrante, capaz de adivinar los pensamientos más recónditos del otro.

De ella heredé una postura anticlerical. Vivió con mi papá en unión libre y nunca se cansaba: doblaba tabacos, ensartaba tabaco, lavaba ropa ajena, hacía los oficios domésticos, parteaba. Poseía conocimientos medicinales: trataba la leishmaniasis (yaga) con las hojas tiernas del uvero; el tabardillo (malestar producido por la picadura de serpiente), con la piel de sapa; los jaquecas intensas, con hojas de orégano calentadas e impregnadas en la cabeza; los tumores cutáneos (nacidos en la piel), con árnica; las heridas mal cicatrizadas, con flor de totumo; las hemorragias, con una taza de café no mezclado macho (sin dulce); las lombrices y parásitos, con ajo macho, yerba santa y cebollín; las quemaduras, con achioté y aceite de ajonjolí; los resfriados y la fiebre, con infusión de guandú, orégano, albahaca y toronjil; y la artritis, con el cogollo de la matarratón. Incluso, los retrasos en el caminar de los niños, los trataba con cáscara de huevo o clara de huevo.

Hasta ese momento, yo era un muchacho loco y desprevenido, que tenía un soporte sólido alrededor del cual giraba mi vida, pero, al perder ese soporte, quedé como una pluma en el aire. Solamente mi papá, mi hermana, Julia, mis hermanos, Aníbal y Víctor, y la comunidad que, como colectividad, me mostró toda

### 3. Los guayacanes y la furia de Morales

la grandeza, generosidad y humanidad propia de los hombres y mujeres del campo, fueron los nuevos e irremplazables soportes para llenar el vacío dejado por la partida de mi madre. A ellos les debo toda la carga intangible que los hombres jamás podemos mostrar, porque esa es la razón de nuestro ser social.

La idea de que a lo desconocido se llega por lo desconocido comenzó a tomar fuerza en mí. Sin proponérmelo, me fui acercando a las ideas de izquierda, aunque sin arrastrar conmigo a mis compañeros. A ellos no les entusiasmaba la idea de que «a lo oscuro se llega por lo oscuro», a pesar de que estaban acostumbrados a moverse en las oscuras noches sin linternas en busca del afecto de diversas mujeres. No les atraía la idea de acercarse a la desconocida oscuridad del cambio social.

«Los medios tienen que parecerse a los fines», me dijo un día Gregorio Narváez. «Las plagas, las hambrunas, las sequías y la devastación nos han acercado a un abismo oscuro y sin fondo, una nada que las profecías apocalípticas proyectan como una larga sombra de tierra arrasada. Espero que, mi querido joven, sepas jugar con fuego sin quemarte», me dijo Gregorio, con una mezcla de cariño y reproche. «Mi querido viejo, la vida es impredecible, pero lo que puedo garantizarte es que nunca olvidaré las enseñanzas de ustedes. Agradezco a la vida el haberlos tenido como maestros irremplazables». Fue la última vez que sentí esa mirada escrutadora sobre mi cuerpo, tratando de separar los obstáculos que le impedían ver mi corazón.

Un 20 de abril de 1969, esta vez a la una de la tarde, Morales volvió a visitarnos: la tempestad que desató estuvo acompañada de descargas eléctricas. Una de esas descargas acabó con la vida de Eusebio Martínez, hermano del comandante de la Policía, un adolescente, quien iba en su burro con un mandado y fue alcanzado por un rayo. El asno y el joven fueron destrozados por el rayo, y aquel espectáculo dantesco ensombreció los espíritus y las almas de todos los habitantes de la región. Su cuerpo, convertido en una gelatina, despertó todo tipo de comentarios sobre los efectos de

los rayos eléctricos en el ser humano; un espanto generalizado se apoderó de nosotros.

Simultáneamente, nuestros guayacanes de ensueño comenzaron a ser visitados por fantasmas: sábanas blancas recorrían los senderos y desaparecían en la nada, pañuelos blancos se desplazaban desde el cielo y se desvanecían en el espacio, sonidos quejumbrosos salían de la tierra, paralizando nuestros espíritus, que se convertían en transeúntes fugaces de lo que antes había sido nuestra morada. Lo adorado se transformó en el centro de nuestra inestabilidad emocional. Nunca supimos si aquellos fenómenos eran producto de amores perdidos o de las penas de los enamorados, que se desvanecían en el espacio buscando refugio en la soledad. Lo cierto es que todos buscamos nuevos aires para nuestras pasiones, dejando atrás los recuerdos de los guayacanes; solo evocábamos lo vivido, llorando de amor por la herida cerrada, hace tanto tiempo, hasta que se convirtió en una pena perdida.





## 4. El nido del macuá

### 4.1. El liderazgo de Luis Miguel Vergara, la politización del campesinado y la llegada de miles de mujeres y hombres jóvenes comprometidos con el ideal revolucionario

Cortado por esa sierra invisible de la naturaleza, en el corazón del arroyo de Barqueta, en los Montes de María, el cerro Pelao se erige como guardián de la fauna y flora que habita en sus agrestes alturas y agradables planicies. Este paraje hace del arroyo del Púlpito un lugar de ensueño, donde cualquier mortal puede perderse entre los ensordecedores cantos de las aves.

En medio de ese jolgorio de sonidos, se anida en las entrañas del cerro el pájaro macuá; el macuá es el ave de las cuevas, y la tonalidad de su plumaje varía con las horas, las estaciones del año y la fertilidad de su entorno. Su grandeza mítica contrasta con su pequeña y juguetona figura. Su nido conserva la forma de la barca horizontal que antaño usaban los pescadores; hecho de caña flecha, una gramilla silvestre tropical, su tejido demuestra el gusto estético y la delicadeza del pájaro de los amores.

«Te dieron del pájaro macuá», les dicen los campesinos a sus hijos cuando los ven perdidamente enamorados, a punto de enloquecer por una extraña e insaciable pasión que los convierte en seres perdidos en el tiempo. Es un corte de seiscientos metros que protege al pájaro de plumas azules, negras o rojas como la sangre. Como aguja en un pajar, lo persiguen el enjambre de hombres solteros que, en las antiguas sabanas de Bolívar, destrozan los corazones de las mujeres, que siempre esperan la llegada del príncipe azul.

Son como el chupaflor: perforan la flor que les gusta y se van en busca de nuevas aventuras; sus amores son intensos y fugaces,

aunque con matiz patriarcalista y de subestimación de la mujer. En la tradición, se dice que «dejando una estela de damas solteronas, siempre arregladas, dedicadas a rezar, a echarse la suerte y a esperar anhelantes la llegada de aquel que, en un abrir y cerrar de ojos, perforó su corazón y su himen».

«Él vuelve algún día». «Te vas a poner vieja esperando, yo estoy dispuesto a perdonar lo que hayas hecho», les dicen los otros donjuán, que posan de psicólogos sabelotodo, pero que, en realidad, buscan la segunda caída de la nostálgica dama. «Tengo fe de que regresa». «Te dieron del nido del pájaro macuá, vamos a Tolú, que el agua del mar te sana ese mal», y dicen que las que aceptaban la invitación quedaban curadas del amor seco que les consumía cuerpo y alma, y regresaban a su estado normal de damas alegres y parranderas.

En 1970, cuando comenzó la lucha por la tierra, también creció el flujo de estudiantes urbanos que llegaban en tropel a las sabanas, buscando amor, pero no el de una dama, ya que, en esencia, eran abstemios; estaban impregnados de amor, pero por la revolución. Los líderes campesinos no entendíamos mucho sobre ese tipo de pasiones desbordadas por «la nada», pero, con esfuerzo, distribuíamos en las veredas a los enamorados del cambio. Cada diciembre llegaban legiones enteras, llenas de ilusiones revolucionarias, de libertad, de sacrificios y de maletas con libros de literatura marxista, dispuestas a unirse a la guerra popular.

En el imaginario juvenil, Sucre estaba concebido como la periferia del EPL, y las veredas eran vistas como sitios transitorios, antes de ser autorizados para ingresar al frente de guerra. Mientras tanto, los estudiantes desarrollaban con entusiasmo labores de educación política, organización social y acompañamiento en tareas agrícolas, con el fin de proletarizarse, y superar los vicios y concepciones pequeñoburguesas heredadas de su extracción social y convivencia urbana. Desde esa lógica, era entendible que aceptaran con agrado el decomiso de sus pertenencias y las tareas asignadas por el secretario político regional del Comité Regional

Bernardo Ferreira Grandet<sup>14</sup>. Cada organización MLM (marxista leninista maoísta) competía para ver quién llevaba más jóvenes al campo, ya que esto demostraba la influencia urbana que poseía y el éxito de las prácticas de proletarización, lo cual le daba réditos éticos, al evidenciar su raigambre proletaria.

Eran jóvenes que no se resignaban al fatalismo elitista y político-social que vivía Colombia; querían para su patria un destino mejor, una vida pública más digna, una moral colectiva más elevada. Creían que la nación no existía para el disfrute y privilegio exclusivos de unos pocos, sino que debía pertenecer a todos los habitantes, quienes tenían derecho a una vida decorosa, de justicia, trabajo y bienestar. Conscientes o no, decidieron luchar por ese ideal sin vacilar ante ningún riesgo o sacrificio; sin dudar en entregar los mejores años de su juventud, cientos de hombres y mujeres de las urbes colombianas se desplazaban al foco central del conflicto agrario: Sucre, Córdoba y Bolívar.

Con los jóvenes que llegaban a Sucre, Bolívar y Córdoba, Luis Miquel Vergara<sup>15</sup> asumía el don de la ubicuidad. Como rayos solares mañaneros, irrumpían en mi casa de la Empresa Comunitaria El Nogal, en la Empresa Comunitaria de la Aldea, corregimiento de El Piñal; en Santa Rita, municipio de Ovejas; en Pileta y El Sitio, corregimientos de Corozal; en San Roque, corregimiento de la Villa de San Benito Abad, y en la Corocera, municipio de Galeras.

Los otros pueblos de la costa, donde las leyendas hablaban de sus hazañas, fueron El Carmen de Bolívar, San Juan y San Jacinto. Ese triángulo subía de estatus, ya que decían que por sus calles

14 El Comité Regional Bernardo Ferreira Grandet era la estructura regional clandestina del PCC-ML que desarrollaba trabajo político revolucionario en los departamentos del Caribe, especialmente en los movimientos campesinos, obreros y estudiantiles, a la vez que promovía la guerrilla Ejército Popular de Liberación (EPL), que tenía su epicentro estratégico en el sur del vecino departamento de Córdoba.

15 Luis Miguel Vergara, de familia de la élite regional, formación académica y especial liderazgo, se vinculó a los movimientos sociales populares del departamento, siendo, a la vez, clandestinamente el principal dirigente —con el cargo de secretario político— del Comité Regional Bernardo Ferreira Grandet del PCC-ML.

transitaban trescientos militantes del PCC-ML, lo que los hacía figurar como un hervidero de revolucionarios urbanos. También se decía que era tierra de poetas y cantores, lo que daba cuenta de la riqueza cultural de sus labriegos.

Las visitas de Luis Miguel eran bienvenidas, aunque inesperadas. Su sonrisa franca y figura refrescante demostraban que sentía lo que vivía y vivía lo que sentía; era un motor de 20 000 revoluciones, que contagiaba con su influjo. Un hombre civil, carente de armas de fuego, lideraba ese movimiento de esperanza y redención para la clase obrera y para los campesinos, que vivían como parias en la patria que sus abuelos liberaron. Él llevaba una voz de esperanza para los hambrientos y de justicia para los olvidados.

El notable despliegue de ética y entrega de alguien que lo tenía todo, pero no pedía nada, generaba un imperativo moral en nosotros, quienes, desde la organización campesina, adoptábamos como hijos e hijas ya crecidos a los estudiantes recién llegados. Para nosotros, era necesario cultivar una actitud solidaria y paternal, haciéndoles sentir como parte de la familia, al vincularlos con las actividades agrícolas.

Al observar la falta de destrezas en ellos, adoptábamos una especie de complicidad con su inexperiencia, para que ni el recién llegado ni la dirección política se enteraran de sus falencias y carencias en la dura vida del campo colombiano. Entre varios, les ayudábamos con las tareas, los adelantábamos en el corte de tabaco o cualquier otro trabajo que realizáramos, y los tratábamos con cariño, igual que con las burras o en los baños nudistas, actividades culturalmente aceptadas en el campo y en los pueblos de la costa.

La idea era hacerles entender que, aunque éramos revolucionarios, sobre todo, éramos humanos. Queríamos demostrarles que la idea de que ser revolucionario significaba ser un monje o un ser ajeno a las necesidades humanas era falsa.

Los hermosos atardeceres de la sabana dejaban una sensación nostálgica, algo que resultaba traumático para los jóvenes recién llegados. Eran momentos de miradas tristes, de retirarse discretamente del bullicio, de escribir versos que nunca verían la luz, tal vez añorando a las novias, a los amigos o al ambiente urbano. Nosotros respetábamos esos momentos de crecimiento espiritual y entendíamos que la nostalgia es un diálogo vital que fortalece a quienes saben practicarlo. Los visitantes poseían todo el fundamento filosófico necesario para crecer en silencio.

Pero no solo llegaban estudiantes, también llegaban enfermos que asumían actividades sociales y productivas. Lo que hacíamos era estratificar las viviendas: en unas se alojaban los estudiantes; en otras, los enfermos en tránsito, y en otras, los profesionales que venían a enseñarnos sobre filosofía, economía, política y cultura. La idea era que todos actuaran como campesinos, con vínculos familiares con los jóvenes de la vereda, a quienes asignábamos para que los acompañaran en sus desplazamientos. A todos les exigíamos cuidados de seguridad, pero sin discriminación alguna, ya que siempre eran considerados parte de las familias campesinas donde se hospedaban.

Más de una vez, sacamos fondos de las comunidades o de la empresa comunitaria para que aquellos que no se adaptaban pudieran regresar a sus lugares de origen. «¿Cómo está él?», nos preguntaban los dirigentes políticos. «No sabemos, le dio mamitis», decíamos. «Dijo que se iba a regresar, y le dimos los pasajes». Nunca explicamos que la vida del campesino era tan dura y monótona que se volvía imposible para ciertos jóvenes, acostumbrados a una vida con menos dificultades materiales y una mayor integración cultural.

La llegada de los jóvenes estudiantes tuvo el efecto de una turbina de mil revoluciones, lo que permitió que, en poco tiempo, triplicáramos nuestra influencia regional. Este fue un factor determinante para la organización, movilización y lucha campesina por la tierra. Al respecto, un aspecto inquietante fue la

radicalidad que los estudiantes impregnaron en el campesinado. La intolerancia y el sectarismo frente a los opositores políticos, casi siempre liderados por ellos, acostumbrados a la confrontación discursiva en colegios y universidades, se trasladaron al campo.

En esa coyuntura, nos abocamos a una conferencia democrática interna. Fui elegido secretario político e integramos una dirección de siete miembros: tres educadores, tres campesinos y un obrero tabacalero. Nuestra fortaleza radicaba en la experiencia en el trabajo social y en una sólida formación política. Como hecho relevante, podemos mencionar la decisión de fortalecer y expandir la organización campesina en tres departamentos, duplicando en un año el número de municipios y veredas interesadas en la lucha por la tierra y afines al PCC-ML.

En las parrandas de los pueblos de la sabana, quien no conquistaba a la joven bailarina, lo hacía de otra manera. En la región, no era permitido que una niña de trece, catorce o quince años no tuviera novio, así que, cuando una novicia asistía por primera vez al baile, se le «montaba la hamaca». Un grupo de jóvenes de quince a dieciséis años, ya experimentados, la rodeaba en un círculo danzante y, cada uno, con sus habilidades de seductor, intentaba conquistarla, pero no para sí mismo, sino para el amigo sin pareja.

Después de dos o tres horas de intensos coqueteos, ella finalmente aceptaba con un fugaz beso: su primer beso en un baile. «Ya cayó», se decía, y la joven se incorporaba a esa embriagante nube de amor. Esa práctica, propia de la adolescencia, la utilizábamos para hacer crecer la organización campesina y consolidar la postura revolucionaria. A ojos de hoy, puede, con razón, discutirse que eran costumbres de la juventud influidas por el patriarcalismo y con claro matiz de imposición masculina colectiva sobre las mujeres.

La concepción de superestructuras o aparatistas desconectadas de las masas y del trabajo material no formaba parte de nuestra visión.

Vivíamos y compartíamos la misma suerte que las comunidades; no éramos una entidad superior a ellas, sino que éramos parte del pueblo, de las masas socialmente marginadas. Las comunidades no estaban al servicio nuestro, sino que nos complementábamos en un ambiente de camaradería, respeto y apoyo mutuo. El concepto maoísta de que la mejor seguridad son las masas y que de las masas no se debe tomar sin su consentimiento ni una aguja, lo aplicábamos a la perfección. Así como los pueblos antiguos vivían su historia pasada en su imaginación, nosotros vivíamos nuestra historia futura en el pensamiento colectivo socialista.

La estrategia para fortalecer la organización campesina la implementamos impulsando y desarrollando la organización de las mujeres y los jóvenes. En cada vereda, teníamos un comité femenino que luchaba por sus reivindicaciones específicas, como la corresponsabilidad en las actividades domésticas, el cuidado y crianza de los niños, la actividad económica autónoma, y capacitaciones en sexualidad reproductiva y en artesanías; sin embargo, había una estrategia política común: la toma del poder.

A veces, Cupido, al igual que la serpiente en el paraíso, flechaba a alguna compañera con el compañero encargado de organizarla, lo que provocaba un cataclismo que podía desbaratar la organización femenina. El campesino acepta que su hija sea conquistada por cualquier hombre, pero no por un revolucionario. Este debe comportarse con respeto absoluto y no mirar a su hija con ojos de deseo lujurioso, para ganar así la confianza del desconfiado campesino.

Nunca discutimos desde el PCC-ML con otras fuerzas sobre el trabajo con las mujeres, pero puedo atreverme a decir que coincidíamos en la misma estrategia. Por naturaleza, las organizaciones campesinas oficiales o de izquierda son machistas, a pesar del discurso inclusivo y de género que promovemos. Solo en el 8, 9 y 10 de marzo de 1976, esa lógica se alteró, debido al Encuentro Nacional de Mujeres Campesinas que se realizó en Ovejas y Sampués, en el departamento de Sucre. Fue una acción

conjunta de compañeras de Sucre, Bolívar, Magdalena, Córdoba, Antioquia, Cesar, Atlántico, La Guajira y Santander, liderada por Marlene Vides, Julia Suárez, Italina Carrascal, Catalina Pérez, Isabel Gómez, Virginia Rivera y Magola Montes.

Fueron verdaderas Amazonas guerreras, que se cortaban el pecho para dar paso al manejo del arco de la revolución; fueron la antípoda de la mujer conformista. Este ejército de mujeres se constituyó en una antinomia, rompiendo los principios erróneos sobre el papel de la mujer reducida al hogar y a los procesos reproductivos. La epidemia de la libertad se extendió como un contagio en pueblos, veredas y caseríos, hipotecando bajo custodia el pasado sumiso de la mujer: ya no era la mujer conformista que inmortalizó un gran músico costeño.

Elas, por lo regular, no representaban posturas políticas partidistas; ellas eran la política. Fueron mujeres guerreristas que buscaban un lugar en la sociedad y en la revolución, y que supieron comprender, en su justa medida, la importancia de la organización femenina. Su trabajo fue una lección no aprendida de unidad, respeto, solidaridad y afecto, que estableció un lejano parangón entre nuestra fiereza y su nobleza; eran líderes apreciadas, queridas, respetadas, respaldadas y admiradas por el conjunto de las mujeres. Si hubiese que hablar de autonomía, diría que fue la única organización autónoma que he conocido. Los hombres allí fuimos solo un apoyo logístico, al margen de cualquier protagonismo político o social.

#### 4.2. El paro regional de trabajadores y cultivadores de tabaco: surge el Sindicato Regional de la Industria del Tabaco

La abundancia, sin embargo, fue sinónimo de pobreza. En 1974, los campesinos fuimos favorecidos con créditos de la Caja Agraria, lo que disparó el número de hectáreas de tabaco cultivadas; esto generó una superproducción que cuadruplicó el cupo de

tabaco negro negociado por Asotabaco en los mercados de Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.

Durante dos meses, movilizamos a cientos de activistas para obtener un diagnóstico de los costos de producción y organizamos movilizaciones regionales que desembocaron en un paro general, con centros de concentración en San Juan Nepomuceno, Carmen de Bolívar, Plato (Magdalena) y Los Palmitos (Sucre). Esta acción obligó al Ministerio de Agricultura y a Asotabaco a reconsiderar la compra de la producción, negociar precios de sustentación, eliminar intermediarios y promover la exportación directa del tabaco negro, además de la formación de cooperativas de comercialización y capacitación tecnológica.

La comisión negociadora estuvo integrada por Froilán Rivera, Vicente Carrascal, Jesús María Pérez, Ramiro Jiménez, Iván Salgado y Alejandro Suárez. Según lo pactado, el Gobierno nacional asumiría, mediante bonos convertibles en dinero, el faltante compensatorio por cada kilo comercializado en las empresas, y adelantaría los convenios necesarios para que los productores asumieran la exportación directa del tabaco negro.

Sin embargo, desactivada la protesta y dispersados los campesinos, la respuesta fue la caída de los precios a niveles tan bajos que los campesinos decidimos no recoger la cosecha, ya que los precios de compra no cubrían ni el 20 % de los costos de recolección. El triunfo se convirtió en derrota y marcó los límites de la estrategia planteada para la acumulación de fuerzas. No solo fue una derrota política, sino también un indicativo de los límites de la productividad y el desarrollo de las comunidades campesinas.

Sin precios de sustentación, los campesinos se convirtieron en víctimas de la oferta del mercado, un juego que desconocíamos y que se convirtió en nuestra fatalidad. La garantía de mercado la imponía Asotabaco, que controlaba las licencias de exportación a Estados Unidos, Alemania, Francia e Inglaterra, países que requerían el tabaco negro. La cadena de comercialización interna

estaba dominada por intermediarios avaros que esquilmanaban al cosechador en cuanto a precios, peso y calidad del tabaco.

Ese paro regional fue el punto de quiebre del pujante movimiento campesino. Solo las ANUC municipales de San Jacinto (Bolívar), San Pedro y El Nogal, en Los Palmitos (Sucre), mostramos alguna capacidad de reacción frente al nuevo reto: pasar de la acción de toma y movilización por la tierra a generar procesos de desarrollo y empoderamiento en el ámbito económico integral.

Fue entonces, como ya lo referíamos, cuando se desató la ira contenida del campesinado costeño como viento huracanado hacia la señorial ciudad de Corozal, residencia de la aristocracia de abolengo más pretenciosa del Caribe. Todo el acervo discursivo nuestro se vio opacado por la beligerancia de 50 000 hombres y mujeres que, cansados de manifestarse en Sincelejo, querían otro escenario. Querían demostrarles a los verdaderos dueños del poder ancestral la rebeldía que llevaban en sus corazones, resultado de años de marginalidad e injusticia.

Fue cuando los veintidós policías, nerviosos y suplicantes, ya desbordados por la multitud, nos decían en medio de una estrecha y sofocante calle: «Por favor, tenemos orden de impedir que lleguen a la plaza de Corozal. Nos pidieron disparar; si no lo hacemos, nos botan. Comprendemos y compartimos el sentir de su lucha, pero no queremos ser criminales. No lleguen a la plaza». Nuestro humanismo salió a flote. Escuchamos a los policías y desoímos a los campesinos, que querían mostrar su poderío al llegar a la plaza, la cual, provocativamente, se encontraba a solo cuatro cuadras de nuestra angustia y frustración.

Obedecer no es lo mismo que compartir, y los campesinos nos obedecieron, pero pensaron que éramos cobardes, que teníamos miedo, que los policías no tenían nada que hacer, que nos dejamos convencer por unos tipos asustados. «Nos pueden matar», les decíamos. «Igual, nos están matando lentamente», nos discutían. Cuando el campesino no comprende o no comparte

cabalmente lo que le afecta, baja la mirada y mira para cualquier lado menos al interlocutor. No hay palabras que puedan cambiar esa postura; simplemente está en desacuerdo.

Persistimos en la lucha con el Cristo a la espalda; decidimos impulsar, estructurar y organizar el sindicato regional de la industria del tabaco en los departamentos de Sucre, Bolívar y Magdalena. Fue un acto de dignidad humana para los trabajadores avasallados, uno de los derechos fundamentales con los que se maltrataba y enajenaba a miles de mujeres y hombres sabaneros. Para 1974, la base social del sindicato estaba conformada por 25 000 trabajadores que laboraban en las empresas exportadoras durante la cosecha.

Para 1973, ya habíamos avanzado en la constitución del Sindicato Regional de la Industria del Tabaco, con sede principal en el Carmen de Bolívar y seccionales en Plato (Magdalena) y Ovejas (Sucre). Ese mismo año se llevó a cabo el primer paro regional de la industria tabacalera y se negoció la primera convención sindical, mejorando las condiciones laborales, prestacionales y de respeto a la dignidad de los obreros y obreras en las diversas empresas.

En 1974 organizamos otra huelga, esta vez no por la tierra, sino por mejores precios por kilo cosechado, logrando reivindicaciones importantes para los trabajadores. Tocamos el cielo, lleno de ilusiones; los oradores se expandían en las sabanas, los poetas circulaban de pueblo en pueblo. San Jacinto y Ovejas lideraban las faenas, las décimas, la poesía; los acordeoneros, gaiteros y tamboreros, todos, alimentaban el surgimiento de la cultura popular. Estaba naciendo la construcción de un proyecto de región popular, de una vida de hombre nuevo; era la nueva sociedad. Se hacían jornadas de vigilia donde cada cual contaba, con gran dosis de exageración, las fantasías orales que brotaban de sus cabezas. Nada era real, todo era una fantástica mitología campesina.

En 1975, la producción tabacalera cayó drásticamente. Los empresarios comenzaron a incumplir la convención pactada con los obreros, como parte de una manifestación de violencia simbólica que reflejaba el tránsito en esa región, en un proceso histórico que intentamos, pero no pudimos transformar. Los obreros se vieron obligados a irse a huelga sin el apoyo de los campesinos, quienes comenzaban a dudar de la eficacia de la alianza obrero-campesina. La fragilidad de lo construido se mostró de manera dramática: 9000 de los trabajadores más comprometidos con el sindicato fueron despedidos y se canceló la personería jurídica. La fortaleza interna ya no existía, y la solidaridad externa brilló por su ausencia.

Todo se derrumbó como por arte de magia; el castillo de ilusiones que habíamos forjado llegó a su fin. El entusiasmo fue solo una estrella fugaz en medio de la injusticia histórica vivida en este, uno de los enclaves coloniales de injusticia y depravación histórica que persiste como una vergüenza para el pensamiento civilista de la costa colombiana.

#### **4.3. Se fortalecen las organizaciones sociales populares en demanda de derechos, logros y dificultades**

Impulsamos el sindicato único de educadores en los tres departamentos y los encuentros estudiantiles, con el objetivo de conformar federaciones departamentales estudiantiles, todo en el marco del desarrollo del movimiento pedagógico nacional impulsado por los sectores más progresistas del magisterio, a través de Fecode. Fue la época dorada de un movimiento cultural que, con sólidos argumentos filosóficos, cuestionó los cimientos del modelo educativo colombiano y postuló los principios de una educación liberadora.

La lucha magisterial que tuvo mayor resonancia y éxito social fue la que se libró contra el estatuto docente. Su éxito se fundamentó en que cuestionó el modelo pedagógico colombiano y sentó las bases de un modelo moderno de enseñanza en el país; además,

unificó las escalas salariales, y resolvió las divergencias contractuales y prestacionales entre educadores de primaria, secundaria y universidad.

Con la consigna del sindicato único de educadores, logramos la proyección gremial que buscábamos, posicionando a la Asociación del Magisterio de Córdoba (Ademacor) y a la Asociación de Educadores de Sucre (Ades) en el imaginario colectivo como dos organizaciones sindicales fuertes en la lucha de los docentes. Paralelamente, impulsamos la constitución de cooperativas, abrimos una biblioteca pública departamental y organizamos la primera ONG del departamento, Fides, que facilitó los procesos de investigación social.

En cuanto al movimiento estudiantil, constituimos los comités impulsores de las federaciones estudiantiles en Bolívar, Sucre y Córdoba, y logramos realizar encuentros departamentales que terminaron en irracionales confrontaciones marcadas por el sectarismo entre las diversas vanguardias de la izquierda colombiana.

Por otra parte, iniciamos un proceso de discusión, impulso y desarrollo de cabildos indígenas en Córdoba y Sucre, con el fin de apoyar la recuperación de las autoridades tradicionales y de los territorios que el Estado y las élites terratenientes les habían arrebatado a las comunidades ancestrales; además, promovimos la creación de la Organización Indígena de Colombia (ONIC). En esa medida, los cabildos menores fueron la base constitutiva del cabildo mayor de San Andrés de Sotavento, marcando el inicio de la recuperación de la memoria histórica del pueblo zenú, sus autoridades tradicionales y la territorialidad que les había sido arrebatada.

San Andrés, en Córdoba, Cristianía, en Antioquia, y el CRIC, en el Cauca, fueron determinantes en la constitución y fortalecimiento de la ONIC. Fue la ANUC la organización encargada de aglutinar inicialmente a los pueblos indígenas y acompañarlos más tarde en la construcción de su propia organización social.

Al respecto, las posturas antropológicas que, desde las universidades y el exterior, promovieron una especie de «indigenismo puro», asumieron una política de tratar el cáncer con aspirina, pensando que el mal que desdibujaba los intereses de los pueblos nativos eran los campesinos, sin ver que existía una política de exterminio de los pueblos indígenas.

En esa medida, la llamada ley especial indígena (Ley 21 de 1991) buscaba legitimar los derechos de estos pueblos, pero ignoró la política de desculturización implementada por la globalización, la apertura económica, que destruyó los mercados locales, y el avance de la ciencia y la tecnología, que son factores envolventes de la globalización.

La separación entre la ANUC, la ONIC y los consejos comunitarios de la población negra o afro debilitó la acción de la sociedad civil rural y enfrentó por separado sus fortalezas innegables en todos los territorios del país. El Estado se vio exigido progresivamente a adoptar medidas de reconocimiento de sus derechos y a brindar atenciones por medio de transferencias económicas y otro tipo de apoyos. Esto alineó al Estado con la normativa internacional, pero aún persistía la política clara de «divide y vencerás».

La Ley 1 de 1968, que aglutinaba a campesinos, indígenas y afrodescendientes, dio vida a las leyes 21 de 1991 y 70 de 1993. Todos estábamos obnubilados y no vimos cómo lo que antes era una sola fortaleza organizada, que favorecía la libertad y autonomía de los pueblos, se fragmentó, buscando recompensar la ética del esfuerzo propio y ser considerados como interlocutores válidos en la construcción de la equidad y la democracia participativa. La autonomía y la soberanía, entendidas como una forma ética de hacer política social, buscaron ser menoscabadas con hechos de cooptación y conductismo institucional, en una partida de póker entre ingenuos y expertos. Nos convirtieron en «osos amaestrados», sonriendo complacidos ante el látigo que nos azota, en una especie de esclavitud consentida.

Fue como volar hacia la luz en la oscura noche, buscando claridad en la cima del mundo para cambiar los paradigmas del movimiento agrario, construyendo un árbol de ilusiones que, en un instante de vientos alisios, fue destruido por un rayo. Buscamos encontrar el genio oculto en la música de la noche que alegra nuestras almas y convierte en un frenético éxtasis las anheladas ilusiones de igualdad.

Pero, en lugar de eso, encontramos una dulce intoxicación de aguas que destruyó nuestro bote, manteniéndonos atrapados en el oscuro punto de la «población vulnerable», rodeados por una fortaleza feudal con castillos medievales y acaudalados señoríos. Nos vimos empujados a nadar en el mar de la miseria y la desilusión, esperando las migajas y el látigo del opresor como premio a nuestra existencia, arrastrando con nosotros el sufrimiento del alma, que sustituyó la aflicción de la piel curtida.

### **4.4. El PCC-ML y sus actos políticos de masas: su vanguardismo y sectarismo lo fraccionaron, afectando la unidad campesina**

Emprendimos la difícil tarea de estructurar la base organizativa del PCC-ML en la zona, fundamentada en la división y especialización del trabajo. Así, constituimos la organización política de masas que sería el sustento del poder popular y nos permitiría proyectar políticamente el trabajo más allá de los espacios gremiales. Tomamos como base los actos políticos de masas (APM), que considerábamos fundamentales para la construcción y desarrollo del poder popular.

En todas las veredas que influenciábamos en la región Caribe, organizamos actos políticos con 30, 40, 50 compañeros y compañeras, encargados de desarrollar y ampliar los trabajos de formación política, de vigilancia comunitaria y de formación miliciana primaria. Sin embargo, esta fue una forma hegemónica, excluyente y sectaria en la construcción del poder popular; era el poder del partido, al que dábamos el barniz de masas,

porque lo que realmente importaba no era el poder plural del pueblo, sino el poder del grupo.

En ese contexto, la realidad política regional nos ofrecía una articulación envidiable: los movimientos políticos, los movimientos sociales, y tanto los cuadros dedicados al trabajo social como los dedicados a la organización política clandestina, teníamos como soporte principal el apoyo de las masas, tanto en lo urbano como en lo rural. En las comunidades contábamos con dos fuentes de financiación: una era el aporte directo que cada comunidad brindaba para los gastos de movilización de los cuadros políticos; la otra era la siembra de «cultivos rojos» y la cría de aves, que nos servían para alimentar a los compañeros en los eventos políticos y para tener reservas que cubrieran movilizaciones y acciones de solidaridad doméstica. Así, el poder popular comenzó a verse como un proceso autónomo de la sociedad civil, y la toma del poder, como un acto insurreccional del pueblo, en una especie de ideologización colectiva.

Ahora bien, el desarrollo de esas políticas requería de un requisito fundamental: un reenfoque del papel del PCC-ML, ya no como vanguardia esclarecida del proletariado, sino como estimulador y animador de las acciones colectivas, gestor de su unidad y forjador de la más amplia alianza con otras fuerzas políticas de izquierda. Sin embargo, ahí surgió el problema, porque la izquierda ya actuaba como un adolescente, mitad hombre y mitad niño, con polio: quería, pero no podía, y no podía porque esa no era su misión.

Su misión era esperar en los extramuros de la vida para, desde la clandestinidad, asaltar el accionar insurreccional del pueblo y graduar su devenir, de modo que no le desbordara. En ese contexto, nació una nueva criatura política: el M-19, que amenazaba con flexibilizar la militancia y ganarse los corazones de los habitantes urbanos, ejecutando acciones de propaganda armada y actividades que evocaban al mítico personaje de Robin Hood.

En el PCC-ML, primero, en 1973, se produjo la ruptura con Línea Proletaria, liderada por el Comité Regional Carlos Alberto Morales, que operaba en el corazón de la zona cafetera del país. Este frente, con importante arraigo en obreros de fábricas textiles, campesinos y trabajadores cafeteros, era implacable en su crítica al clandestinismo del partido; además, señalaba de «falso su carácter de vanguardia», su dogmatismo maoísta y la ausencia de una teoría propia sobre la realidad económica, social y política de Colombia.

En 1974 surgió la tendencia marxista leninista maoísta, liderada por el Comité Regional Pedro Vásquez Rendón, de Antioquia, con epicentro en Medellín e importante desarrollo especialmente en los sindicatos, estudiantes y sectores barriales. Aunque compartía con Línea Proletaria las críticas al comité central del PCC-ML, su apego a los fundamentos clásicos del Partido, el Frente y el Ejército revolucionarios le impidió un avance más significativo y aglutinante del pensamiento crítico y la realidad del proceso colombiano.

Por su parte, el Comité Regional Bernardo Ferreira Grandet, de la región Caribe, con alto influjo campesino y también notoria influencia sindical y estudiantil, durante 1974-1975, intentó aclarar el rumbo, pero, cuando en 1975 se realizó finalmente la conferencia regional, se fragmentó en cuatro partes. Once de sus miembros se inclinaron por la Tendencia MLM, que se presentaba como el agrupamiento renovador de la política del PCC-ML; tres se unieron al recién nacido M-19, atraídos por su discurso insurgente urbano que les resultaba refrescante; cuatro decidieron alinearse con el comité central del PCC-ML, que parecía haber quedado petrificado en el pasado; y tres se marginaron de cualquier militancia orgánica, adoptando una postura escéptica y desencantada frente a lo que antes les había impulsado a hacer sacrificios, incluyendo al secretario político y al de propaganda<sup>16</sup>.

---

<sup>16</sup> El PCC-ML llegó a tener a nivel nacional, a mediados de los 70, una importante influencia política en la izquierda, en los movimientos sociales populares y en el surgimiento, entre Antioquia y Córdoba, de la guerrilla insurgente EPL; sin embargo, su discurso radical centrado en la «guerra popular prolongada» y su sectarismo político hacia otras vertientes de izquierda y revolu-

La ruptura del Comité Regional Bernardo Ferreira Grandet fue similar a lo que sucedió con los dos campesinos que, ilusionados, habían construido una malla de soporte flotante con bejuco de malibú para atrapar al codiciado pájaro macuá. El pájaro azul, rojo y negro, símbolo de los enamorados, debía ser introducido en un costal para evitar su maltrato; sin embargo, mientras los rayos del sol convertían en barras de oro las piedras del cerro Pelao de Barqueta, Víctor y Domingo, entre alegres y desilusionados, se asomaron al cerro y, en lugar de encontrar al pájaro, hallaron un lago inmenso que bañaba el corazón del cerro.

Esa misma desilusión la vivieron Luis Vergara y José Cárdenas, militantes insignes de la transformación democrática en las antiguas sabanas de Bolívar. Ambos dirigentes, nacidos y formados en la señorial Corozal, corazón de las sabanas sucreñas y cuna de las más encumbradas élites regionales, cargaron consigo la condena del fracaso de sus sueños; los ilustres apellidos Vergara y Cárdenas no fueron suficientes para proteger sus vidas. Ellos fueron el alma y el nervio de las luchas sociales y políticas en esos territorios, y en esos mismos territorios fueron sacrificados por sus sueños juveniles, por las posturas éticas que alimentaron sobre la vida, y por su rechazo a la corrupción y a la práctica de lo ilícito como supuesto fundamento de la democracia y las relaciones humanas.

Al igual que el macuá, despertaban desenfadados sentimientos de pasión entre aquellos que codiciaban su captura, lo que llevaba a esa ave perseguida a emitir desgarradores cantos de desespera-

---

cionarias, conllevó la crisis interna referida, ante el surgimiento, en sus direcciones regionales, de demandas de adopción de un programa de reformas democráticas y de una posición unitaria a nivel político y hacia los movimientos sociales. En ausencia de un tratamiento democrático interno ante las divergencias, el PCC-ML se fraccionó en cuatro organizaciones: la Línea Proletaria, con presencia importante en el Eje Cafetero, que luego se unificó con otras agrupaciones de izquierda. La tendencia MLM, con presencia en Antioquia, Valle y el Caribe, que tras varias divisiones dio lugar al PRT, agrupación que prosiguió una acción revolucionaria centrada en lo político y social, y heredó la principal influencia en el campesinado de Sucre. El Comando PLA de acción guerrillera urbana con uso de terrorismo que, tras tener impacto en Bogotá y otras ciudades, pronto desapareció. Y, aunque bastante debilitado, continuó a nivel nacional el PCC-ML, pero de forma que en 1980 realizó un congreso de rectificación: dio prioridad a la lucha política, propuso la convocatoria de la Asamblea Nacional Constituyente como base para las reformas democráticas y la paz, y orientó el acuerdo de paz suscrito entre el Estado y el EPL en 1991 (Villarraga y Plazas, 1994).





Figura 4. Reunión de campesinos en el caney de tabaco, 1970-1971.

Fuente: Archivo de Derechos Humanos CNMH. Fondo Edelmira Pérez Correa. Proceso del Cultivo del Tabaco 53/55. Co.11001000.00573.01-00-00-01-00-000-0016-00518.





EL  
PAPPEL  
DE LA  
ANNUO

## 5. El papel de la ANUC

### 5.1. Surgimiento e implantación de la ANUC: el campesinado respondió con una fuerza inusitada

La vida frágil y ligera que tuvo la ANUC no fue un obstáculo para extender en el tiempo los imaginarios, la idea de que tuvo una fortaleza infinita, como las culturas de los pueblos antiguos, que vivían su propia imaginación mitológica. Su historia pasada les permitía anticipar la historia futura a miles de campesinos que soñaban con su pujanza.

Aún hoy existen fuertes manifestaciones de lo vivido que, como presente, se niegan a desaparecer, a pesar de las violencias, tanto reales como simbólicas, que atraviesan esa región del Caribe. Fue una construcción histórica que quisimos, pero no pudimos convertir completamente en un imaginario colectivo. Hoy, como los sueños de un adolescente, se niega a desaparecer, aferrada a nuestra razón de ser cultural y democrática. El fundamento de esos sueños se explica en nuestra búsqueda de la solución de fondo de toda utopía democrática: que los hombres y mujeres dejen de ser pobres.

Tres fueron los logros que nuestro idilio conquistó: 1) rompimos las cadenas ideológicas y culturales que los señores feudales ejercían sobre los hombres y mujeres sabaneros, 2) la colonización mental que esclavizaba a pueblos y veredas se desintegró en una explosión infinita de juegos pirotécnicos y 3) convertimos a hombres y mujeres en generadores de riquezas, tejiendo con ellos un proyecto de vida rodeado de dignidad y sueños de inclusión social y bienestar material. La organización social y la nueva visión democrática de igualdad, equidad y dignificación de hombres y mujeres trazaron un horizonte donde un sol de esperanzas y libertades iluminaba las cálidas sabanas.

Quizás nuestro idealismo y la colonización de nuestras mentes no nos permitieron ver que el movimiento campesino estaba socavando el poder ancestral colonial; ese poder tenía como antecedente la negación de la élite cartagenera a apoyar al general Simón Bolívar en su campaña libertaria. Así, el movimiento campesino y la ANUC buscaron avanzar orbitando alrededor de diferentes y confusos polos de poder, donde la izquierda estaba dividida, acercándose a los dirigentes enfrascados en disputas, maleables y que buscaban conquistar nuestros afectos, a veces, recurriendo a vías negativas.

La organización campesina de la costa Caribe estuvo precedida por la cultura organizacional heredada de las familias indígenas que integraron la Gran Nación Caribe; y de los palenques, donde líderes de pueblos provenientes de África se rebelaron primero que nadie en América Latina, gritando por la independencia en clara rebeldía contra los conquistadores españoles, quienes, en su avaricia desmedida, arrasaban con las riquezas y vidas de los nativos, y esclavizaban a los negros africanos, convirtiéndolos en servidumbre.

La región Caribe fue prolífica, con innumerables sindicatos agrarios ligados a la Unión de Trabajadores de Bolívar, en los cuales los procesos de formación de liderazgo social fueron fluidos, aunque poco activos en las tomas de tierras. Recuerdo que estos agrupamientos sindicales fueron formales, pero sin vida, sin dinamismo, sin objetivos claros.

En épocas más cercanas, el sociólogo Orlando Fals Borda implementó proyectos de formación y educación popular, como El Boche y Fundación Caribe, donde se dieron a conocer los legados de figuras como Felicita Campo y Juana Julia Guzmán. Así, la creación de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) fue una especie de condensación y refundación de la memoria histórica cultural de procesos asociativos anteriores, no solo del campesinado, sino también de los habitantes urbanos con fuertes nexos con el contexto rural.

La costa Caribe está compuesta por ocho departamentos, siete de ellos ubicados en el extremo norte del país y el otro en islas del mar Caribe, donde convergen pueblos indígenas y con mestizajes con españoles, africanos, árabes, ingleses, italianos, franceses y alemanes, con características raciales entrelazadas por diversas razas y culturas muy específicas, que la hacen distinta del resto del territorio nacional.

En ella se encuentran subregiones y subculturas, visibles solo para quienes se toman la molestia de escudriñar comportamientos y modismos lingüísticos que evidencian patrones acentuados en sus léxicos, solo comprensibles para los costeños. Por ejemplo, San Andrés, Providencia y Santa Catalina, como islas, tienen un fuerte componente raizal, inglés, holandés y portugués, donde el *creole* se proyecta como una de las lenguas nativas más sobresalientes en el ámbito regional y nacional. Su geografía acerca a Colombia con Centroamérica y ha sido objeto de disputa limítrofe con naciones caribeñas hermanas.

La costa es una región mágica, en su diversidad cultural, producto de los pueblos y grupos que en ella se expresan. Aunque algunas subregiones tienen culturas ancestrales predominantes, el signo distintivo de la región es la ausencia de un dominio cultural de un solo pueblo, lo que convierte lo diverso en la esencia misma de la cultura Caribe. Es difícil para el recién llegado entender el lenguaje figurado, interpretar el lenguaje corporal y saber cuándo una expresión áspera es una caricia, un reproche o una agresión.

Impredecible en su comportamiento social, que atrae y articula a su permanente jolgorio y desparpajo a visitantes ocasionales o permanentes, la región resulta inexplicable para quienes no logran entender la magia que la envuelve. El concepto de vida, felicidad, amor, placer y bienestar carece de comparación en el resto del país: no es común ver a un costeño estresado o atormentado por malestar o pasión alguna; lo que vive o siente lo comunica sin el prejuicio del qué dirán.

Deslumbrante en su estructura física, la región va desde costas marinas, ríos, páramos y cordilleras hasta inmensas planicies. Esa belleza territorial se articula en dos ecosistemas: por un lado, los amplios humedales, compuestos por ciénagas y manglares, que son criaderos de diversos felinos y base para la alimentación de los pescadores artesanales. En invierno, estos humedales y ciénagas se convierten en sinónimo de tragedia humanitaria, debido a los daños que las inundaciones generan a sus habitantes, en medio de los desarrollos poblacionales, económicos y de infraestructura que se han hecho en contra de los preceptos ambientales, y con destrucción grave de la naturaleza y sus ecosistemas, como el del bosque seco tropical, así como sus ciclos y posibilidades de vida.

Por otro lado, las sabanas, el segundo ecosistema, no están conformadas por extensiones armónicas; por el contrario, son subsistemas ligeramente quebrados que en épocas invernales reverdecen hasta el infinito, pero que en verano transmiten una desolación que constriñe los espíritus: son alegría y nostalgia en un contraste que define la vida misma.

Quince apellidos «ilustres» constituyen una red de clanes familiares y un señorío feudal heredado de la corona española, concentrando todas las riquezas materiales, mientras a su alrededor millones de personas viven en la pobreza. En ese territorio se han forjado y siguen surgiendo leyendas fantásticas, que permanecen enterradas en el anonimato, compitiendo con la miseria en que se encuentran sus pueblos, y con las crueles prácticas impuestas por aquellos que manejan, de manera nefasta, los poderes económicos, políticos, institucionales y aristocráticos.

Las élites tradicionales operan con ligereza y banalidad, en convivencia con las antiguas estirpes nacionales, creando sentimientos trágicos y mitología negativa en los habitantes que los sufrimos. Estos sentimientos no son de lucha de clase, sino frustraciones y pérdida de esperanza en los sueños que dan sentido

a la vida. La ANUC, por su parte, glorificó los sueños aparentemente inalcanzables de miles de familias del Caribe, llenándolas de vida, de esperanza y de la creencia en que las estrellas eran alcanzables.

A lo largo de la historia, la tierra, el territorio, la cultura, la organización, la autonomía y el empoderamiento como pueblo han sido las banderas que han animado a sus habitantes, dando lugar a claras manifestaciones de rebeldía y altruismo, sueños que se oponen a las acciones violentas de quienes los han oprimido y les han negado la vida.

Es difícil entender la costa Caribe a través de modelos preconcebidos y esquemáticos que no tengan en cuenta las subculturas que forman su estructura de valores, resultado de la historia y el mestizaje que se expresa en ella. Estas subculturas, entrelazadas, constituyen un mosaico social que desafía la memoria y frustra la razón de los más osados analistas. La ANUC condensó el pasado y el presente de nuestra nación Caribe, y construyó puentes de igualdad entre negros, indios y mulatos, todos hijos e hijas de una sola madre, cuyo amor filial se extiende a lo largo del tiempo y permanece vivo en la memoria.

Los zenú, finzenú, mokaaná, arahuacos, arzarios, chimilas, koguis y wayúes fueron los pueblos ancestrales que conformaron la Gran Nación Caribe. Hoy, estos pueblos enfrentan precariedades materiales y están amenazados por la absorción cultural de la globalización. Los africanos, con su melancolía del desarraigo y las cadenas de la esclavitud, enriquecieron esta tradición ancestral; los españoles, en cambio, se impusieron como un factor de dominación. Los libaneses, árabes y judíos, por su parte, buscaron refugio en nuestro territorio huyendo de la fatalidad que les perseguía.

Todos se integraron a esta sociedad multiétnica, haciendo de la costa una región compleja, difícil de comprender y controlar. En este contexto, las ideas liberales radicales tuvieron arraigo en la región, así como en décadas más recientes lo tienen las ideas de

cambio social, abiertas a las posturas de diálogo, concertación y solución pacífica de los conflictos sociales, factores que inciden en la idiosincrasia del Caribe.

Solo quien ha conquistado la felicidad la defiende, y solo quien ha sufrido un despojo humillante construye reglas para evitar ser despojado nuevamente. La costa no fue terreno fértil para la violencia partidista entre liberales y conservadores, ni la insurgencia clasista logró realizar experimentos armados exitosos en su territorio. Tampoco triunfaron los señores de la guerra, que, en una alianza perversa entre élites regionales, mafias vinculadas al narcotráfico y ejércitos privados, con conexiones con las fuerzas armadas, intentaron convertir a la costa en un territorio conquistado por los ilegales. Todos fracasaron en esta tierra, cuyos valores no encajan con sus proyectos violentos.

Hoy, la estrategia del despojo cambia de forma, para volverse más sutil y atractiva: proyectos de desarrollo, plantaciones de palma de aceite, cultivos de teca, explotación carbonífera y de gas natural, y construcción de condominios y cadenas hoteleras. El resultado es la apropiación de tierras, la expulsión de pueblos nativos y el cambio del paisaje natural.

En 1961, el gobierno de Alberto Lleras Camargo introdujo la Ley 135 de reforma agraria y, en 1968, Carlos Lleras Restrepo impuso la Ley 1, que dio vida a la organización campesina. Esta región respondió con una fuerza inusitada al llamado del campesinado, mostrando un ingenio y creatividad ilimitados en la toma de tierras, usando argumentos sociológicos, cartografía social, enfoque de género y estrategias disuasivas, todo ello en un contexto de confusión total.

El primer año de vida de la ANUC fue de preparación, de afianzar las fortalezas instaladas y de seguir la hoja de ruta definida por los sindicatos que la precedieron: presionar y concertar. En 1970, la organización comenzó una breve pero impactante lucha por la redistribución de la tierra. Sin embargo, fue entre 1971 y 1975 cuando su radicalidad y audacia mostraron toda su fuerza.

Gracias a la ANUC, muchos campesinos comenzaron a entender sus derechos y a organizarse mejor. Se dieron luchas importantes por la tierra, por mejores condiciones de vida, por el reconocimiento de los trabajadores rurales. No siempre se ganaba, pero cada batalla librada dejaba una huella y abría el camino para nuevas generaciones. La ANUC nos enseñó que el campesinado no estaba solo, que éramos una fuerza con voz y con derechos, que la tierra no debía ser solo de unos pocos, sino de quienes la trabajaban con sus propias manos. (IMH-CNMH, Ismael Amaya, Resguardo de San Juan, Sucre, 11 de octubre de 2024)

### 5.2. Las tomas de tierra fueron una rebelión: presupuestos conceptuales y metodológicos de la acción de la ANUC

Más que establecer estadísticas engañosas sobre el número de fincas recuperadas, me parece interesante preguntar: ¿cómo manejábamos la cartografía social?, ¿cómo organizábamos la relación de las fincas?, ¿cuáles eran los pasos previos para las tomas de tierras?, ¿cómo lo hacíamos?, ¿qué estudios de propiedad y clarificación de la tierra llevábamos a cabo?, ¿qué metodología implementábamos? Hay tres aspectos de los que se habla poco: primero, a veces, tomábamos hasta cuatro fincas de un solo propietario para poder negociar una, lo que hacía que las estadísticas fueran engañosas. Segundo, nuestro lenguaje era radical, pero buscábamos que el Incora afectara la finca para poder negociar con el propietario; la falta de claridad en esta estrategia proyectaba la impresión de que se trataba de una toma del poder. Tercero, las tomas de tierra tenían como objetivo refrescar la democracia, no destruirla; por eso, hablábamos de democracia directa.

Ocultar estas tres realidades les da argumentos a los enemigos de la ANUC, confundiendo las reivindicaciones sociales con la toma del poder político. A veces, es más tentador vivir de mitos que de realidades, pero los mitos no transforman, mientras que la realidad nos obliga a estar firmes y equilibrados, y a calcular el próximo paso. Estas reflexiones no eliminan lo mágico ni la creatividad social, pero le ofrecen a lo vivido una explicación más racional.

### *5.2.1. Cartografía social*

Sería falso y pretencioso que algún dirigente reclamara para sí la conducción del proceso, arrebatándole al activismo su rol fundamental. En esa medida, fueron los campesinos quienes, con su dedicación y esfuerzo, establecieron los lazos entre los campesinos rebeldes y activos, y los residentes de pueblos o veredas, quienes vivían ajenos a la realidad y al dinamismo de las luchas sociales. Esta avanzada cumplía una función exploratoria, al generar el interés por la organización entre los campesinos.

Contábamos además con un factor cultural importante en la costa: el vínculo sanguíneo, que ayudaba a inclinar la balanza a favor de la organización campesina. «La sangre llama», solían decir los mayores. El siguiente paso era el censo social: ¿cuántas familias vivían en la vereda?, ¿cuál era su situación social y política?, ¿qué relaciones mantenían con los caciques locales o con las fuerzas del orden? Una vez realizado este primer paso, pasábamos a un segundo análisis más estructurado.

### *5.2.2. Relación de fincas y bienes*

Comenzábamos censando a los hacendados, sus fincas, las hectáreas que poseían, la calidad de la tierra, el número de animales, la cantidad de hijos e hijas, la vocación del suelo y la conducta social de los propietarios, siempre de acuerdo con el conocimiento directo y la memoria colectiva de los campesinos. Si las fincas eran explotadas de forma inadecuada, esto importaba para los campesinos, pues estos operaban bajo la lógica de la agricultura tradicional de «tumba y quema», sin mayor relación con las

tecnologías agroindustriales. Las fincas con monte eran las más codiciadas, y aunque la calidad del suelo importaba, no era el factor determinante, pues los campesinos no somos nómadas; tenemos un profundo arraigo en la tierra que nos vio nacer.

### *5.2.3. Los pasos previos*

Este proceso era fundamentalmente educativo. Buscábamos resaltar las ventajas de la organización social, la importancia de lo colectivo y la unidad, y contrastarlo con la fragilidad de la individualidad. Otro aspecto educativo consistía en identificar a los aliados de clase: obreros, otras comunidades campesinas, educadores y estudiantes; en el otro lado, se encontraban los terratenientes, la policía y aquellos que buscaban vidas fáciles, en quienes no confiábamos. El proceso debía culminar con la elección de un equipo que coordinaría la creación del comité veredal, compuesto por hombres y mujeres con aptitudes de liderazgo.

### *5.2.4. Cómo lo hacíamos*

Los encuentros interveredales con miembros de las direcciones municipales o departamentales eran esenciales para compartir experiencias, logros y estrategias de organización, como la inteligencia comunitaria y la división del trabajo. Estos encuentros daban vida formal al comité de usuarios campesinos, y la alegría que experimentaban los nuevos dirigentes era inmensa, pues ser parte de la dirección de un comité de usuarios o de un equipo directivo municipal confería un estatus social significativo.

### *5.2.5. Estudio de pertenencias*

Se realizaba un registro de socios, además de la organización de actas, el orden del día, y la ampliación de afiliados y cuotas para el sostenimiento de las actividades. A partir de ese momento, se formaban equipos de trabajo y comisiones que viajaban a las comunidades en las que ya se había conseguido tierra o se estaba en proceso de hacerlo. El intercambio de experiencias era fundamental, y no había obstáculo que impidiera los desplazamientos.

### *5.2.6. Metodología*

El principio de igualdad entre los socios, la autonomía para tomar decisiones, la autosuficiencia y la persistencia en la acción social eran esenciales para el desarrollo del proceso. Todas las familias

debían estar preparadas para, por ejemplo: a las dos o tres de la madrugada del 21 de febrero, tomar posesión del terreno elegido, comenzar la tumba del monte y la construcción de viviendas.

Los tres primeros días de la toma de la tierra eran clave, pues la contundencia en la operación determinaba su éxito. La unidad y el entusiasmo colectivo eran esenciales, y cada miembro de la familia cumplía un papel específico, según sus capacidades físicas. Algunos se encargaban de obtener información sobre los administradores de las fincas, otros vigilaban a las autoridades locales y sus conexiones, mientras que la acción era silenciosa pero efectiva.

Nuestra capacidad investigativa era casi infalible, y cada operación se llevaba a cabo con una estrategia bien definida. «Ellos tienen estas fortalezas, pero también estas debilidades. Sabemos dónde atacar», se comentaba. «Nuestra fortaleza es la unión; nuestra debilidad es la comunicación. Nadie debe hablar de lo que se acuerda».

### 5.2.7. *Las tomas de tierras*

Utilizábamos un recurso cultural muy poderoso: el respeto y la consideración que las mujeres aún generaban en la policía, pues la mayoría de los agentes eran hijos de campesinas, lo que les daba una relación particular con las mujeres de la comunidad. Esto constituía una ventaja, pues muchas veces los agentes miraban a las mujeres como figuras maternas; sin embargo, esta relación no siempre impedía que se dieran procesos agresivos, especialmente en un contexto patriarcal, en el que el Estado consideraba al hombre como el principal beneficiario y a la mujer como subsidiaria.

La policía llegaba buscando al «líder», siempre masculino, nunca a la mujer que lideraba la comunidad. En estos casos, si el comandante tenía una actitud dialogante, los campesinos y campesinas se acercaban para dialogar; si era agresivo, el campesinado estaba preparado para resistir con firmeza, pero siempre sin perder la compostura. La seguridad, la humildad y la decisión eran cruciales para que la policía entendiera que el objetivo no era otro que acceder a una tierra para sostener a la

familia de manera digna. Las mujeres, al ser la muralla invisible, dificultaban la intervención de la policía.

### *5.2.8. La seguridad de las zonas campesinas*

Cuando había señales de peligro o acercamiento de enemigos, se recurría al sonido del «cacho», un cuerno de res que variaba de tono dependiendo del mensaje que se quería transmitir. Este instrumento alertaba a las veredas cercanas, que acudían rápidamente en ayuda de quienes estaban luchando por conquistar un pedazo de tierra. Esta red de comunicación solidaria fue fundamental para movilizar a las comunidades, evitando así agresiones contra ellas.

Las fuerzas de policía temían generar un conflicto que superara su capacidad de represión, y esa incertidumbre se contrastaba con la postura pacífica y de diálogo de los líderes campesinos. El movimiento campesino nunca buscó la confrontación directa, sino la conquista de la tierra y la defensa del territorio, luchando por cambiar las estructuras sociales en las zonas rurales.

La toma de tierras fue una rebelión de miles de mujeres y hombres oprimidos por los terratenientes, que costó la vida de cinco campesinos, diez heridos y varios detenidos. Hubo tensiones y amenazas, pero prevaleció el diálogo y la concertación.

### **5.3. La costosa y dolorosa ruptura de la ANUC en medio de la disputa sectaria entre sus distintas vertientes político-sociales**

De joven, escuchaba a mi papá hablar de una enfermedad terrible e incurable: la cangrina<sup>17</sup>. Contaba que las carnes del cuerpo empezaban a pudrirse y caerse de los cuerpos ya débiles de las personas, y que no había medicina más que cauterizar las partes afectadas con un machete ardiente, para alargar la agonía del enfermo; sin embargo, al poco tiempo, ese mal se desplazaba a

<sup>17</sup> Se refiere a la enfermedad conocida en la medicina profesional como la gangrena.

otra parte del cuerpo. Esas historias me parecían aterradoras, especialmente porque, a veces, la enfermedad afectaba la lengua o el órgano reproductor.

Fue en Magangué, municipio del sur de Bolívar elegido para el acto inaugural del cuarto congreso, donde fuimos testigos de la enfermedad que aquejaba a nuestra organización. Aquel día, el discurso del presidente de la ANUC fue interrumpido por un grupo de compañeros que necesitaba la tarima para convencernos de que la vanguardia del proletariado debía orientar a los confundidos líderes campesinos. La respuesta fue tan primitiva y aterradora como aquella cauterización con machete ardiente que mi papá me contaba: los líderes fueron sacados de la plaza, como las carnes podridas que aquejaban a la ANUC. Fue entonces cuando los odios que nos carcomían, como una cangrina, se hicieron evidentes.

Las vanguardias nacen solas y mueren solas, y aquellos compañeros fueron expulsados a golpes por la guardia campesina que el comité ejecutivo de la ANUC había creado. Expulsados como Adán y Eva del paraíso, buscaron refugio en el corazón de los Montes de María; la carrera los llevó hasta San Jacinto, donde dieron vida al que llamaron el Sector Consecuente y Clasista de la ANUC (Secca).

Nosotros, sin saber lo que nos deparaba el futuro, decidimos seguir a la otra vanguardia hasta Tomala. Allá nos comportamos como cachorros de tigres enjaulados, olfateando que la vanguardia campesina deseaba adentrarse en las montañas y palmas para legislar, acompañados de intelectuales de Bogotá, paisas y extranjeros. En planchones, la seguimos desde Magangué, por todo el Magdalena, hasta Achí, Bolívar, y, luego, caminamos durante cuatro horas hasta llegar a La Mojana sucreña.

El ambiente era pesado y, desde que llegamos, fuimos aislados como si fuésemos nosotros los afectados por la cangrina. Nunca entendí, ¿qué buscábamos?, ¿a qué fuimos? ¡A convencer al

Ejecutivo de que no convirtieran la ANUC en un partido político y que, por favor, nos dejaran seguir juntos hasta la muerte! Nuestro deseo era imposible de cumplir. La mayoría del Ejecutivo se consideraba dueño y señor de la ANUC, y la decisión ya estaba tomada; las montañas de los tres sures, que ellos reivindicaban, serían la tumba de aquella gloriosa organización. Todos los argumentos en contra de este propósito serían vistos como una intromisión para obstruir el camino de la historia.

Los gansos son aves míticas que enseñan el sentido de solidaridad y apoyo que tienen aquellos que deciden emprender el vuelo hacia la libertad. No se sabe por qué, pero cuando vuelan en formación, forman una V. El líder del vuelo mira constantemente por debajo de su ala para ver qué tan compacto va el grupo; si alguno se queda atrás, todos regresan a darle ánimo y esperar que se recupere.

Los enemigos de la organización conocían muy bien el efecto devastador de la pérdida de un guía en las organizaciones sociales, por lo que comenzaron a eliminar uno tras otro a los nuestros, entre los cuales se encontraban: Felicita Arroyo; Guillermo Quiroz Tietjen, conocido como Guillermo «Teacher», secretario general de la ANUC; Guillermo Montero; Francisco Chamorro; Jaime Narváez; Moisés Narváez, quien había sido fiscal de la ANUC; Ramiro Jiménez; Luis Miguel Vergara de León; Iván Salgado; Miguel Narváez; José Cárdenas; Rodrigo Montes; Antonio Ferradanis; Rafael Funes; Francisco Barrios; Matías Funes; Emiro Emel Torres Espinosa; Jairo Antonio Chamorro; Máximo Ariza; Jairo Gómez; Alfonso González, del corregimiento de Flor del Monte; Pedro Rambaud, del municipio de Morroa; Gary Suárez, de Granada; José Ortega, de Betulia; Benjamín Landerero; Clímaco Pérez; Dagoberto Acosta, de San Jacinto; Joaquín Zabaleta y Andrés Barón, de la vereda La Pelona. Además, José Reyes Narváez fue desaparecido; José Ángel Bohórquez fue detenido arbitrariamente y, luego, desplazado de diferentes lugares donde intentó asentarse (Fucude *et al.*, 2020). La indolencia de las élites gobernantes desmotivó a las bases campesinas.

Antes del tercer congreso de la ANUC, se celebró la décima junta en Popayán, en el departamento del Cauca, donde ya se presagiaba lo que sería el congreso nacional. Los del bloque de los maoístas llegamos tres días antes con el propósito de hacer *lobby* con otras delegaciones y lograr una posición crítica frente al Ejecutivo Nacional de la ANUC. Sin embargo, el Ejecutivo organizó salidas a las comunidades indígenas para conocer directamente a los cabildos y sus autoridades.

En mi caso, estas salidas fueron traumáticas. El primer día viajamos a un cabildo en lo alto de un cerro, donde la chiva que nos llevaba nos dejó porque amenazaba con llover; bajamos a pie, y los zapatos me produjeron ampollas. Al día siguiente, la situación empeoró: con unas abarcas de tres puntas, me fui a un resguardo ubicado en un páramo, lo que me provocó una hipotermia que casi me mata, una erección inexplicable y una enorme dificultad para cruzar un árbol caído que conectaba dos cerros. Lo único que me salvó fue un tinto amargo, un poncho o ruana, un azadón y ¡a trabajar! Al final, con el azadón en la mano, logré superar la crisis. Ocho días después de regresar, mi esposa, Silvia, se negaba a estar conmigo, ya que olía a chivo, una fragancia que los costeños asociamos con las cachacas.

Hacia 1979 fui invitado a un encuentro de los países andinos que se celebró en Bogotá. Mi sorpresa fue enorme cuando, en una película introductoria sobre el problema agrario, me vi en cuatro patas, tratando de cruzar el árbol que unía dos cerros para llegar al cabildo, con la temible quebrada de aguas turbulentas debajo de mí.

El Tercer Congreso Campesino, realizado en 1974 en Bogotá, fue un claro ejemplo de lo que no se debe hacer en una organización gremial, así como de la irracionalidad e inmadurez de toda la izquierda colombiana. La gran movilización que se dio en las calles de la capital, con el entusiasmo estudiantil y el respaldo de los sectores urbanos hacia el campesinado colombiano, fue arruinada sin piedad en el Coliseo Cubierto El Salitre.

Los delegados de las regiones del país fuimos activos en buscar y culpar al Ejecutivo por nuestra incapacidad para construir una propuesta de país. La nación no nos cabía en la cabeza, y nos acomodamos al apoyo económico externo para ocultar nuestra desnudez política: la ausencia de propuestas y de procedimientos para avanzar y ser un verdadero factor de poder en la definición de las políticas públicas agrarias.

Toda la izquierda colombiana, en mayor o menor medida, recibía apoyo de los partidos aliados o de gobiernos externos. Lo que sucedió en El Salitre, en Bogotá, se convirtió en un arma constante y recurrente de nuestra izquierda; fue nuestra hoja de parra para ocultar nuestra incompetencia como élite política alternativa. Históricamente, hemos renunciado al pensamiento ilustrado necesario para todo cambio democrático, circunscritos a los pequeños y dispersos poderes, y siempre le hemos temido a la verdad, especialmente cuando esta no coincide con nuestro discurso.

Este tercer congreso de la ANUC no fue un escenario donde deliberamos pensando en los campesinos; no, allí nos insultamos y agredimos. No resolvimos ninguno de los problemas vitales para la transformación agraria nacional, sino que generamos odios entre los miembros de una misma organización; nos auto-destruimos. Todos regresamos con las manos vacías y un sabor amargo de derrota. Allí comenzó nuestra caída, en una ciénaga de fango con olores nauseabundos.

Posteriormente, el cuarto congreso de la ANUC en Tomala hirió de muerte a la organización campesina; a la violencia oficial y sistemática de los poderes tradicionales que la dejó sin aliento, sin vida, se sumaron nuevas rupturas internas que nos convirtieron en hombres NN; sin embargo, todo parecía posible de resistir después de tantas adversidades acumuladas.

Los sueños estaban enterrados en lo profundo de la tierra, con la esperanza de que la vida pudiera rescatarlos, y los campos se llenaran de flores silvestres. La luz, aunque tímida, traía consigo

varios vientos en contra: los vientos más fuertes eran la desesperanza, la desilusión y la desidia, que impedían que la población rural pudiera alzar el vuelo, no solo sobre mares y ríos, sino sobre la tierra que le había sido negada. Otro viento frío era el de la telaraña invisible tejida por las mafias, los despojadores y los señores de la guerra, con sus ejércitos privados, que, como en los tiempos coloniales, se disputaban las tierras conquistadas. El tercer viento nocivo era el de la gobernanza gobernada, la institucionalidad desinstitucionalizada, que no se atrevía a enfrentarse a los poderosos regionales, que atrapaban a la burguesía bogotana como si fuera una república bananera.

La organización nacional campesina, desvertebrada a raíz del cuarto congreso de Tomala, fue vista por la conciencia colectiva rural como la pérdida de la «Mamá Grande», esa figura mítica de la sociedad rural costeña, querida, respetada, adorada, añorada y temida por todos los seres vivos de la región. Su presencia era clave para dar continuidad a la lucha reivindicatoria del campesinado colombiano, ya que disipaba discordias y unía afectos. Nunca concebimos a la ANUC como un cadáver insepulto; por eso, como un ejemplo de continuidad y, a la vez, de discontinuidad de las luchas campesinas, al tiempo, desde diversas vertientes, emprendimos el camino de su reconstrucción.

Fue una labor puerta a puerta, vereda tras vereda, municipio tras municipio, con la extraña sensación de haber perdido a un ser querido, y tratando de sensibilizar a los cuadros y activistas que quedaron huérfanos y desarticulados, resultado de la postura de una izquierda arrogante, pendenciera y hegemónica. Al respecto, se evidenció el cierre destructivo llevado a cabo por la ORP, quienes, tras legalizar la Organización Revolucionaria del Pueblo, junto con otros compañeros de izquierda, formaron el Movimiento Nacional Democrático Popular (MNDP).

Este movimiento hizo alianza con el Nuevo Liberalismo, participaron en las elecciones parlamentarias de 1977 y, con el entonces ministro de Agricultura, Gustavo Dajer Chadid, firmaron un

acuerdo que ponía fin al esfuerzo por mantener a la ANUC como opción gremial. Fue una decisión propia, impuesta al considerarse dueños, por el reconocimiento mayoritario que habían ganado.

Fue una multiplicidad de encuentros regionales, departamentales, municipales y veredales, rompiendo el escepticismo, convenciendo a todos de la necesidad de reconstruir la organización campesina. Todo estaba en discusión: la plataforma ideológica, el mandato campesino, la plataforma política, el carácter de la organización, su estructura organizativa, su financiación y la metodología para la toma de decisiones.

Mientras discutíamos con los líderes, también manteníamos intercambios con representantes de las fuerzas de izquierda que seguían trabajando con el campesinado, tratando de lograr una postura más proactiva. Ese segundo nivel de discusión fue fructífero, a excepción de lo sucedido con Víctor Félix Pastrana, el máximo líder campesino de Caquetá, asesinado por el M-19, debido a la paranoia que la izquierda colombiana había alimentado: lo que no controla, lo elimina.

Todos los demás grupos aportaron su fuerza social al proceso de reconstrucción de la ANUC, que tuvo lugar el 21 de febrero de 1982 en Sincelejo, capital de Sucre. 5000 hombres y mujeres participaron en las deliberaciones y aprobaron por unanimidad los documentos que previamente se habían discutido y asumido como base para la nueva organización campesina. De allí nació la ANUC-Unidad y Reconstrucción, como una flor que florece en pleno verano.

No obstante, a pesar de los esfuerzos de los líderes campesinos y del entusiasmo de los campesinos en el proceso de reconstrucción, la ANUC estaba demasiado debilitada; había un alto grado de escepticismo y desconfianza debido a los manejos del pasado frente a las contradicciones internas. La izquierda legal, que alguna vez fue el pilar de la lucha social campesina, estaba atrapada en sus propias crisis de proyectos y paradigmas; de otra

parte, era evidente el auge del paramilitarismo, que alteraba la política oficial. Estábamos como en la canción de Carlos Gardel: «Cuesta abajo en la rodada».

Nosotros queríamos darle vida a una organización con las mismas banderas que diez años antes habían sido catalizadoras del descontento campesino. Intentamos proyectar la organización con la consigna de que «la tierra es para quien la trabaja», pero en ese momento ya no respondía a los intereses de aquellos que, en cierto grado, ya habían conquistado un pedazo de tierra.

A la izquierda colombiana le faltaba y le faltó reflexión oportuna sobre las prácticas hegemónicas, excluyentes y vanguardistas que la caracterizaban, y sobre sus posturas instrumentalistas frente a las organizaciones gremiales o sociales en general. Las concepciones y los métodos hicieron crisis y llevaron, luego, a progresivos replanteamientos y cambios al respecto.

Los dirigentes campesinos habíamos tejido la unidad con la destreza de una filigrana y adoptado el método del consenso para la toma de decisiones, angustiados por la responsabilidad política que nos correspondía como corresponsables de la crisis de la ANUC. El Gobierno nacional había cambiado su perspectiva organizacional del campesinado con el programa DRI y su interés se había desplazado hacia la asociación de usuarios DRI (Andri), la producción individual en lugar de la asociativa, y la organización cooperativa para la comercialización de productos específicos, como materia prima para ciertas industrias alimenticias.

No era nuestra principal preocupación la financiación de la organización campesina, pero sabíamos que cualquier proyecto, gremial o político, sin finanzas propias, estaba condenado al fracaso. No advertimos, en su justa medida, la dimensión perversa de la estrategia de guerra de la santísima trinidad: las fuerzas armadas, las élites políticas, las fuerzas irregulares armadas ligadas a las drogas y los efectos devastadores de la estrategia paramilitar, cuyo objetivo eran los líderes

sociales —fundamentalmente campesinos—señalados de ser los responsables de la pérdida de sus tierras y del quiebre de sus estructuras de poder feudal.

La táctica era clara: repetir una mentira tantas veces que, eventualmente, se consolidara como verdad en la conciencia colectiva. Aún hoy, existen comunicadores que aceptan como ciertos adjetivos estigmatizantes para las comunidades campesinas, utilizándolos como justificación para muchos abusos. Nunca han querido ver que la verdadera razón de ser de la organización campesina, al menos en Colombia, está vinculada a la reforma agraria.

### 5.4. Mi retiro del liderazgo en la ANUC: reflexión crítica en medio de otras dinámicas sociales y bajo la persecución estatal

La insurgencia colombiana, en su afán de ganarse a los campesinos, blande la bandera de la reforma agraria, pero una reforma que no ha promovido en los territorios que ha controlado; por el contrario, quiere una reforma agraria que se ejecute desde el Estado. Mientras tanto, los paramilitares sembraban el terror, desplazaban a los campesinos e imponían un nuevo orden agrario en las regiones que dominaban, buscando implementar un modelo de dominio que pretende crear una sinergia, a partir de sus intereses, entre victimarios y víctimas.

Si esto no fuera ya un cuadro sombrío, las organizaciones políticas también utilizaron nuestras experiencias para aglutinar a los campesinos en Sincelejo. Cuando debíamos votar por nuestros dirigentes, nos orientaron a abstenernos de involucrarnos en cargos directivos, así que los promotores, los patrocinadores y los nervios de esta movilización nos apartamos; preparamos el sancocho y lo servimos, para que otros lo degustaran.

Cesamos nuestras funciones el 23 de febrero de 1982, rompiendo, de paso, los lazos de pertenencia a la organización social que había sido el fundamento y la razón de nuestra existencia. La organización que habíamos usado como cobija para desarrollar las actividades del gremio y ocultar nuestra simpatía por las ideas de izquierda se rompió como una vieja sabana que hay que tirar al cesto de la basura.

Por razones que desconozco, un grupo de compañeros y compañeras coincidió en la idea de que se debía ceder el liderazgo a otros. Al principio, no fui consciente del significado de esa decisión; fue solo después, al estar libre de ataduras gremiales, cuando comprendí que esa decisión destruía mis conocimientos y experiencias, y me alejaba de lo que realmente era: un dirigente social.

Fue entonces cuando tomé en 1986 la decisión más importante de mi vida: renunciar a todo lo que me apartaba de mi origen; sin embargo, ya había un sol eclipsado que oscurecía mi propia existencia. Como Adán cuando fue expulsado del paraíso, me enfrenté a un mundo hostil, encabezado por el gobernador departamental de ese momento, Osvaldo Montes Pacheco, con quien nunca tuve trato, y las fuerzas de policía y seguridad. Un aro en llamas parecía constreñirme el espacio, y los seguimientos escalonados en los municipios donde solía moverme me hacían sentir prisionero en mi propia tierra.

El regreso al departamento de Sucre significó también enfrentarme a la necesidad de sostener a mis hijos; fue allí donde exploré otra faceta de mi vida. La organización Tierra de Hombres (Terre Des Hommes) estaba interesada en hacerle seguimiento a la política de paz esbozada por el expresidente Belisario Betancur, que despertaba el interés de las FARC-EP, el M-19 y el EPL. Allí pude constatar que «hablar de paz es prepararse para la guerra», al menos, para aquellos que tienen el poder de hacerlo.

El Gobierno era capaz de sentar a los tres grupos guerrilleros con más influencia social en el país y negociar una tregua, con

el propósito de producirles una ruptura en sus paradigmas y un desarme ideológico. Además, implementó una línea de créditos especiales, respaldados por Estados Unidos, Francia, Alemania, Holanda y Suiza, para modernizar el aparato de guerra, superando los logros de los últimos cuatro presidentes de Colombia.

No es fácil hacer un seguimiento abierto a una persona pública en la costa sin ser notado. Estaba más que advertido de los movimientos extraños a mi alrededor; sabíamos del reclutamiento de informantes en las cabeceras municipales de las subregiones de las sabanas y los Montes de María. Nos movíamos en aguas turbulentas.

Supe de una orden de captura: «¿De dónde es?», pregunté. «De Montería», respondió. «Y, ¿tú qué haces?», me dijo el comandante de policía. «Lo que me enseñó tu hermano», le respondí. Ese comandante era hermano de uno de los principales líderes del sindicato de agricultores de Los Palmitos. «¿Qué investigación llevas a cabo?», me preguntó. «Es sobre el desempeño de la Caja Agraria en las comunidades campesinas», respondí. «Si necesitas una copia, me la solicitas por escrito y con gusto te la haré llegar». «No, no es necesario», respondió él.

Días después, el representante de Tierra de Hombres visitó mi casa. Durante la conversación, una niña me dijo: «Señor Alejandro, al gringo que está en su casa lo van a detener». Treinta minutos después de su partida, el gerente de la Caja Agraria me informó que el visitante había sido detenido en el aeropuerto de Corozal. «Te vas a meter en un conflicto internacional», le dije al alcalde de Corozal. «El retenido tiene inmunidad diplomática. ¿Cuál es el problema? Porque dudo que la dificultad sea del visitante», le aseguré. «Te garantizo que no sé qué pasa», fue su respuesta.

El reconocimiento como dirigente campesino seguía intacto entre las comunidades; sin embargo, la militancia política me alejaba de las actividades gremiales, por razones que me eran

desconocidas. Las prohibiciones no tardaron en llegar: «Es desde la clandestinidad que debes dirigir a las comunidades en la construcción de poder y cambios revolucionarios». «¿Por qué hacen una distinción entre lo social y lo subversivo?», les preguntaba con firmeza a quienes se consideraban dirigentes. «Esa es la orientación», me dijeron. «Yo no obedezco orientaciones contrarias a mis principios», respondí.

Pese a esto, las opciones para rebelarme eran pocas. Estaba cercado por la duda metódica de los organismos del Estado, que me veían como una amenaza para los intereses de los poderosos de la región. Desligado de mis responsabilidades gremiales en la ANUC y roto el lazo con la comunidad de El Nogal, toda la solidaridad que me permitió desarrollar el trabajo social y político se había desvanecido en los recuerdos del pasado, como una quimera nostálgica de lo que pudo ser y no fue.

En los amplios sabanales del Caribe, en el horizonte de la verde pradera, vivía con el constante palpitar de un corazón, no de alegría, sino de la certeza de que en cualquier recodo del camino podría ser asesinado. En ese contexto, celebré mis 40 años convencido de que no vería los 41; cada día, al despedirme de mis seis hijos, pensaba que no los vería crecer. La presión psicológica era tal que comencé a prepararlos para mi ausencia, dándoles lecciones sobre la vida. «La virginidad sirve para proteger a las niñas de infecciones y generar complejos morales inducidos por las iglesias», les decía. «No permitan que nadie defina su personalidad, sean ustedes mismos». «Nunca entreguen más de lo que reciben». «Solo el 50 % de lo que otra persona dice puede ser cierto; el resto son fantasías». «La reproducción es una opción, no un destino».

Con un balón de fútbol, un bate y una manilla, improvisaba mis actividades pedagógicas. Las personas mayores que conocí usaban el refrán «no hay mal que por bien no venga». Era una moraleja perversa, que les hacía creer que los males del presente se convertirían más tarde en una fabulosa dicha que aliviaría sus

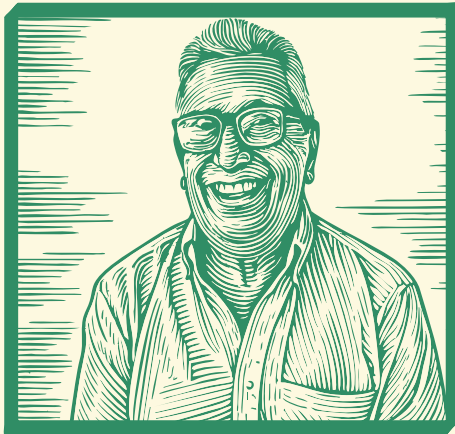
sufrimientos. En mi caso, el acoso de la «Gestapo» criolla sirvió para fortalecer los lazos de afecto con mis hijos y mi compañera, vínculos tan sólidos que ni los vientos huracanados pudieron afectar.

La vida es una caja de sorpresas, una realidad dolorosa de contemplar. Me alejé de la ANUC sintiendo una furia creciente y una impotencia absoluta; un día, mientras acudía al Colegio Juan XXIII como representante de mis dos hijos, grité: «Yo soy revolucionario, ustedes son liberales y conservadores». «Lo sabemos, no nos importa», respondió un grupo de padres de familia; me propusieron presidir la asociación de padres de familia. No lograba agredir a las personas, pero no se escandalizaban, no me satanizaban.

El desconcierto fue tan grande que me dejó sin aliento. «Está bien, pero nombren un equipo de hombres y mujeres con vocación social», les pedí. Aunque pensaba que eran reaccionarios, la vida se encargó de demostrarme lo contrario; encontré en ellos el mejor equipo de trabajo que podía desear. No solo trabajamos por un colegio, sino que desentrañamos la cultura dormida de Los Palmitos y articulamos a toda la sociedad en este esfuerzo; fue algo fantástico y aleccionador.

Antes de ello, estaba inmerso en un juego de malabares que me acercaba al abismo, pero, de repente, las sonrisas de mi pueblo de nuevo hicieron fiesta en mi corazón. Fue un reencuentro con las personas que me vieron nacer, crecer y alejarme como un ave migrante; fue como encontrar los amores perdidos en los sabañales del Caribe. La ANUC fue el encanto del cambio; mi pueblo, la afirmación positiva de la realidad que quisimos transformar.







# La danza del pasarroyo

## 6.1. La Iglesia tiene mandamientos y las organizaciones de izquierda, estatutos y estrictos procedimientos de militancia

El pasarroyo se desplaza como el rayo que apenas besa las tranquilas aguas de las lagunas que se niegan a morir, resistiendo la deforestación y los fuertes veranos que azotan los Montes de María. En ocasiones, cambia de color y su cola se convierte en un arco dorado, como si fuera un animal inofensivo. Otras veces, su color se vuelve verde, similar al de las hojas de los árboles; de pronto, se funde con el color de la ardiente arena o con el negro de la tierra. A veces, finge ser inofensivo, pero salta un metro de altura si algún animal se le acerca.

La arena caliente lo cubre, ocultando por completo su presencia, y así adultos y adolescentes sufren espantos cuando, al caminar sobre la compacta arena, cientos de reptiles hambrientos emergen bajo sus pies, en una especie de danza de la muerte. Es la rebelión de los danzantes; las ondas sonoras que se transmiten entre ellos les permiten ubicar a su objetivo, desencadenando una reacción simultánea de cientos de pasarroyos.

La izquierda clandestina, por supervivencia y seguridad, maneja un manual de seguridad o protocolo de obligatorio cumplimiento para la militancia. Esto lleva a sus miembros a desarrollar múltiples personalidades, comparables solo con las que, juguetonamente, muestra el pasarroyo de los Montes de María.

Medellín, la «ciudad de la eterna primavera», cobijó bajo sus flores muchas historias. Cuando apenas comenzábamos a entender el mundo, recibimos la visita de turistas provenientes de esa hermosa ciudad, que llegaron a El Nogal. Su interés no era Cartagena ni Santa

Marta, sino Achí, en la ribera del río Magdalena, en el sur de Bolívar. «¡Estos cachacos están locos!», pensábamos. ¿Qué atractivo puede tener un pueblucho petrificado en el tiempo, olvidado por la historia? Ellos conocían las canoas, pero no esas hermosas chalupas fuera de borda que ellos cargaban en sus vehículos.

Partimos con curiosidad, murmurando entre nosotros, apretujados en un campero. Después de algunas reuniones con campesinos, no notamos nada extraño; regresamos a El Nogal y, de allí, visitamos Tolú. El lenguaje sonaba misterioso: «Aquel», «vos», «tenéis», «volvéis». De Tolú arrancamos para Medellín, pero la sola posibilidad de ir a la ciudad de la eterna primavera dispersó al grupo de campesinos; solo yo asumí el reto. El hospedaje fue en un barrio de clase media; sin embargo, el misterio aumentaba, hasta convertirse en paranoia.

El dueño de la casa, trabajador de Coltejer, según decía, cambiaba de apariencia. A veces, tenía el cabello liso, otras veces era de cabello negro, y otras más parecía un mono de pelo crespo; en otras ocasiones, lucía con bigote y patillas, como el gran chacal o el hombre de las máscaras. Soportaba sin decir nada esos cambios, hasta que, un día, lo sorprendí con un montón de baldosas debajo de las escaleras del segundo piso.

Lo que vi me dejó sin palabras: los peldaños de las escaleras eran verdaderas caletas, llenas de pelucas, armas, biblias, el Corán, velas que recubrían las uniones de las baldosas, etc.; lo más sorprendente es que esos textos tenían palabras subrayadas que, al unirse, formaban mensajes.

Decidí regresar a la costa, ya que tenía cosas que resolver allí; solo cuando llegué a Yarumal volví a respirar tranquilo: por fin había salido de esa arena llena de pasarroyos. Desde entonces, me volví más desconfiado, menos voluntarioso, más cauteloso al cruzar arroyos desconocidos.

### *6.1.1. Observancia del secreto revolucionario*

Ningún militante debe revelar en ninguna circunstancia su pertenencia o responsabilidad política. Si el militante resiste la tortura, el encierro, la extradición, la muerte y los vejámenes más extremos de los hombres que integran los organismos de inteligencia del Estado, se le considera un héroe y forma parte de la simbología con la que se enaltece a los militantes y a las masas más cercanas. De lo contrario, se le considera un renegado, digno de desprecio, sanción, expulsión o incluso la muerte.

### *6.1.2. Conspiratividad*

Al asumir la militancia, se adopta necesariamente una postura que implica que ni siquiera las personas más cercanas deben conocer la actividad que se realiza; ni la esposa, ni el novio, ni los amantes deben saber qué hace la persona en su vida política. Se maneja una especie de «código de la mentira creíble». Quien expone públicamente su actividad deja de ser confiable para la organización, que lo desprecia por considerarlo un traidor, un informante o alguien sin personalidad.

### *6.1.3. Postura ética*

En la izquierda, la ética tiene significados particulares; por ejemplo, la expropiación de bienes de los monopolistas es parte de su esencia, aunque esto escandalice a la derecha. La plena realización del ser humano es una bandera marxista que va en contra del conductismo de la derecha. La armonía entre el ser social y la naturaleza implica la defensa del entorno físico como parte de la vida. La derecha, en cambio, es depredadora del medioambiente; la derecha vive de lo público, mientras que la izquierda concibe lo público como un bien a respetar.

La izquierda también cuestiona la promiscuidad sexual, por respeto al ser humano. Ningún militante puede violar o forzar a una compañera a mantener relaciones, si no que deben ser convenidas y de su pleno consentimiento. Quien lo haga pierde su equilibrio emocional, su objetividad ideológica, y es susceptible de ser sancionado, incluso expulsado o despojado de su responsabilidad política.

### *6.1.4. Manejo de los recursos colectivos o comunitarios*

Quien haga un mal uso de ellos se expone a sanciones severas; esa persona es vista como un lumpen, una escoria social producto del sistema capitalista. Se dice que solo el M-19 trabajó en la ciudad de Cali con personas inmersas en prácticas lumpen, lo cual escandalizó a otras organizaciones revolucionarias. Ese trabajo fue fácilmente infiltrado y llevó a la mayor operación urbana realizada por el Ejército Nacional en la administración de Belisario Betancur, en el distrito de Aguablanca, con el objetivo de desmantelar el movimiento miliciano urbano más importante de esta organización.

### *6.1.5. La franqueza, la lealtad y la transparencia*

Estos valores buscan garantizar que los militantes no le mientan a la organización ni guarden secretos que puedan afectar la vida interna o externa de la misma. La confianza y la cadena de afecto son fundamentales para el militante, independientemente de sus posturas políticas. Quien viole estos principios debe tener una razón convincente; de no ser creíble para los expertos en contrainteligencia, será sometido a sospechas o investigaciones, que son juicios ocultos que pueden llevar al fusilamiento.

En este sentido, la izquierda guarda muchas similitudes con la Iglesia católica. La Iglesia tiene los diez mandamientos que deben cumplir los fieles; la izquierda tiene su manual o los estatutos de cada organización, y su observancia es lo que define la seriedad de su proyecto colectivo. Por ello, los militantes más ortodoxos actúan como monjes y no como seres humanos comunes.

Existen hombres y mujeres que maximizan estos planteamientos, mientras que otros los minimizan por razones psicológicas o ideológicas. También hay quienes, desde una postura ideológica, les dan un tratamiento más superficial, enfocándose solo en el ámbito sexual. Mi primer choque interno fue sobre este tema: un miembro del comité central del PCC-ML me habló de «aberración sexual». «¿Qué es una aberración?», le pregunté, ingenuamente. «¿Cómo se hace el polvo proletario? ¿El hombre arriba, abajo, de

lado, por atrás, de pie, oral?». Nada de lo que se haga con pleno consentimiento es aberrante; es lujuria, erotismo, pero no aberración.

Marx dijo: «Todo lo mundano me es común»; lo otro es abstinencia y prohibicionismo, que busca reprimir los instintos, el placer y la belleza de las relaciones íntimas. Los ángeles son los que se supone carecen de sexo, no tienen instinto y no realizan actividades fisiológicas. La izquierda no puede ser la prolongación de la inquisición oscurantista; la izquierda debe ser libertaria en todos los sentidos o no es izquierda.

Desde esa perspectiva, el militante debe adoptar diversas personalidades según el entorno en el que se desenvuelva, siempre acompañado de una justificación tanto ante la sociedad como frente al enemigo, que está siempre al acecho y se presenta bajo diferentes formas; es la extensión del pasaje del pasarroyo. La izquierda es una institución moralista que repite el relato bíblico de Adán y Eva, protegidos por Dios y tentados por el demonio, quien, convertido en serpiente, es satanizado por la sociedad.

Por razones que no logro entender, me convertí en una persona con distintas identidades. En mi pueblo, Los Palmitos, y en la comunidad de El Nogal, era conocido como Alejo Suárez, para diferenciarme de mi papá; en el resto de la izquierda del departamento, era Alejandro Suárez, un cuadro intelectual, el camarada; para los campesinos, era el compañero Alejo, y estas clasificaciones me ayudaban a saber con quién estaba tratando. La confianza o desconfianza eran dos extremos que me acompañaban: desconfiaba de todo lo que se movía a mi alrededor. «Cuando hables con alguien, mira sus ojos para saber qué está ocultando», me aconsejaba el profesor del seminario en Cartagena.

Jamás preguntaba por el nombre de pila de una persona, por su actividad política o económica ni por su lugar de residencia. Estos parámetros no solo los manejaba a la perfección, sino que, si alguien se atrevía a indagar sobre mi vida personal, me distanciaba inmediatamente. Eso generaba en mí todo tipo de desconfianza y recelo.

Para enriquecer mi bagaje teórico en temas de seguridad, además de los manuales de las organizaciones de izquierda y las fuerzas armadas nacionales, recurría a las reflexiones producidas por movimientos revolucionarios de otros países como Bandera Roja, de Venezuela; Los Montoneros, de Argentina; Los Tupamaros, de Uruguay; el Movimiento Independiente Revolucionario (MIR), de Chile, y el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, entre otros. En esa etapa de mi vida me volví aficionado a las películas y la literatura de espionaje: rusas, norteamericanas, alemanas e inglesas. Todo eso me llevó a crear mis propios catálogos de inteligencia, con el fin de evitar a posibles investigadores de la inteligencia militar o infiltrados dentro de las organizaciones de izquierda.

Era capaz de conversar sobre temas intrascendentes sin mostrar ningún interés o preferencia por la izquierda, la insurgencia o mi rechazo al régimen político. Jamás mezclaba a mis amistades: los compañeros con los que trabajaba social y políticamente los mantenía alejados de mi entorno familiar. No me jactaba de ser alguien con más conocimientos que los demás dentro del grupo.

Cuando comencé a preocupar a los organismos de inteligencia, me di cuenta de que el protocolo de investigación que utilizaban era siempre el mismo: ¿cuál es tu formación académica?, ¿cómo te sostienes económicamente?, ¿a qué te dedicas todos los días? Ese manual de procedimientos, tan simple y directo, se comprende mejor si entendemos que los organismos de inteligencia dudaban de la capacidad de los campesinos o de los obreros para dirigir procesos de cambio social y político.

Después, las cosas tomaron otro rumbo. En una retención que sufrí en el caserío de Los Palmitos llamado El Bongo, en 1986, me leyeron un informe en el que se decía que Francisco Barrios, Iván Salgado, Ramiro Jiménez y Alejandro Suárez, residentes en Corozal, estábamos recogiendo infraestructura y reclutando jóvenes para la guerrilla. «¿Qué opinas?», me preguntó con aire de triunfo el director de la Sijín del departamento de Sucre, un

hombre de piel clara, ojos verdes y acento cachaco. «¡Que tienes malos informantes!», le respondí. «¡Ninguno de nosotros vive en Corozal!». De hecho, Francisco vivía en el municipio de Betulia; Iván, en el corregimiento de El Piñal, municipio de Los Palmitos; Ramiro, en el municipio de Ovejas, y yo, en Los Palmitos.

### 6.2. Crisis del proyecto de guerra revolucionaria, desarticulación de la ANUC y búsquedas ante la ahora lejana utopía: el retorno de la mayoría del activismo

Entre 1972 y 1975, cuando recién comenzábamos a asumir nuestro papel de dirigentes regionales, un hecho turbulento y desconcertante sacudió nuestro trabajo. Como hojas levantadas por un tornado, desde las ciudades llegaron al campo estudiantes de todas las universidades y colegios de las ciudades costeras y del interior del país. Por primera vez en nuestra vida, sentimos que los campesinos de Colombia éramos merecedores del apoyo de hombres y mujeres que accedían al conocimiento científico que la formación universitaria transmite. Era un sueño sin fin, creíamos que nos habíamos convertido en el centro y eje del desarrollo del país.

Pero, justo cuando comenzábamos a acostumbrarnos a la idea de la igualdad entre los seres humanos de las ciudades y los agueridos campesinos, los organismos de inteligencia empezaron a inquietarse por la presencia activa, en veredas y pueblos sabaneros, de tantos intelectuales educando o «adoctrinando» —como se decía de ellos— a los productores agrarios. Un nuevo tornado recorrió las antiguas sabanas del Gran Bolívar, y así como llegaron, se fueron, como arrastrados por una fuerte brisa veranera que se lleva todo lo que encuentra en su camino. Cien estudiantes regresaron a sus lugares de origen; el único que permaneció, resistiendo las presiones familiares y el ambiente currambero, fue uno de esos estudiantes que mantuvo su amor por la sabana.

Fue el segundo éxodo social que presencié, con varios agravantes. El primero afectó únicamente a la vereda El Recreo; este, en cambio, impactó todo el trabajo que habíamos llevado a cabo en Bolívar, Sucre, Córdoba y Magdalena, y estuvo relacionado con el principio del fin de las organizaciones de izquierda democrática.

Los argumentos políticos que esgrimieron nuestros vendedores de ilusiones fueron «que el centro principal del trabajo era la clase obrera» y «que existía una desviación campesinista». Con el tiempo, quedó claro que lo que realmente había detrás de estos discursos era una espesa atmósfera de irritación política, una embarazosa contrariedad que resultó extremadamente reveladora del alcance y del verdadero significado de quienes, como en los amores fugaces, abrazan a las mujeres amadas mientras dura la efímera pasión.

Nunca hubo coherencia entre el argumento y la práctica, porque solo dos de los compañeros que regresaron a sus ciudades de origen se vincularon a las fábricas. Los demás optaron por flexibilizar el concepto de militancia y convertirse en personas «libres» de cualquier incómoda atadura orgánica, militando en la organización de la amargura o en partidos tradicionales.

Creo, sin embargo, que en el ideario de estos jóvenes nunca gravitó el trabajo campesino como una opción de cambio. Su estancia en la zona fue coyuntural; nunca se percibió su vinculación definitiva a este escenario, y ellos no la sintieron como tal. Su interés era la excitante guerra que, como una sábana blanca, se extendía por todo el continente americano, bajo la consigna guevarista del foco guerrillero y maoísta de que «una sola chispa puede prender la pradera». A eso habían venido, por eso dejaron sus estudios, por eso se sacrificaron, por eso abandonaron a sus familias y novias, y asumieron una postura de monjes santurrones.

Pero esa guerra, cada vez más, se volvía una lejana utopía, desconectada de la cambiante realidad urbana de América Latina, que mostraba cada vez menos proyección y posibilidad de éxito. Los acelerados cambios de concentración poblacional en cuatro

grandes ciudades colombianas, la oferta de servicios, los cambios culturales, el avance tecnológico y la concentración de grandes conglomerados juveniles imponían transformaciones que los dirigentes de la izquierda no quisieron o no pudieron ver.

Con el mejor humor, les cantaba a mis compañeros de dirección ese bolero que dice: «Todo se derrumbó dentro de mí, dentro de mí, y hasta mi aliento ya me sabe a hiel, me sabe a hiel». Les cantaba porque era consciente de que estábamos enfrentando un torbellino sin precedentes. Por un lado, el Comité Regional Carlos Alberto Morales, con raíces en el viejo Caldas, se había desprendido del PCC-ML como la Línea Proletaria que pasó a la actividad política legal, unificándose con otras agrupaciones ML y socialistas, con modernizados instrumentos legales de comunicación y cuestionamiento al «clandestinismo», calificado de «política del avestruz».

En tal sentido es similar el Comité Regional Pedro Vázquez Rendón, de Antioquia, y el Ricardo Torres, del Valle, los cuales, con un excelente trabajo con los obreros industriales, los estudiantes, el magisterio y los barrios populares, crearon la Tendencia MLM que, aunque se disgregó en rupturas, alimentó proyectos de izquierda progresistas como el movimiento Firmes.

Por su parte, el Comité Regional Bernardo Ferreira Grandet, que irradiaba su influencia sobre los siete departamentos de la costa Caribe, con trabajo obrero, campesino, estudiantil y magisterial, estaba atrapado en el dilema del «ser» y el «no ser», adoptando como política la parálisis y apenas lanzando una plegaria para retomar la «menguada dirección». Finalmente, luego de rupturas en su interior, se reconfiguraron en los ochenta el PRT y otros núcleos ML que se integraron como MIR Patria Libre (Villarraga y Plazas, 1994).

Entre tanto, en el plano social, la ANUC recibió uno de sus mayores golpes, tanto psicológicos como económicos. Nosotros, en una gran movilización en 1975, con cuatro departamentos paralizados

por miles de campesinos cosechadores de tabaco, las fábricas procesadoras paradas, los estudiantes movilizados y las principales vías de acceso a las ciudades bloqueadas por los manifestantes, firmamos un acuerdo con el Gobierno nacional y Asotabaco, entidad encargada de la compra, comercialización y exportación de tabaco. Ese acuerdo lo asumimos como una victoria y un paso más en la lucha social regional, pero nuestra ingenuidad nos impidió prever una respuesta en caso de incumplimiento.

Dispersados los campesinos, quedó claro que todo había sido una burla del Gobierno y los exportadores. Quisimos reaccionar, pero la credibilidad en nosotros estaba magullada, y, por primera vez, los campesinos no atendieron nuestro llamado. En cambio, espontáneamente, acudieron a las vías de hecho, arrojando el tabaco en las carreteras como señal de inconformidad e impotencia.

El triunfo se había convertido en derrota, una derrota brutal que silenciaba nuestra voz y ponía en blanco nuestras mentes. Nuestra grandeza y altivez se constriñeron, y las consignas con las que movilizamos a miles de labriegos se convirtieron en objeto de fatídicas burlas que carcomían nuestro orgullo y empequeñecían nuestra altivez moral y política. Por primera vez, habíamos sido derrotados en el terreno que más conocíamos: la movilización social.

Lo peor estaba por venir. En 1976, el comité ejecutivo de la ANUC Línea Sincelejo decidió que el cuarto congreso de la organización se celebraría en la vereda Tomala, entre el sur de Bolívar y La Mojana sucreña. Nuestra desinteligencia nos jugó una mala pasada; no entendimos que aquella vereda guardaría los restos de una organización juvenil que había hecho que miles de hombres y mujeres tocaran el cielo y se bañaran en los pétalos de nieves que las nubes desplazan en su coqueto andar. Los dirigentes que desconocíamos de aquella eutanasia sufrimos un trauma emocional; nuestra organización prácticamente había fallecido.

En el plano sindical, las cosas no podían ser más dramáticas. Después del éxito con la lucha social, el éxito huelguístico, y la

expansión del trabajo político y organizativo entre los obreros de la industria del tabaco en Ovejas (Sucre), Carmen de Bolívar (Bolívar) y Plato (Magdalena), en 1977 fueron expulsados 900 activistas, hombres y mujeres, y todas las reivindicaciones conquistadas fueron suprimidas de un solo plumazo. La personería jurídica fue cancelada, los líderes fueron judicializados, y el espíritu combativo de los 25 000 trabajadores que habían desafiado la degradación y el abuso a que históricamente habían sido sometidos en las bodegas de las fábricas tabacaleras fue revertido.

A los patrones no les importó el tiempo ni la experiencia en los procesos de elaboración, ni las destrezas heredadas generacionalmente en el trabajo artesanal, ni los músculos moldeados de la mujer sabanera, que dan forma al futuro paladar de los señores encopetados que deciden el rumbo del mundo. Con ellas, se fueron más de 20 años de hábiles trabajos heredados desde hace un siglo.

Ese tabaco hecho a mano, de hojas enteras de primera calidad y parejas, exentas de vena, bien enrollado, y de color oscuro y fuerte, se convirtió para los trabajadores en la oscura y amarga noche del delito de ser sindicalizados. Ellos solo se llevaron en su piel y su sangre el profundo aroma de las pacas y prensas que producían la hoja fermentada del tabaco, que trataban con tanto respeto. El símbolo de exportación del Caribe debió impregnar el perfume de la hoja amarga con las lágrimas llenas de nicotina, que, como relajante, producen una sensación placentera en las pupilas de aquellos que, ilusionados por nosotros, confiaron en la justicia social, la democracia y la organización sindical.

Las cosas no podían ser más calamitosas. Retrotrayendo la leyenda de los príncipes muiscas Fura y Tena, que se amaron y murieron en las montañas de los Andes mucho antes de que llegaran los conquistadores (Tena se suicidó, por el amor imposible de Fura, y esta deambuló por las espesas montañas andinas), fue una existencia anónima, sembrada entre las cordilleras, donde se fundieron todas las pasiones de la condición

humana de hombres y mujeres colombianas, que se convirtieron en esperanza y frustración.

Esta parábola ilustra lo sucedido con las izquierdas que hicieron presencia con trabajo social en el departamento de Sucre. Atrapadas en sus propias contradicciones internas, asumieron como refugio político el internismo y la creencia de que el partido «se fortalecía depurándose de los elementos pequeño burgueses y oportunistas» dentro de las organizaciones. Con este argumento vacío, se suprimió la reflexión de varios dirigentes que consideraban necesario reenfocar la política, adaptándola a los cambios que se estaban generando en el país y en América Latina.

El EPL, por su parte, vivió su propio viacrucis, recluido desde 1967 en los Llanos del Tigre, atrapado en el cerco de herradura impuesto por el Ejército Nacional. Pasó de la ilusión de pensar que Colombia era el segundo Vietnam en América Latina a justificar una equivocada estrategia militar, basada en el hostigamiento a los puestos de control del Ejército y la Policía, lo cual, de manera circular, impedía el desarrollo de una política de real ampliación del control territorial y de posibilidades de aniquilamiento de la fuerza enemiga.

La insurgencia colombiana, en sus diversas formas, actuó durante las décadas de los setenta y ochenta según las convenciones de la comandancia del Ejército Nacional, que siempre exageró el peligro de un triunfo insurgente. Esto le permitió elevar los niveles de concertación y negociación presupuestal frente a las temerosas élites gobernantes nacionales, ganando así mayores recursos en materia de presupuesto, tecnología y aceptación de la estrategia contrainsurgente que se implementó contra el movimiento social.

La insurgencia fue percibida como un «enemigo interno» al que se asociaba su real o supuesta base social, y se pretendía su derrota o exterminio ante el anunciado peligro inminente de ruptura del *statu quo*. Además, la institucionalidad encubrió la falta de una

ofensiva militar real a través de una estrategia mediática que, a través de los medios de comunicación de la burguesía, ocultaba los precarios o inexistentes avances del Ejército Nacional<sup>18</sup>.

El eclecticismo que, como una hoja de parra, acompañó la fundación del PCC-ML fue un compañero constante en todas las fracciones que este produjo en su desbandada febril. En ese momento, la Tendencia MLM se había escindido, y un pequeño pero activo grupo comenzó a discutir y elaborar nuevas tesis que subrayaban la necesidad de trascender los fundamentos de la guerra popular prolongada, para adoptar una postura socialista. Este grupo, denominado Ruptura, defendía un enfoque ideológico diferente al de aquellos que se alineaban con la organización denominada Bloque Socialista y reivindicaban las tesis de Trotsky.

Fue en ese contexto que Medellín y Barranquilla se convirtieron en mi segunda casa, donde comenzó mi relación con cuadros políticos de primer nivel y libres pensadores: economistas, filósofos, sociólogos, psicólogos, abogados, médicos, lingüistas, antropólogos, entre otros, quienes fueron fundamentales para mi desarrollo intelectual y como dirigente político integral. El crecimiento teórico y cultural que experimenté fue envidiable y, unido a la experiencia social y política adquirida, me transformó en una persona que buscó nutrirse de fundamentos teóricos, estudiosa de la realidad política, prudente, ecuánime, tolerante, sencilla, observadora y perspicaz.

---

<sup>18</sup> En efecto, la guerrilla EPL, aunque sostuvo frecuentes e intensos enfrentamientos con la fuerza pública entre 1967 y 1971 en las zonas del alto Sinú, San Jorge y bajo Cauca, terminó debilitada y perdiendo a la mayoría de sus principales cuadros y comandantes. La mayoría de la base campesina de apoyo fue gravemente atacada y desplazada de la región por el Ejército Nacional; además, la crisis y división referida del PCC-ML —que la dirigía— también tuvo su repercusión. Esto obligó a finales de los 70 e inicio de los 80 a una reformulación estratégica del EPL, guerrilla que se reconstruyó desplegándose de su zona de origen hacia la periferia, dando lugar a nuevos frentes en zonas más centrales de Córdoba, en Urabá y otras subregiones de Antioquia, en el Eje Cafetero, Putumayo, Catatumbo y la Sierra Nevada de Santa Marta. En los últimos años de la década de los 80, las cuatro guerrillas nacionales habían crecido notablemente (FARC-EP, ELN, EPL y M-19) y conformaron, junto con otras insurgencias regionales menores (PRT, MAQL y MIR-PL), la Coordinadora Nacional Guerrillera Simón Bolívar, pero de forma tal que se vieron abocadas ante el dilema que les ocasionó la ruptura de la unidad: unas optaron por una solución política de paz —caso del M-19 y el EPL en el contexto de la convocatoria de la Constituyente de 1991— y otras prolongaron su estrategia de guerra por otras décadas —caso de las FARC-EP y el ELN— (Villarraga y Plazas, 1994; Villamizar, 2017).

Parte de la desarticulación que el Estado ha infligido a la izquierda puede compararse con la profunda sequía que afecta a los arroyos de los Montes de María, consecuencia de la deforestación desmedida de sus montañas y el secamiento de sus fuentes hídricas. El Estado logró lo impredecible: hizo que la izquierda dejara de ser el motor de cambio social, político, organizativo, económico y cultural del pueblo al que decía representar. Del trabajo concreto en las comunidades, pasó a convertirse en un sueño de la opinión pública como gestora de cambio.

Sin instrumentos de comunicación alternativos, la opinión pública se volvió solo un sofisma de distracción y consuelo para los ingenuos, que creen que la mano opresiva que les oprime también, por benevolencia, coloca a su servicio la herramienta de control político y cultural con la que moldea la conciencia ciudadana.

Esta equivocación fue la barrera invisible que impidió que sus militantes observaran las diversas estrategias del «pasarroyo», y permitió que las lecciones y danzas de nuestros reptiles fueran aprovechadas por el mayor contendiente del cambio social y político del país. La izquierda dejó de observar y transformar la conciencia colectiva, acercándose algunas de sus vertientes al liberalismo y adentrándose en las diversas danzas, donde fue transformada e instrumentalizada por la derecha colombiana.

Es así como la ANUC Línea Armenia se sumó a las visiones más conservadoras de las élites colombianas y pasó a ser lo que ellas deseaban: un enfermo con artritis degenerativa, sin capacidad de movilización, acción ni convocatoria.





## 7. El renacer de la utopía

### 7.1. Balance del proceso político-social vivido, aprendizajes deambulando por varias regiones y el regreso a Los Palmitos

El primer quinquenio de la década de los setenta fue, para los movimientos de izquierda y sociales en América Latina, un periodo de gran contradicción, lleno de desafíos y tensiones. El 11 de septiembre de 1970, Salvador Allende, presidente electo de Chile, fue asesinado en una acción conjunta entre las fuerzas armadas y la burguesía local, con la participación de los Estados Unidos. A diferencia de Cuba, Chile confiaba en la vía electoral como medio para lograr el cambio; por lo tanto, esta alianza derrumbó el único experimento socialista en América Latina que había intentado transformar las estructuras sociales y políticas a través de una especie de «tercera vía». Este mismo experimento contaba con el apoyo del Partido Comunista en Colombia, aunque era visto con desconfianza por los sectores maoístas y socialistas, dado que parte de ellos apostaba por la violencia revolucionaria de las masas como motor de la historia.

Ahora bien, en nuestro país ya se había vivido un proceso similar. El 19 de abril de 1970, el general Gustavo Rojas Pinilla, apoyado por la Alianza Nacional Popular (Anapo), que agrupaba gentes liberales, conservadoras, de izquierda e independientes, desafió a las élites nacionales y derrotó al candidato del bipartidismo, Misael Pastrana Borrero. La negativa de reconocer el resultado electoral demostró que el sistema político colombiano no estaba dispuesto a permitir el libre juego de las urnas para quienes no contaran con su respaldo. El concepto de democracia participativa se mostraba, así, como una utopía inalcanzable, tan lejana como el paraíso prometido a los fieles marginados por las iglesias.

De las entrañas de la derrotada Anapo de Rojas Pinilla, surgió el 17 de enero de 1974 un grupo insurgente que se autodenominó M-19 (Movimiento 19 de abril). Tres acciones lo posicionaron en la conciencia nacional: primero, el robo de la espada de Bolívar el 17 de enero de 1974; segundo, el robo de 5000 armas del Cantón Norte en Bogotá el 1.º de enero de 1979, y tercero, la toma de la Embajada de la República Dominicana el 27 de febrero de 1980.

Con estos actos, los insurgentes reivindicaban la figura del liberador Simón Bolívar, su lucha y su ideario americanista, así como las experiencias de Los Montoneros, de Argentina, y Los Tupamaros, de Uruguay. Su filosofía se centraba en dos ideas clave: «No estamos mirando hacia la izquierda» y «Estamos mirando hacia el pueblo, que espera demasiado del M-19».

La izquierda en general valoró positivamente el surgimiento del M-19, aunque se generaron discusiones sobre las bases ideológicas que sustentaban a la joven organización, ya que, internamente, se identificaban tres corrientes: una nacionalista, que no tenía como fundamento la lucha de clases; otra marxista, que miraba con entusiasmo las corrientes radicales de la socialdemocracia europea, y una tercera, de tintes populistas.

Desde su nacimiento, estas tres corrientes fueron hábilmente integradas por el liderazgo de Jaime Bateman Cayón, un samaritano con una fuerte personalidad, y experiencia política y militar, heredada de las Fuerzas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo (FARC-EP). Esta capacidad de liderazgo disipaba cualquier duda sobre el compromiso del M-19 con el cambio de las viejas estructuras del Estado colombiano; sin embargo, el movimiento siempre supo distanciarse de las viejas posturas de la insurgencia colombiana.

Posteriormente, en 1978, surgió el movimiento Firmes, liderado por Gerardo Molina y Luis Carlos Pérez, como una alternativa democrática al bipartidismo. En septiembre de 1977, se había

llevado a cabo un paro cívico nacional, y tanto el movimiento Firmes como el paro fueron observados con atención por la izquierda colombiana, que sabía que su principal impulsor era el recién formado M-19. Este grupo había comenzado a ocupar un espacio urbano en la izquierda y realizaba acciones de propaganda armada que, aunque espectaculares, no tocaban directamente las estructuras fundamentales del régimen colombiano.

En 1978 fue cuando también surgió otro esfuerzo más discreto, pero relacionado de manera particular con parte de los protagonistas del movimiento campesino que hemos referido antes, conocido como el MNDP, que involucró a sectores del MOIR y a la ORP. Junto con Luis Carlos Galán, este movimiento participó en las elecciones y obtuvo una importante representación parlamentaria, como antes lo mencionamos.

Con la realización de la conferencia regional del Comité Regional Bernardo Ferreira Grandet, lo clandestino se hizo público. Este paso resultó ser un aire fresco que revitalizó el trabajo social, obrero, campesino, estudiantil y magisterial en la región Caribe. Fue una relectura de los conceptos que se manejaban a nivel nacional e internacional sobre la revolución democrática, contrastándolos con interpretaciones nacionales y de organismos internacionales. No había temas vedados ni filtros para los militantes de izquierda, lo que permitió forjar una unidad de voluntades en conexión con núcleos en diversos centros urbanos, como Medellín, Bogotá, Barranquilla, Cartagena, Cali, Manizales, Armenia, Pereira, Sincelejo, Montería y Bucaramanga.

Este esfuerzo fue complementado con periódicos legales y un centro de investigación nacional. Aunque existían responsabilidades individuales, nadie actuaba como jefe sobre los demás; a cada uno se le valoraban sus méritos y especialización. Se lograron posicionar dos temas clave en la agenda de la izquierda colombiana: primero, la unidad de todos los marxistas en un solo partido revolucionario que abriera posibilidades de éxito

a la revolución nacional, sin adoptar posiciones vanguardistas o maximalistas; y segundo, movilizar a los sectores más dinámicos de los grupos sociales organizados para reactivar la protesta social.

En ese contexto, apoyamos el encuentro del sindicalismo independiente en Medellín, realizado en 1976 en el auditorio Camilo Torres de la Universidad de Antioquia, con el objetivo de darles identidad y protagonismo a los grupos fuera de las centrales obreras del país. De igual manera, al interior del movimiento campesino, organizamos campañas para sensibilizar a los líderes que quedaron desorientados tras el tercer congreso de la ANUC, con la intención de darles protagonismo más allá de la lucha por la tierra, un tema que ya había dominado la agenda nacional.

Como complemento, soñábamos con disputar la hegemonía del Comité Ejecutivo Nacional de la ANUC, en el marco del referido cuarto congreso, que se realizaría en Tomala, Sucre. Para ello, un grupo de líderes de todo el país se reunió dos días antes en la Empresa Comunitaria El Nogal para planificar la participación en el congreso y coordinar un equipo de trabajo; ya no se trataba de analizar problemas, sino de resolverlos. El único sector que no participó en el encuentro fue el influenciado por el comité central del PCC-ML, cuyos integrantes aún consideraban a quienes no estaban en sus filas como traidores de la revolución y del partido.

Magangué fue el escenario inicial de lo que se esperaba fuera el congreso de la ANUC. En este lugar, el bloque del PCC-ML intentó tomar la tarima a la fuerza, pero fue expulsado a golpes por los grupos de choque que la ORP había dispuesto para «mantener el orden». Tras este incidente, el PCC-ML se trasladó a San Jacinto, Bolívar, donde constituyó el Sector Consecuente y Clasi-sista de la ANUC (Secca).

Nosotros, con una estrategia ya definida, y sabiendo lo que estaba en marcha, nos mantuvimos al margen de la confrontación en la plaza de Magangué. Fuimos a Tomala a defender lo que conside-

rábamos un patrimonio histórico e intangible del campesinado colombiano; supimos mantener la unidad de los líderes y centramos el debate en el carácter gremial de la ANUC. Creíamos firmemente que la lucha social campesina necesitaba un instrumento vital que, basado en la diversidad de pensamiento y la coherencia en la acción, defendiera las reivindicaciones del campesinado, independientemente de sus preferencias políticas, religiosas o culturales.

Cuando la ORP lo consideró necesario, utilizó la plataforma de madera construida por los campesinos para llevar a cabo el cuarto congreso de la histórica y gloriosa organización gremial, dando visibilidad pública al proyecto que habían venido formando durante los últimos cuatro años: el Cuarto Congreso de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos. Este evento marcó el lanzamiento público de la ORP, la cual se convirtió en un hito político del congreso, ya que su preocupación central era posicionar el naciente proyecto político en la conciencia nacional. La obnubilación de los dirigentes del Ejecutivo nacional los llevó a considerar lo actuado como un paso importante, pero necesario de superar, y quisieron canalizar los liderazgos y la influencia social hacia un estadio superior de lucha.

En contraste, los grupos ML, representados por el MUR, la Liga ML, la Tendencia MLM y el sector liderado por el sacerdote Saturnino Sepúlveda, presentamos nuestra plataforma de lucha, donde reivindicábamos el carácter de la ANUC, rechazábamos las posturas hegemónicas de cualquier sector, y defendíamos la autonomía de la organización gremial frente a cualquier partido político, ya fuera de izquierda o de derecha. Nuestro compromiso con las luchas sociales del campesinado colombiano era firme, así como la existencia de la organización gremial como instrumento de esas luchas, y el respeto hacia todas las vertientes del pensamiento democrático dentro de la organización campesina.

Los congresos tercero y cuarto tuvieron una virtud, aunque también extendieron una larga sombra de tristeza y amargura

sobre los corazones de aquellos hombres y mujeres que habíamos soñado con la reforma agraria, la redistribución de la tierra y los planes de desarrollo que convirtieran a los campesinos en generadores de riquezas. Algo que, para nosotros, era aún más hermoso, era ver a los campesinos como sujetos activos en la construcción de la democracia, la libertad y la igualdad.

En la fría Bogotá y en las húmedas montañas que circundan los ríos Magdalena, Cauca y San Jorge, enterramos nuestros sueños de libertad, rebeldía y fortaleza, así como nuestra altivez frente al indiferente Estado y la vetusta clase terrateniente colombiana que, con una sonrisa cínica, vio servir en bandeja de plata el postre de nuestros sueños. Los campesinos, como ocurrió, recibieron una espesa piedra de carbón guajiro, preludio de la oscura noche que viviríamos todos los campesinos colombianos. Así, nuestras torpezas políticas, ausencias de grandeza revolucionaria y deslealtad con las masas campesinas se compensaron con creces.

En lo personal, confieso que, en las emociones de aquel muchacho pueblerino, socio de la Empresa Comunitaria El Nogal, alegre y controvertido, surgió un sentimiento poderoso que ocupaba casi todo mi ser. Esa emoción era tan fuerte que me concentraba, me motivaba, me apasionaba y me comprometía; permitía que mi memoria almacenara los hechos con mayor intensidad y permanencia, convirtiéndose en un aprendizaje dinámico, autónomo y voluntario. Como dijo Einstein: «Hay una fuerza motriz más poderosa que el vapor, la electricidad y la energía atómica: la voluntad», así que me convertí en un rehén de mis emociones.

Era un cerebro distinto, que impulsaba los razonamientos dentro del grupo de amigos y compañeros, queriendo llevarlos más allá de lo que podían dar. Ellos actuaban como frenos de mano, sin aire ni argumento, así que quedaba poco de la inteligencia emocional que nos unió: ellos quedaron petrificados, mientras yo nadaba en mis emociones. Con una mirada triste, callada y melancólica, presioné a mi esposa e hijos para que viviéramos y estudiáramos en Los Palmitos,

mi pueblo natal. Ese es un lugar hermoso, que jocosamente llamé la «República Independiente de Los Palmitos».

Allí suceden muchas cosas, pero no se delata a nadie. A la comunidad, les expliqué a medias las tareas que recaían sobre mis hombros desde el punto de vista gremial; siempre pensé que entendían que tenía un trasfondo político. Conté con su respaldo, que consistía en velar porque a mi familia no le faltara nada mientras no estuviera, justificar ante el Incora mi ausencia y evitar caer en la norma de exclusión por abandono del predio, establecida en la Ley 135 de reforma agraria, que era utilizada para anular las adjudicaciones a los campesinos.

El Incora usaba esta norma para deshacerse de aquellos que no se ajustaban a sus reglas, y, por lo tanto, me ubicaron en las planillas de trabajo como asistente activo, desinformando a quien preguntara sobre mi paradero y cuándo regresaría. Esos niveles de complicidad solidaria no eran difíciles de obtener, ya que formaban parte de nuestra historia compartida, nuestra cultura y nuestro crecimiento colectivo.

Con la comunidad de El Nogal, me dediqué a recuperar el tiempo que había estado ausente. Jugaba y charlaba con mis hijos como cualquier adolescente, cómplice de sus travesuras, pero nunca ejercía el papel de fiscalizador. Con los otros directivos de la empresa comunitaria, visitaba instituciones como el Incora, el ICA, Cecora, la gobernación y la alcaldía, y resolvíamos dificultades acumuladas. Trataba de compensar con mi gestión los días de ausencia.

Emprendí un largo camino lleno de sombras y distancias, donde los buses en sus recorridos se convirtieron en mi hotel de cinco estrellas, lugar donde descansaba para continuar al día siguiente con la extenuante jornada. La agenda era interminable: de sur a norte, de oriente a occidente del país, viajando por Cali, Tuluá, Popayán, Caloto, Silvania, Bucaramanga y Barrancabermeja; en los Llanos, por Arauca, Arauquita y Tame; en la zona cafetera, por Manizales, Armenia y Pereira; en la región central por Bogotá,

Ubaté, y Medellín y su área metropolitana; y en la costa, por Montería, Cartagena, Barranquilla y Sucre.

Además de visitar las zonas tradicionales y reunirme con mis viejos compañeros, me adentraba en Galeras y San Benito Abad, en las riberas del río San Jorge, así como en el sur de Bolívar, Magangué y Achí, buscando el río Cauca. Estos municipios, que habían quedado vacíos por la huida de los ciudadanos que regresaron a sus lugares de origen, revestían una importancia estratégica en la lucha social campesina, pues nos conectaban con Antioquia y otros departamentos clave para nuestra estrategia. A pesar de mis momentos de vanidad y narcisismo, y de cierta ingenuidad juvenil, soñé con la certeza del triunfo de la democracia radical.

De ese deambular por diversas regiones, obtuve tres enseñanzas: primero, logré comprender mejor los fundamentos culturales de las distintas regiones y subregiones del país, así como la cartografía social diversa y cambiante de las sociedades que las habitan; esto me reafirmó en mi orgullo de ser costeño. Segundo, comprendí que cualquier persona que desee tener una vida organizada, construir afectos y un sentido de pertenencia debe rechazar la vida de trashumante, ya que, aunque permite ser conocido, priva de construir referentes políticos y sociales sólidos. Tercero, alcancé una comprensión geográfica cercana de nuestra realidad, lo que me permitió entender las fortalezas y debilidades de quienes soñamos con cambios sociales y políticos en el país. Cada región se comportaba como una subnación, con sus propias lógicas y reglas de juego; nos llamamos Colombia, pero somos, en esencia, diversos y regionalistas.

Fue en ese entresueño, en ese estado de semisueño donde escuchaba las voces de los pasajeros, cuando comencé a preguntarme si, desde las hermosas cordilleras o desde los campamentos aislados o incluso desde los centros urbanos, sería posible impactar ideológica, política y culturalmente a todo el país. No lograba entender cómo podría funcionar la acción subversiva en ese contexto.

En el plano del movimiento campesino, adoptamos en los años ochenta la táctica de tomar las ciudades capitales, con el objetivo de abrir un nuevo frente de batalla que fuera más allá de la simple toma de tierras. En esa estrategia, nos tomamos Sincelejo, Montería, Cartagena y Bogotá, y apoyamos al magisterio en la toma de Barranquilla.

Con el fin de abrir y consolidar nuestra presencia en zonas clave para un proyecto estratégico a largo plazo, trasladamos militantes campesinos a Arauca, donde era posible aprovechar la conflictividad existente con las empresas petroleras y las comunidades campesinas afectadas por la explotación del petróleo, la cual causaba graves daños ecológicos en la región. El trabajo de los activistas campesinos se complementó con la participación de profesionales, algunos vinculados a las petroleras y otros que asesoraban jurídicamente a las comunidades en sus reclamos. Buscábamos consolidar corredores de fácil circulación fronteriza con naciones hermanas, donde manteníamos relaciones fluidas con movimientos de izquierda de esos países. La problemática que vivían las comunidades era ideal para nuestra estrategia.

De manera similar, llevamos a cabo esta acción en la zona de Urabá, donde inicialmente enviamos profesionales; sin embargo, a los dos meses recibí una carta con una pregunta: «Si uno sale a cazar venado y se encuentra un conejo, ¿qué hace?». «¡Lo caza!», respondí. Para complementar la respuesta, enviamos a cuatro dirigentes campesinos a trabajar en empresas bananeras para hacer efectiva la solicitud.

Arauca y Urabá son zonas estratégicas, pues desde allí se facilita la relación con Centroamérica y Asia, y también son puntos clave para el contrabando, tanto de salida como de entrada al país, con personas que mantienen las características culturales apropiadas para el trabajo político y logístico. Soñábamos con las retaguardias sociales y políticas que planteaba Mao Tse-Tung.

## 7.2. Débil arraigo y limitada actuación de las guerrillas en el Caribe

Con la irrupción del M-19 en la escena nacional, todo el país miró con simpatía el accionar de esa organización, y el departamento de Sucre no fue ajeno a esa simpatía. En esa medida, un grupo de, aproximadamente, veinte guerrilleros hizo presencia en cuatro caseríos, buscando impactar en la opinión pública nacional, lanzar un mensaje de estímulo al campesinado, obtener cobertura en los medios y abrir una ventana de acercamiento al M-19; entonces, sus acciones de propaganda armada fueron utilizadas por las élites políticas, las fuerzas armadas, las emisoras locales y los analistas de conflictos como supuesta prueba de la relación orgánica entre el movimiento campesino y las guerrillas.

La Coordinadora Guerrillera nunca tuvo presencia armada de mayor significación, con relación a otras regiones del interior, en la costa Caribe colombiana. Desmontar las mentiras y calumnias solo se logra con la verdad y pruebas irrefutables: el ELN fue derrotado tras el cerco de Anorí a inicios de los setenta, donde murieron la mayoría de sus dirigentes, otros fueron encarcelados y otros desertaron. La organización pasó por diversas atomizaciones, desconfianzas mutuas y el debilitamiento de su dirección, lo que generó dudas sobre su rehabilitación como proyecto de izquierda.

Al respecto, se identificaron tres corrientes que se excluían mutuamente, pero que a la vez se necesitaban: la corriente de replanteamiento, que buscaba rediscutir los fundamentos ideológicos y políticos del ELN; el tronco histórico, que defendía una postura radicalmente conservadora en el discurso revolucionario, invitando a retomar los orígenes y raíces del proyecto de 1964; y una postura de centro, que apoyaba cambios políticos, pero con un enfoque gradual. En los ochenta, el ELN tuvo frentes rurales por la Sierra Nevada, el Perijá y el sur del Cesar.

Por su parte, el EPL, que permaneció en el Nordeste antioqueño y el Nudo de Paramillo desde 1966, sufrió el exterminio por parte

del Ejército de sus estrategias más importantes, pero se mantuvo entre Córdoba y Antioquia, por décadas, haciendo de esta región su principal retaguardia nacional.

Por su parte, el PCC-ML fue la única organización ligada a la insurgencia con presencia social en los siete departamentos de la costa Caribe colombiana. En los 80, el EPL tuvo un frente en la Sierra Nevada, y estructuras urbanas y semiurbanas en las principales ciudades del Caribe. Finalmente, las FARC-EP, nacidas en 1963, tuvieron su centro de operaciones en el sur y centro del país. La única zona donde el 19.º frente tuvo presencia fue en la Sierra Nevada, que se extiende hasta la serranía del Perijá, en la frontera con Venezuela. Esta zona abarca Magdalena, Cesar y La Guajira.

Además, el 7 de noviembre, cuando se apagaban las llamas del Palacio de Justicia, llegaron a una vereda del municipio de Colosó las primeras unidades de esta guerrilla con Martín Caballero y El Hombre de la Sierra, quienes constituyeron el 37.º frente, que logró cierto nivel de reclutamiento por los Montes de María y el canal del Dique.

### **73. Mi incursión en las comunicaciones: periódico *El Común* del movimiento político Pan y Libertad, persiste la represión oficial violenta**

Gracias a las relaciones que habíamos establecido, fue más fácil convencer a prestantes comunicadores de que nos compartieran su sabiduría sobre cómo generar opinión pública a nivel nacional. Al respecto, treinta líderes de diversas regiones del país asistimos a un seminario intensivo sobre redacción periodística, donde utilizamos como materiales de trabajo los periódicos *El Tiempo* y *El Espectador*, por un lado, y *Tribuna Roja* y *Voz Proletaria*, por el otro. Tres días después de un intenso proceso de crítica a nuestras concepciones sobre la comunicación, nuestras mentes estaban agotadas y nuestros cuerpos, sumidos

en una pesadez física sin igual. Pedí un receso para respirar aire fresco y reorganizar mis pensamientos.

Uno de los instructores nos mostró comunicados seleccionados de organizaciones como Fecode, la USO, la ANUC, Fenatrase, Fenactrap y las centrales obreras. Todos tenían la misma estructura, enfoque y lenguaje, lo cual explicaba por qué con frecuencia eran rechazados por los medios masivos. Lo máximo que un comunicador amigo podía hacer era reseñar que había un comunicado, pero lo demás era considerado penoso, por su estilo, y riesgoso, por la forma del abordaje de la narrativa para el periodista.

Los otros dos días fueron menos azarosos para nosotros, ya que se basaron en un análisis crítico de los segmentos de los noticieros de televisión y de cómo estos tergiversaban las noticias, desinformaban a la opinión pública y favorecían los intereses de los propietarios y los anunciantes.

El último día se dedicó a analizar la estructura de un editorial, una columna, una crónica y una noticia, y cómo debían responder a las preguntas clásicas de: ¿quién?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿por qué?, ¿para qué?, ¿con quién? También se explicó cómo el «lid» o gancho debía cautivar al lector. A partir de ese seminario, transformamos a los asistentes regionales en corresponsales del periódico y organizamos de manera más efectiva el comité de redacción.

Cuando, en 1982, Belisario Betancur llegó a la Presidencia, el hoy departamento de Arauca lo recibió con un paro cívico regional. Durante esos días, la Federación de Educadores de Colombia (Fecode) celebró su congreso nacional en Bucaramanga, que atrajo una gran movilización. En ese contexto, el movimiento se perfilaba como el más radical, combativo y reflexivo del país, no solo porque aglutinaba a expresiones de toda la izquierda colombiana, sino porque lideraba un movimiento pedagógico nacional que cuestionaba las bases filosóficas, los valores éticos y las pedagogías del sistema educativo colombiano; además, intentaba diseñar un modelo educativo alternativo y democrático.

Este congreso debía recoger las conclusiones de un activo movimiento intelectual regional y definir las líneas de acción a seguir a mediano plazo. Junto con Óscar William Calvo, del PCC-ML, Andrés Almarales, del M-19, y dirigentes del Partido Comunista, el MOIR, el PST y la URS, formé parte de un equipo encargado de consensuar los principales lineamientos políticos, ya que se trataba de un tema de interés para toda la sociedad vinculada a la educación.

Con el objetivo de implementar el periodismo investigativo, que debía ser el enfoque principal de *El Común*, el periódico alternativo en el que trabajábamos, según las recomendaciones de nuestros instructores de comunicación, viajé a Arauca junto con la delegación de educadores de la región. El propósito era conocer de cerca la experiencia del paro cívico que se había llevado a cabo en 1982, especialmente las acciones implementadas por la guardia cívica campesina, liderada por un antiguo dirigente de la ANUC, a quien conocí en el tercer congreso realizado en Bogotá.

El corazón del paro cívico estaba en Saravena, un municipio limítrofe con Venezuela. «Debes viajar en chalupa o avioneta, pero estas últimas no tienen brújula, así que podrías aterrizar en Venezuela», me dijeron los profesionales que organizaban el viaje. Decidí viajar en chalupa por el río Arauca, cuyos linderos entre los dos países están marcados por su cauce. Sin embargo, este cambia de forma impredecible cuando el río se desborda, por lo que unas veces te encuentras con la guardia venezolana y otras veces con la colombiana.

Saravena me pareció un municipio bien organizado, con un comercio activo, un parque cuidado, un palacio municipal imponente y un hospital bien dotado. La primera persona que entrevisté fue al alcalde, luego al párroco y más tarde al director del hospital, quien resultó ser un viejo conocido y, a la vez, mi salvador, ya que, mientras esperaba a ser recibido, varios agentes de inteligencia militar se acercaron sigilosamente y, justo cuando parecía que me iban a arrestar, el médico abrió la

puerta y me dijo: «Entra, hace tiempo que no te veía, pensé que no llegarías». Su tono de voz era firme, tranquilo y amistoso, lo que hizo entender a los agentes que no era una persona ajena a la región.

Más tarde, conversé con el líder campesino que dirigía a los 2000 guardias cívicos. Mi interés era conocer cómo funcionaba la guardia cívica, qué poder representaba, con qué criterios se seleccionaron a sus miembros, cómo se relacionaban con la población, cómo se coordinaban con la dirección del paro, cuáles fueron los motivos de la protesta y cómo se desarrolló la interacción con el Ejército, la Policía y las distintas ramas de inteligencia presentes en la zona; también quería saber cuáles fueron los logros obtenidos. En las entrevistas surgieron tres temas que no estaban en mi agenda, pero que fueron recurrentes: la pobreza, la descomposición moral y las constantes violaciones a los derechos humanos.

Realicé un segundo recorrido por los despachos de los entrevistados para indagar más. «Si hay campos petroleros y 5000 hombres de la fuerza pública, ¿por qué me hablas de miseria, descomposición moral y violaciones a los derechos humanos?», les pregunté. El alcalde se levantó de su silla y señaló a un grupo de preadolescentes en el parque: «¿Ves esas niñas? Se prostituyen, y las petroleras no contratan gente local. Los niveles de miseria son muy altos». «¿Quién trabaja en las petroleras y en la fuerza pública?», le pregunté. «Son costeños, sin mujeres ni familias», respondió. «No jodas, hermano, no vas a echarles la culpa a los costeños de un mal que ustedes traen de hace tiempo. ¿Acaso no son colonos y viven en zonas de frontera?», le respondí. «Sí, pero esta era una región sana, hasta que llegaron ellos hace cinco años».

Este diagnóstico fue repetido por el cura, el médico y el líder campesino. «Pero, entonces, ¿cuál es el sentido de pertenencia y la identidad cultural?», pregunté. «Ninguno», me respondieron. «Ellos llegan, trabajan y se van». «¿La riqueza

petrolera y las armas son sinónimo de exclusión social, miseria y descomposición?», pregunté. «¿Por qué no luchan para que los trabajadores, al menos los no calificados, sean originarios de la región, en vez de depender solo de las migajas que les dan como regalías por el daño ecológico y social?», cuestioné. «Eso suena más interesante que asumir una postura antirregionalista. ¿Qué hacen con tantas tierras sin un proyecto de desarrollo regional?», inquirí.

Cuando regresé a Medellín, me encontré con la noticia de la desaparición de dos jóvenes universitarios, Elkin y Jesús, y de la detención de un compañero de trabajo en el periódico *El Común*, y el movimiento Pan y Libertad. Una compañera de la Universidad de Antioquia me envió una carta contándome sobre las violaciones y aberraciones a las que había sido sometida en los calabozos, a manos de encapuchados y perros amaestrados.

En 1978, Iván Salgado y 17 compañeros fueron sometidos a horribles torturas en un operativo de la Armada con base en Coveñas. Allí, el entonces presidente Julio César Turbay estrenó el nefasto estatuto de seguridad, amparado por el artículo 16 de dicho decreto, que criminalizaba la propaganda política. Yo, que encabezaba la lista, logré evadir esa operación gracias a una breve nota enviada por el alcalde de Los Palmitos: «No vayas a El Nogal, te van a detener», así que me quedé en el hospital de Corozal, donde mi hija menor luchaba por su vida. A pesar de ello, la policía intentó detenerme en el hospital, lo que me obligó a abandonar a mi hija enferma y entrar en la clandestinidad durante los tres meses que duró la vigencia del artículo 16 del estatuto de seguridad. Posteriormente, la Corte Suprema lo declaró inconstitucional.

Con lo ocurrido en Medellín, la sensación de inseguridad generalizada en el país, y la falta de recursos y logística en la organización política, tomé la decisión de dar por concluido ese ciclo de mi vida. Renuncié a mis responsabilidades políticas, a pesar del desconcierto de mis compañeros de dirección. No quería separarme de mis hijos ni convertirme en héroe de nada.

Nos interesaba organizar diferentes centros de investigación que refrescaran los análisis económicos, políticos, sociales y culturales de la realidad nacional, para superar las posturas eclécticas y el dogmatismo heredado de realidades ajenas a nuestro entorno. No obstante, mi decisión ya estaba tomada: renunciaría a la responsabilidad nacional y no estaba dispuesto a someter a discusión lo decidido.

El hechizo de la gran ciudad, que tanto atrae al pueblerino, se rompió; fue como si las actitudes intelectuales llegaran a su fin. Quería revertir lo andado, regresar al pasado, pero ese pasado ya se había ido, llevándose consigo la sombra de la noche. La utopía dejó de ser utopía, murió como mueren los sueños juveniles que se van, pero que dejan una huella en el alma, sin saber si lo vivido fue real o solo un espejismo, una representación en las pantallas de los televisores o en los reflectores concentrados en las playas, cegando la vista de los raizales.





## 8. El retorno a las raíces

### 8.1. De nuevo en Los Palmitos: la ANUC reducida a pocos activistas, sus bases en buen grado retornan al liberalismo, y la vieja dirigencia queda nostálgica y reprimida

Al retornar a la tierra en 1983 dejé escapar un gemido de cansancio, seguido de una risa estridente al sentir el aroma de la tierra que la lluvia desflora en la costa, como una ermitaña virgen campesina. Solo aquí, en la costa, la lluvia produce un olor extraño, que, como el opio, te hace cerrar los ojos; uno lo inhala, alimentando el alma, el cuerpo, esos sentimientos inexplicables que te hacen sonreír y mostrar los dientes llenos de alegría, por ese amor eterno que arranca lágrimas del alma.

Esa noche llovió a cántaros; a las cuatro de la mañana, cuando los rayos solares empiezan a iluminar las sabanas, el cielo se cerró, y la oscuridad, que ya se iba, regresó. Nunca, como ese día, agradecí tanto a mi viejo su reloj biológico. Todo fue extraño. «Vámonos, viejo». «¿Estás loco? Hoy sembramos las cinco hectáreas de ñame para construir la casa que me pediste que le construyera a Silvia. ¡Levántense! Que el hombre hoy lo va a meter como el mujino».

Ese fue un día de lluvia ligera; en esos días de lluvia lenta, el campesino costeño no desayuna, no almuerza, no toma agua, no reposa ni cuenta historias. Solo fuma tabaco para matar el hambre y espantar la plaga llamadas jején. Él sabe que ese día lo que siembra es planta bendita, la oportunidad, y que no hay otra. Ese día alcanza la gloria sin mirar al cielo.

Regresé cuando el pasado dolía más que el presente, cuando la alegría se nublabá con la aflicción; era una angustia que, como el moho, va carcomiendo el acero. Llegar a Los Palmitos ya no como

visitante, sino como residente, me resultó bastante traumático; tenía que desacostumbrarme a mandar y a ser obedecido como un cacique feudal. La acostumbrada manipulación de la conciencia de los compañeros y de los socios de las organizaciones sociales se había roto en mi estructura de valores: la obediencia debida, que los subalternos deben rendir al patriarca medieval, ya era cosa del pasado. Ni quería ni tenía el poder para hacerlo.

Eso me producía un alivio, pero también un inquietante vacío que me perturbaba. A esa desazón se sumaba el hecho de que los viejos y simbólicos guayacanes ya no existían; habían sido arrancados de raíz por la depredadora Caterpillar, para dar paso a los cultivos de algodón, lo que esterilizaba la tierra debido a los fungicidas, los insecticidas y el control de malezas.

La flamante Empresa Comunitaria El Nogal ya no existía; había cedido a las presiones de Incora, que buscaba cortar lo colectivo e individualizar las parcelas. El Gobierno desestimulaba lo asociativo para romper la unidad y la fuerza de la organización campesina. Era difícil manejar un grupo liderado por personas que actuaban como sujetos conscientes y con cierta claridad política, así como era más fácil manejar a los individuos, sobre todo si estos, ingenuos, no se percataban de la perversidad política de los funcionarios prometedores.

La grandeza que la vida nos había proporcionado se evaporaba en nuestras manos como esperma en fandango, quemándonos no la piel, sino el alma que, atribulada, se mostraba incapaz de emitir un gemido. Era una aflicción inmensa y profunda, como el mar Caribe, o como la alegría que nos trajeron las sucesivas victorias que habíamos obtenido frente a la casta señorial de terratenientes esbeltos y perversos que habían dominado la región sabanera. Era un sufrimiento tan lacerante como el que produce la infidelidad en las relaciones de pareja, cuando aún se ama, se quiere y se desea, pero se es incapaz de satisfacer los sueños eróticos más recónditos de la mujer amada.

La organización madre de nuestros sueños, luchas e ilusiones se arrastraba como la tierra, liviana, suelta, fértil, ante la inmensa lluvia, convirtiendo en tierra mala la tierra fértil, producto de la inclemente erosión; ese es el padecimiento que mata el alma y convierte la mirada alegre en una triste, amarga y desgarradora resignación.

Desde la terraza de mi casa en Los Palmitos, observaba impotente la llegada subrepticia de activistas a la residencia de mi amigo, coterráneo y vecino, Zacarías Farak, representante en la zona del oficialismo liberal. Ellos, mis compañeros de lucha, regresaban apenados a las huestes liberales, de donde quizás nunca se habían ido. «¿A quiénes engañan?», preguntaba mi hermana. «¡A nosotros! ¡A Zacarías! Se engañan a sí mismos. Cuando alguien miente, debes preguntarte: ¿por qué miente?, ¿para qué miente?, ¿la mentira es debilidad de carácter o es una enfermedad psicológica?».

El llanto, el miedo o la rabia que produce la tortura seguramente hubieran actuado como brisas refrescantes para nuestras atormentadas almas, pero ni a eso teníamos derecho. Era como caminar con los pies descalzos por el arroyo áspero y pedregoso de Colosó, donde en lugar del suave masaje de la arena, recibes punzadas lacerantes de piedras afiladas por la naturaleza. Para nosotros, no era la naturaleza física la que nos atormentaba, sino la naturaleza humana, que laceraba nuestras entrañas, empuñada en mostrarnos qué tan inferiores éramos a nuestros sueños libertarios; cargábamos el pecado, pero no teníamos la especie.

El cambio en nuestro estado de ánimo era evidente para las familias; tal vez no entendían qué pasaba, pero, sobre todo, mi mujer y mi hermana sabían que algo delicado sucedía. Ya no era tan alegre, tan descomplicado ni tan parrandero. «¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? ¿Por qué estás serio? ¿Cuál es el problema? ¿Con quién estás peleado?». «¡Nada, no pasa nada!». ¿Cómo explicar que la vida que amas se te esfuma como la brisa mañanera?

En la otra orilla, pero desconcertados, se encontraban los compañeros que fundaron la ORP, la cual dio vida a la MNDP para la alianza con el Nuevo Liberalismo, produciendo resultados agrícolamente dulces. En Bogotá, lograron ubicar varios cuadros en puestos de elección popular, pero en la costa Caribe los resultados fueron absolutamente paupérrimos, comparados con el trabajo histórico que habían desarrollado, y el prestigio y renombre que poseían. Ellos fueron gestores de ese movimiento de izquierda democrática, desarrollaron un trabajo excelente de educación y movilización social, pero, cuando quisieron llegar a la gobernabilidad para darles coherencia a sus sueños de poder real, el propio pueblo los sumió con desidia.

Después de esa experiencia electoral, los involucraron en un escándalo por el secuestro y muerte de Gloria Lara de Echeverri<sup>19</sup>, que tuvo repercusiones desastrosas en el movimiento campesino y entre los líderes sociales, porque la opinión pública y las masas nos asumían como compañeros y no entendían ni les importaban las diferencias políticas. Los enemigos de lo nuevo supieron golpear al movimiento campesino en su médula, para que el cerebelo sintiera la descarga.

## 8.2. Valiosos apoyos ante mi reacción frente a los señalamientos y ataques que me hicieron la Policía y las FF.MM.

Lo que temía no se hizo esperar. Para paliar la crisis social y material, acepté una consultoría; apenas comencé el trabajo, me enteré de la existencia de una orden de captura en mi con-

---

19 Gloria Lara fue abogada y lideresa política; ejercía el cargo de directora de Acción Comunal y Asuntos Indígenas durante el gobierno del expresidente Julio César Turbay, cuando en 1982 fue secuestrada y, luego, asesinada por un grupo armado ilegal en Bogotá. Con base en un informe anónimo, al parecer de inteligencia militar, se atribuyeron estos crímenes al grupo ORP, y fueron capturadas 16 personas, entre ellas varias personas dirigentes, integrantes y colaboradoras de la ANUC. Las personas capturadas, tras varios días de sufrir torturas en una sede militar, fueron obligadas a declararse como supuestas responsables de los hechos en el proceso judicial del caso. Ante el arbitrario proceso judicial y la victimización grave de las personas injustamente condenadas, el caso, hasta el presente, está en la impunidad. Buena parte de las personas afectadas, al poder recobrar su libertad, permaneció largos años o aún permanece en el exilio en distintos países (Echeverri Lara, 2006).

tra. Como había hecho otras veces, me presenté al despacho del comandante de Policía, acompañado de Zacarías Farak, líder político liberal y abogado de profesión, y mi amigo de infancia.

Apenas vi al comandante, lo identifiqué: era medio hermano de uno de los líderes históricos del extinto Sindicato de Agricultores de Los Palmitos. «¿Tú qué haces?», me dijo. «Lo que me enseñó tu hermano», le respondí. «¿Qué investigación estás desarrollando?». «Ah, es eso; sobre el desempeño de la Caja Agraria y el Incora con los campesinos. Si necesitas una copia, me la pides por escrito y te la facilito», le dije con toda naturalidad, con el dedo costero y mirándole a los ojos. «No, no es necesario». Si el tipo me hubiera aceptado el ofrecimiento, las dificultades para mí habrían sido mayúsculas.

Al mes recibí la visita del extranjero que me contrató para la consultoría. A las dos horas, vi el discreto mensaje manual de una niña: «Alejo, mi papá te manda decir que al gringo que está en tu casa lo van a detener». Veinte minutos después de que el visitante se fuera, la esposa del gerente de la Caja Agraria discretamente me dice: «Alejo, mi esposo te manda decir que la persona que estaba en tu casa fue detenida en el aeropuerto de Corozal». «¡Qué vaina tan jodida! En este pueblo todos saben hasta de qué lado me acuesto».

Como un rayo, salí, lo vi en el comando policial de Corozal y, de allí, me desplazé al despacho del alcalde de esa ciudad. «¡Estás a punto de enredarte en un conflicto diplomático! ¡La persona que estuvo en mi casa y que mandaste a detener en el aeropuerto tiene inmunidad diplomática! O lo sueltas, devuelves lo decomisado o llamo a la embajada». «Dime, ¿cuál es el problema? ¿Es que nadie puede ir a mi casa? Si hay alguna dificultad conmigo, dímelo». «Alejo, discúlpame, no sé qué está pasando, yo no mandé a detener a nadie», me dijo.

Días después, viajaba como parrillero desde Sincelejo hacia El Nogal y, al llegar a El Bongo, lugar donde se bifurca la Troncal

del Caribe Barranquilla-Magangué, un comando de la Policía dio la orden de parar. Antes de que la moto se detuviera, ya había saltado e ingresado al restaurante donde habitualmente comían los agentes, aprovechando la amistad de años que tenía con su propietaria; comencé una rápida conversación de viejos amigos. Claro, el objetivo no era el motociclista, sino el parrillero. Ya era evidente el seguimiento al que me sometían.

Decidí actuar con naturalidad, pero un día, mientras me desplazaba de El Nogal hacia Ovejas, al hacer transbordo en El Bongo, un agente se acercó: «Don Alejandro, mi comandante lo necesita». No pude soltar el sobre que llevaba en las manos. «¿Qué se le ofrece, comandante?», dije con calma. «Es mi mayor quien lo necesita». «¡Listo, no hay problema, pero hoy no puedo!». «Es ahora, huevón». «¡Cálmate, está bien, pero necesito cinco minutos! Tengo un grupo de campesinos esperándome en la Caja Agraria de Ovejas, debo enviarles un mensaje para que no me esperen». «¡Hágalo!». Nunca supe a quién le entregué el documento que llevaba. «Vas a mi casa, entrégale esto a mi mujer y dile que me detuvieron». El mensajero debía conocerme bien, porque cumplió el favor tal como le pedí.

El mensaje en Sincelejo no podía ser más inquietante: me leyeron un informe que señalaba a Francisco Barrios, Iván Salgado, Ramiro Jiménez y a mí, Alejandro Suárez, de reclutar jóvenes para la guerrilla. Nos hacían responsables de la problemática del departamento y, de manera tajante, nos informaban que la primera, cuarta y quinta brigadas del Ejército Nacional nos vigilaban y nos iban a matar.

Sin pensarlo, le di un golpe al escritorio del comandante y, con una mirada fulgurante, le dije: «No me amenes. Yo soy de los que piensan que todo lo que está vivo muere. La muerte es solo un accidente, pero si tú crees que el problema social de Sucre somos nosotros, nos damos por detenidos para que esto se resuelva, pero tú sabes que el problema son los terratenientes que ustedes protegen. Nosotros, lo que hacemos es impedir

que los campesinos caigan en el crimen, ayudándoles a tener un pedazo de tierra para trabajar y vivir». A partir de aquella detención, en 1978, tuve como compañera inseparable la muerte; no existía escapatoria, la zozobra se incrementó a la sombra de seis detenciones en cuatro meses, así que todos los días me despedía de mis hijos, convencido de que no regresaría.

Mi traslado al interior del país no afectó el conocimiento de las habilidades y experiencias de cada compañero; tampoco dañó el reconocimiento que, como dirigente, construimos junto a un puñado de hombres y mujeres que se fueron como el viento, pero dejaron su fragancia en cada rincón. Durante muchos años, consolidamos una herencia que tal vez se pierda en el olvido, como los sueños del navegante que, al tocar tierra, lleva consigo un costal de amores perdidos.

Ya no me sentía cómodo con la concepción tradicional del dirigente mesiánico, caudillista, paternalista y redentor, que dedica su vida a conseguir pobres para ayudarles a redimir sus males, mientras estos apoyan sumisos y entusiastas a sus verdugos. Ahora, cuestionaba críticamente lo que antes hacía con placer; el dirigente tramitador de pequeñas causas lo veía como una extensión del clientelismo ancestral de la derecha, enemiga del empoderamiento de las comunidades.

Tampoco veía viable emprender la titánica tarea de reunir en un solo cuerpo al otrora alegre, unido y dinámico grupo que durante décadas fue como una gran familia. Hasta cierto punto, me sentía defraudado, buscando explicaciones sobre si era yo el equivocado o si lo eran mis compañeros. Me preguntaba si había perdido mi juventud tratando de redimir lo irredimible: ¿era la pobreza material una manifestación de la pobreza espiritual y cultural?, ¿por qué los revolucionarios damos todo por los pobres?, ¿por qué los pobres dan todo por los ricos?, ¿dónde está la raíz del problema?, ¿será que los avasallados y los vasallos se armonizan y se complementan, como una unidad indisoluble de contrarios?

En lo personal, carecía de una profesión legalmente establecida que me abriera espacio en el mercado laboral. Observaba con desaliento la vida del labrador costeño, mendigando bondades a una naturaleza esquiva que lo premiaba con buen clima para, luego, arrastrarse en cantinas y burdeles una vez que llegaba la cosecha. El premio a su sacrificio era el licor y fugaces momentos de placer sexual comprado.

Generalmente, entre la reflexión, la maduración de ideas y la puesta en escena de nuevas utopías, estrategias o políticas, pasa un periodo relativamente grande que produce un vacío en la conciencia de los seres humanos; en ese tiempo, actuamos y hacemos, por inercia, lo que ya sabemos o hemos aprendido. Es una ruptura entre el querer ser y el ser real, donde permitimos que la brisa nos arrastre como hojas secas en verano. A pesar de las lacerantes críticas que tenía sobre la concepción dogmática, mesiánica, y las prácticas cristianas dentro de las organizaciones de izquierda, me preguntaba: ¿qué es ser de izquierda?, ¿es un proyecto de vida?, ¿es ser militante de una u otra organización, desconectado de los cambios culturales en la sociedad?

Solo dos cosas tenía claras: primero, no deseaba ser dirigente nacional de ninguna organización política o social, porque esos puestos servían solo para administrar la estructura interna del aparato político o social, regocijándose en espejismos y asumiendo como propias las hazañas, reales o ficticias, de los revolucionarios inmolados; además, en lugar de orientar y empoderar a las masas como gestoras de sus propios cambios, con frecuencia, las instrumentalizaban para beneficio personal.

Segundo, también rechazaba las armas, por el papel intimidatorio que jugaban frente a la sociedad no armada: no transformaban las condiciones sociales y culturales de la población. Éticamente, uno se coloca como defensor de la vida y la libertad o como generador de la muerte, enajenante de la libertad. Ya estaba convencido de que las armas son solo instrumentos, pero no son la esencia del ser revolucionario, ya que las competencias para

generar cambios dependen del conocimiento científico que fluye en el comportamiento del ciudadano como sujeto de derechos.

No supe en qué momento mi casa empezó a parecer en cuarentena. El flujo de personas que normalmente la visitaban se redujo de manera notable, lo que generó una calma en la familia, que no entendía lo que sucedía. ¿Por qué la casa, que siempre había sido un hervidero de gente, de repente, parecía un monasterio abandonado? Un día, mientras los compañeros me apoyaban en la construcción de la vivienda, dos niños se acercaron al grupo: «Un pelotón de soldados con ropa civil y camuflados, ubicados abajo, preguntó por Alejo», dijeron los muchachos.

Un joven paisa que estaba con nosotros palideció. «¿Por qué te sorprendiste? ¿A qué le temes?», le pregunté. Respondió: «Cuando estuve en Dabeiba, Antioquia, fui detenido durante cuatro meses y sometido a tortura en la Cuarta Brigada de Medellín. Ellos tienen información sobre lo que haces tú, Iván y Ramiro». Al informar sobre lo sucedido, surgieron varias ideas. ¿Qué hacer? Una vereda de difícil acceso, y los compañeros debían ser su sombra; si tiene compromisos con el Ejército, está obligado a reportarse. El infiltrado no se elimina físicamente, se anula políticamente, visibilizándolo o neutralizándolo; así, se convierte en escoria tanto para el enemigo como para la sociedad. La reflexión fue adoptada como orientación.

Por varios medios, llegaban informes de la Coordinadora Guerrillera sobre la construcción de unidades de ejército, compañías, zonas de retaguardia, unidades especializadas, mandos conjuntos y aliados internacionales. Más que las identidades ideológicas, programáticas, o las posibilidades de triunfo, mi perturbación se centraba en el enfoque democrático y la manera en que se resolvían las contradicciones, excluyendo la libre controversia de ideas y convirtiendo al contradictor en enemigo o traidor. En esto, la izquierda competía de igual a igual con el régimen político colombiano: el irrespeto por la diferencia había sido una constante.

Las dificultades se presentaban amenazantes, produciendo grietas en mi frágil seguridad. En ese sentido, dos hechos actuaron como detonantes: uno, mientras me esforzaba por integrarme en las entrañas de la sociedad de Los Palmitos, trabajando en la semana cultural e involucrando a las autoridades civiles y militares, y a la sociedad civil organizada, los guerrilleros decidieron tomarse el Comando Municipal de la Policía justo al final de la semana cultural. Ahora bien, la «desinteligencia» no solo fue en la toma del pueblo donde vivía, sino que enviaron a un barranquillero y un paisita desconocedores del territorio a «hacer inteligencia».

Quando fueron abordados por la Policía, dieron una muestra de su ingenuidad: «Somos estudiantes de la Universidad Autónoma de Medellín», dijeron. «¿Dirección, teléfono y nombre de las cafeterías a la entrada de la universidad?», les preguntó la Policía. El desconcierto de los insurgentes fue total, pues no poseían ninguna de la información solicitada. Durante el interrogatorio, dieron nombres de veredas, número de insurgentes y describieron a los dirigentes. No satisfechos, los demás insurgentes comenzaron a circular por las calles del pueblo, para que todos notaran su presencia. El alboroto fue total: la guerrilla estaba en Los Palmitos.

Alarmado por tanta osadía, acudí a brindar mi solidaridad a los agentes del Comando Municipal de la Policía. Al escuchar el relato, exclamé: «¡Esos son cachacos que vienen a dañar la zona!». «No, sí hay cachacos, pero también gente de la región. La cosa es de envergadura», respondieron los agentes.

Un día de marzo de 1987, mientras me encontraba en Sincelejo, llegó el aviso: mi casa en Los Palmitos estaba siendo allanada; de inmediato, cancelamos todas las actividades y regresé a mi hogar. En Los Palmitos se vivía una crisis nerviosa que afectaba tanto a la familia como al pueblo, pues, debido a un delirante sospechoso, se había allanado mi casa y toda la cuadra. Mis hijos, mi esposa y mi hermana pasaron con calma ese momento, en parte,

porque el pueblo entero los apoyó y, en parte, porque sabían que no había nada en la casa que pudiera comprometerlos.

Ese mismo día, también allanaron la casa del profesor Ovidio Assia, expresidente de ADES y presidente departamental del Partido Movimiento Comunal y Comunitario. Los líderes campesinos Manuel Atencia, Honorio Cuello y Luis Canchila fueron asesinados poco después, sin que se abriera ninguna investigación o se identificara a los autores materiales o intelectuales de sus homicidios.

Estos líderes decidieron acudir a los órganos castrenses para explicar sus actuaciones: en el caso de Atencia frente a la Andri nacional, en el de Honorio frente a la Andri departamental, y en el de Assia frente al Partido Movimiento Comunal y Comunitario; en el caso de Canchila, se presentó ante la ANUC municipal de Corozal. Yo, por mi parte, acudí a la Comisión Quinta del Senado para denunciar y visibilizar lo que estaba ocurriendo. Pensaba que la mejor defensa era el ataque, y que el silencio solo ayudaba a la oscuridad de las fuerzas militares y policiales, que intentaban silenciar a los líderes sociales.

Todos me aconsejaban abandonar la tierra que me vio nacer, pero no estaba dispuesto a huir de las dificultades. Si lo hacía, me tratarían como a un delincuente, me impedirían regresar a mi tierra y confirmaría las sospechas de la inteligencia militar. Por eso, busqué apoyo en la Comisión Quinta del Senado, encargada de asuntos sociales, y junto a otros líderes organizamos un cabildo abierto con el apoyo del Senado, que se realizó en Sincelejo, Ovejas y Tolú.

Toda la Comisión Quinta del Senado de la República se sumó a nuestra causa social. Los líderes que empezamos a ser perseguidos en esta zona del país éramos vistos como animales desde el entramado de las élites gobernantes, las mafias locales, sus ejércitos privados, llamados AUC, y las fuerzas de seguridad que habían formado. Los senadores, en cambio, conocían bien

nuestros ideales de cambio y reconocieron nuestras causas, considerándolas fundamentales para una sociedad civil democrática y viva, y en defensa de los preceptos constitucionales.

En ese proceso, fui sorprendido por una urgente noticia que me trajo Zacarías Farak, quien para ese entonces era presidente de la Asamblea Legislativa del Departamento de Sucre. Zacarías, como anoté antes, era amigo de infancia y, como estudiante en la Universidad Nacional, compartió los sueños de cambio de nuestra época, por lo que los ideales socialistas nos unían; éramos soñadores e idealistas, convencidos de que era posible lograr cambios profundos en la sociedad colombiana. No importaba qué actividades desarrollara cada uno, la complicidad y la hermandad siempre fueron más fuertes que cualquier diferencia ideológica. Nos reíamos de esas diferencias, y si había una necesidad urgente, me buscaban y yo les ayudaba.

240

Cuando la bocina del vehículo sonó frente a mi casa, mi hermana Julia me dijo: «Es Zacarías». Al verme, sin rodeos, me dijo: «Vengo de un consejo de seguridad departamental y la decisión es asesinate. El allanamiento a tu casa fue para buscar pruebas que te pudieran judicializar, pero no encontraron nada, por eso no te han detenido. Vete, porque te van a matar. Ve a mi casa y hablamos». Cuando me dio detalles del informe del comandante de la Policía y del comandante del recién creado Batallón Bafim n.º 5 de la Armada Nacional, de Corozal, le respondí: «¿Qué te pasa? ¿No me ves aquí tranquilo en Los Palmitos?».

Aunque no usé esas palabras exactas, le expresé mi extrañeza, porque se podía observar que en mi casa me reunía con asociaciones de padres de familia, juntas de acción comunal y comités de usuarios, pero no me veía involucrado en actividades sospechosas. Sin embargo, me dijo que mi nivel intelectual era superior al de otros dirigentes campesinos, lo que generaba sospechas en las mentes cerradas de los funcionarios. Cuatro versiones más coincidieron con este diagnóstico, como una crónica de una

muerte anunciada. Esta vez, conocía a los autores intelectuales de mi muerte anunciada.

Intenté por todos los medios cerrar este capítulo de mi vida de la mejor manera posible. Sabía que los espacios de acción legal y social en Los Palmitos, esa tierra que me vio crecer, se habían cerrado para mí, como una herradura en un caballo joven, pero no quería cargar sobre mis hombros ninguna sospecha que me asociara con actividades ilícitas. Por eso, la mano tendida por la Comisión Quinta del Senado de la República me pareció el lugar ideal para disipar cualquier duda que pudieran estar alimentando las fuerzas castrenses de la región y las élites políticas locales.

A comienzos de 1987 organizamos el cabildo abierto en el asadero El Fogón Sabanero, de Sincelejo. Allí, apoyándome en los artículos 30 y 31 de la Constitución Política de 1886, que defendían el derecho a la organización social y la responsabilidad del Estado de garantizar los medios de subsistencia a los ciudadanos, pude justificar y darle sustento jurídico a la acción de los líderes sociales.

El escenario era ideal: a mi izquierda estaba el gobernador Osvaldo Montes, y a mi derecha estaba el comandante de la policía de Sucre; también estaba José Ángel Vargas, responsable de la decisión de asesinarme, rodeado de 20 senadores y los micrófonos de los medios radiales locales. Ese fue el último discurso incendiario que pronuncié en la tierra que me vio crecer, ya que, ocho días antes, nos habíamos enterado de que, en una reunión con el presidente de la Comisión Quinta del Senado, los dos artífices de mi muerte anunciada habían calificado a los líderes sociales como «guerrilleros». Solo el carácter del presidente de la Comisión, y su conocimiento de nuestro trabajo, permitió que el evento se llevara a cabo: «Los conozco desde hace veinte años. Son de izquierda, pero no guerrilleros».

«Pensé que el techo se caía», me dijo el senador Julio Guerra Tulena. «Me he sentido apuñalado», me confesó el comandante de Policía. «Con esto, puedes dormir tranquilo», me dijo Hugo García, abogado y diputado de Sucre. «No, yo le tengo miedo a las aguas mansas. Como amigo, te informo que me voy», le respondí. Al día siguiente, tomé el avión en Corozal, dejando atrás no solo las deliberaciones, que continuaban en Ovejas y Tolú, sino también la etapa más productiva y excitante de mi vida social, una vida en la que reí, lloré, peleé, acaricié la gloria y toqué el infierno.

Unos meses antes, había escandalizado al pueblo de Los Palmitos con una profana herejía: rompí la tradición de convertir a los muertos en creyentes de la nefasta religión católica, aliada de las élites terratenientes. Mi padre, Alejandro Suárez, un hombre alegre, trabajador, generoso y tranquilo, a los 96 años, enfermo, me abrazó suplicante y me dijo: «Hijo querido, ya no me sigas dando medicina ni me hagas velorio; ya lo que podías hacer por mí, lo hiciste. Déjame morir tranquilo». Lloramos juntos esa madrugada, cuando él murió en paz.

En la familia estaba claro que no habría rituales ni velorio. El problema vino con las solteronas rezanderas, que se creían santas y rezaban para lavar lo que consideraban pecado por sus relaciones secretas. A ellas las espantaba diciéndoles: «Si quieren rezar, háganlo, pero no les pagaré. Ustedes no creen en los rezos, creen en el dinero. Disfruten la vida, sean creativas con sus lujurias, no crean en pecados. Dios es una buena creación para justificar las injusticias y asustar a los ignorantes». A lo que respondieron: «¿De verdad no crees en Dios? Ave María purísima». Aclaré que mi papá nunca fue religioso y que yo no creía en esos rituales. Respondí: «Respeten nuestra decisión y sigamos siendo amigos».

### S.3. Con el movimiento político ¡A Luchar!: desplazado con la familia a Bogotá, pero sin perder la impronta caribeña

Activé todos los mecanismos de seguridad y prevención que había aprendido, aunque no sabía con certeza qué rumbo tomar. Un día, de manera inesperada, llegó a mis manos una nota y un tiquete aéreo, cuyo remitente era Manuel, el Cura Pérez—entonces comandante general del ELN—. La carta, aunque respetuosa y sencilla, conservaba el tono de quien, desde una posición dominante, emite una orientación. Pensativo, la miré y decidí responder:

Estimado Manuel, agradezco profundamente tu sentida preocupación y solidaridad. Sin embargo, me veo obligado a rechazar la mano tendida que amablemente me ofreces. Como bien sabes, tengo a mi cargo seis hijos y una esposa, quienes han sido mi apoyo en los momentos más florecientes y en los más difíciles de mi vida. No está en mis principios éticos ni culturales abandonar a mi familia. Valoro los principios que guían tu conducta y la de tus compañeros, pero te pido la misma consideración para con mi caso. Es posible que no consideres mi postura, pero para mí es profundamente humana. Buscaré la manera de subsistir junto a mi familia.

Limpie las huellas digitales de la carta, empaqué la respuesta con el tiquete aéreo que me había sido enviado y se lo envié a Manuel por el mismo emisario. Pocos días después, recibí apoyo de la Compañía de Jesús para el traslado y sostenimiento de mi familia en Bogotá. Me integré a la dirección ejecutiva del movimiento político ¡A Luchar! y fui nombrado secretario político de una de las comisiones nacionales, la de masas.

Mi familia y yo fuimos desterrados a las entrañas de la indiferente ciudad de Bogotá. Ya sabía que las grandes ciudades fragmentan

la unidad familiar, destruyen la cultura provincial y desbaratan los proyectos de vida de los provincianos. Como en la novela *Cien años de soledad*, arrastran a quienes, sorprendidos, se ven atrapados en un torbellino de modernidad, espejos y libertinaje.

En Bogotá, se puede alcanzar la gloria o tocar el infierno, les dije a mis hijos. Pueden quedarse en Los Palmitos, les dejo esta casa y la parcela; no tienen que seguirme en mi destierro. Mi desgracia, como la de tantos que soñamos con la igualdad, podría convertirse en una amarga pesadilla. Ustedes recién comienzan a despertar a los sueños de la juventud, y no quiero manchar ni truncar esos sueños. Tienen derecho a extender sus alas y volar bajo el cielo azul y diáfano de la costa. «Nos vamos contigo y corremos tu misma suerte», dijeron mis hijos y mi esposa al unísono. «Está bien, pero haremos de nuestra vida una pequeña isla costeña en medio de tanto cachaco, para protegernos hasta que comprendan la lógica cultural de la gran ciudad». «¡Trato hecho!».

Un veintiséis de noviembre de 1987, cuando el sol bogotano ya se oscurecía, llegamos al barrio Techo, en la localidad de Kennedy; una pareja de paisas, a quienes conocimos previamente, nos acogió con generosidad. Aquel reto estaba lleno de nubarrones e incertidumbre, pero esos son los retos que revelan la verdadera grandeza o pequeñez de las personas.

Ya sabía dónde ubicaría a mi familia. Comencé por establecerme en la localidad de Bosa, que aún conservaba cierto aire de pueblo, lo que nos permitiría hacer la transición entre la fría urbe bogotana y el ambiente despreocupado de los pueblos costeños. A partir de ese momento, los domingos serían dedicados a mi familia; los llevé a conocer algunos parques de la ciudad: el Jaime Duque, el Salitre, el Jardín Botánico, el Parque Nacional, el Simón Bolívar, Monserrate, el cerro de Guadalupe, el parque de la 93.

También visitamos museos como el Nacional, el del Oro, el de San Jorge, el Museo del Hombre, el de Arte Moderno, el de la

Independencia, la Quinta de Bolívar, además de universidades como la Nacional, la Distrital, los Andes, la Javeriana, la de América, la del Rosario y la Autónoma. Recorrimos el famoso barrio de La Candelaria con sus calles empedradas y la plaza de Bolívar. Saltamos a Ciudad Bolívar y sus barrios deprimidos, visitamos Usaquén y Chicó, y también las zonas de tolerancia. Por último, llegamos a Cota, con sus hermosas casas y restaurantes campestres.

Queríamos conocer las diversas culturas que en aquella montaña de cemento se esconden, para sobrevivir en el olvido, entre una confusa identidad colectiva que se desmoronaba entre lo moderno, lo viejo y la exclusión. Mis hijos conocieron la arrogancia de la Bogotá hacia el norte donde están ciertos barrios de la vieja y rancia élite bogotana, la imposibilidad de escapar del centro, atrapado por las siete plagas de Egipto, y el sur, tan despreciado por el norte. Desde Bosa llegamos hasta el centro de la ciudad, donde quedamos atrapados.

Empezaban a escucharse las voces, unas airadas y otras reflexivas, sobre la planeación urbanística de aquella gigantesca ciudad desordenada que se asemejaba a un King Kong suelto y furioso. No era para menos, Bogotá se estaba convirtiendo en refugio de miles de familias que huían de la guerra, y el silencio era el refugio de millones de desplazados, algunos de los cuales, a su vez, se desplazaban hacia Europa y otros países.

Este monstruo, como dice Lisandro Meza en una canción, toma al provinciano, pero antes de adoptarlo, le destruye su pasado, su cultura y sus raíces, dejándolo deambular como una hoja arrastrada por las crecientes de los ríos, sin tierra firme donde refugiarse, convertido en un cuerpo sin alma que se pierde en las calles, donde el anonimato es la única salvación. Es un cuerpo que ya no sentirá nunca más el aroma del tabaco recién prensado, ese encanto que pertenece a los tiempos idos, a la nostalgia que los costeños llevamos como único refugio de las raíces perdidas en el proceso de desculturización.

Cargamos, sí, el orgullo de escuchar el vallenato comercial, símbolo de nuestra identidad nacional, que logró alcanzar la cima del desarrollo capitalista, llevando nuestras melodías a un nivel más alto. Esas notas, acompañadas de cumbias, porros, currulaos, champetas y reguetón, suenan diferente en el frío altiplano; ya no tienen el sabor, la cadencia erótica que les da la vida en la costa, pero, fuera de nuestra tierra, esos ritmos se convierten en un delirio lleno de nostalgia que nos mantiene vivos, aunque nos duela el alma. Es una tortura consentida, un reconfortante masoquismo que, en la abstinencia, nos hace sentir vivos. Al menos es algo, mejor que nada.





## 9. La pesadilla sin fin

### 9.1. A la crisis del socialismo se agregó la «guerra sucia» contra la izquierda: frecuentes entierros de liderazgos políticos, sociales, miembros de corporaciones públicas y mandatarios locales

Al finalizar los años ochenta e iniciar los noventa, sobre el horizonte de la izquierda circulaban diversos nubarrones. A nivel internacional, los modelos de socialismo estatista comenzaban a desmoronarse, dando paso a la globalización del mercado, al neoliberalismo, y a la decadencia de las teorías y filosofías marxistas. En América Latina, los movimientos de izquierda habían sido derrotados o forzados a negociar; solo Cuba resistía, terca y digna, frente a la imparabla lógica del capitalismo.

Por su parte, en Colombia se empezaban a desplegar varias estrategias, cada una con sus propios frentes de acción. Es así como desde el gobierno de Belisario Betancur se dio inicio al proceso ambicioso de modernización y tecnificación del Ejército colombiano, financiado mediante líneas de crédito especiales habilitadas por el Ministerio de Hacienda y la Presidencia de la República, para renovar el arsenal militar, con la colaboración de Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Francia y Suiza.

De igual manera, se formalizó la decisión política tomada desde 1969 por Carlos Lleras Restrepo de vincular a fuerzas contrain-surgentes civiles a las operaciones de las fuerzas armadas. Así, el desplazamiento forzado de campesinos se integró a una estrategia de guerra de largo plazo, todo en busca de una victoria sobre la insurgencia, sin advertir que dicha victoria tendría un costo tan alto como una derrota.

En medio de este contexto, la situación interna del movimiento ¡A Luchar! se estaba viendo afectada por las discusiones políticas y porque su despliegue coincidió con el exterminio sistemático contra la Unión Patriótica a nivel nacional y en las regiones donde tenía particular influencia, al igual que sucedía también contra el Frente Popular<sup>20</sup>.

Aunque la UP surgió como consecuencia de la tregua entre la insurgencia de las FARC-EP y el Gobierno, considerábamos que estaba inscrita en el objetivo gubernamental de cooptar e instrumentalizar a la izquierda democrática, pero pronto se produjeron acercamientos y coincidencias que llevaron al desarrollo de seminarios conjuntos, donde abordábamos temas vitales tanto para la izquierda como para el país. Los crímenes contra la UP fueron un golpe certero y devastador para ¡A Luchar!, y actuamos como dos caras de la misma moneda.

Estando en Bogotá con la familia, mis hijos sobrevivieron con miedo la gran tormenta de nieve que cubrió Bogotá aquel frío día en que, envuelta en llamas, la carrera séptima vio pasar a miles y miles de colombianos indignados, quienes sepultamos a Jaime Pardo Leal<sup>21</sup>; con él, no se fue solo el candidato de la UP, se marchó el candidato de los desposeídos. Algo similar sucedió con el presidente de la Corte Constitucional Alfonso Reyes Echandía, quien fue dejado bajo las llamas que devoraron el Palacio de Justicia aquel fatídico 5 y 6 de noviembre de 1985, mientras Belisario Betancur gritaba: «¡Detengan el fuego, detengan el fuego, detengan el fuegooooo!»<sup>22</sup>.

---

20 Sobre los exterminios contra la UP, el Frente Popular y ¡A Luchar! pueden consultarse los respectivos informes del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) y del Centro de Memoria Paz y Reconciliación (CMPR): Romero (2012), CNMH. (2018, 2025a, 2025b).

21 Jaime Pardo Leal fue un abogado militante del Partido Comunista Colombiano, destacado jurista, magistrado y líder de la UP, quien siendo candidato presidencial por la misma UP fue asesinado en 1987 en cercanías de Bogotá, en uno de los crímenes masivos cometidos contra este movimiento y contra otras vertientes de izquierda, con responsabilidad estatal y el recurso de la estrategia paramilitar. El hecho produjo el repudio masivo de la sociedad civil, que acompañó su sepelio en esta ciudad, conllevando a fuertes protestas en varios lugares del país.

22 La toma del Palacio de Justicia y de sus magistrados en calidad de rehenes, en violación al derecho internacional humanitario,

Desafiando el viento frío, tan helado como la muerte, desconocíamos, o no nos importaba, que un cerco invisible, tendido por la circunvalar, la avenida 30, la carrera 11 sur y el caño del río Arzobispo, esperaba que aquel río humano reemplazara el grito de rabia y conciencia crítica por actos violentos, para darle «su merecido» violento a la nutrida manifestación popular.

El césped de la avenida de Las Américas se parecía a los copos de nieve blanca que, en diciembre, brotaban en las vastas planicies de algodón de Sucre, César, Magdalena y Córdoba, cuando los agricultores aún no sabían que ese blanco encierra la muerte de la biodiversidad y la ruina de los intrépidos algodoneros. ¿Por qué lloró con tanta fuerza el cielo bogotano aquella mañana que sepultamos a Pardo Leal?

En un solo día, la naturaleza descargó con furia sus lágrimas, convertidas en moldes de hielo que parecían lágrimas de Morales, insinuando el genocidio. El silencio llenó el ambiente con tristeza fúnebre, y el frío congeló la sangre y las palabras de aquella marea humana. No hay quien calle ese silencio, porque los pequeños, los olvidados, los marginados han recibido una bocanada de aire con ese silencio incontenible, tan profundo como el silencio de los miles vestidos de seda, en compensación por la danza de la muerte que arrastró al pueblo.

Los bogotanos suelen ser mezquinos en su comunicación, pero aquel día no fue Bogotá la que estuvo presente: fue el país entero el que lloró lágrimas de sangre, recorriendo el alma silenciosa de aquella colectividad humana, en contraposición a las lágrimas blancas que arrojó el cielo gris y frío de esa desconocida Bogotá.

Se sucedieron entonces frecuentes entierros de líderes sociales, políticos y parlamentarios de izquierda asesinados, como

---

fue protagonizada por el M-19 en noviembre de 1985 en Bogotá, de forma que la contratoma militar oficial conllevó ataques desproporcionados y víctimas de desaparición forzada, torturas y homicidios de civiles y de combatientes puestos fuera de combate, en violación a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario, con responsabilidad de las FF. MM. (Gómez, Herrera y Pinilla, 2009).

también de comandantes guerrilleros en tregua durante las conversaciones en búsqueda de acuerdos de paz. Uno de esos momentos fue cuando despedimos a Afranio Parra, jefe miliciano del M-19<sup>23</sup>; nunca antes había visto tantos tanques de guerra como los que ese día estaban asfixiando a doscientos hombres y mujeres que, con la cabeza baja, seguimos el carro fúnebre del último estratega militar de aquella organización guerrillera. Entonces, Diego Montaña Cuéllar, en el Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán, entre trovas, pasillos, poemas y charanga, dijo con humor negro: «Los militares se solidarizan entre sí». «No jodaaa, hermano», le respondí en medio del pesado silencio; parecía que, en vez de paz, con esos hechos, se cosechaba guerra.

## 9.2. ¡A Luchar! alienta la movilización popular contra el régimen, pero colapsa ante la persecución oficial y la presión del ELN contra su despliegue autónomo

En Bogotá trabajábamos en casas de compañeros del Ejecutivo de *¡A Luchar!*, catorce cuadros principales de diversos grupos de izquierda que conformábamos esta agrupación. Tres corrientes de pensamiento convergieron en este experimento político: 1) la socialista, que aportó líderes con responsabilidades en el Ejecutivo de la Internacional Socialista y un vasto acervo teórico y discursivo; 2) los simpatizantes del maoísmo, con una sólida formación teórica y política, y una amplia experiencia en el trabajo social de base; y 3) los influenciados por el ELN, cuya ideología se basaba en las tesis guevaristas, con fuerte experiencia en trabajo sindical y en derechos humanos<sup>24</sup>.

Tres presupuestos políticos unían a tan diversa y compleja coalición de la izquierda colombiana: 1) el rechazo a los acuerdos

---

23 Afranio Parra fue un reconocido comandante del M-19 quien, en desarrollo de los diálogos y acuerdos de paz entre el Estado y esta guerrilla en 1989, fue capturado en Bogotá por integrantes de la Policía Nacional, cuando iba en condición de civil a descansar a su casa, siendo asesinado en estado de indefensión por estos mismos agentes.

24 Movimiento político ¡A Luchar!. (CNMH, 2025a).

de paz negociados entre las FARC-EP, el EPL y el M-19 con el gobierno de Betancur, en los que, por supuesto, no creíamos<sup>25</sup>; 2) el rechazo a la táctica electoral que, como consecuencia de los acuerdos, se desarrolló a través de la Unión Patriótica<sup>26</sup>, la cual veíamos como un esfuerzo del Estado colombiano por institucionalizar, domesticar y cooptar a la oposición; y 3) la lucha directa de las masas como generadora de poder popular, conciencia revolucionaria y empoderamiento ciudadano. Esta última se expresaba en la construcción de cabildos populares, movilizaciones sociales, la distribución gratuita del periódico *¡A Luchar!*, y la perspectiva de crear una prensa alternativa, bajo la consigna: «El pueblo habla, el pueblo manda», que reflejaba un concepto profundo de democracia radical.

El Ejecutivo Nacional funcionaba a través de las siguientes comisiones:

- Comisiones estudiantiles, que profundizaban los procesos de formación, organización y movilización de la conciencia democrática en las universidades del país.
- Comisiones cívicas, que asumían el reto de profundizar las acciones cívicas en las grandes ciudades y capitales de departamento.
- Comisiones de mujeres, con el objetivo de que las mujeres asumieran autónomamente sus procesos de organización, formación política y definición ideológica, frente a los fundamentos patriarcales que el Estado les había negado.
- Comisiones de seguridad, con el propósito de que este tema, tabú para la izquierda, fuera tratado con la seriedad propia de quienes aspiran a ejercer el poder.

---

<sup>25</sup> Los acuerdos de cese al fuego, tregua bilateral y paz fueron suscritos por el gobierno del entonces presidente Belisario Betancur con la guerrilla de las FARC-EP en marzo de 1984 y con las guerrillas del EPL y el M-19 en agosto de 1985. (Villarraga y Plazas, 1994; Villamizar, 2017).

<sup>26</sup> La Unión Patriótica (UP): (Romero, 2012; CNMH, 2018).

- La Comisión de Relaciones Internacionales, que buscaba establecer alianzas estratégicas con partidos de izquierda y movimientos democráticos de América Latina.

Nunca antes fue tan fluido el intercambio de experiencias y la hermandad de propósitos que proyectamos para posicionar en la conciencia colectiva la necesidad de integrar organizaciones de izquierda democrática.

El trabajo que desarrollamos estaba dirigido a movilizar a la sociedad, con el fin de posicionar a las masas en el ejercicio del poder popular; establecer una red de relaciones e intercambio con movimientos de izquierda de otros países de América Latina y Europa; y desarrollar procesos de formación y discusión con líderes regionales y de otras fuerzas políticas, que nos permitieran adoptar una nueva agenda nacional que posibilitara la gobernabilidad de la izquierda democrática. En esa lógica, las jornadas resultaron inquietantes para el Gobierno, debido a la amplitud de las luchas y movilizaciones sociales, su cobertura territorial, su radicalidad y la acogida que tuvieron en los medios de comunicación masivos.

La acción de ¡A Luchar! no solo perturbó al Gobierno de turno, sino que también sacudió la estructura interna de la guerrilla Unión Camilista del Ejército de Liberación Nacional (ELN)<sup>27</sup>, particularmente al Comando Central (COCE), que no comprendió la necesidad de romper el aislamiento interno y el conservadurismo histórico que definía a la insurgencia, y de abrirse a nuevos retos políticos en un contexto de flexibilidad y unidad en las formas de lucha, así como de modernización de la acción política, necesarios para la gobernabilidad y los cambios culturales de la sociedad colombiana, que demandaba nuevas experimentaciones democráticas en la coyuntura nacional e internacional.

---

27 Unión Camilista - Ejército de Liberación Nacional (UC-ELN): (Hernández, 2004; Valencia *et al.*, 2005).

Al ELN le pareció más sencillo optar por lo más fácil: retirar el apoyo que había brindado, que resultaba importante para el funcionamiento del grupo de cuadros políticos y sociales, el cual lideraba las definiciones de la línea política y el accionar de las estructuras de trabajo y regionales, así como su proyección a los sectores influenciados. La decisión fue tajante: supresión del presupuesto para el funcionamiento de ¡A Luchar!

Éramos conscientes de que el Gobierno y las fuerzas armadas nos veían como la expresión legal de la UC-ELN; esos dos elementos nos generaban un nerviosismo y una zozobra constantes. Estaba claro que nuestras horas estaban contadas, así que convertimos la oficina en una especie de refugio. La muerte, emanada de las fuerzas de la extrema derecha —como se llamaba a los hechos que instrumentalizaban los órganos de inteligencia militar— nos rondaba. Éramos una especie de prisioneros de los absurdos y primitivos odios.

La taberna El Goce Pagano, un mítico bar de la bohemia de izquierda, fue nuestro refugio obligado, el lugar donde el silencio, intrépido, nos sepultaba; allí nos sentíamos seguros. El Goce Pagano fue el corazón de un exorcismo sistemático: se nos inundaban los ojos, poco dados al llanto, por los seres desvanecidos, viendo la oscuridad que contemplan los ciegos, donde la imagen se disuelve en el viento. Gastábamos una vez más lo que ya había sido gastado, como el océano inmenso por sus vastas corrientes, siempre adelante como una barca que da tumbos en nuestras vidas, buscando la plena libertad.

Allí quedaba todo sepultado, como sepultados quedaban nuestros sueños, entre la trova cubana, Silvio Rodríguez, Piero, Mercedes Sosa y Alberto Cortez. Los costeños recurriamos a la afirmación positiva para que, de vez en cuando, nos dejaran escuchar un vallenato en ese pacto de silencio. La observancia del secreto alcanzaba su majestad absoluta. Otras tabernas, como Buscando América y El Baretico, eran preámbulo de El Goce Pagano. «Pueden cortar las rosas, pero jamás destruirán el jardín de sueños y

libertad», se escuchaba decir a las compañeras de batallas que nos acompañaban en aquel silencio de las marchas fúnebres.

En ese ambiente me trasladé a Medellín, donde los compañeros vivían en una paranoia y parálisis total, producto del pánico que generaban las masacres y muertes selectivas que azotaban Antioquia. Allí cometí la osadía de hacer dos intervenciones públicas y de forjar un acuerdo con la UP y la Unión Democrática Revolucionaria (UDR)<sup>28</sup> para enfrentar los niveles de violencia paramilitar en Urabá y el Nordeste antioqueño.

Veinticuatro horas después de regresar a Bogotá, recibí un llamado urgente: «La insurgencia escaneó una llamada de la 4.<sup>a</sup> Brigada, informando al batallón de Segovia que Óscar William Calvo de la UDR, Jaime Chavarro de la UP y Alejandro Suárez de ¡A Luchar! nos desplazábamos a esa región y que la disposición era asesinarlos». No volví a Medellín; ocho días más tarde, dieron con mi residencia en Bogotá, obligándome a permanecer exiliado en casa de un amigo.

En Remedios, Antioquia, centro de confluencia de una protesta cívica en el Nordeste antioqueño, hacia 1984, después de la masacre de cuarenta civiles cometida por paramilitares en el bar El Minero, municipio de Segovia, las izquierdas que se movían en la zona convocaron un paro cívico y movilizaron a unas 10 000 familias campesinas hacia Remedios. Aunque la protesta fue organizada por sectores sociales influenciados por la Unión Camilista, contó con el apoyo activo de la Unión Patriótica. La región estaba altamente militarizada y controlada por el nefasto general Rito Alejo del Río, pero el Frente María Cano de la UC-ELN mantenía una influencia activa en la zona.

Aunque la protesta era nutrida, los niveles de preparación eran primarios. No existía una organización regional que coordinara, dirigiera y orientara la acción social, ni se contaba con un pliego de peticiones y objetivos claramente definidos. En ese contexto,

28 Movimiento político Unión Democrática Revolucionaria (UDR): (Villarraga y Plazas, 1994).

la primera tarea fue nombrar un equipo de coordinación integrado por representantes veredales, con los cuales coordinar y definir el curso del paro. Posteriormente, entré en comunicación con las autoridades civiles y militares buscando garantías para los campesinos.

Al segundo día de la toma del parque principal, «saltó la liebre»: esta vez nos tomaríamos el colegio de bachillerato. No bien entramos al colegio cuando una turba de soldados, embriagados por el ansia de entrar en combate, irrumpió con alaridos de guerra. La humildad y resignación de los campesinos, ante la muerte eminente, contrastaba con la furia de los soldados. «Comandante, cálmese, no vayan a disparar. Yo me encargo de los campesinos. Concédanos cinco minutos para abandonar organizadamente el colegio». La seguridad con la que hablé y la mirada serena surtieron el efecto deseado; sin embargo, al entrar a la plaza principal de Remedios, vi en el balcón de la alcaldía al responsable de la toma del colegio.

La ira nubló mi mirada y tensionó mis músculos. Frente a los campesinos, increpé al compañero: «¿Qué quieres? ¿Qué necesitas? ¡Sangre! ¡Cinco, diez muertos para convertirlos en mártires, y hacer política con sus cadáveres y su sangre derramada! ¡O estás del otro lado, porque incitas a los campesinos y rehúyes el combate! ¿Quieres que estos hombres humildes y desarmados enfrenten al Ejército para posar de revolucionario radical?». A partir de ese momento, fui la voz cantante del paro y, sin que lo solicitara, un grupo de campesinos asumió mi protección y habilitó diferentes sitios de hospedaje.

A través del contacto que me habían asignado previamente, solicité una reunión urgente con la comisión política interna de la UC-ELN. La pregunta fue directa: «¿Este paro para qué es? ¿Qué se busca? ¿Quién lo convocó? ¿Hasta cuándo va? Si es un paro de motivación y educación, debemos diseñar un proceso educativo, con temas, metodologías y un equipo de instructores. Si lo que se busca es ver correr la sangre de los campesinos y agrandar la lista de

mártires, yo no hago nada acá. Si es para negociar reivindicaciones, entonces, designamos a quien elabore un pliego alcanzable, avanzamos en su difusión, y establecemos unos máximos y unos mínimos, pero necesito saber el sentido de la movilización». «Es para negociar», respondió el encargado político de la comisión. Con esa directriz, volvimos al equipo de dirección del paro, para organizar el pliego y montar una coordinación regional, con el objetivo de dejar una fortaleza orgánica establecida.

Al día siguiente, al despuntar la mañana, me encontré con el general Rito Alejo del Río, el segundo al mando. Este hombre, de mirada penetrante, fue directo: «¿Dónde dormiste? A la una de la madrugada te buscamos en el parque y no estabas». «No jodas, ¿me están siguiendo?», le respondí con un tono costeño y una mirada pícara. «No, pero hay algo grave que debes saber», dijo. En una cafetería, el general y mi interlocutor me contaron que la guerrilla había organizado una trinchera en la vía Remedios-Segovia, en la que había caído el propietario del bar El Minero y su amante. Ambos fueron ejecutados por la insurgencia.

Los miré sin mostrar emoción. «¿Cuántos retenes tienen ustedes en las vías?». «Cinco», respondió el acompañante del general. Le expliqué:

General, lo que está sucediendo no lo creamos ni usted ni yo, pero nos toca resolverlo. Le propongo que levante los retenes y permita el ingreso de los campesinos a Remedios. Estos labriegos ya están movilizados, y retenerlos solo los expone a que la guerrilla los embosque y provoque una masacre de campesinos inocentes. Si usted hace esto, me comprometo a persuadir a los campesinos para que negocien con el Gobierno departamental y designen una comisión negociadora que realmente los represente. Usted se encarga del transporte aéreo y el retorno a Remedios.

«¿Usted haría eso?», preguntó, con brillo en los ojos. «No, yo no lo hago. Lo hacemos los dos. Dé la orden de levantar los retenes,

y en tres horas le tengo lista la comisión negociadora». «Pero ¿usted va a Medellín?». Le respondí:

No. Eso sería una falta de respeto hacia los campesinos. No puedo asumir una vocería que no tengo. Lo que me comprometo a hacer es enviar al diputado Gabriel Jaime Santamaría, que conoce la zona y sería un vocero idóneo. Ni usted ni yo lo somos, porque no somos de acá; somos facilitadores, y como tal actuamos.

Un apretón de manos selló el pacto, y en una hora llegaron al municipio alrededor de 3000 campesinos con suficiente logística para alimentar a los 10 000 protestantes durante tres días.

Durante los días de negociación en Medellín, conseguimos que se firmaran las principales reivindicaciones en un acta de compromiso entre el Gobierno departamental y los negociadores campesinos, lo que produjo júbilo y satisfacción entre la población. Mientras tanto, asumí el reto de estructurar una coordinadora cívica que pudiera darle continuidad a lo pactado y conectar a los habitantes de la vereda con un mecanismo de dirección regional.

Al final, centré la evaluación de la movilización ante la comisión política interna en dos aspectos: la falta de preparación y organización de la protesta, y cómo la movilización había sido aprovechada para vengar la muerte de los cuarenta habitantes de Segovia, asesinados previamente por paramilitares, lo cual podría haber generado represalias del Ejército contra campesinos inocentes. Si la protesta tenía un sentido político, debía ser empoderar a la sociedad civil; lo otro era un juego peligroso y perverso, que se alejaba mucho de la filosofía de ¡A Luchar!

El tercer hito lo viví en 1988 en la ciudad de Cúcuta, Norte de Santander, en la frontera con Venezuela, donde se dio una toma campesina apoyada por el magisterio y el comercio. La primera

gran parada fue en el barrio Atalaya, en un parque cercano a una estación de gasolina. «¿Quién diablos seleccionó este sitio para la concentración, justo donde una chispa puede causar un holocausto?», pregunté. «Compañeros, despejen el área donde está la trampa». Cuando logré despejar la zona, vi al final del parque una llamarada y humo debido a la quema de llantas, justo a dos metros de la única tienda abierta que abastecía a los campesinos.

Perdí la paciencia: «¿Quién es el estúpido que prendió las llantas?!». «Yo», dijo un joven de unos veintitrés años. «Apáguelo ya, que esto perjudica a los campesinos y a los residentes, y atrae la represión», le dije. Lo curioso fue que varios jóvenes ayudaron a levantar la llanta y apagar el fuego; resultó que el joven era uno de los comandantes guerrilleros de la UC-ELN de esa zona.

La toma en Cúcuta fue de gran envergadura y obligó al Gobierno departamental a acercarse rápidamente a los organizadores. La comisión negociadora estuvo integrada por educadores, campesinos, dirigentes cívicos y yo; la dirección política estaba compuesta por personas que conocía y que tenían una buena estructuración política. El segundo día de la toma comenzamos las negociaciones a las 8:00 a. m. y terminamos a las 5:00 p. m. A las dos de la madrugada, todos los negociadores dormían como podían en las sillas, excepto el gobernador, el secretario de gobierno y yo, que seguimos con la jornada.

Finalmente, logramos terminar la negociación y despertamos a los demás miembros de la comisión para que firmaran el documento ya redactado; me tocó presentar a la multitud lo pactado con el Gobierno departamental y someterlo al veredicto de las masas y la comisión política interna, que también se encargó de hacer el seguimiento de lo acordado.

En el centro de la ciudad, tras ser instruido para no moverme hasta nueva orden, decidí contrariar las indicaciones de la UC-ELN y fui de excursión con varias familias al río Zulia. Al regresar, me orientaron a viajar a Ocaña, pero decidí tomar el

vuelo Cúcuta-Bogotá. El transporte lo facilitó un empresario colombo-venezolano, quien amablemente me entregó las llaves de una camioneta nueva. «¿Qué es esto?», le pregunté extrañado. «Te la regalo, te la mereces», me dijo. «No, gracias, vine aquí a cumplir una orientación política. Regálala a la organización», le respondí. «Tómala, tengo tres camionetas y empresas en Colombia y Venezuela», insistió.

Mira, admiro tu generosidad, pero si en cada lugar donde voy a apoyar luchas sociales recibo regalos, dejo de ser revolucionario y me convierto en un vividor. Prefiero ser el hombre sencillo y honesto que mis hijos conocen.

Mis recorridos por el Nororiente, la zona Pacífica, la andina, la cundiboyacense y el Caribe no solo me dieron una perspectiva privilegiada sobre las fortalezas y debilidades de la izquierda, sino también sobre los fundamentos culturales de los pueblos que las habitan; a lo largo de ese tiempo, me volví más prudente, calculador, desconfiado, mañoso y menos complicado. Mi mayor preocupación era entender las razones de la muerte del obispo de Arauca<sup>29</sup>; si era un ciudadano civil haciendo un trabajo ideológico, debíamos derrotarlo en el terreno de las ideas, no convertirlo en mártir. Me olía a cruzadas cristianas, del islam, del budismo, del hinduismo; era como Stalin en Rusia.

Me preocupaba que, el día que me tocara, pudiera ser considerado obsceno, vulgar, inmoral, un atentado contra las buenas costumbres. Les decía a los compañeros: «¿Esa es la ética de la insurgencia?». «No exageres, deja la paranoia», me dijeron. «¿No lo oyes? Eso es fundamentalismo y oscurantismo, una enajenación de la condición humana. Terminarán matando al 75 % de los colombianos, no en la guerra, sino en “limpiezas sociales”. ¿Con quién vamos a construir la nueva sociedad? ¿Dónde están esos estereotipos de hombres y mujeres que se ajustan

---

<sup>29</sup> El obispo católico Jesús Emilio Jaramillo fue asesinado en estado de indefensión por el ELN en 1989 en la zona de Sarare, departamento de Arauca, en represalia por sus opiniones críticas ante el actuar de esta guerrilla.

a los preceptos moralistas y cristianos de estos compañeros? Esto me huele a que los conceptos civilistas de libertad, igualdad, autonomía y desarrollo personal les deben sonar a vulgar charlatanería intelectualoide. Con razón viven en un oscuro monasterio medieval en las selvas colombianas, perdidos en el tiempo. ¿Por qué estás tranquilo? Mientras yo vivo en un mundo de pesadillas sin fin».

El camino recorrido en mi devenir social y político me había enseñado que incluso las más hermosas prosas requieren de hombres convencidos de su belleza y realismo mágico para hacerlas realidad. Ya no me importaba lo que estaba escrito, sino los seres de carne y hueso que iban a ejecutar esas ideas. Eso se llama escepticismo, pero la otra cara es el voluntarismo.

Me trasladé en 1989 a Barranquilla, dejando atrás la responsabilidad en ¡A Luchar! Esta época fue una borrachera de carnaval. Comencé a padecer una serie de silenciosos desencuentros y a caminar con la memoria en el cuerpo, sin renunciar a los ideales y sueños de transformación. No encontraba la coherencia entre las palabras y los actos, entre la teoría y la práctica.

¿Cómo romper las máscaras para derribar las injusticias sociales y el despojo absoluto de nuestra cultura? Los mitos de los pueblos movilizan sus energías, mitos que no se pueden explicar ni transmitir, pero que adquieren vida en las movilizaciones, donde el pueblo es pueblo y verdaderamente existe, habla y manda, proyectando la vida que los pueblos quieren. La insurgencia no ayuda a desatar esos nudos; transita de manera subyugante y conservadora, similar a la lógica de gobernabilidad del régimen. «Tú no puedes sustituir a la sociedad civil, debes, por el contrario, estimularla para que, cuando haga falta, ella sepa guiar sus pasos».







decadencia; esta decadencia se proyectaba como una inquietante degradación del concepto de libertad y de su uso. Tenía claro el contexto cultural de la subregión sabanera, de la colonial Cartagena, de la excluyente Medellín, de la simbiosis cultural del caleño, de la multiculturalidad cosmopolita de Bogotá, pero «Curramba la bella», entristeció mi espíritu, perturbó mi alma y sacudió mis cimientos ideológicos. Las plañideras que lloran a Joselito Carnaval, la danza del garabato, las letanías, los modismos lingüísticos y los diversos mestizajes los percibí como un esfuerzo por ocultar prejuicios raciales y reafirmar una identidad difusa.

El haber salido de mi tierra sabanera y verla desde fuera me permitió afianzar mi sentido de costeñidad. Sin embargo, en Barranquilla, los mitos y estereotipos se racionalizaban como proyectos de vida y civilidad, algo perturbador o amenazante para cualquier colectividad política o social. Los barranquilleros que conocí en Sucre y en la Empresa Comunitaria El Nogal eran filósofos, sociólogos, economistas y abogados, con gran capacidad oral, un manejo impecable de la estructura lingüística y una acentuada cultura caribe. También tenían una sólida formación marxista y una pulcritud personal; eran libres, pensantes y respetuosos de la dignidad humana. Sin embargo, ellos ya no estaban, habían desistido de sus ideas progresistas.

Por azares de la vida, conviví con uno de esos personajes aduladores, solidario, pero poco precavido para mostrar su juego político. Manejaba varios grupos de amigos, con el caudillo en el centro. Existían organizaciones que, ciegas, sordas y mudas, como dice la canción de Shakira, obedecían al «jefe»; otras, a otro «jefe»; y se veía un compadrazgo social vacío. La fascinante casa de los espejos que conocí en Bogotá parecía perfecta, pero todo sucumbía ante la burlesca danza del garabato.

El poder formal y el poder real eran parte de un juego de máscaras, donde viejos liderazgos alimentados por extrañas lealtades convertían las débiles direcciones en el baile del «bambeo», al

que es sometido el hombre costeño cuando la adorada mujer le es infiel. A todos les convenía su respetabilidad como dama, sin importar si repartía las mieles del placer a viejos y solícitos amantes, atrincherados en máscaras que armonizaban con el hombre del hogar, a quien consideraban una marioneta.

La casa de los espejos me proyectó una imagen ideal, pero también la de un joven esbelto, un hombre maduro y un anciano decrepito, que comparaba con las posturas que debía adoptar en la placidez sabanera, rodeado del señorío feudal ancestral y decadente de hombres de sangre azul que, en Corozal, juraban ser españoles. Yo había aprendido a jugar el juego de las mil caras, a mostrar diversos rostros y conductas manipuladoras para sobrevivir en el movimiento social y en la izquierda colombiana.

A ello se sumaba la conducta ética: un saludo era una costeñita; preguntar por el trabajo, tres voladoras; el razonar político, diez águilas. La sobriedad era esquivada y la confusión prevalecía ante la razón escurridiza.

Como un perverso embrujo, se tejió a mi alrededor la maraña indescifrable del discurso de la civilidad, de la modernidad, del cambio de mentalidad, con que las urbes atrapan al advenedizo, al pueblerino desconcertado. No obstante, como dice el costeño sabanero, yo era un toro probado en varias plazas: mañoso, retrechero, calculador; había aprendido a actuar en diversos terrenos y había creado mi propio nicho temperamental. No era fácil convertirme en un comodín de «combo» alguno ni ser subyugado por intereses preconcebidos.

Conocedor de las cartas marcadas, así como de las fortalezas, debilidades y potencialidades del entorno político, emprendí un intenso *lobby* para desmontar los discursos paralizantes e inexpertos, incapaces de lidiar con la turbulencia. Nuestra izquierda, poco izquierda y ética, se arrogaba trabajos sociales que, de hecho, tenían sinergias con la derecha. Decíamos entonces:

Las organizaciones son cuerpos vivos, en constante transformación; las fortalezas de las organizaciones dependen de las fortalezas y defensas de quienes las integran; las defensas actúan como anticuerpos, si el cuerpo se ejercita se desarrollan, las extremidades se fortalecen. Si me dicen que la organización es obsoleta y anacrónica, me están diciendo que soy un hombre premoderno, pero deben explicarme qué entienden por modernidad, ¿se refieren a los medios de producción, al transporte, a la cultura, a los valores éticos o a borrar las fronteras entre ideologías?

Partamos de la idea empírica de que existe clientelismo y corrupción: ¿por qué lo toleras? ¿Por qué no lo rechazas? ¿Por qué críticas entre bambalinas y no enfrentas lo que criticas? ¿No sabes que los demás llegan hasta donde tú les permites llegar? ¿Cómo? ¿Vamos a construir una organización de hombres y mujeres libres, pensantes y conscientes, que actúan por conciencia y no por conveniencia? ¿Qué aportarías tú? Si los virus gripales destruyen tu organismo, es porque tus defensas están por el suelo. ¿Tú estás en un combo, en un club de amigos o en una organización? Medítalo, analízalo, y decide. Nunca dejes que los demás decidan por ti.

**En eso andaba cuando me llamaron en 1989 para convocar una asamblea de militantes, con el fin de discutir la situación política del movimiento y escoger una nueva dirección. «En una reunión con el secretario político del Frente Norte, acordamos formar una comisión preparatoria para el evento, y usted está en ella», me dijo el interlocutor. «¿Fue intervenida la estructura? ¿Hay alguna resolución? Por favor, enséñamela», le respondí, con cara de extrañeza. «No, no». Seguí:**

¿Entonces qué? No me diga que ustedes son como los del Consejo de Seguridad de la ONU, que hablan de libertad, pero se reservan sus propias zonas de influencia y control; que hablan de autonomía, pero definen el modelo de producción y especialización para cada nación según sus estrechos intereses; que predicán la igualdad, pero limitan el acceso a la tecnología según el régimen político de cada país, y que mantienen pactos secretos y comunicaciones clandestinas, como camarillas oscuras.

**Lo que vino a continuación fue una avalancha de insultos, al mejor estilo vulgar. En una semana, ocho organizaciones me declararon persona no grata. Fue entonces cuando las cartas quedaron sobre la mesa:**

Las direcciones deben condensar alrededor de sí a la colectividad o, si no, deben renunciar y dar paso a un frente plural que actúe sobre acuerdos y consensos claros. Aquí no veo unidad, veo tres grupos que se aprovechan del nombre de una u otra organización de izquierda; es mejor saber lo que se tiene, con quién se cuenta, antes que vivir de engaños y espejismos. De vez en cuando, es necesario mostrar que se tiene personalidad; mantengamos la fecha y el temario del evento y sepamos con certeza qué tenemos y quiénes nos apoyan.

**No hubo marcha atrás, no caímos en las mezquindades de las cartas de persona no grata; simplemente las ignoramos.**

**Accedí a ocupar el cargo de la secretaría política e integramos un equipo de trabajo cualificado. Asumí tareas en el ámbito obrero de la industria del carbón, en derechos humanos y con los estudiantes universitarios. En dos meses, habíamos roto la inercia del trabajo y fortalecido el discurso entre los militantes, abriendo nuevos y dinámicos frentes políticos y sociales.**

## 10.2. Reflexiones en consulta con voces autorizadas: ¿tiene la izquierda vocación de poder?, ¿estamos en guerra?, ¿qué misión cumplimos?, ¿se asumen idea- les éticos en la militancia y las guerrillas?

Busqué a mis viejos amigos: el filósofo y el economista, para comprender mejor la cartografía social de la «puerta de oro». La arquitectura de Barranquilla es una prolongación de su cultura: los barrios de Prado Alto, Prado Bajo, Boston, El Silencio y San José tienen una arquitectura hermosa, con antejardines, calles amplias y terrazas. En contraste, el resto de los barrios refleja un sofocante hacinamiento:

Toda la costa, pero Barranquilla especialmente, refleja los cruces interculturales generados por las migraciones masivas y el uso de nuevas tecnologías. Aquí se entra por el camino de lo cultural, lo festivo y lo masivo, y se mezcla todo en una expresión de júbilo y burla, que se encuentra en los carnavales de Barranquilla, hoy patrimonio de la humanidad. En ellos, se mofa de los políticos, de los gobernantes, de las fieras salvajes, del diablo, del amor, de los desafectos, de la muerte y de la vida. Todo se mezcla sin importar orígenes, conocimientos o virtudes; es un pacto cómplice para burlarse de la vida.

### Me explicó el filósofo:

Lo que pasa es que los migrantes recientes creen que todo el año es carnaval, porque tratan de huir de la realidad y la dureza de la vida material. Han sustituido el lenguaje mítico y de fábulas por expresiones directas y vulgares. Su escasa formación académica les hace pensar que la civilidad es igual a la vulgaridad. No saben que las máscaras y disfraces expresan las aspiraciones más profundas de los seres humanos.

Una vez, le escuché decir que, si un hombre se disfrazaba de mujer, deseaba ser mujer, y que, si se disfrazaba de tigre, era machista. «Si eso es cierto, entonces, los carnavales son más que una simple burla», le respondí.

Sí, en realidad, los carnavales son una manifestación sociológica del desarraigo cultural; debes considerar que Barranquilla es una mezcla de judíos, árabes, alemanes, ingleses y mestizos. Aquí no hubo un pueblo base, como los indígenas, que prolongara en el tiempo su cultura. Aquí todos son extraños y, con el tiempo, esa falta de pertenencia ha generado una simbiosis y, a veces, una catarsis. Por eso, no es fácil encontrar un hilo conductor que te acerque al corazón de la ciudad. El cuerpo está aquí, pero el corazón vibra por otros aires.

Y le pregunté:

Pero ¿cómo podemos hablar de cambio, libertad o revolución, si estas se hacen en territorios, religiones o sistemas sociales? ¿Acaso no son estos discursos inapropiados o pueriles en este contexto?

Me respondió: «El sociólogo diría que, fuera de casa, los seres humanos exteriorizamos lo que nos constriñe en nuestro entorno familiar o poblacional».

Esa conversación dejó una profunda inquietud en mi espíritu. Ya había sentido una desazón cuando empecé en 1990 a trabajar con los obreros de la industria del carbón en El Cerrejón, La Guajira, que trabajaban cuatro días y descansaban otros cuatro. La empresa les proveía transporte aéreo, pero ellos se las arreglaban para no regresar a sus casas los días de descanso: el primer día lo reservaban para las amantes, y los siguientes dos, para ir de fiesta; el cuarto día lo dedicaban a gestiones personales. Debía, entonces, involucrarme en sus fiestas cuando aún el

*whisky* no había nublado la mente de los obreros, para hablarles de revolución, militancia política y lucha de clases.

A veces, olvidaba mi misión y terminaba en situaciones poco ortodoxas, pero como dice el dicho, «no hay mal que por bien no venga». Ellos me asumieron como uno más y me gané su confianza. Esto me colocaba en una ventaja frente a otros dirigentes más rígidos, ya que me veían como compañero, amigo y cómplice. Así, en un abrir y cerrar de ojos, pude organizar a medio centenar de obreros alrededor de la bandera progresista y orientar, a distancia, el sindicato de El Cerrejón.

Desde antes, tenía la convicción de que la izquierda colombiana carecía de vocación de poder; por lo tanto, se limitaba a sus propósitos porque consideraba a las ciudades y a los militantes urbanos como simples proveedores logísticos. Las ciudades eran el punto de paso del dinero y las armas, pero no dejaban nada, como hormigas que cortan las hojas de yuca que siembran los campesinos para alimentar a sus familias. De noche, esas hojas eran destruidas para alimentar los campamentos y producir abono natural.

Así, nos retroalimentábamos en un círculo vicioso, «haciéndonos a la idea de que estábamos en guerra». No importaba si la guerra era lejana, distante o futurista; estábamos en guerra porque cumplíamos alguna misión en las ciudades colombianas, como dijo Germán Castro Caycedo, en lo que él llamó «nuestra guerra ajena». Vivíamos en una sociedad con una identidad difusa, que no actuaba como sociedad civil, porque este segmento pertenecía a la Iglesia católica y a algunas ONG.

No éramos una sociedad armada, porque los hombres armados estaban protegidos en las entrañas de las cordilleras colombianas. No constituíamos un movimiento de masas de izquierda democrática, porque la derecha fascista, paramilitarizada y mafiosa nos convertía en un objetivo militar. La izquierda colombiana, a diferencia de otros países latinoamericanos,

confundió el campo con las montañas, y la vida tranquila de los campamentos con la guerra. Esa fue una concepción mental sui géneris donde la esencia no era combatir y eliminar al enemigo, sino eludir el combate y esperar que el enemigo se degradara por obra de la evolución natural, siguiendo la teoría de Darwin sobre la selección natural de las especies y el planteamiento de Marx sobre la enfermedad que acompaña al capitalismo.

Respecto a todos los movimientos armados en Colombia, siempre he dicho que «quien tiene la plata, tiene las armas y tiene el poder». Se lo comenté a mis compañeros de dirección, y decidimos organizarnos para agrupar a los braceros encargados de cargar y descargar los barcos que llegan a Bocas de Ceniza, la desembocadura del río Magdalena en el mar Caribe. El problema era que estos trabajadores no tenían horarios fijos, ni fechas, ni calendario; todo dependía de la llegada de los barcos, el volumen de carga y el calado de la embarcación. El pago se basaba en la fortaleza y resistencia física del bracero.

Así como el pescador, que rema en su canoa buscando los criaderos de pescado cuando no hay subienda, ellos, con sus melancólicos silbidos, parten a la aventura, sabiendo cuándo se van, pero sin saber cuándo regresarán. Lo viví en mi juventud, cuando viajaba a Magangué y Achí, en las orillas del río Magdalena; a veces, me adentraba en Cascajal por el río Cauca, tratando de organizar campesinos y pescadores. Cuando les iba bien, regresaban a los ocho días con sus canoas llenas de bocachicos, que vendían para cubrir las necesidades urgentes de sus familias, mientras se recreaban en las cantinas del pueblo. Esa era su compensación, y las mujeres, complacidas, los atendían y premiaban con caricias por su esfuerzo.

La vida del bracero, sin embargo, es cruel. Su resistencia es una mezcla de comida, ron y marihuana. Cuando los obreros descansaban y volvían a casa, los estridentes volúmenes de champetas y vallenatos arrabaleros los sumían en un éxtasis frenético e interminable.

Desde adolescente, acostumbrado a dialogar con las personas mayores, aprovechaba la ausencia de los braceros para conocer la visión popular de Barranquilla.

Cuando los judíos llegaron aquí, se sorprendieron por las tranquilas aguas del río, que, suavemente, acariciaban las ramas de los campanos, las palmeras, los arrayanes y los olivos. De rodillas agradecieron a Alá por haber encontrado la tierra prometida. Creían que la calma del río Magdalena era obra de las lágrimas benditas del Señor, y juraban que Moisés había cavado en sus entrañas la arena con la que secó el mar Muerto para que sus guerreros pudieran cruzarlo. Las pequeñas colinas que separan Barranquilla de Puerto Colombia las consideraban los montes de los olivos, donde Cristo se refugió con sus apóstoles; así, Barranquilla se convirtió en el oasis, en el paraíso terrenal. Esto atrajo a un éxodo de árabes de distintas creencias, que llegaron buscando un lugar para vivir, lejos de la influencia de los decadentes colonizadores españoles.

Barranquilla es la única ciudad de Colombia que tiene en su interior siete caudalosos arroyos y está formada por una especie de herradura, cuyo lado noroccidental lo define el mar Caribe y el nororiental, el gran río Magdalena. Ambos se encuentran en Bocas de Ceniza, un antiguo cementerio de piratas que merodeaban la costa caribeña en busca de riquezas. Mis interlocutores, con una visión fascinante, explicaban la multiculturalidad de La Arenosa; según ellos, los kaamachú, finzenú, zenú, y los negros libertarios que huían de los colonizadores españoles, desconocedores de la belleza natural del lugar, convirtieron la pesadilla en un infierno.

Al sur estaban los opresivos españoles, al norte, la muerte. En ese dilema, nació la famosa frase: «Para adelante, porque para

atrás asustan». Los más valientes construyeron balsas de caña guadua, rodeadas de paja, y las encendieron, creyendo que el fuego, en alianza con el viento, derrotaría al agua, pero lo que no sabían es que este vacío en la superficie solo generaba un remolino que los absorbió. Las balsas ardientes desaparecieron en esa tormenta de pasiones.

Los ancianos del barrio Las Flores aseguran que las mujeres que quedaron en tierra nunca vivieron el duelo por sus maridos. Por las noches, bailaban alrededor de fogatas en la orilla del mar, acompañadas por los árabes que habían llegado a Barranquilla. Así, nacieron las leyendas de las viudas alegres y la remembranza de Joselito Carnaval, un personaje típico del carnaval barranquillero. A pesar de haber formado nuevos hogares, nunca olvidaron a sus maridos ausentes y, por eso, los lloraban en los carnavales.

No logré mi objetivo de abrir un frente de trabajo con los braceros de Las Flores, pero sí obtuve fascinantes explicaciones sobre temas culturales, que carecían de la racionalidad teórica académica; así que mi intento político de organizar a los braceros para movilizar a los sectores urbanos fracasó antes de nacer, tal vez porque nació muerto por mi ignorancia. «No jodaaa. ¿Con quién vamos a hacer la revolución?», me preguntaba.

Les decía a mis compañeros de dirección:

¿Serían estos los obreros que Lenin describió en la revolución rusa? ¿O son los que Marx llamaba lumpenproletarios, como símbolo de decadencia? Marx los veía como personas que, en condiciones casi anárquicas, se lanzaban a la lucha, y Gramsci los consideraba una guerra de posiciones desde el punto de vista social, pero, y estos, ¿qué son?

«¿Son obreros de la “socialbacanería”, que están sedados por el alcohol, la champeta, la marihuana y el sexo? ¿Qué significa para ellos la política? Confunden la libertad con esta

farra interminable», les comenté desconsolado. Rápidamente abandoné la idea, no por moralismo cristiano o prejuicios infundados, sino porque estaba confundido. La formación política de la izquierda se basaba en la vanguardia de la clase obrera, pero lo que vi en Las Flores me hizo recordar la novela *Flor de fango* de Vargas Vila, que leía de joven, junto con mi hermana Julia.

No veía las fortalezas reales, ni las potenciales, mucho menos las estratégicas. La tolerancia ante las conductas ajenas está mediada por una profunda convicción humanista y democrática, y por las conveniencias colectivas o individuales. «¿Qué nos aportan? ¿Qué nos brindan? ¿Qué ganamos? ¿Qué perdemos?», le preguntaba a mi compañero de aventuras. «Nada. Estamos perdiendo el tiempo», me respondió. «¿Con ellos?», le pregunté, al notar el tono de su afirmación. «Con todo. Si fueran revolucionarios, ya se habrían tomado el poder o lo habrían intentado. Estamos en el limbo. ¿De verdad crees que el Cura (Pérez del ELN), Marulanda (de las FARC-EP), Caraballo (del EPL), Fayad (del M-19) saben lo que pasa en las ciudades? ¡Disolvámonos!», añadió, mientras me lanzaba una mirada que cortaba el aire. Le respondí con una fría sonrisa, la forma más elegante que encontré para callar su comentario y ocultar el malestar que me había causado.

Sin embargo, lo que no pude evitar fue la reflexión que me dejó, como una daga atravesando mi mente y mi corazón: «¿Nos disolvemos? ¿Para qué? ¿Para que la extrema derecha nos exhiba como trofeos de su razón y su ausencia de respeto por nuestra lucha? Ellos ni siquiera tienen la estatura moral para recibir con respeto a quienes dejan la izquierda. Nos usarán como un trofeo de su falsa democracia. No dudo que hemos equivocado el camino, pero una democracia sin espacios de organización social diversos y sin redistribución de riquezas es un barril sin fondo. ¿O es que crees que convertir a los obreros en piltrafas humanas es justicia social, o que los campesinos convertidos en ratas de alcantarilla en las ciudades representan la democracia, la equidad, la igualdad, la inclusión que prometen las normas

nacionales e internacionales? ¿O solo es el reflejo de mil caras con las que se deslumbra al ingenuo?».

Por lo general, conservaba una buena relación con el sueño, pero esa noche me retorció en la cama como un potoco mapanao, que no mide más de cincuenta centímetros, pero que, con buen grosor y felina agilidad, puede saltar un metro y medio, buscando la vena yugular del campesino para matarlo. En esa oscura noche, con un extraño desasosiego, me revolví en la cama sin poder conciliar el sueño.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Por qué no te has dormido?

Era mi mujer. Ella intuía que algo no estaba bien, pero yo trataba de no perturbarla; suficiente tenía con ayudarme a criar a los seis hijos que habíamos tenido. Con un fuerte abrazo y un beso, silencié su curiosidad, igual que, con una sonrisa, Iván y yo habíamos sellado nuestro compromiso de seguir adelante.

Ahora, no sabía qué era peor: si morir bajo la tortura de aquellos animales que decían ser humanos, o seguir luchando en la fantástica pluralidad de los seres humanos, para evitar su catástrofe, aunque la realidad parecía oponerse a la acción social y extinguía la lucha de clases no por la supresión de sus causas, sino por la eliminación del ser humano como sujeto social activo, proyectando en cambio su catástrofe humana.

Mi amigo, el filósofo, me había dicho: «La algarabía del carnaval y el estruendo de los *pickups* son como un bálsamo analgésico para las perturbadas almas de los barranquilleros». Por eso, cuando vi esa mezcla de todos los opios y escuché la reflexión del compañero, arrugué la frente y me sobé la barba. «Será una monstruosa confabulación de la naturaleza. ¿Cómo puede uno estar en medio de tanta mierda sin hundirse hasta el cuello?».

Me senté en la biblioteca municipal, ubicada en el parque San José, un lugar relativamente tranquilo, porque a los nuevos barranquilleros no les gusta leer. La policía, con su política de control preventivo, montó un CAI. Los emboladores de zapatos se tomaron y apropiaron otra parte del parque. Otros se sentaban allí para «arreglar el país» en discusiones acaloradas. Otros más leían el periódico *La Libertad*, que los emboladores de zapatos compraban, y que relataba peleas, heridos, violaciones, robos y accidentes de forma sensacionalista.

Mientras los sectores marginados y populares eran el centro de nuestro discurso, me dediqué durante una larga semana a buscar a mi extraviado amigo economista. Sabía que andaba por el Corpes Regional Costa Atlántica, pero fue en la vicerrectoría de la Universidad del Atlántico donde lo localicé una mañana infernalmente calurosa, solo aliviada por la fugaz circulación de un ventilador. Cuando ya rayaba el mediodía, y comenzaba a impacientarme, hizo su entrada desafiante. No me moví del asiento; tranquilo, con destellos de indiferencia, sostuve su fugaz mirada.

—¡Alejo Suárez entra! —exclamé.

Diecisiete años atrás, él era un visitante habitual de mi casa en la Empresa Comunitaria El Nogal. Lo conocía como un agudo estudioso de la macroeconomía, serio, casi seco, pero, a la vez, amable y cortés; no había forma de sacarle una frase descompuesta o una fábula ilustrativa de sus argumentos. Una hora después de indagar sobre los compañeros, me miró a los ojos y me dijo:

—Alejo, ¿qué buscas?

—Vine a saludarte.

—Discúlpame, ese no es tu estilo.

—Necesito que me ilustres sobre Barranquilla: su historia, su economía.

Planteadas las cosas en esos términos, eludí exteriorizar mi desorientación y angustiada desubicación para entender lo que sucedía en el terreno económico.

—Sabes que cuentas conmigo— me dijo, tranquilo, como quien conoce el terreno que pisa.

—Sí, lo sé, por eso estoy acá.

Y comenzó su relato:

Los sirio-libaneses que llegaron a Barranquilla eran de todos los credos religiosos. Se incrustaron en el comercio, la industria, la agricultura y la política. Su origen era levantino y europeo. Barranquilla, por su ubicación geográfica, enfrentó un espectacular crecimiento económico. Fue receptora de una gran movilidad social, libre de barreras sociales y culturales, lo que la hizo atractiva tanto para nacionales como para extranjeros, especialmente para judíos y árabes.

En 1871, siete de las veintidós firmas que más pagaban impuestos eran propiedad de judíos provenientes de Curazao. Estas firmas se integraron a las élites sociales barranquilleras. El comercio que desarrollaron se realizó a través de las Antillas y de empresas que ellos habían establecido en Nueva York. A finales del siglo XIX, llegaron judíos, alemanes, austriacos y polacos con pocos recursos, pero enfrentaron muchas dificultades. Hacia 1629, lo que hoy es Barranquilla era solo un caserío frecuentado por pescadores y agricultores, pero comenzó a crecer a partir de 1834. Gran parte del vertiginoso desarrollo de la ciudad se debió a la iniciativa empresarial de los migrantes.

Hacia 1930, estos migrantes organizaron el partido nazi. Tenían sus propios clubes sociales, colegios, iglesias, cementerios. Compraron tierras a lo largo

de la Oil Company, que los gringos tenían en la vertiente del río Magdalena. En 1941, los Estados Unidos publicaron una lista de empresas que apoyaban a Hitler, y 42 de ellas estaban en Barranquilla, propiedad de estos migrantes. La Segunda Guerra Mundial marcó el inicio del ocaso de Barranquilla.

La quiebra material de estas migraciones produjo tres fenómenos: primero, la degradación cultural, expresada en el uso lingüístico; las expresiones refinadas y respetuosas, llenas de fábulas y de una rica oralidad, dieron paso a una estructura verbal más áspera, llana y grotesca. Segundo, la pobreza extrema, que convirtió al barranquillero en el fundamento del «rebusque». Del vivir planificado se pasó a lo inmediato, a lo tangible, al «tumbe-tumbe». Y tercero, el carnaval pasó de ser una válvula de escape ante la adversidad material a convertirse en un negocio empresarial, un espectáculo de multitudes, desprovisto de la riqueza cultural inicial que lo motivó, dominado por lujurias sugestivas, pero mediado por corporaciones que lo ven como un negocio. Lo demás son efectos colaterales de una desgracia social colectiva, que preferimos dejar en el olvido, como viejos recuerdos de grandeza. Es una irónica mezcla de subjetiva felicidad y miseria franciscana.

**Me dijo, sin pestañear y como si dictara una cátedra. Le dije como conclusión:**

Uno puede concluir que los norteamericanos buscaron y encontraron la excusa perfecta en el apoyo que los migrantes le dieron a Hitler para deshacerse de un enemigo económico que actuaba como pueblo, que no podían controlar, y que, además, estaba afectando una de las empresas más importantes,

que en su época ubicaron en la zona de mayor movilidad social del país.

**Me respondió: «Si quieres profundizar, esa conclusión tiene una buena lógica discursiva».**

**Y, ¿qué opinas de la consigna: «El pueblo habla, el pueblo manda»?**

Es la vulgarización de la política, la negación de la concepción marxista sobre el desarrollo del conocimiento científico. Hay dos elementos que deben ir juntos: uno es la distribución de la riqueza, a través de la fundación de empresas industriales y el desarrollo de tecnologías avanzadas, que generen empleos y redistribución de la tierra, con formas de producción y organización que saquen a los campesinos de la pobreza. El otro es la masificación de una educación de calidad, que permita a cada vez más personas mejorar su preparación científica y su capacidad para innovar. Eso es lo verdaderamente revolucionario y marxista. Lo demás es un culto al atraso político por parte de quienes pretenden ser una alternativa de poder, pero niegan el cambio y la transformación de la sociedad.

¿De qué puede hablar un pueblo deseducado, desorganizado, y hambriento? Hablará de su saber y su vida cotidiana, pero poco sobre la proyección estratégica de la macroeconomía, sobre el desarrollo de la nación como un país inclusivo, que pueda ser reconocido por sus diversos pueblos, ya sea que estén o no en la Constitución. Alejo, ten la seguridad de que, si alguna vez la izquierda tuvo vocación de poder, esa posibilidad ya se perdió. Nunca tuvimos la capacidad para ser una verdadera alternativa de poder.

## Y, ¿las consignas del pueblo, las masas?

Ambas son populistas y generan confusión. El pueblo somos todos, las masas somos todos, pero no todo el pueblo ni todas las masas tienen conciencia de clase. Si la tuvieran, no lucharían al lado de quienes las oprimen, las someten y las engañan.

## ¿Qué opinas de la postura de Carlos Marx sobre el lumpenproletariado?

Hay que entender el contexto en el que Marx hizo esa afirmación. Él se refería a obreros que, tras la crisis económica, fueron desvinculados de las fábricas y cayeron en la degradación social, pero no se puede llamar proletarios a personas que nunca han conocido el rigor del sistema capitalista. Si nacieron en la pobreza y su camino los condujo a la degradación, entonces sí, pueden ser considerados lumpen, pero no proletarios.

## Y, ¿qué opinas de las personas que trabajan como braseros en los barcos que llegan a Bocas de Ceniza?

Ellos son trabajadores ocasionales, como los que descargan y cargan en los camiones o en cualquier otro sitio. No tienen contratos fijos; les pagan por lo que hacen. Ni siquiera encajan en la definición marxista de obrero, porque la empresa no les compensa por la fuerza de trabajo que invierten.

Como lirio en primavera, mis ojos se iluminaron, mi mente se despejó y una sonrisa surcó mis labios. Finalmente, comprendí cómo la degradación material es la antesala de la ruptura cultural y espiritual de los seres humanos y de los pueblos como colectividades. Nunca había tenido tan clara la esencia del clientelismo

que vive en los departamentos de la costa. Nunca había entendido por qué los electores apoyaban a sus verdugos, a pesar de ser conscientes de que los usaban para sostener una de las formas de dominación política, como lo es la representación política. Claro, la miseria material destruye la autoestima y el valor de pueblos enteros.

Aunque había vislumbrado un cambio de mentalidad en los campesinos que accedían a un pedazo de tierra y empezaban a dar la espalda a sus opresores, también observé con angustia cómo, una vez que nuestras fortalezas fueron eficaces para movilizarlos y conquistar la tierra, estos volvieron a los viejos caciques. Era evidente que, aunque habíamos conquistado la tierra, nos faltaba la capacidad de convertir a los campesinos en empresarios agrícolas.

No teníamos ni la formación teórica ni el propósito político para dar ese salto. Nos faltó también valorar los espacios de gobernabilidad democrática que podrían haberles dado representación legal a sus luchas. Por centrarnos en la hipotética toma del poder, no entendimos que los terratenientes no solo se oponen a los cambios en la estructura agraria para conservar sus vastas e improductivas propiedades, sino que también temen perder los feudos electorales que representan a millones de campesinos marginados. Esto es perverso, pero nosotros no entendimos esa perversión.

También, desde lo familiar y su entorno, pude evidenciar cambios positivos relacionados con las luchas y logros que conseguíamos. Por ejemplo, no entendía por qué mi papá y mi hermano Víctor antes bebían tanto, pero, después, en la Empresa Comunitaria El Nogal, con vivienda, tierra para trabajar, ganado y aves de corral, afectos y hermandad social, las bebidas eran ocasionales y limitadas. Se percibía cómo mi liderazgo, junto con los de otros, unían las familias de las empresas comunitarias; pude comprender que en esos entornos familiares y de compañeros había mejor disposición a perdonar y minimizar las asperezas humanas que nos acompañaban.

Luego, me encontré con un viejo amigo que era presidente del gremio de educadores universitarios. «¿De dónde vienes tan contento?», me preguntó. «Estuve conversando con el vicerrector». «¿Cómo te recibió ese neoliberal charista?»<sup>30</sup>. «Hace unos diecisiete años que no tenía una conversación tan fructífera», respondí. «Me recibió como al mejor de sus amigos». Me dijo: «¡Es extraño, ahora se ha vuelto elitista!». Dije: «No lo percibí así, tal vez soy yo quien ha cambiado demasiado». Me dijo: «¿Qué opinas?». Respondí: «Él sigue siendo muy humano, solo que ahora camina con los dos pies sobre la tierra».

Por casualidad, posteriormente tropecé con un cirujano que, además, era miembro de Sayco. Ese encuentro fue un buen complemento terapéutico, porque me introdujo en el mundo de la farándula, donde los temas de conversación eran profundos y llenos de cultura general. Una cosa es lo que interesa comercialmente a las disqueras como gestoras del mercado musical, pero otro escenario es la riqueza de las vidas costumbristas de las diversas subculturas regionales. Fue un acercamiento fascinante al mundo anecdótico de las canciones, un acercamiento a una visión progresista y democrática de los artistas y dirigentes de Sayco<sup>31</sup>.

En mi cabeza ya fluía la idea de política y poder como el mismo, y la de lo poco ético del binomio dinero-armas. Con dinero se accede a la tecnología, la infraestructura y la logística impuesta por la globalización. Las leyes de la guerra ya revelaban los cambios tecnológicos. La calidad de las armas indicaba la capacidad

---

30 «Charista» hace alusión a tener relación o trabajar con la familia política de Barranquilla de apellido Char. Desde los años 70, el empresario Fuad Char incursionó en la política de forma que llegó repetidamente al Congreso de la República y fue ministro en una ocasión, a la vez que consolidó un emporio económico con incursión en supermercados, radio y financiación de un equipo profesional de fútbol. Varios de sus hijos también han incursionado en los negocios familiares y en la política, de manera que apoyaron al expresidente Álvaro Uribe y hacen parte del partido de derecha Cambio Radical. Este llamado Clan de los Char y varios de sus miembros han sido señalados y han afrontado investigaciones penales por delitos de corrupción electoral y apoyo al paramilitarismo.

31 Sociedad de Autores y de Compositores de Colombia.

de fuego bélica de una organización. Lo demás era una irracionalidad, un desperdicio de hombres y mujeres viviendo en campamentos sin la posibilidad de impactar y transformar la sociedad.

### 10.3. En contacto con la estructura urbana de la UC-ELN en Barranquilla

En medio de esa alucinante reflexión, accedí a los contactos de una célula de trabajo especial de la UC-ELN en la ciudad. Eran compañeros de entre veinticinco y treinta años, físicamente bien trabajados, con una imagen de personas inmersas en el fisico-culturismo: pectorales, brazos y piernas bien definidos, rostros varoniles, vestimenta impecable, miradas chispeantes, sonrisas amplias y agradables, expresiones fluidas y afirmativas, y movimientos seguros.

Al observarlos, me vinieron a la mente las manadas de monos carablancos que, de niños, solían rondarnos a mi hermano Aníbal, a mi papá Alejandro y a mí, en la finca Barqueta y Quinterito. Ahí, mi papá trabajaba la tierra y cultivaba lo que se conocía como la roza, cuando el maíz estaba listo para ser recogido y hacer los primeros bollos para alimentarnos. Los monos, en manada, caían a la roza para comerse las mazorcas. Era una lucha constante, donde poníamos en práctica distintas tácticas.

Durante el día, los monos enviaban machos exploradores que, con sus gritos, llamaban a la manada si el terreno estaba despejado. Estos exploradores siempre buscaban los árboles más altos y frondosos, desde donde descendían sigilosamente, usando sus colas como trampolines para bajar de árbol en árbol. Para contrarrestar sus estrategias, nosotros armábamos muñecos de trapo vestidos de blanco, que simulaban campesinos con machetes, y los poníamos en cada esquina, esperando evitar que lo cultivado y cuidado con tanto esfuerzo desapareciera en una noche.

«¡No frieguen! ¿Qué son ustedes?, ¿modelos, trabajadores sexuales o guerrilleros urbanos?», les dije, mirándolos detenidamente. «¡Todo menos modelos! Tienen la pinta de ser parte de esas escuelas de formación sexual que montan los organismos de inteligencia, como la CIA, el Mossad, Scotland Yard, la KGB, para captar a quienes tienen problemas económicos, de juego o sexuales». «¡Poco más o menos!» Dijeron al unísono, con una sonrisa franca. «Hacemos inteligencia», me dijeron.

—¿Dónde? ¿Con quién? ¿Cómo?

—Nos movemos por las altas esferas.

—¿Acaso usan su atractivo físico como mercancía intercambiable, en exhibiciones eróticas, similares a las de los gallos finos en gallineros llenos de gallinas que no tienen dueño? O, tal vez, ¿hacen estudios de estimulación anatómica, como si el placer humano fuera un manual vulgar, tipo el *Kamasutra*?

—Hay información vital para las acciones insurgentes, tanto ofensivas como defensivas, que se obtiene si logras proporcionarles a ciertas damas de la alta sociedad lo que sus esposos no pueden darles, debido a sus múltiples ocupaciones y tensiones. Nosotros llenamos ese vacío. Lo hacemos de manera profesional y calculada, nunca nos enamoramos de ellas, porque el amor es un factor que perturba los sentimientos y obstruye los propósitos políticos. Lo que buscamos es obtener información sobre los movimientos de militares, empresarios y élites gobernantes, pero no somos gallos finos ni productores de sementales reproductivos. Les damos lo que necesitan, según la importancia de la información que obtenemos, sin que ellas sientan que traicionan a sus maridos. Mantenemos ese embrujo seductor de las relaciones clandestinas, porque, además de la ansiedad seductora, nos da un cúmulo de información siempre nueva y útil para sugerir enfoques estratégicos. Si no sabes qué hace el enemigo, no puedes definir una estrategia que permita actuar de manera acertada—dijo de manera seria y elocuente el secretario político de esa célula.

—Está bien. Yo no tengo prejuicios sobre esas cosas, aplico la teoría china: «No importa que el gato sea negro, pardo o blanco, con tal de que cace ratones». Pero, además, los agentes de inteligencia del Estado usan a sus hombres y mujeres como instrumentos seductores para obtener información de la izquierda. El problema es saber qué me dan y qué recibo, para que la ley de la compensación, la valoración de costos y beneficios, sea fundamental en las decisiones de las personas. Ahora bien, estoy aquí porque necesitamos conseguir dinero y darle forma a una fuerza militar autónoma en la ciudad. No podemos seguir siendo una estructura subsidiada por el COCE, eso nos limita el plan, las metas y la rigurosa programación que debemos cumplir. Nos constriñe en el desempeño político, ya que la dinámica de la ciudad siempre cambiante nos impone retos impredecibles, que alteran el desempeño colectivo, no solo el nuestro, sino el de la ciudad— les dije con firmeza y seriedad, como el tema requería.

—No es fácil, Barranquilla tiene el mejor esquema de seguridad del país. El oriente, norte y occidente están cubiertos por el río Magdalena y el mar Caribe, así que la única salida en un plan de retirada es el sur. Sin embargo, en un mes podemos entregarles una propuesta viable, porque compartimos sus propósitos—, me dijeron al unísono las personas con las que estaba reunido.

### 10.4. El cura Hoyos: el fenómeno político del Movimiento Ciudadano bajo su liderazgo

El ambiente era infernal. El sol barranquillero golpeaba con fuerza, el sudor brotaba a borbotones de mi cuerpo y la visibilidad se veía afectada por los cocuyos que produce la temperatura endiablada de más de 40 grados. Como un loco perseguido por forajidos, me metí en una tienda.

—Deme por favor una Cola Román.

—Cálmese, tómela suave, que esta sí que es una bomba, llave.

—¡Otra peor que este maldito sol!, le dije.

—Claro, el cura se lanzó. Este *man* sí acaba con esos corruptos de los Name y los Char; el cura Hoyos sí que se los entierra, llave.

—¿Qué Hoyos?

—El cura Hoyos, con ese sí para las que sea, mi hermano.

Desistí de la Cola Román porque un torbellino de gente se agolpaba en las calles, desbordantes de felicidad. Los tornados veraniegos que surcaban el cielo de Curramba a la una de la tarde envolvían a la multitud, que, embriagada de felicidad, veía el tornado como una señal divina; la revolución había llegado, encarnada en el cura.

Me olvidé de la propuesta militar; un nuevo hecho cambió el rumbo de la situación: el sacerdote Bernardo Hoyos y Yaneth Suárez, ambos cercanos a la AD M-19, sometían sus nombres a consulta popular del pueblo barranquillero, para acceder a la alcaldía de la ciudad. Los discursos tenían todos los tintes de un movimiento populista: el Movimiento Ciudadano, el pueblo, las masas populares, la voluntad de las mayorías, las demandas sociales, la identificación con los pobres, el servicio a la comunidad, la honestidad, la transparencia, la ética pública, la moral pública, la honradez, el líder comprometido con la causa popular, la redención de los pobres, la democracia social, la igualdad. Este discurso se respaldaba con el trabajo pastoral de Bernardo en los barrios marginales del sur de la ciudad, realizado desde años atrás<sup>32</sup>.

Todas las vertientes de izquierda asumimos a Bernardo como el líder que refrescaba y oxigenaba el maltrecho proyecto de izquierda que carecía de éxito, cohesión y propuestas alternativas, así que todos tomamos al Rincón Latino como santuario de romerías y veneración del caudillo. Los desafueros lingüísticos y la falta de enfoques más políticos, que inquietaban a los más ortodoxos, parecían ser chatarras aplastadas por la lluvia de aplausos que los gestos y afirmaciones del cura provocaban en la multitud. Todo le era perdonado, festejado, aplaudido.

---

<sup>32</sup> Bernardo Hoyos Montoya es un sacerdote católico progresista, defensor de la teología de la liberación, quien lideró el Movimiento Ciudadano, creado en Barranquilla con apoyo de la Alianza Democrática M-19 y las distintas vertientes de izquierda en 1992. Ese año fue elegido alcalde de esa ciudad y fue reelegido en 1998; además, en 2002 fue elegido senador de la República.

Para que no quedara duda de nuestro compromiso democrático, todos los grupos del espectro de izquierda organizada promovimos una reunión de adhesión. No hubo comunicados, observaciones ni exigencias burocráticas; ya éramos parte del equipo de campaña de Bernardo. Pospusimos cualquier iniciativa que no tuviera que ver con lo legal-electoral. Los curas salesianos, con quienes mantenía estrechas relaciones políticas, hicieron de su humilde residencia en el barrio Las Nieves no un comando, sino una vorágine de expresión folclórica.

Las danzas carnavales arrastraban a miles de pobres, creyentes o no, que, embriagados de emoción, se dejaban subyugar por la explosión de júbilo y alegría. No había espacio para reflexionar, discutir o proyectar; solo se vivía el instante. La danza del garabato, con su felino ritmo de tambores, se movía de acera a acera, convirtiendo en pregón y letanía consignas, sueños e ilusiones que habían estado contenidas por décadas. Era la esperanza de revertir el tiempo perdido, de recuperar la grandeza de la «puerta de oro» de Colombia, un orgullo lejano que se marchitaba en la memoria colectiva.

Nunca fuimos a ver al electo alcalde para perturbarlo con nuestra presencia, pero tampoco la izquierda aprovechó las posibilidades de organización de los sectores populares que un alcalde comprometido con los pobres representaba. Manejamos un discurso de izquierda, pero la organización, la educación y la movilización de los sectores populares, que son fundamentales para la democracia participativa, las dejamos para las generaciones venideras. Nos asumimos como lo que éramos: parte del pasado, ausencia del presente. Las «izquierdas modernas» asumían como íconos transformadores los discursos de «la opinión pública», «la opinión de las mayorías»; era el concepto de la percepción política, a cambio de la transformación política.

Como los vientos alisios que en verano levantan techos, provocan tornados y asustan a los durmientes, comenzaron a llegar inquietantes rumores sobre las violencias cruzadas que ocurrían

en los Montes de María. Yo no iba a las sabanas ni tenía contacto con su gente, pero igual me consideraron culpable; así, como el golofio echa del nido a la gurupéndola, yo fui arrojado de mi tierra por los señores de la guerra. Golofio, gurupéndola y cocinera son tres aves de la misma familia que adornan con sus trinos y plumajes el paisaje costeño; son parte del ambiente tropical. Se combaten, toleran y complementan: son almas gemelas, una no existe sin la otra. Así, la violencia inicial necesitaba culpables que la justificaran y le dieran el sitio de honor de la decadencia humana.

Esa fue la realidad que no vi al llegar a Barranquilla. Rompí el hechizo, el embrujo y el dominio que, con esmero artesanal, habían construido, cual gurupéndola, los compañeros que me precedieron como líderes sociales y políticos. En Barranquilla, todo comenzó a girar alrededor del cura. La iglesia opresora se convirtió en la redentora, y eso sí que era bailar con el diablo para salir del infierno. ¡No jodaaa, qué contrasentido! Bernardo en Barranquilla, De León en Montería, Pauselino en Cúcuta. Ya veíamos un fundamentalismo cristiano arrinconando a la izquierda.

A esto se le sumaba el *boom* de las ONG con ofertas de estímulo a la participación y los nuevos mecanismos constitucionales consagrados en 1991. Florecían entonces en la escena política, al mismo tiempo, iglesias cristianas alentadas desde el proceso constitucional sobre presupuestos de libertad y pluralismo de credos, pero también, desde buena parte de ellas, con mensajes, sobre todo hacia la sociedad rural, de resignación ante circunstancias estructurales de desigualdad y exclusión.

El suprapartidismo comenzó a reemplazar el discurso de clases por el de sociedad civil, y las colectividades políticas por la opinión pública. Algo pasaba bajo el cielo caribeño, pero todo seguía igual, ahogado, dormido en las memorias y gargantas del barranquillero. Las primeras en reaccionar fueron las élites de la arenosa, angustiadas por el desbordante entusiasmo ciudadano.

Buscaron a Bernardo para que desistiera de su embeleco social. «¡Tendré que consultar con las masas que me escogieron!», dijo el cura. Para nosotros, esa respuesta no solo fue inteligente y audaz, sino que fue como una sábana blanca que purificaba al padre y a su entorno político.

A mi mente venía el aroma de los heliotropos, la sábana blanca con los pétalos blancos de la mata de jazmín, ambas flores blancas que, al florecer, tendían un manto de pureza y fragancia que se proyectaba al barrio Las Lomas, armonizando con las peñas blancas, y opacando el orín y el excremento de los asnos que pernoctaban en el patio de la casa. No era para menos, pues el Rincón Latino, cuartel general de la campaña, quedaba entre Revóló Abajo y La Chinita, rodeado de caños y arroyos llenos de putrefacciones que desembocaban en el río Magdalena.

El Rincón Latino fue el punto de llegada de informales movilizaciones, danzas y romerías desde los rincones más recónditos de Barranquilla. Las homilias eran una mezcla de fe cristiana, populismo político y expresiones de los arrabales, de modo que la conexión entre líder-pueblo-masa-nueva izquierda no solo fue total e irrompible, sino que creó un hechizo subyugante. Las posturas belicistas, que en Colombia nacen en las tabernas de las grandes ciudades y en las intermedias, en los burdeles, fueron enterradas en lo profundo del mar Caribe; una nueva era nacía en el Caribe colombiano.

Solo el día de la posesión de Bernardo en la plaza de la Paz me atreví a emitir un comentario de protesta. En su discurso, siempre estuvieron presentes Dios, la Biblia y Él. «¿Dónde diablos queda la AD M-19 o es que no existe?», le dije extrañado a mis sorprendidos compañeros. No volví al Rincón Latino ni mucho menos a la alcaldía. Su discurso impregnaba el ambiente de un tufo de deslealtad, mayor que el generado por el golofio en su relación turbulenta con la gurupéndola. Ella hace el nido, da vida a los huevos que el golofio pone en nido ajeno, y las crías no son mansas golondrinas, sino endiablados golofios.

En Barranquilla, Montería, Cúcuta y Bogotá, se creó el nido del pensamiento crítico y los curas llegaron para sacar a la izquierda a sombrero limpio. Menos mal que solo fueron unas administraciones municipales temporales.







# 11. El águila cuello blanco

## 11.1. En ruptura con el ELN creamos la CRS: intensa discusión entre innovar la estrategia de guerra o asumir un proceso de paz (la decisión adoptada)

Los túneles de las acacias, que se extienden sobre carreteras y caminos floridos, generan sensaciones extrañas que perturban la mente de los campesinos. En éxtasis, tararean las melodías quejumbrosas que, más tarde, los músicos y cantautores convierten en símbolo de la magia musical costeña. Acompañados del canto de los campanos que cruzan sus ramas, las sombras se transforman en un deleite. En el cálido ambiente soleado del Caribe, uno siente la necesidad de acostarse boca arriba y robarle un instante a la mirada despierta.

En ese momento, se sueña con imitarlas. Tres aves míticas que habitan en la conciencia colectiva de los campesinos costeños: el águila de cuello blanco, de plumaje pintado, garras grandes y pico alargado, que extiende sus alas sobre las sierras nevadas del Magdalena. En las montañas de San Jerónimo, al sur de Córdoba, y antes de la desforestación, se posaba en los Montes de María, desde donde sus alas se extendían sobre el golfo de Morrosquillo. También es símbolo de una bebida etílica refrescante, que se degusta los sábados y domingos en quioscos, tiendas y cantinas de las sabanas, pero, para los campesinos, es también símbolo de terror: su fuerza descomunal le permite cargar a los hombres malos y arrojarlos al cráter del volcán El Totumo, en Bajo Grande, Bolívar.

Otra especie de águila, conocida por los campesinos como la kao kao, tiene un vuelo corto y se mueve en montañas de poca altura. Su plumaje mojoso le permite bajar a la tierra y, con su canto «ka, ka, ka», llama a las despistadas codornices, perdices, cerices,

chelecas y corcovados, para luego atraparlos y degustarlos en un árbol frondoso de caracolí, donde, junto a sus crías, devoran las aves cazadas.

También está el gavián pollero, que arrasa con las crías de las gallinas criollas en los campos. Dos enemigos deben enfrentarse a esta águila: la fiereza con que las gallinas madres defienden a sus crías, convirtiendo los alrededores de las viviendas en campos de batalla, y el impredecible bombardero garrochero, un ave pequeña que se detiene en el aire como si una fuerza superior a su voluntad la retuviera. De repente, se lanza en picada al observar al gavián y, con su pico de cuatro centímetros, se posa sobre las alas del cazador e incrusta la garrocha, llevándose al gavián en picada.

Mientras los cantos de sirena y los latidos acelerados de diversos corazones henchidos resonaban por los avances políticos del congreso de la UC-ELN, se escuchaba un rumor soterrado que surgía de la tierra y envolvía los cuatro puntos cardinales de Colombia. Aquellos que, ilusos, soñaban con los cambios que la UC-ELN necesitaba, y que el congreso había levantado como simbólicas banderas de cambio político y cultural, fueron sorprendidos por una oscura sombra que recorría el territorio: «El trabajo que usted lleva a cabo es muy importante para la organización; por ello, el COCE le felicita y orienta su traslado a otra zona. Allí necesitamos un camarada con su experiencia y sabiduría». Así les decían a aquellos hombres y mujeres que, por sus posturas políticas, deseaban ser desarraigados de sus territorios.

Esas personas actuaban como los esclavos en la época colonial, cuando el amo les dejaba caer el zurro de tres cantos, hecho con el pene del toro sabanero, untado con sal de piedra molida, pasado por aceite de coco y secado durante un mes bajo el sol canicular costeño. Mi papá contaba que el esclavo sonreía de placer al ser azotado, porque el amo se acordaba de su existencia.

Con ese empalagoso mensaje, cualquier mortal con alma ancestral se sentía henchido de emoción, pero la miel se transformaba

en hiel. Después de un mes, dos o tres, esperando el contacto prometido, lo único que llegaba era el desarraigo; entonces, eran enviados a organismos periféricos, condenados a reiniciar el tortuoso camino de la militancia. Comenzaban desde abajo, ascendiendo según las evaluaciones periódicas de su nuevo comandante. Si te rebelabas, te caía la noche encima; eras un mortal indefenso contra un aparato enmohecido que te aplastaba sin clemencia. El éxito no solo parecía remoto, sino casi fortuito. No había salvación, era uno contra el aparato, y allí la metáfora cristiana de David contra Goliat no funcionaba.

Esa táctica soterrada y perversa, digna de Maquiavelo, estuvo basada en un espejismo, no solo ilusorio, sino también descabellado: «el vuelo del águila». Se idearon levantamientos de masas, tanto rurales como urbanos, articulados con acciones bélicas de gran contundencia, que pudieran inclinar la desfavorable correlación de fuerzas entre el poderoso estamento militar y la maltrecha insurgencia.

Seguramente, nuestros amigos pasaron por los túneles de las acacias en la costa Caribe, y su embrujo perforó sus neuronas, pero todo fue como cerrillas mojadas, porque nunca hubo un águila que traspasara los Andes colombianos ni las llanuras costeñas. El país nunca entendió de qué águila se hablaba: ¿el águila de los Andes? ¿El águila kao kao de los rastrosos? ¿O el águila cazadora de aves de corral? Tampoco hubo ninguna acción bélica que le diera sentido a la rutina insurgente; las masas fueron mudas a los llamados a la acción.

No era para menos: la Unión Patriótica, el Frente Popular y ¡A Luchar! habían sucumbido ante la acción contrainsurgente. Las dinámicas sociales se habían reducido a fugaces escaramuzas. Incluso, en los cielos colombianos, todavía se sentía el olor de la carne humana de los cuarenta cuadros principales del M-19 muertos, hombres que habían sido guardianes de la Constitución colombiana, parte de ellos muertos en la osada y desesperada acción cinco años antes contra el Palacio de Justicia, en la que muchos ofrecieron sus vidas en un holocausto sin justicia.

Atónitos por lo visto, sin tener un rumbo claro y sin reflexionar demasiado, decidimos, como aves migratorias, emprender un viaje a la cálida Santa Marta. Como turistas del interior, ansiosos de mar, convertimos la Semana Santa de 1991 en una romería hacia Taganga, una zona turística de clase media. Allí llegamos hombres y mujeres procedentes de Bogotá, Medellín, Cali, Bucaramanga, Cúcuta, Montería, Sincelejo, Cartagena, Barranquilla y Santa Marta. Las cabañas eran amplias, y las anfitrionas, unas espectaculares mujeres con encantos físicos y una personalidad arrolladora que hasta Natalia París envidiaría. Eran seis compañeras: tres rubias, dos trigueñas y una morena, sin maquillajes, bloqueadores ni tintes. Eran verdaderas bellezas naturales.

Las olas marinas parecían detenerse timoratas ante las impresionantes bellezas, y la elasticidad, sensualidad y textura de su piel. Los turistas, boquiabiertos, suspiraban sin poder creer que una combinación de belleza y personalidad tan arrolladora escondía fieras luchadoras. Si la famosa Chiqui, comandante del M-19, causó revuelo en el cuerpo diplomático retenido en la embajada de la República Dominicana, y despertó comentarios obscenos entre los periodistas que cubrían la toma, seguramente las seis sirenas habrían paralizado la imaginación de los periodistas, acostumbrados a tratar con mujeres anoréxicas.

Sin embargo, algunos compañeros, con apariencia de intelectuales y cuerpos agotados, en lugar de admirar la belleza física y espiritual, la ignoraban. Discutíamos acaloradamente mientras caminábamos apresurados por las hermosas arenas de la bahía, aún libres de la contaminación por el carbón que la Drummond embarca sin cuidado técnico, y tolerancia y desidia de las autoridades. Hubiera sido necesario un psicólogo experimentado para comprender que estábamos ante un grupo tan diverso como la naturaleza misma que rodea la bahía de América.

Al lugar llegamos varias personas tranquilas, relajadas, sin apuros, mientras que otras, ajenas a la brisa marina, se sentían incómodas por los halagos y traslados, convirtiendo los minutos en horas.

Algunos no disimulaban sus temores y angustias, ya que necesitaban seguridad y confianza para enfrentarse a la situación. Ese fue el caso de Enrique Buendía; sabía que andaba cerca, y sospechaba por dónde se acercaría. Cuando apareció con su melena rizada, caminé rápidamente hacia él.

No le di la mano ni lo abracé, como seguramente esperaba. A unos cinco metros, le lancé una pregunta costeña que borró su sonrisa. «¿Cuál es tu maricada? ¿O es que eres cómplice de esos adesios y te da miedo darnos la cara?». «No, no, cálmate, estaba ocupado», respondió. «¡Mira, ve! —le hice un gesto obsceno, típico de los costeños, involucrando cintura y manos al mismo tiempo—. Ese cuento no es conmigo. Vuélvete serio», le dije, poniendo cara de pocos amigos.

Entre dudas, temores e incertidumbre, iniciamos la reunión. Nadie tenía una propuesta de temario ni una idea clara de por qué estábamos allí. La unidad de la izquierda fue el primer tema de consenso, seguido del análisis de la situación política colombiana. Más tarde, diseñamos lo que sería un tema de escándalo.

Las tranquilas playas de Taganga, la arena blanca y caliente salpicada de aguardiente, y las fogatas marinas produjeron seis ideas que se convirtieron en monumentos de la irracionalidad y la ceguera del poder. Hasta ese momento, habíamos sido persuadidos por el discurso psicológico y conciliador que sostenía que la verdad es relativa, y se dispersa entre los saberes individuales y colectivos; sin embargo, lo oculto se rebeló como una fuerza divina: la verdad solo pertenece a quien tiene el poder.

Quien tiene el poder, tiene la verdad; eso lo saben las comunidades, que aplauden al gobernante tirano y aplauden a quien le sigue, esperando que resuelva los problemas postergados. El pueblo sabe que asiste al carnaval del engaño, pero una especie de masoquismo agónico lo mantiene aferrado al verdugo como su única tabla de salvación. Hasta que, al final de un largo día, llegamos al silencio necesario, cuando ya no hay fuerzas ni tiempo para cambiar el curso de la historia. Como si fuera un conjuro de

exorcismo, el documento de Santa Marta desapareció por completo, como los pasajes bíblicos. Existe en nuestra imaginación, pero no hay prueba física de él; solo nos quedan los recuerdos, corriendo el riesgo de ser olvidados.

Estábamos en un momento fundacional. Reconocíamos la quiebra de los procesos y modelos de izquierda que en otro tiempo alimentaron nuestros sueños. Había una ruptura y la necesidad de construir proyectos que respondieran a los cambios sociales, culturales y económicos de la época. No renegábamos de las fuerzas insurgentes: FARC-EP, EPL, ELN, que en la década de los 60 se levantaron en armas y decidieron tomar el campo y al campesinado como su sustento social. Tampoco nos inclinábamos hacia la espectacularidad propagandística del M-19, ya que coincidíamos en la idea de la lucha de clases y en la existencia de un mundo unipolar dominado por la fuerza del mercado. Sabíamos que la organización política y social era esencial para la democracia, más allá de la propaganda política.

Pensábamos que era necesario un cambio estratégico, fundamentalmente político. Creíamos que el propósito de toda organización política era la gobernabilidad y la transformación de los sistemas políticos, económicos y culturales existentes. Observábamos también la lucha armada como una forma de defender las nuevas conquistas y conectar a los conglomerados urbanos con las nuevas luchas políticas, sociales y culturales que se estaban gestando en las grandes ciudades de América Latina.

Las insurgencias no luchaban solo para vencer o sobrevivir, sino para lanzar un grito al futuro, a la historia, a los hombres; sus acciones eran una mezcla de audacia e ingenuidad. La lucha armada debía ser el resultado de las acciones colectivas, de las necesidades de las luchas políticas, y del empoderamiento de las comunidades urbanas y rurales. Contrario a las estructuras anacrónicas, que se basaban en el aislamiento social y en la conversión de los proyectos de vida en pequeños grupos aferrados al pasado, proponíamos la necesidad de pensar

en pequeñas unidades altamente especializadas y en milicias autónomas, ligadas a las masas.

Considerábamos que era fundamental que las organizaciones de izquierda adoptaran relaciones horizontales como parte del pueblo, facilitando procesos de conocimiento crítico, político, económico, social y cultural sin sustituir a las comunidades como sujetos de cambio. Estábamos convencidos de la necesidad de estimular la toma de conciencia en las sociedades marginadas, a través de procesos activos de educación y construcción de poder. En nuestra lógica de cambio, pensábamos en la correlación de fuerzas y en la construcción de un poder popular autónomo y soberano.

Soñábamos con replantear el concepto de vanguardia política, entendida como la acción subversiva en sí misma, y con establecer una relación horizontal y dinámica con los obreros, campesinos y sectores medios. Queríamos acompañar sus transformaciones democráticas para empoderarlos como sujetos de cambio.

Llamamos a examinar la diversidad, el alcance y el fundamento de la democracia directa y electiva, en el marco de los procesos de construcción de autonomía, de libertad y de un modelo de desarrollo humano y económico inclusivo, rescatando las culturas ancestrales positivas. También queríamos enfocar la gobernabilidad como un conjunto de variables éticas en el ejercicio del poder popular.

Fue un conjunto de siete páginas, un intento por abrir una reflexión más allá de cualquier organización, actuando como una corriente de opinión. Nuestro mesianismo nos llevó a pensar que sería posible juntar los recursos dispersos en volantes y concentrarlos en un medio de comunicación que centralizara la reflexión de toda la izquierda, que nos sacara del abismo y nos acercara al éxito. No previmos la tormenta y el terremoto de intereses feudales y prejuicios morales. Pensamos que la madurez

de la izquierda, bajo la ilusión de que las corrientes de opinión exigían cambios en los enfoques del accionar político, sería un símbolo de civildad y fortaleza de las organizaciones.

Acostumbrado a los golpes que el trabajo social y político genera en Colombia, proyecté mi labio inferior hacia afuera, fruncí el ceño y, en el transcurso de la vida, aprendí a manejar y ocultar mi explosivo carácter; adopté la pose de hombre tranquilo, sereno e imperturbable frente a los problemas graves. Ahora bien, una cosa es el autocontrol del que hablan los psicólogos, y otra muy diferente es la ausencia de sangre en las venas, como decía mi papá: «Sangre de morrocoy». Según él, este animal era el único ser vivo que poseía sangre fría; sin embargo, mi sangre se altera y explota cuando las aguas se desbordan y no puedo controlarlas. En esos momentos, miro sin ver y actúo como un tigre enjaulado.

Estaba al borde de la irracionalidad, con una mirada que era una mezcla de rabia, desprecio y decepción. A media voz, comencé a cantar una estrofa de esa hermosa canción: «Me provoca volver a los guayabales y aquellos sabanales donde te conocí, sigo así pintando el paisaje sabanero...». Un grito estridente de Enrique cortó mi canto; él, que desde la adolescencia vivía en mi casa, sabía que esa expresión de mi rostro era presagio de tempestad. Mis hijos, mi mujer, mis hermanos y mi papá también lo sabían. El canto solo era un burdo ejercicio de relajación.

—¿Tú crees que nos van a matar? —dijo Enrique.

—No, físicamente no. Es algo peor. Nos desprecian. No seremos mártires. La prueba es que nos dejaron salir de las montañas y no nos mataron por traidores. Para ellos, no merecemos una bala— le respondí sin mirarle a la cara.

—El Coveñazo<sup>33</sup> y demás acciones militares que has dirigido, el trabajo social y político, las relaciones internacionales, son méritos de la organización. Los hombres y mujeres somos piezas

---

33 Hace referencia al sorpresivo e impactante ataque con fuerzas especiales del ELN con propósito de sabotaje en la Base Militar de Coveñas, de la Armada Nacional, realizado en 1990.

del engranaje superior del monasterio. La izquierda americana fue desde sus inicios un movimiento cristiano: golconda de Freire, Artiga, la teología de la liberación de los religiosos cristianos, los gaitanistas nacionalistas, expresados incluso en las canciones rancheras que recorren el continente, y los vallenatos costeños, que son mezcla de judaísmo y cristianismo. El concepto de entrega, de sacrificio, de lealtad, la visión del hombre nuevo... Aunque se llamen de izquierda, tienen una visión judeo-cristiana, neoliberal, tiránica y utilitarista. Los seres humanos somos recursos que se usan o se desechan. La esencia humanista del marxismo no existe en la izquierda colombiana, por eso es instrumental: tú eres un instrumento, yo soy un instrumento. Cuando se presentan estas situaciones, la pregunta es: ¿Qué tanto afecta a la organización la pérdida de estos instrumentos? Por eso, en las izquierdas se usa el término «podemos aprovechar». Nunca se habla de «apoyarnos», porque eso implica respetar al otro.

Luego, ambos nos sentamos en las frías baldosas de la terraza que daba al patio de mi casa. Enrique me contó que nuestro documento, nacido en las entrañas del Caribe, tuvo el mérito de ser discutido el primer día. Por la noche, mientras los innovadores dormían, se armó el discurso; al amanecer, todo estaba resuelto. Con consejos clericales, se levantó una voz: «¡Muchachos, ese es otro proyecto, váyanse y constrúyanlo, no se busquen problemas!».

—¡Qué ternura! ¿De verdad piensan que lo de la Sierra Maestra se va a repetir? Bueno, todos tenemos derecho a vivir, aunque sea entre lodos de equivocaciones— le decía a mi amigo.

—¿Qué hacemos?— me preguntó, casi trémulo del dolor, como un adolescente desconsolado por perder a su novia.

—Hagamos un evento con todos y asumamos allí aire de victoria.

—¿Cómo así de victoria?— preguntó, sorprendido.

—Claro, logramos romper las cadenas de la absurda guerra y salir inmunes de esa confrontación de mierda. Ese es el mejor favor que nos hizo el Cura.

—No te entiendo.

—Mira, no vamos a hacer el papel del marido estúpido que, cuando otro ignorante le quita la mujer, lo persigue lleno de odio y resentimiento para vengarse, en lugar de darle las gracias por librarlo de una relación ya malograda y agotada entre mañas y defectos.

—¡Si las compañeras te escuchan, te fusilan!

—Es posible, pero la ira feminista no puede opacar la claridad del sol. ¡Hoy somos libres! ¿Nos tomamos una cerveza?

—Está bien, pero ten cuidado con tomarte a pecho la liberación, porque podría darme un ataque arcaico de fundamentalismo vengativo. A nadie le gusta que lo desprecien como ellos lo hicieron.

En las entrañas de los Montes de María realizamos la reunión planificada. Nadie mencionó el pasado; ahora, ya éramos la Corriente de Renovación Socialista (CRS)<sup>34</sup>, 2268 hombres y mujeres provenientes de diecisiete departamentos. Adoptamos la bandera de la Corriente, en su mayoría con amplia experiencia en trabajo social y político, y un buen número de núcleos militares urbanos. Se levantaron cinco barreras invisibles, como una extraña y perversa confabulación.

El modelo de guerra rural y campamentaria, al margen de la conflictividad social, política y cultural urbana, permitió que en las ciudades se mirara a los insurgentes con desprecio y odio. La insurgencia fue y sigue siendo la justificación para la inequidad social y la creciente barbarie contra lo nuevo, contra todas las expresiones políticas que, desde los movimientos alternativos, han intentado disputar los espacios de gobernabilidad. El Estado desató un modelo contrainsurgente preventivo, asociando los movimientos democráticos colombianos con una prolongación insurreccional.

Por la génesis de la insurgencia en nuestro país, lo urbano fue reducido a una estructura logística y proveedora de recursos. La

---

34 Corriente de Renovación Socialista (CRS): Villamizar (2017).

ruptura fue, además, resultado de una dramática orfandad material de cuadros urbanos que carecían de medios para operar. Así como en las élites gobernantes existe solidaridad de clase, complicidad en la acción y hermandad de cuerpo, los grupos insurgentes son solidarios entre sí. El que se atreva a proponer un cambio de modelo se expone a la censura moral, a ser considerado un paria, ajeno a la lógica subversiva y, por lo tanto, debe ser aislado.

En 1992, con la CRS vivimos su propio espejismo. En un estado de debilidad y rechazo, la organización se llegó a creer capaz de construir un ejército bolivariano, el cual, de alguna manera, sí lograría encabezar con un alzamiento el fallecido presidente venezolano Hugo Chávez. Es así como en los dos años de vida de esta organización, se perdieron ciento cincuenta hombres y mujeres en una guerra atípica, pero todos los muertos fueron del lado de la CRS; nunca hubo un enfrentamiento donde cayeran policías o soldados, pero aun así afirmaban estar en guerra y rechazaban la negociación.

Las actividades que se implementaban estaban lejos de responder a los ideales de transformación de cualquier ejército de una experiencia de la izquierda. Esos fueron los argumentos que, el dos de julio de 1991, le expuse entonces a Enrique Buendía, para convencerlo de desistir de una guerra que solo existía en su cabeza. Acompañamos esa reflexión con un examen minucioso de la calidad militar, intelectual y de liderazgo de las insurgencias colombianas. La conclusión fue clara: no había la estatura ni el arrobo necesario para ganar una guerra endémica, donde las fortalezas tecnológicas estaban del lado del Ejército colombiano, mientras la insurgencia seguía pensando en el ejército desorganizado que Bolívar tuvo. «Está bien, hermano mío, negociemos, pero tengo miedo. ¡Estos tipos me van a matar!», me decía. «Yo tengo miedo de que te maten en actividades ajenas a los ideales revolucionarios». Aquellas premoniciones debieron ser parte de las alucinaciones que ya acompañaban al hombre que vendía ilusiones.

En ese terreno pantanoso, la CRS tocó las puertas de la insurgencia que, en México, enfrentó un diálogo político. No tengo noticias de que a ninguna fuerza política en Colombia le hayan cerrado las puertas de forma tan grosera como lo hizo con la CRS el grupo del EPL que se mantuvo en armas después del acuerdo de paz con la mayoría de esa organización<sup>35</sup>, las FARC-EP y el ELN. Tampoco hay comparación con la persecución que el Estado desató contra este pequeño grupo: en un año, ciento cincuenta personas fueron asesinadas, todas fuera de combate<sup>36</sup>. Fui electo para la dirección nacional de este agrupamiento, pero nunca ejercí esa responsabilidad. La paranoia que recorría mis sentimientos me decía que éramos víctimas de un embrujo maligno que satanizaba nuestros pasos.

Una corriente de fango, incandescente y maloliente, se proyectó con fuerza arrasadora por valles y montañas, llenando de espanto las ilusiones juveniles de cientos de hombres y mujeres que se acercaron a la CRS. Otros más afortunados lograron saltar a un lado de esa avalancha que, dantesca y sin fin, arrastraba docenas de cadáveres. Algunos, sin esperanza, se refugiaron en diversas sectas religiosas, buscando lavar su culpa porque nunca estuvieron convencidos de sus ideales socialistas. Otros mostraron sus intereses personales y relaciones no santas, que prefiero ignorar para no herir las ilusiones de las nuevas generaciones.

La Corriente produjo un gran contingente de ilusiones, que se deshizo en seis meses de torpeza. Un año y medio después de esa eufórica Semana Santa en las playas de Santa Marta, la estructura de la organización en Santa Marta, Bucaramanga, Cali, Montería y Cartagena fue barrida en un solo golpe. Solo un pequeño grupo

---

35 El acuerdo de paz del PCC-ML y su guerrilla EPL suscrito en 1991, en el contexto de la convocatoria y participación de voceros suyos en la Asamblea Nacional Constituyente que expidió ese año una nueva Constitución Política de «apertura democrática», al consagrar el Estado social de derecho, así como nuevos derechos y formas de participación, si bien fue acatado por la inmensa mayoría de la militancia y la base de combatientes de esta insurgencia, también dio lugar a varias fracciones regionales minoritarias en disidencia con dicho acuerdo de paz, que siguieron actuando a nombre del EPL durante parte de los años 90 y en la región del Catatumbo hasta fechas recientes (Zuloaga, 1992).

36 Violaciones a los derechos humanos contra la CRS: (Villarraga, 2000).

de dirigentes, como buitres veraneros, se disputaban el control, mientras trataban de encontrar al infiltrado que causó la danza de la muerte que se cernía sobre la joven Corriente. Fueron seis meses caóticos de confusión total, donde la organización se convirtió en un caldo de desesperanza.

El gobierno de César Gaviria, convencido de las dificultades del grupo, optó por el exterminio. Algunos proponían la desmovilización subrepticia, otros soñaban con estar en guerra, y algunos estaban por la negociación. Los movimientos políticos, cuando son débiles, producen diversas vertientes de pensamiento que reclaman la pureza ideológica. Eso le pasaba a la Corriente. No podía organizar una fuerza militar propia, pero inventó la Fuerza de Integración Bolivariana (FIB), que ni fue de integración ni fue bolivariana, pero sí un dolor de cabeza de proporciones neurológicas.

El pantano que rodeaba a este grupo, si no hubiese sido trágico, bien podría considerarse una comedia. Dos hechos desataron esta complicada situación: el primero, los amigos de la paz lograron convencer al Gobierno nacional de la conveniencia de negociar con la CRS, y, aunque de mala gana, el Gobierno aceptó la propuesta. El segundo, la comisión de negociación de la CRS, que no estaba interesada en ese tipo de solución, hizo oídos sordos, sabiendo lo que estaba en juego. Fue entonces cuando visité por última vez a Enrique en su casa en Barranquilla.

—¿Quieres una cerveza?— me preguntó amigablemente.

—¡No vine a tomar!— respondí de mal humor.

—¿Te mando a hacer algo de comer?

—No tengo hambre, vine para que definamos de una vez este juego del gato y el ratón. Aquí tienes un plan para la guerra, pero todos vamos a triunfar o a vender cara la derrota. Sin embargo, esta guerra en la que todos los muertos son de la CRS y no hay ninguno del enemigo, solo existe en tu cabeza loca.

—¿Quieres que armemos campesinos para que sigan cometiendo barbaridades?— dijo Enrique, algo exasperado.

—¡No! Quiero que salgamos de esta patria boba que ustedes se han inventado, que no es ni fu ni fa, pero nos está destruyendo.

Enrique sacó papeles de todos los bolsillos, al estilo de Cantinflas. Hablaba como si fuera un hombre recién inaugurado, como un loco recién salido de la mente de un soñador.

—Tú hablas de paz y sales corriendo, dejando a todos tus amigos atrapados como en un juego de adolescentes en pueblos costños sin energía—. Luego, se detuvo un momento y continuó. —Hicimos un análisis de los avances tecnológicos de las tropas oficiales. El paralelo nos mostraba la imagen de David contra Goliat, con el agravante de que el movimiento social estaba derrotado y desconectado de cualquier opción de izquierda—.

A las cuatro de la mañana, se selló el acuerdo: habría una negociación de paz.

—¡Me frustraste como dirigente de tropa!— exclamó Enrique, mientras sus palabras volaban llenas de rabia, lo que me generó una curiosidad creciente.

—¿Yo? Estás loco—. La pesadumbre de la madrugada se desvaneció y me sumergí en otra burbuja de recuerdos, buscando libertad en el aire de esos días. Su furiosa reclamación, señalándome con el dedo, borró la alegría de los resultados de esa larga noche.

—¡Huyes de la negociación por venganza, por resentimiento, por miedo, por sustracción! Nunca entendiste que las guerrillas colombianas siempre han estado en lo más profundo de las cordilleras, en los lugares más inhóspitos de la geografía nacional. ¿De qué tropa hablas? Si los dirigentes insurgentes son los únicos que en Colombia tienen garantizada la muerte por vejez.

—Todos los seres humanos pasan por épocas benévolas, por momentos que los favorecen. Las organizaciones necesitan jóvenes para evitar que el moho de los años las petrifique.

—¡Los que están en la dirección no son mejores que tú!— gritó Enrique furioso.

—Es posible, pero son guerreros. A mí, en cambio, me molesta la rigidez y disciplina que impone un comandante. Eso es una visión estructuralista. Mi visión de lo revolucionario es un proyecto de vida, es la condición humana del ser social, algo muy distinto a lo armado. Mi camino es hacia el autocontrol y la autodisciplina, hacia el ser humano libre pensante.

—¡Claro, y no te importa que el otro se ahogue!— me dijo, con un tono que me dejó lleno de interrogantes.

—Te propongo que dejemos esta reflexión y la retomemos más tarde.

—¡Está bien, pero no te hagas el loco!

—No me hago el loco. Dime, ¿qué hace un dirigente social en la dirección de una organización político-militar si no hay movimientos sociales? Las direcciones condensan y representan lo que se vive en una coyuntura. Yo no soy hombre de armas ni de campamentos. No sé dirigir acciones militares ni imponer disciplina a una tropa. En cambio, tú siempre soñaste con ser tropero.

—No te espantes conmigo. Hazlo contra esa forma de encasillar y destruir la política.

### **II.2. Golpe del Ejército y los organismos de seguridad contra el equipo de ¡A Luchar! en Bogotá. Los funcionarios discutieron: «Nos dijeron que eran guerrilleros...», «no son hermanitas de la caridad...», «pero no están armados y son solo activistas políticos...»**

Vivíamos en la época en que florecía la planta roja y venenosa llamada «caga de pajarito», que los campesinos sabaneros temían. Esta planta, que crece a costa de los árboles más frondosos, sube hasta sus copas y extrae toda la savia que les da vida. No hay forma de salvar al árbol, excepto podándolo a la mitad. Los campesinos decían que cuando el Ejército Nacional permitía que sus batallones fueran rodeados y manipulados por la «caga de pajarito», significaba que el Ejército había sido corrompido por hombres asesinos y sin escrúpulos, que habían prometido ser la salvación nacional, pero terminaron ensuciando la imagen del Ejército.

—El Ejército va a necesitar muchos purgantes de quenopodio para expulsar de sus cuerpos tantos parásitos— decía mi papá, cuando nos escuchaba hablar sobre la alianza entre el Ejército y los paramilitares.

—Eso no es una alianza, es un matrimonio con sometimiento incluido— añadió, refiriéndose a la «caga de pajarito». —Cuando la «caga de pajarito» sube a la copa del árbol, proyecta una sombra grande y agradable, pero a los seis meses el árbol está atrapado, y quien manda es la planta—.

El 12 de julio de 1993, una noche oscura y fría como son las noches bogotanas, comandos de asalto descendieron por los ventanales del viejo edificio en el que nos alojábamos, en pleno corazón de Bogotá; eran hombres vestidos de negro, con pasamontañas y gafas con luces infrarrojas, armados hasta los dientes. Del décimo piso, bajaban en tropel hombres del DAS, mientras unos nos ordenaban poner las manos arriba y otros nos tiraban al suelo, amarrándonos. Los ascensores salían con hombres llevando computadoras. Eran las ocho de la noche, y todos dijimos en coro: «Nos mataron».

—¡Al suelo, contra la pared!— gritaron. Sabíamos que nos iban a torturar.

Aquel día parecía marcar el fin de nuestros sueños libertarios. Un hombre, que decía ser fiscal, apareció un cuarto de hora después del asalto, para certificar que efectivamente habíamos muerto en combate. Para su sorpresa, estábamos vivos, ya que no teníamos una cuchilla de afeitar que justificara el «combate».

En el pasillo, escuchábamos una discusión fuerte entre el Ejército y los organismos de inteligencia: los del Ejército querían proceder contra nosotros, pero el DAS se oponía a actuar fuera de la ley. La corta distancia que me separaba de la oficina me hizo sentir en una posición privilegiada.

—¡Mira, son hermanitas de la caridad!— dijo uno de ellos.

—Pueden no ser hermanitas de la caridad, pero no son organizadores de actos terroristas como ustedes dijeron. Mis hombres vinieron a un combate, no a violar derechos humanos. Si hubiera sabido que eran solo intelectuales hablando tonterías, no hubiera venido. Ustedes dijeron que eran guerrilleros. Esos pueden ser cualquier cosa menos guerrilleros.

Ese doce de julio de 1993, los sabuesos, como micos que acechan las rozas de maíz sembradas por los campesinos costeños, buscaban dar el golpe de mano para saciar el hambre y la lujuria reprimida por la falta de motivos para organizar una fiesta erótica. Con el susto que provocó la caída de los enmascarados armados hasta los dientes, se activó la paranoia colectiva que producían las fuerzas oscuras que asesinaban sin motivo aparente.

Un economista, que se había convertido en centro de nuestras tertulias por la profundidad de sus análisis, hablaba sobre la aristocracia burguesa de Bogotá: «Ese es mariquismo», le decía a uno cuando preguntaba sobre la personalidad de un funcionario. «Hay que preguntarle a X persona, es su marido. Todo el mundo lo sabe». Este viejo amigo, ante la inminente muerte, parecía aligerar el trance, refugiándose en el abrazo de la «negra muerte».

La descompensación de los niveles de azúcar en su organismo nos hacía mirar al centro del pasillo, convencidos de que tan fuerte impacto emocional sería el fin de nuestro analista económico. Ni siquiera recibiría nuestra ayuda, porque nuestros carceleros sabuesos eran poco humanistas. Lo veríamos partir como un ave nocturna, con la apariencia de cadáver trashumante, igual que la campesina que sufría convulsiones cada vez que su amado partía a Sincelejo. Sin embargo, nuestro economista no murió, aunque no era libre. Sus ideales de equidad seguían siendo perseguidos por aquellos tenebrosos enmascarados.

Otro estaba sometido a un fuerte interrogatorio para esclarecer qué significaba una flecha pintada en su cuaderno atravesando un círculo, que representaba un corazón de mujer con múltiples estrellas. La frase que acompañaba este impacto era de una adolescente ingenuidad: «El travieso». El fiscal, en cambio, veía una flecha con una ojiva que hacía impacto al tocar su objetivo militar, y sospechaba que se trataba del Cura Pérez, con quien se veía en una foto. «No jodas, ¿de dónde te inventaste un explosivo?», preguntaba el fiscal. «No ves que esto parece más como una campesina en Sucre, que tenía orgasmos cada vez que alguien la saludaba efusivamente».

En el extremo norte del largo pasillo, estaba trémulo y balbuceante, como un adolescente en su primera experiencia sexual, transmitiendo una ilusión perfecta, como si hubiera cometido una grave falta, compungido. El abatimiento de nuestro personaje no podía sorprender tanto: era un desplome emocional esperado. Al igual que el recién nacido cangrejo de mar, que compete con la jaiba perforando las arenas vírgenes del Caribe, huyendo de todo lo humano para evitar ser visto, el grupo de amenazados por aquella mezcla de organismos de seguridad y fieros enmascarados supimos de la puesta en práctica de una de las banderas que habíamos levantado con fuerza desde distintos sectores de la izquierda: «El libre desarrollo de la personalidad».

Esto incluía la legalización de la droga, y el uso libre, mesurado y equilibrado de cualquier sustancia estimulante —café, cigarrillos, licores, cocaína, marihuana— bajo el concepto de que solo los extremos afectan los equilibrios emocionales de los seres humanos. Por lo general, la izquierda defiende lo que contribuye a la felicidad de los seres humanos, aunque muchas veces sea vapuleada por una sociedad abstemia, oscurantista e hipócrita. La izquierda es liberal, al defender esas libertades, y carece de posturas moralistas, por lo que nos sorprendió nuestro amigo; sin embargo, nuestra angustia no tenía límites por el temor al uso perverso que la derecha, tan acartonada, pudiera hacer de ello.

Ya nos veíamos en los titulares de *El Tiempo*, *El Espectador*, *Semana*, *El Siglo*, *El Espacio*. Las miradas de censura cayeron como rayos ligeros, y solo salió de mis labios: «¡Estás jodido!». El fiscal, en cambio, estaba eufórico; se llevaba a la cárcel a uno de los nuestros. Todos al unísono buscamos abogados: lo que para el fiscal era un delito, para el juez era un derecho constitucional: la dosis personal.

En el otro extremo del pasillo, el grupo de investigadores revisaba dos grandes maletines llenos de documentos recogidos en diversas oficinas, universidades y centros de investigación, donde los teóricos colombianos analizaban la coyuntura política, económica, cultural y social del país. A los sabios enmascarados, les parecía que tanto despliegue de literatura convertía al poseedor en un agente peligroso, alguien que desacreditaba a Colombia en el exterior. Era un agente internacional que ponía en peligro la seguridad del Estado: «Debes presentarte el jueves a declarar, mientras tanto no puedes salir del país. Tú quedas detenido por la Ley 30». «¡Fiscal, esa es una dosis personal avalada por la Corte Constitucional!». «¡Eso lo define el juez! Ustedes deben acercarse a dar declaraciones libres y espontáneas».

En el extremo sur, dos personajes transmitían una actitud candorosa, sin un pensamiento que reflejara la conversación agradable que se daba en su interior, de la cual no se recuerda nada. Sin embargo, generaban una conexión agradable con el poder que había dentro de ellos, lo que los convertía en seres libres en todos los ámbitos de sus vidas. Aplicaban la premisa de que el hombre sabio, cuando calla, dice más que el necio cuando habla. A las dos de la mañana, después de varias llamadas, el fiscal dijo: «Quedan libres, pero deben presentarse a dar declaraciones libres y espontáneas».

Todo el gremio de taxistas sabía, extrañamente, sobre el allanamiento. Nosotros, al ver la nube de taxis amarillos, sentimos una gran crisis de nervios; caminábamos como si fuéramos vaqueros a punto de ser arrasados por toros bravos. El chorro de Que-

vedo, en el barrio La Candelaria, nos acogió como borrachos sin rumbo, y nos perdimos en medio de la turba de ebrios, hasta que desaparecimos, perdiendo de vista esa nube de taxis amarillos que, como águilas, buscaban presas ingenuas para llevarnos lejos, a los oscuros abismos del salto del Tequendama, donde los NN, esos cuerpos no identificados, caen para alimentar la cascada; un lugar al que Bogotá prefiere no mirar. Una vez más, ese mes de julio trajo tormentas, pero esta vez, un hombre que no conocíamos defendió la Constitución colombiana.

Este tipo de pasajes que vivimos fue como un viaje al infierno, cuyo sendero estaba adornado con rosas y espinas, fue el telón de aquella macabra trampa, diseñada para destruir las ilusiones, los sueños y las esperanzas, cultivadas en tierra maldita. El escenario de ese tipo de operaciones tenía varias facetas: la comunicación de boca a boca, la red de informantes, compuesta por personas sin sentido de clase, y las principales emisoras regionales o incluso nacionales.

En todas las guerras, y la guerra psicológica es guerra, la verdad no solo se violaba, sino que se convertía en la principal víctima. Nosotros sabíamos de guerra lo mismo que el diablo sabe de amor y ternura. Todo lo perdimos y nos convirtieron en una sombra perdida en la oscuridad del olvido, con la memoria calcinada; destruyeron el aliento de la vida y levantaron la bandera de la muerte. Todo se transformó en un sueño congelado, en una pesadilla sin fin.





LAS  
VOICES  
PERDIDAS

## 12. Las voces perdidas

### 12.1. Recuerdos de algunos que se fueron y nos dejaron los sueños de lo revolucionario, la fundamentación ética de la vida y la grandeza humana

Aquel informe que recibí de manos de mi hija lo leía en una celda del patio noveno de la cárcel La Modelo de Bogotá, donde estaba de «vacaciones forzadas» por razones de represión política. «¡Todos afuera, como estén!», gritó una voz potente, mientras abrían el tren, como llaman los presos a las puertas de las celdas encadenadas. En el interior, debajo de mi pene y sobre mis testículos, reposaba el informe. «¡Bájese el interior y haga tres cuclillas!»; obedecí, metiendo el dedo grande para sostener el papel. «¿Qué tiene ahí?», me preguntó el guardián. «La verga», respondí, extrañado. «¿Qué sostiene con el dedo?», preguntó ansioso. El guardián tomó el papel de mis manos. «¡Vas a leer la carta de mi mujer!». No pudo sostener la mirada de ingenuidad que le dirigí y, pronto, me devolvió el papel.

El 22 de septiembre de 1993, Hernando Corral, director del *Noticiero de las Siete*, presentó la noticia: «Dos de los negociadores de la Corriente de Renovación Socialista murieron en combate con el Ejército en Blanquicet, Urabá antioqueño, pero el comandante del batallón dice que fueron asesinados por las FARC-EP». Las cosas no podían estar más confusas. A la medianoche, Auspicio Baquero —cuadro del EPL quien también estaba allí preso— despertó a media cárcel Modelo, anunciando que yo estaba grave, que había perdido toda estabilidad. En Sanidad dictaminaron estrés.

Los hombres vivimos de esperanzas, especialmente cuando se ha perdido la libertad. «¡Espero el domingo!». La cara de mi mujer, Silvia Tulia, decía la verdad, su mirada fue como un rayo

que se agotaba: me fulminó, dejándome sin fuerza ni palabras. El abrazo fue agotador, bañado en amargas lágrimas. Ni un sollozo, ni una palabra interrumpió esa aflicción sin nombre, porque el nombre ya se había ido.

Entonces, recordaba con inmensa tristeza frases de Enrique, de nuestras conversaciones y discusiones: «¿Tú crees que vamos a hacer la revolución limpiando tabaco?», me dijo un día endiabrado, cuando a las once de la mañana la granadilla se arrastraba por el suelo reseco, bajo un verano inclemente. «La plata está hecha, vamos a buscarla y contratamos jornaleros que hagan este trabajo. Nosotros hacemos lo que sabemos hacer».

Cuando los campesinos quieren someter a un brioso corcel, buscan la forma de atarle una de sus patas delanteras. Cuando las personas que practican el abigeato en pequeña escala desean someter a una res, le cortan el jarrete con el machete. La vaca cae al suelo, rendida, porque le han cortado los nervios que le daban fuerza. El Estado observa cuál es la fortaleza nerviosa de quienes negocian, como era el caso de Enrique en este inicio de los diálogos de paz Gobierno-CRS, para usar el bisturí que debilite la posibilidad de una oposición seria.

Hay una laguna en mis recuerdos, no sé cuáles fueron aquellos juegos delictivos; nunca pude recordarlos completamente. He pasado largas horas, incluso con lágrimas, intentando rememorar esa felicidad que vivimos. He tratado de recrearla, pero lo único que retengo es esa sensación de dicha, las sanas complicidades que más frecuentemente nos acompañaban a los grandes e inseparables amigos.

La ventana de entrada a las sabanas de Sucre y los Montes de María es discreta. El Piñal se levanta como cuna del ruiseñor de las sabanas, Lisandro Meza, Iván Salgado y Moisés Narváez. La malicia e inteligencia de Iván fueron innatas; la agudeza de sus análisis reflejaba a un hombre estudioso, bien informado, ecuánime, equilibrado y precavido. No fue un tribuno popular, sino un hombre de orga-

nización y estrategia. La Aldea, la empresa comunitaria donde residía, fue un medio de expansión para el estrecho El Piñal, que, como la flor de la caña brava, extendía sus flechas que conectaban con el mundo de las comunidades rurales y los centros urbanos.

Iván fue el motor político e ideológico de las diversas campañas que los partidos organizaban como parte de sus estrategias. Fue un líder tanto de masas como de lo que en el imaginario colectivo se conoció como «la guerra». Su lealtad al partido y a lo radical causó desencuentros y malentendidos con aquellos que luchábamos a su lado desde lo social. El Ejército colombiano se ensañó con él y, con su homicidio, quiso destruir su fortaleza mental, su coraje y su inquebrantable compromiso. En la soledad de la noche, entre El Piñal y El Bongo, su cuerpo fue arrojado, lleno de torturas que le ocasionaron graves daños irreversibles.

Ramiro Jiménez, líder social, gran tribuno popular, con su voz grave y potente, desde la Asociación Departamental de Usuarios Campesinos de Sucre, despertaba a los muertos y estremecía a los miles de campesinos que le escuchaban extasiados; ni en privado pudo expresar una palabra descompuesta. Su lealtad a las bases campesinas, junto con sus principios éticos e ideológicos, le hicieron aferrarse al terruño que le vio nacer. Fue amigo de los comandantes de Policía, de los del Ejército, de los gobernadores, de los gerentes de la Caja Agraria y del SENA.

La última vez que nos vimos fue en la empinada plaza del municipio de Ovejas. Fue una conversación sobre temas libres, interminable y dinámica. Sentía la muerte rondando, pero no le temía. «¿Por qué no te vas?», le pregunté. «¿Para qué demandamos al Ejército? Ellos tienen la coraza de la solidaridad de cuerpo. ¡Cómo cambian las fuerzas armadas si nos quedamos callados!; el Ejército es un árbol torcido. Si robaron el ganado de la Empresa Comunitaria Santa Rita, es porque están acostumbrados al abigeato. Un dirigente como tú vale mucho más que esas vacas. ¡Lo estimo y respeto, pero no insista, no me voy!». A las cuatro de la mañana fue asesinado, mientras ordeñaba sus

vacas. Su familia fue emboscada e intimidada por el Ejército con asiento en Corozal, Sucre. Cuando regresaban a la vereda después de sepultarlo, también fueron atacados.

Isidro Mercado, presidente de la ANUC departamental, dirigió la Empresa Comunitaria Colombia, ubicada en el corregimiento de San Roque, municipio de San Benito Abad. No era un tribuno, sino un organizador, un constructor de redes de solidaridad y afecto. Su humanismo lo convertía en un dirigente libre de controversias, ya que no confrontaba ni descalificaba a las demás personas.

En las profundidades de esos vastos y planos territorios de los indios zenú, bajo un cielo estrellado, la claridad de la luna permitía ver hasta quinientos metros a la redonda. Mi turno de guardia era de once a doce de la noche, pero no estaba solo; a mi lado estaba Manuel Atencia. Le decía:

Tengo dos cosas que me incomodan. ¿Cómo es que un presidente nacional de la Andri deja su cargo y se refugia en estos territorios, con límites tan claros? ¿Cómo es que un dirigente de masas, que ríe, llora, sufre y salta de alegría, abandona esa condición humana para convertirse en comandante de un frente guerrillero, donde predominan la tristeza, la abulia y la muerte? ¿Cómo ocurre esa transformación? ¿Cómo es que el humanista se convierte en guerrero y se mancha las manos de sangre?

Me increpó: «¿Tú crees que soy un asesino, un criminal, un desalmado?! Entonces, ¿cómo diablos aceptas que te digan comandante?», respondía él. «¡Mi trabajo es un trabajo social! ¿Por qué te sientes bien cuando te dicen comandante?» insistí. «¡Eso son tonterías!», replicó. «Las palabras tienen valor, transmiten mensajes, proyectan sentimientos. La verdad es que me siento incómodo, restringido en una jaula, desesperado. Tengo este revólver, pero no participo en ninguna actividad militar», le respondí.

Saltábamos de un tema a otro sin llegar a ninguna conclusión. La madrugada nos sorprendió. Él estaba desesperado: tres intentos de asesinato fueron el motivo que lo obligó a refugiarse en una zona delimitada entre los departamentos de Sucre y Córdoba. Sin embargo, su sueño de ser dirigente social seguía vivo, aunque como el amor que se siembra sin esperanza, no muere, pero tampoco crece, sino que se queda en silencio. No nos quejábamos, por el contrario, mirábamos con entusiasmo el futuro del desarrollo rural colombiano, la organización de las comunidades y la fortaleza futura de la izquierda democrática.

Fue nuestra última conversación. Un jueves santo, nuestro Ejército dio de baja supuestamente «a un comando de secuestradores», pero se trató de cuatro miembros del cabildo de San Andrés, Córdoba, incluyendo un indígena de setenta y dos años, su compañera de setenta, su nieta de veinticinco años, embarazada de ocho meses, su hijo de dos años, y Manuel Atencia.

Había llegado del Carmen de Bolívar al municipio de Los Palmitos, en busca de la mujer que conoció en el paraje El Morrocoy, en Carmen de Bolívar. Desde el principio, Eliécer Caro formó parte de las cuarenta y dos familias que más tarde constituirían la Empresa Comunitaria Membrillal. Fue un pilar en la organización de las comunidades y de la ANUC en el municipio de Los Palmitos, así como del pensamiento democrático que recorrió la costa Caribe en la década de los setenta. Fue un bastión de las luchas sociales, pero, sobre todo, un amigo fiel, entregado, solidario y sacrificado, siempre dispuesto a dar lo que no tenía, sin quejarse ni rendirse. «¡Por fin llegué donde hay comida!», exclamó al llegar a una vereda de María La Baja, donde el menú contrastaba con los refinados platos que le ofrecían en casa de un exsacerdote en Turbaco.

Así era el espíritu espontáneo de este hombre, que dejaba todo por la organización de la sociedad civil rural. Eliécer Caro fue asesinado por el Ejército delante de su esposa y de sus hijos en su casa. Paralelamente, otros efectivos del Ejército fueron por Hugo

Sánchez para matarlo también en su domicilio, pero logró salir antes de ser atacado y, en represalia, atacaron a su familia y violaron a una de sus hijas; con posterioridad, otro de sus hijos fue desaparecido de manera forzada.

Habíamos vivido momentos inolvidables. Recuerdo la visión de un jardín que aún me obsesiona; no puedo expresar esa inefable condición humana que imperaba allí. Si fue un sueño, estoy seguro de que fue un sueño extraordinario, que recorrió las costas del Caribe colombiano. Fue el centro neurálgico del trabajo político que el Partido Comunista de Colombia ML implementó en las tierras del antiguo Gran Bolívar.

El silencio de aquellos que se fueron se confunde con el olvido de miles de hombres y mujeres, artesanos y artesanas de la revolución de la conciencia social. Se convirtieron en el objetivo mayor de un poder alternativo; tan humildes como nobles, tan pobres como dignos, con un alma inagotable, que se les escapa la vida de las manos. Fueron guardianes de la heredad cultural de los pueblos, constructores de utopías, de sueños realizables en la compleja realidad de nuestras vidas.

Sonaron con una Colombia justa y equitativa, pero se perdieron en sus sueños. Fueron bailarines de fandango, mapalé y currulao en los palenques de San Basilio, y de los indios forotos de los Montes de María; bailaban y cantaban en la oscuridad de la noche, acompañados de tambores, flautas de cardón y caña de millo. Fueron fruto de los encuentros forzosos de hombres huidos del régimen opresor español, que encontraron refugio en la música de estas etnias, y se integraron a la amalgama racial costeña.

Sus sueños alimentaron con furia la lucha por la libertad y la dignidad del Caribe. La educación y la cultura se plasmaban en la conciencia colectiva, estructurada en los valores eternos de lo sociable; las comunidades organizadas políticamente se convirtieron en microestados. Algunos se apagaron tristes y silenciosos por los valles y sabanas, mientras otros ofrendaron sus vidas con

orgullo, sabiduría, dignidad y grandeza ética, cualidades que pocos podemos alcanzar.

Me dijo un día, nostálgico, Gregorio Narváez:

Nos enseñaron lo que son los sueños, lo revolucionario, la fundamentación ética de la vida y de la grandeza humana. La ética como principio rector, la seguridad colectiva basada en la indestructible cadena de afecto, la responsabilidad social como campo de realización del ser humano, el respeto por los derechos de los demás como barrera infranqueable, y el deseo de superación colectiva como razón inagotable. Nos enseñaron que el único medio para aprender bien la historia grande es conocer a fondo la historia de una región, de sus gentes, de su cultura, de su alma, que se aferra como el folclor a las profundidades de la piel para evitar ser arrasada por los modismos comerciales.

El silencio de los que se fueron jamás será perturbado por nosotros, que actuamos como bailadores de fandangos, buscando un sueño perdido, como buscamos en las profundidades de la mujer amada un poco de alivio y tranquilidad pasajera. Las ideas de izquierda las encarnan aquellos que defienden los valores intangibles de la felicidad, la equidad y la armonía entre el hombre y la naturaleza. No es la pertenencia a un grupo, es el proyecto de vida social y ético lo que define al humanista.

Radiante, como el sol de verano en los trazos que tejían los campesinos de la vereda de Niza, emergió un mulato, que surgió de un proceso evolutivo como ser humano que crece, se reproduce y muere lleno de valor y cultura raizal. Logró aglutinar a su alrededor un entramado de progreso, identidad y proyección de la relación social del arraigo, la pertenencia a un territorio consecuente con su gente.



## 13. El jariquirí del carao

### 13.1. Apuntes sobre impactos políticos, socioeconómicos y del conflicto, y las persistentes luchas sociales

Cuando agosto llegaba a su fin, el invierno se intensificaba. El sol proyectaba un brillo incandescente, mientras mi papá nos dejaba porque partía, acompañado de cuadrillas de vaqueros, hacia las ciénagas. Allí debían traer de vuelta a las sabanas los miles de reses de don Aníbal Olmos, que en verano pastaban en aquellas ciénagas, rodeadas por los ríos Cauca, San Jorge, Magdalena y Sinú.

Los cruces de estos ríos generaban represamientos de agua, que inundaban las tierras bajas de las verdes laderas. Los olores nauseabundos de las aguas crecidas afectaban las mentes de los vaqueros, quienes, a caballo o a pie, luchaban para que todas las reses regresaran; no importaba que, a veces, los que se extraviaran fueran ellos, al ver tierra donde solo había agua.

Los alevinos empezaban a morir por la contaminación y putrefacción de las aguas infectadas, que provocaban hongos en los pies endurecidos de mi papá y de los vaqueros. Mi mamá siempre tenía la cura lista para cuando mi papá regresaba de la ciénaga: sebo de chivo con sal y limón. Ninguna mazamorra podía soportar aquella cura tan dolorosa; en tres días, mi papá ya caminaba, sin derecho a quejarse, porque si lo hacía, la cura consistía en piedra lipe con limón y azufre molido.

En la rama seca de cualquier árbol, el pájaro carrao encontraba refugio, cantando día y noche, esperando que el agua que lo había desplazado de su hábitat volviera a secarse; no obstante, aquella ciénaga seguía creciendo, llenándolo de angustia y obligándolo a buscar, desesperado, una tabla de salvación. De pronto, un árbol

con dos ramas estrechas se convirtió en su tabla de salvación. Allí colocó su alargado cuello y soltó un canto largo, cansado y desgarrador, que llenó de tristeza a todos los seres vivos. Su sufrimiento llegó a su fin, colgado para siempre, como un símbolo cruel del camino trazado por el ser humano que llevaba a la eliminación de parte de sus congéneres.

Estas tierras, ubicadas en Majagual, Sucre, Guaranda, y otras zonas cercanas al caño de La Mojana, como San Marcos, Caimito y parte de La Unión, fueron tomadas por nuevos propietarios, por hacendados que las fueron concentrando a su favor. Las grandes haciendas de la región ahora están custodiadas por la Policía de Caimito, La Unión, San Marcos y Majagual. Los líderes campesinos siempre quisimos que la tierra sirviera a los intereses agrarios, pero nos encontramos con una clase política que tenía un pie en la ilegalidad y otro en la legalidad, garantizándose el apoyo de las mafias regionales. Ahora, se habla de mafias transnacionales, lo que diluye la responsabilidad de las élites regionales.

Con la globalización, las mafias buscaron los lugares más olvidados, pero, a la vez, más rentables para la producción de coca destinada a la economía ilegal de su uso como estupefaciente de cocaína. En la parte alta de La Mojana, especialmente en Penca Ancha, se movían fuerzas insurgentes del ELN, pertenecientes al Frente José Solano Sepúlveda; a fines de los ochenta y principios de los noventa, esta guerrilla se desplazó desde el sur de Bolívar para establecer un corredor con el Frente Alfredo Gómez Quiñones, como presencia del ELN en Sucre. Esto le permitió controlar esa parte del río Cauca y del San Jorge, conectándola con la subregión de la sabana, que daba acceso a la Troncal del Caribe.

Trabajar en esa región era enfrentarse a enemigos complejos: la naturaleza, llena de olvido y destrucción, y los señores de la guerra, que nos utilizaban como base de apoyo. Los mineros convirtieron nuestros sueños en socavones, y las mafias transformaron aquellos territorios en una retaguardia del crimen.

Cuando los paramilitares llegaron, hacia 1991-1992, bajo el mando de Carlos Castaño, se inició una disputa por el control del territorio, ya que Castaño tenía un interés particular en la región: consolidar militarmente un corredor para el cultivo de coca. Esto dio lugar a una ola de violencia, que incluyó el asesinato de los concejales Ligia Villamizar y Manuel Yunes en 1993-1994, y de tres alcaldes en Majagual y Sucre entre 1998 y 1999. En los municipios de Montecristo y Tiquisio, la quema de viviendas fue el detonante de un proceso de desplazamiento y sustitución de los hacendados tradicionales por nuevos propietarios. Así, bajo esas circunstancias, comenzó un proceso irreversible de reemplazo de los viejos terratenientes por nuevos, de fuera de la región, con costumbres y tradiciones diferentes: poncho, frijoles y arepa de maíz.

En su lucha contra las guerrillas que les aterrizaraban, los hacendados se aliaron con los paramilitares. La guerrilla no buscaba el poder; se conformaba con que, de vez en cuando, le dieran una vaca. En cambio, los paramilitares querían la tierra, y con sed de poder fue cuando comenzaron a reemplazar a los terratenientes tradicionales de La Mojana por estos nuevos propietarios de tierras, provenientes de Antioquia, incluidos algunos miembros de la élite política, como el expresidente Álvaro Uribe Vélez, de quien se conocía públicamente que era propietario de haciendas en María La Baja, en San José de Palmitos, otra por Sabanalarga y una más por La Mojana.

Las fincas de los Pérez de Corozal, como El Diamante, Los Pájaros y Alemania, pasaron a manos de Jorge Izasa y fueron custodiadas tanto por paramilitares como por la Policía, quienes convivieron en una extraña armonía. Las reses de pequeños y medianos ganaderos fueron robadas, y la región, antes productora de ganado, se transformó en productora de coca, que se transportaba hasta El Rincón y Berruga, en San Onofre, para luego ser despachada al exterior.

En La Mojana existen varias pistas aéreas, como El Yumbo, El Diamante y Tenche, que sirven para el tráfico de cocaína. La región es uno de los puntos clave para la producción y el envío

de coca hacia el golfo de Morrosquillo y Curazao. Los viejos ricos de las sabanas, como el guasale, hoy añoran las ciénagas donde, sin cercas, pastaban y criaban a su ganado. El paisaje natural ha cambiado y, al igual que el guasale, se ha visto obligado a adaptarse o perecer.

Es triste recordar la adquisición de la empresa Peztolú, inicialmente creada con la ayuda de pescadores, la gobernación de Sucre y la embajada de Japón, que contaba con ocho barcos. Cuando se descubrió que sus dueños estaban involucrados en el narcotráfico, la empresa regresó a sus antiguos propietarios; sin embargo, los pobladores, con desconfianza, aún los miran con recelo, pues su pasado sigue pesando sobre ellos como una carga difícil de quitar.

La línea invisible que separa el norte de Sucre del centro de Bolívar es la cordillera de los Montes de María, que incluye el cerro de Maco en San Jacinto y otros cerros cercanos. Estos cerros fueron testigos de la segregación del pueblo indígena zenú y de las luchas campesinas por la tierra. Durante esos años, soñábamos con llegar a la cima de estos cerros y tocar el cielo con nuestras manos callosas, soñando con una democracia abierta que abrazara a todos los mulatos, negros e indígenas que nos negábamos a morir, pese a que la muerte nos acechaba como una sombra bajo el sol ardiente de la costa.

### *13.1.1. Montes de María*

Era nuestro altar, un lugar de esperanza, donde queríamos cultivar aguacates, mangos, ñames y maíz. Queríamos que sus montañas florecieran, pero pronto llegaron las fuerzas de Morales, vestidos de verde oliva, y los campesinos nos vimos atrapados, confundidos sobre cuál verde oliva era bueno y cuál era malo. El terror de las masacres que azotaron nuestra región oscureció nuestra capacidad de pensar, y la única opción era evacuar, callar y sobrevivir.

Los más resignados decían: «Si no nos mató la falta de tierra, ni las sequías, ni las tormentas de Morales, ¿por qué nos matarán ahora estos tipos que ni conocemos?». Sin embargo, el silencio se convirtió en nuestra única defensa, mientras la amenaza de muerte seguía acechando a quienes luchaban por la tierra y, aunque no nos mataban por montones, sabíamos que la lucha por la tierra nos convertía en blancos de aquellos que querían liberarse de los «subversivos».

#### *13.1.2. Actividad financiera*

En sus inicios, el negocio de los préstamos no bancarios se publicitaba a través de volantes que decían: «Si necesita préstamos, llame al celular...». Hoy en día, el negocio se realiza a través de personal en motos, con la modalidad puerta a puerta. Con solo presentar la cédula de ciudadanía, se puede pedir prestado hasta cincuenta millones de pesos; no obstante, el incumplimiento de la obligación se paga con la vida. Estos son préstamos exprés mensuales o en la modalidad «día a día»; no son pirámides, no crecen hacia arriba, pero se extienden horizontalmente, como verdolaga en tierra fértil. Tal vez, por su naturaleza horizontal, las autoridades no los perciben, o tal vez también se benefician de este sistema.

En otros casos, cuando el monto supera la cifra mencionada, se exige al beneficiario que firme un seguro de vida a favor de la persona que determine el prestamista. En algunos casos, también se requiere la firma de pagarés registrados en notarías, aunque no siempre llevan la firma de la persona que recibió el dinero. Por todo esto, el préstamo «gota a gota» se ha convertido en una de las principales causas de muertes selectivas que ocurren en las zonas rurales de estos departamentos.

Estos homicidios no solo se justifican socialmente, sino que además no se investigan judicialmente: el que no paga, muere. Esto ha sido aceptado como la manifestación, supuestamente, de una especie de ética pública fundada en la violencia impuesta.

No es la ética ciudadana de Antanas Mockus en Bogotá, sino que la muerte se acepta como la consecuencia del incumplimiento de la palabra.

### *13.1.3. Sincelejo, la capital de Sucre*

Según las versiones locales, en el casco urbano funcionan varios centros comerciales como El Remate, Supermercado Euro, El Palacio Rosado y El Palacio de la Pantaleta, donde se venden productos por debajo de los costos de producción. Del comercio minorista se dice que está interferido por dinero proveniente del narcotráfico, con depósitos relativamente nuevos, inversiones en restaurantes en puntos estratégicos, centros comerciales, heladerías, compraventas e incluso moteles. También se dice lo mismo de blogueras que operan en Corozal y Sincelejo, bajo la responsabilidad de personas que no son originarias de estas ciudades; por último, se comenta también sobre la utilización de circuitos comerciales como medio para lavar dinero del narcotráfico, con vínculos con el paramilitarismo.

El comercio tradicional vive así una difícil competencia, enfrentando un verdadero viacrucis; además, los comerciantes deben pagar impuestos a los paramilitares bajo el pretexto de garantizarles seguridad. La incursión de estos últimos en el sector inmobiliario, tanto en las zonas rurales como en toda la costa, también es evidente: adquieren las viejas mansiones coloniales, las remodelan y las convierten en lujosos apartamentos.

### *13.1.4. Bienes raíces*

Es evidente la inversión que se está realizando en las urbanizaciones de todas las ciudades costeras, principalmente por los llamados «nuevos ricos» según los habitantes locales, así como la compra de edificios y casas coloniales para oficinas. Otra línea de inversión, como ya se mencionó, es la compra de tierras, lo cual, en la práctica, implica una sustitución de la antigua élite terrateniente por un nuevo grupo de medianos propietarios; los

terratenientes, para evitar ser despojados, venden sus propiedades al precio que el comprador, con buen ojo, decide.

Generalmente, estas transacciones son realizadas por personas que no están directamente relacionadas con la estructura militar del paramilitarismo, pero que todos saben forman parte del proyecto político-militar en curso, representando una extensión de la nueva clase emergente vinculada al paramilitarismo y al narcotráfico. La transacción económica es completamente impositiva: «Me vendes tú o negocio con la viuda». No hay espacio para negociar el precio, recurrir a avalúos comerciales ni investigar la procedencia del dinero involucrado en la transacción.

#### *13.1.5. Democracia «restringida» o «cerrada»*

Es decir, una democracia inviable o falsa en su real ejercicio, que ha ahogado los esfuerzos de los movimientos alternativos por incursionar en la arena política de las regiones de las sabanas. El obstáculo no solo radica en la hegemonía de los partidos tradicionales, sino en un entramado de mezquindades que reducen la dignidad humana. Aspirar a competir por el control de una junta de acción comunal, puede convertirse en un factor de riesgo que incluso puede les costar hasta la vida a los aspirantes independientes.

#### *13.1.6. Los pueblos indígenas*

El pueblo zenú fue empujado hacia el cerro Tofeme, al sur de San Andrés, y los alrededores de Arroyo del Medio, donde fue considerado extinto, al igual que las aves silvestres, ante las deforestaciones, son desplazadas hacia las partes más altas de los territorios y hacia las orillas de los ríos, donde en las primeras mueren de sed y en las segundas son arrastradas por las corrientes; en su desesperación, buscan un lugar de esperanza, como la estaca del carrao, para hundir la cabeza y ahorcarse, convirtiéndose en una hazaña mítica de dignidad en la llanura de la desesperación del olvido.

Sin embargo, Bernabela Rióndo, Oswaldo Teherán y otros líderes indígenas, apoyados por la ANUC, iniciaron lo que parecía imposible: rescatar los territorios ancestrales de ese pueblo disperso. «Indio sin tierra no es indio, porque ha perdido la madre Tierra», les decíamos entre broma y seriedad. Ellos luchan por lograr reconstruir su cultura, casi extinta, sus raíces lingüísticas y su cosmovisión social, ya que son un pueblo que se salvó de la extinción. A los ochenta años, Bernabela comenzó a recordar las danzas que realizaba, y viajaba a las playas de Coveñas, de madrugada, a recoger las cáscaras finas de caracol, que luego teñía con barro y dividivi para crear collares. Estos collares eran un símbolo de la cercanía del ser humano con el agua, fuente de vida.

En Bajo Grande, cuando recuperamos aquellas tierras, Oswaldo Teherán y Jacinto lideraban la incursión a las matas de corozo para cortar los racimos maduros y elaborar finas agujas, con las que perforaban sus cuerpos; también producían anillos con piedras de moler ajonjolí y guayucos con hojas de iraca. Nunca supe cómo se producían las pinturas que comenzaban a mostrar en sus rostros. «¡Tienen que hacer anillos grandes que sirvan de cinturón de castidad!», les dije un día mientras descansábamos al sol. «¡Compañero, el arma es para usarla, no ve que después se oxida!».

De las 83 000 hectáreas en poder de los «nobles», logramos recuperar 17 000, para darles vida a los pueblos zenú. «¡Tienen que luchar, porque un indio sin tierra no es indio!». La esencia del pueblo indígena es la tierra; Colombia no ha comprendido que el pueblo zenú debe ser un accionista de la naturaleza, no para saquear sus recursos, sino para garantizar que se satisfagan las necesidades de las generaciones futuras.

Aspirábamos a crear una red de pueblos campesinos, indígenas y afrodescendientes, desde el cerro Maco hasta el Capiro, pasando por Tofeme, que conectara las antiguas tierras que don Antonio de La Torre y Miranda disgregó para apoderarse de sus territorios. Los territorios zenú merecen que el Estado colombiano

ponga su atención en esta zona de la costa Caribe, en los límites de la Ciénaga Grande de Córdoba, el golfo de Morrosquillo y las sabanas de Sucre, y resarza al pueblo despojados, invirtiendo el proceso de exterminio sufrido en la República y la democracia colombiana.

### *13.1.7 La movilización por la vida, los derechos humanos, las víctimas y la paz*

En los últimos tiempos, el péndulo de la democracia, que se ha construido con la sangre de la sociedad civil rural, comenzó a inclinarse lentamente y con vergüenza ante las denuncias del senador y hoy presidente Gustavo Petro. Los reclamos de la comunidad sucreña por los 3000 desaparecidos, así como las protestas sociales que iniciaron en Chalán contra la violencia, por las muertes selectivas de cinco campesinos, pusieron en evidencia la ineficacia de la fuerza pública.

Esta solo se dio cuenta de lo que estaba sucediendo gracias a la movilización de la población y a las denuncias del entonces director administrativo de seguridad del DAS, Luis Ramón Marchena Ibáñez, quien alertó sobre la existencia de un corredor por el que se movían miembros de los frentes 35 y 37 de las FARC-EP, desde la región de la sabana y San Jorge sucreño hacia los municipios de Sahagún, Chinú y Chimá, en Córdoba.

Por otro lado, la Iglesia católica ha logrado mantener una presencia activa en temas como los derechos humanos, la búsqueda de la paz, las condiciones para la reconciliación y la atención a los miles de desplazados y demás víctimas del conflicto que se han ocasionado en estos departamentos.

Las denuncias y las voces de protesta reflejan el esfuerzo de la población por encontrar caminos que fortalezcan a la sociedad civil y aislen a los actores armados que obstaculizan el progreso y las nuevas realidades políticas y sociales en la región Caribe. El

enigma del carrao, a punto de soltar su último lamento provincial, antes de que el comején convierta en hogar el tronco en el que eligió morir, parece representar esa vasta llanura tan grande e inmensa, como la esperanza de los pueblos que algunos desean extinguir.





山水林石

## 14. El norte en llamas

### 14.1. De la gesta de la ANUC: «Todos unidos bajo una sola bandera: ¡la tierra!», al dramático impacto de la arbitrariedad y el conflicto

Es significativo retomar el punto de partida de este ejercicio de reconstrucción de memoria histórica colectiva con la gran movilización campesina por la tierra que se dio cuando a las dos de la mañana del 21 de febrero de 1970, mientras en lo alto del cielo azul el lucero del día disputaba a la orgullosa luna costeña el derecho de reemplazar al astro sol, miles de hombres y mujeres de todas las edades, sigilosos, cruzaban cercas y arroyos para tomar posesión de los centros de muchas haciendas, a las cuales solo entraban como jornaleros, terrajeros o medianeros de los históricos ricos del Caribe colombiano.

Habíamos escuchado a los mayores hablar de los volcanes como monstruos con muchas bocas, que devoraban a la gente mala. Lo más parecido a un volcán que conocíamos eran los hormigueros construidos por las hormigas trozadoras y cargadoras que, por una boca, salían en busca de alimento, por otra entraban con la carga conquistada, por otra expulsaban la «cagada», que el campesino usaba como abono orgánico, y por otra salían a tomar el sol unas hormigas gigantes, mamás de todas las hormigas.

El volcán social que el gobierno de Carlos Lleras Restrepo sembró en la costa tuvo todas las características de una revolución sin armas. Carnetizar y organizar a los pequeños agricultores, campesinos, indígenas y afrodescendientes fue reconstruir sus culturas, visibilizarlos como sujetos de derechos, romper el vergonzoso entramado de sojuzgamiento y colocar motores de 1000 caballos de fuerza al inoperante Incora, que, al igual que el Inco-der hoy, se movía como un caballo viejo y cansado. Ese volcán,

con su llama ardiente, fue el que perturbó a los dueños del poder real costeño en sus poltronas de cuero.

Como toda construcción tiene una columna que le da soporte, el de la organización campesina fueron cientos de líderes campesinos, indígenas y afro, todos unidos bajo una sola bandera: ¡la tierra! En esa medida, a partir de la década de los setenta, se inició en la sabana y otras regiones del país un gran movimiento por la tierra, el cual generó una oleada de dirigentes campesinos radicalizados ante la ineficacia de la referida Ley 135 de 1961.

Los pocos principios políticos que unían a las diversas tendencias eran la movilización social, la recuperación de tierras y la toma del poder por medios directos. Algunos, con mayor fervor que otros, rechazaban la participación electoral; sin embargo, este movimiento logró consolidarse socialmente en los departamentos de la costa, lo que generó preocupación entre las élites terratenientes.

Al final de este proceso, si bien tuvo varias influencias políticas referidas, el núcleo dirigente más hegemónico y consolidado como ORP terminó, paradójicamente, cuando se le señalaba de pretender crear un partido político campesino, conformando el Movimiento Nacional Democrático Popular (MNDP) y estableciendo alianzas electorales con movimientos como el Nuevo Liberalismo, el movimiento Firmes y un sector del MOIR, con más proyección política hacia lo urbano, y muy precaria hacia lo rural y el campesinado.

A pesar de su hostilidad hacia otros sectores de izquierda, junto con todos ellos, también sufriría el efecto de la arbitraria represión derivada del estatuto de seguridad del expresidente Turbay Ayala. Es así como muchos dirigentes de la ORP fueron acusados, sin fundamento ni pruebas, del secuestro y asesinato de Gloria Lara de Echeverri, siendo encarcelados y teniéndose luego que exiliar parte de ellos en otros países por largo tiempo o definitivamente.

Las muertes selectivas de dirigentes campesinos, maestros, estudiantes y militantes, tanto de la izquierda como de otras tendencias políticas en la costa, se convirtieron en un verdadero genocidio que silenció lo que pudo haber sido una expresión organizada de la sociedad civil, en el marco del desarrollo político, social y cultural de esos territorios. Con los acuerdos de paz y la Constitución de 1991, varias alcaldías en el departamento fueron encabezadas por líderes de izquierda, algunos en nombre de la Alianza Democrática M-19, otros por movimientos cívicos y ciudadanos.

Luis Miguel Vergara, exalcalde de Corozal y diputado del departamento, fue asesinado en Sincelejo; Raúl Tovar, alcalde de Chalán; Jairo Romero Pérez, alcalde de Tolú; Carmelo Barrios, candidato a la alcaldía de Betulia, fueron asesinados; Édison Zamora, de Ovejas y Víctor Ramírez, de Morroa, fueron desplazados; los concejales Nelson Escorcía, Reinaldo Rivas, Francisco Chamorro y Rodrigo Montes fueron asesinados, los dos primeros en Sincelejo y los dos últimos en Ovejas.

En lo que se podría considerar una tercera generación de líderes de izquierda, persistió la presencia de candidatos independientes, como Jesús Barrios y Ramiro Chamorro, acompañados por otros concejales en los municipios de Los Palmitos, Corozal, Sincelejo, Morroa, Ovejas, San Onofre, Sampués y El Roble. Todos ellos, respaldados por políticos con algo de poder, para mantenerse en la arena política y preservar así sus vidas.

Esa región, rodeada por las cordilleras de la Europa y las serranías de los Montes de María, fue también el escenario de una de las campañas más feroces de exterminio colectivo y selectivo de los últimos tiempos. Guerrilleros de las FARC-EP, paramilitares de las élites terratenientes de Sucre y el Ejército Nacional desataron una violencia brutal. Sin embargo, en aquel momento, los medios de comunicación y parte de los defensores de los derechos humanos presentes guardaron un preocupante silencio sobre estos hechos, amparados por las justificaciones sociales de

la guerra. «Apoyaban a las guerrillas», «Estaban robando tierras», «Apoyaban a los paramilitares», «Fueron informantes del Ejército», eran las voces que circulaban de boca en boca, paralizando cualquier intento de acción por el temor a que lo rumoreado fuera cierto.

La guerra irreal, que los medios de comunicación hicieron parecer real, buscó destruir la organización campesina y tuvo varios resultados: un campo sin campesinos, una creciente descomposición social en las ciudades, mafias desbordadas, 91 352 hectáreas despojadas, 4380 víctimas arrojadas de sus tierras. Solo en Colombia se producen conflictos y guerras sui géneris. Los muertos, el despojo y las víctimas fueron campesinos organizados en la ANUC, todo ello fruto de la desinteligencia, la opulencia y la perversión criminal (Fucude *et al*, 2020).

Los análisis académicos sobre la población rural de la costa Caribe destacan los profundos cambios que esta ha experimentado a raíz del despojo de tierras. En particular, la Fundación Forjando Futuros (FFF) y el Instituto Popular de Capacitación (IPC), en su libro *Restitución colectiva de tierras en Colombia: una propuesta para cumplir con éxito la devolución de tierras en los 143 municipios de mayor despojo* (FFF e IPC, 2012), documentan que se han despojado 798 060 hectáreas, sin contar las 12 000 adquiridas por nuevos inversionistas en los Montes de María, conforme lo expresa el periódico *El Espectador* en un artículo publicado el 6 de septiembre de 2023: «No fue solo Argos: a 17 empresas les reclaman tierras despojadas en Montes de María» (Cote, 2023).

Podríamos indicar también que no solo la institucionalidad estatal y gubernamental sino, incluso, varias ONG han creado clientelas de talleres, similares a las del programa Familias en Acción, que fomentan la indigencia; ahora, observamos que los campesinos usan celulares y motos, reemplazando los antiguos medios de transporte.

En nuestro ingenuo idilio del pasado, hablábamos de tierra, territorio, cultura, empoderamiento, organización, autonomía y pueblo. Sin embargo, nunca imaginamos la profundidad del abismo cultural que produciría la ruptura del proyecto de vida en aquella sociedad de ensueño. No es solo la pobreza material lo que afecta, sino algo mucho más profundo, como los abismos del mar Caribe cerca del parque Tayrona, donde, antes de encontrar playas, uno se encuentra con abismos insondables.

Al igual que en la huelga de las bananeras, jamás existirán cifras exactas sobre el holocausto vivido en los diversos laberintos de muerte construidos en la costa norte de Colombia: los ríos arrastrando cabezas decapitadas, los cerdos engordados con chicharrones humanos, las fosas comunes en las haciendas, los desaparecidos que nunca regresan y los pueblos destruidos. «¡¿Cuántos muertos, cuántos desaparecidos, cuántas hectáreas despojadas?!», decía Ernesto McCauslan a la periodista que me entrevistaba en las oficinas de *El Herald* de Barranquilla antes del 27 de enero de 2013. «¿Quieres que te resuelva el enigma de la violencia vivida? Tú escribes buenas crónicas, sabes que la fantasía literaria es parte de la belleza de ese género periodístico, sabes que la exactitud es el viacrucis de la inexistente verdad».

Al regresar del exilio que para mí representó la cosmopolita Bogotá, volví a Bajo Grande, corazón del municipio de San Andrés de Sotavento. Fue impactante ver aquellos campos saturados de flores amarillas de robles y moradas de matarratón, que dejaban una sensación de profunda nostalgia y triste melancolía. El carro que me trasladaba desde San Andrés hacia las profundidades de Bajo Grande serpenteaba entre un jardín de acacias y trinitarias de colores diversos. «¡No puedo seguir!», dijo de repente el conductor, un hombre mayor, como su viejo vehículo. El trayecto continuó en una moto que, después de diez minutos de rugir incansablemente y saltar baches, exclamó: «¡Hasta aquí llego!».

Para llegar al sitio de la reunión, tuvimos que cruzar el arroyo Hondo, por un improvisado puente colgante hecho de tres troncos unidos por un bejuco, que ayudaba a mantener el equilibrio, como si se tratara de un mal equilibrista. Desde allí, la caminata hacia el lugar de encuentro fue interminable, pero fue gratificante llegar a un terreno plano que funcionaba como plaza. Estaba rodeada por los mismos robles con flores amarillas y moradas; ese jardín, lleno de refrescantes arbustos, se convirtió en un lugar de encuentro lleno de vida.

Los indígenas que me acompañaban no entendían por qué miraba tan embelesado a mi alrededor, con una tristeza similar a la que uno siente cuando asiste a un entierro de un ser querido. Tal vez, estaba sepultando mi pasado o, tal vez, estaba construyendo un camino de herradura del que no podía escapar; aquella fue una reunión mágica que unió mi pasado, mi presente y mi futuro.

Los sueños perdidos se reeditaron con la fuerza descomunal que produce el pueblo reunido y vibrante, como en esas fiestas de los pueblos donde el susurro se extiende y se convierte en mil gritos ensordecedores, emanados desde las entrañas de la tierra, atrapándonos y haciéndonos pensar, reflexionar y meditar. Es el hechizo desconocido de las masas transformadoras. A esas masas les teme la burguesía perfumada, pero son las mismas que encienden de júbilo a aquellos que se presentan como mesías.

Este campesino entró en contacto con la globalización en su peor momento. La fragilidad de estos pueblos no pudo resistir la premisa de que la miseria es más soportable en la ciudad que en el campo. El narcotráfico comenzó a impactar su entorno, reemplazando a los tradicionales burros y caballos por motos más prácticas. Comenzó a caminar pisando su propia sombra, mientras la violencia de paramilitares, guerrilleros y actores encubiertos llenaba de desesperanza y desconfianza su vida. Renunció a la condición de líder humano y comenzó a conformarse con las migajas que caían de la gran cocina del Estado. Fue

el Estado el que soltó esas migajas, creando un gran ejército de Familias en Acción, sin conexión con ninguna cadena productiva.

#### 14.2. De nuevo en la plaza pública: en Sincelejo con el campesinado frente al expresidente Santos

El padecimiento mitigado el 4 de junio de 2011 en Sincelejo fue una mezcla extraña entre el sufrimiento vivido y el morbo político que se había tejido en nombre de la democracia en la región Caribe. Como un sello de seguridad que comenzó a ceder, surgieron esfuerzos invisibles que ofrecían el mundo legal con temor, frente al abismo de lo ilegal. Lo que ocurrió ese día fue la recompensa, el aplauso de la civilidad urbana, siempre de espaldas a la ruralidad despreciada; fue la búsqueda de lo pequeño tratando de ser grande, de tocar lo inalcanzable, en un intento por romper la sequía del respeto robado.

El entonces presidente Juan Manuel Santos entendió esto, y también lo comprendieron los 4000 líderes rurales que ese día volvieron a reír y cantar como sinsonte. A pesar de los intentos de silenciar su canto de libertad, fueron capaces de sembrar una esperanza en medio de la tristeza, en las almas agotadas de quienes ya lo han perdido todo. Ese día, cantamos y reímos, sin saber si por placer o por dolor, o tal vez por esa mezcla confusa que nos hace creer que el pasado fue solo un invento de nuestra ignorante conciencia. Ese día escuchamos la música que libera la basura amontonada en los traspatios de nuestras almas entristecidas, reviviendo otoños no vividos, dejando atrás el silencio implacable y la oscuridad reconfortante que nos mantenía cautivos.

Fue un acto de amor por las promesas sin respuestas del gobernante. Todo ello fue una sigilosa fusión entre las lágrimas derramadas y el agua de la ducha, los pozos o los arroyos que todavía son parte del encanto desnudo de nuestra costeñidad, porque el desarrollo humano en la región sigue siendo ingenuo y esquivo, sin adaptarse a nuestra realidad de seres libres, provocando

breves carcajadas ante la pronunciación, grosor o tamaño de nuestros genitales. Los abrazos y las lágrimas tumultuosas me hicieron sentir un hombre feliz, pero también tan frágil como el canto del sinsonte cuando los rayos del sol destruyen su alegría.

El viento entre los sauces me proyectaba dos mundos con cosmovisiones diferentes, mundos sobre los que era necesario tender un puente imaginario, que capturara el murmullo de las palabras y el sonido de los chorros refrescantes, en medio de un calor sofocante que, con el agua, se transformaba en una refrescante primavera. En esos momentos, los locos podían desmandarse por aquellas montañas llenas de cuevas y matorrales, a veces territorios hostiles que producen claustrofobia. Eso fue lo que sentí al salir del coliseo, cuando los viejos y nuevos productores del campo me rodearon en un abrazo tan apretado que ya no podía respirar. Mi sonrisa se convirtió en una mueca de angustia, después de aquel discurso que les devolvió la vida.

«Sáquenme de aquí», les dije a los amigos más cercanos; no sabía a qué le huía, pero al tomar un taxi, le pedí: «Llévame a Morroa. ¿Conoces las trochas de los contrabandistas?». «¡Claro!», me respondió. «Sácame por esa vía», dije, temeroso y necesitado, pues, si algo intentaba escapar, pronto me quedé petrificado. El taxista llevaba consigo una colección de obsequios que las entidades del sector agropecuario distribuyeron en el coliseo. «¿Cómo hiciste para conseguir todo eso? ¿Eres taxista o campesino?», le pregunté. «Manejo taxi, pero entré al coliseo», me respondió. Sin ser católico, pensé para mis adentros: «Que sea lo que Dios quiera. Si este hombre es informante o de las autodefensas, estamos perdidos».

### **14.3. En la concentración campesina de Barranquilla: propuesta de alianzas estratégicas entre la oferta gubernamental y el campesinado**

«La cuesta parece empinada, la sed fluye fácilmente y el agua escasea, pero si no comenzamos, no terminamos». «¡No joda,

cualquiera se desmoraliza! ¿No tienen otra forma de estimular los espíritus y cuerpos cansados?»), le dije a un grupo de campesinos que querían devorarme con sus miradas. Pretendíamos llenar a finales de marzo de 2011 el Estadio Metropolitano de Barranquilla sin cinco centavos; las cosas se complicaban porque el Estadio Romelio Martínez, con sus graderías, solo cobija a 10 000 personas; las demás deben estar en el centro de la cancha.

La alcaldía nos decía que las tarimas, sillas y sonidos eran de la Fundación Carnaval de Barranquilla. Los funcionarios de protocolo de la Presidencia inspeccionaban que hubiera sala de cómputo, enfermería y fluidez de movilidad. Al que no quiere caldo, se le dan dos tazas: «¡El Metropolitano es la única salvación!», «¡Tiene todas las comodidades!», «¡Perfecto!»), gritó una dama de la oficina de proyectos especiales de la Alcaldía de Barranquilla. ¡Otra vez yo creyendo en milagros!

Teníamos listados registrados de hombres y mujeres de toda la costa, que sumaban 70 000 almas, pero nosotros no teníamos en los bolsillos ni para un tinto, mucho menos para llamar o tomar un taxi. La odisea de escalar el edificio más alto de Bogotá, acompañado solo de una botella de agua, solo es posible para deportistas consumados y de alto rendimiento. No solo nos creemos nuestras fantasías, sino que extendemos nuestra locura a las personas que nos escuchan. 70 000 campesinos, mulatos, indígenas, afrodescendientes, mujeres, estudiantes e intelectuales demócratas nos acompañarían en esta competencia por superar a la selección Colombia cuando llena el Metropolitano en las eliminatorias mundialistas, solo que nosotros lo haríamos sin pases de cortesía a granel y sin propaganda de alguna empresa.

Aquel día amaneció a las cuatro de la mañana. Para esa época, el día le robaba dos horas a la noche; además, Caracol Televisión deseaba cubrir desde las afueras del Metropolitano la llegada de miles de campesinos, que habíamos anunciado con bombos y platillos en los días anteriores. Al llegar, encontré a cincuenta

mujeres venidas desde la Alta Guajira. Aquella delegación me sorprendió; los días anteriores, las tensiones llovían a borbotones.

En lo más hondo de mis sentimientos deseaba retirarme de esta nueva aventura; era difícil que los Gobiernos de la región nos apoyaran. Pesaba sobre los gobernantes la sombra siniestra de los paramilitares, pero más difícil aún era que los líderes en quienes nos apoyábamos asumieran, con todas sus implicaciones, el concepto de «autonomía». Deseaba decir: «¡No doy más! Que la vida se arregle por generación espontánea». Nunca supe qué me contuvo; por eso, inicié aquel discurso con la fábula del cielo y las nubes. Siempre he pensado que el expresidente Juan Manuel Santos percibió mi angustia. «¡Solo los hombres que sueñan están llamados a triunfar!», dijo mirando hacia donde yo estaba. Me sentí desnudo en ese estadio enorme.

A veces, nos equivocamos tratando de tocar el cielo, cuando solo podemos tocar una fugaz nube oscura. Queríamos, en esa oportunidad, proponer y argumentar una carta de navegación a seguir en los próximos meses y años, que garantizara la perseverancia de la diversidad rural y la renovación del concepto de pueblos autónomos, así como las alianzas estratégicas que como tales necesitamos.

Somos conscientes de que la costa Caribe posee las características de una fortaleza feudal, con castillos medievales, acaudalados señoríos y una masa enorme de desposeídos nadando en el mar de la inmundicia, la miseria y la desilusión, esperando las migajas y el látigo del opresor como premio a nuestra existencia. A eso es a lo que queremos renunciar, porque nos duele el alma más que la piel curtida y, por ello, apostamos a una alianza, como acto de poder y ausencia de marginalidad.

No queremos construir un árbol de ilusiones para que, en un instante de vientos alisios, lo destruya un rayo, ni que nuestros pequeños botes sean destruidos por las aguas en el oscuro

punto de la población vulnerable. No, queremos que nuestros hijos y nietos crezcan libres, con ilusiones ciertas, y le coque-teen a la igualdad.

Usted dijo el domingo en *El Espectador* que «la revolución agraria no tiene reversa» y usó el simbolismo de la mano derecha y la mano izquierda como enemigas de este proceso. Pero existe una simbología que ha sido satanizada por esa izquierda y esa derecha, por la carga cultural que, en sí misma, encierra, pero que hoy, para esta masa de desposeídos, hombres y mujeres, significa romper la barrera invisible que impide la unidad verdadera entre gobernantes y gobernados...

En segundo lugar, proponemos superar la cultura de los «proyecticos chichipatos» que solo sirven para alargar la desesperanza. El modelo de desarrollo que proponemos debe generar productividad que rompa el ciclo de miseria, informalidad y desilusión, que garantice la seguridad alimentaria de las familias productoras, de los habitantes de las grandes ciudades, y que asegure la exportación de excedentes a otros países.

Una educación bilingüe y de calidad en los territorios, en todos los ciclos de aprendizaje, una oferta de servicios vitales que mejoren la calidad de vida, una política seria de protección y desarrollo ambiental, con líneas de producción especializadas, son las garantías de desarrollo humano que afianzan la democracia, y construyen equidad e igualdad entre los hombres y mujeres del Caribe colombiano.

Proponemos una política de alianzas estratégicas y autofinanciación consistente en la creación de una bolsa común: los productores colocamos nuestras tierras, nuestra organización y mano de obra; el

Gobierno aporta créditos de fomento, facilita y garantiza los procesos autónomos de organización de la sociedad civil rural, y concertamos la planeación y oferta de servicios con los pueblos rurales; los Gobiernos amigos interesados en nuestros productos serán aportantes en esa gran bolsa, y concertarán con los productores y el Gobierno la oferta productiva, las condiciones de compra, las tecnologías apropiadas, respetando nuestra cultura y el subsuelo de nuestros territorios.

Sí, eso es posible. Proponemos, señor presidente, hoy, aquí, en la calurosa Barranquilla, un ¡sí! a veinte áreas de desarrollo que saquen a nuestras comunidades de la condición de masa amorfa y limosnera, de borregos manipulados por políticos inescrupulosos. Queremos proyectar a la región Caribe como un ejemplo de democracia y equidad. Esto implica superar el modelo económico basado en la oferta y los subsidios, y fortalecer un desarrollo interno robusto, con suficiente músculo estratégico. La filosofía de nuestra organización es el diálogo entre iguales, quienes se convierten en cómplices al someterse a la fuerza de la razón, donde el lenguaje es el verdadero código genético de la humanidad. Este concepto no lo entienden los señores de la guerra, pero sí lo entendemos nosotros, y a ello le invitamos a usted.

La historia de Colombia es rica y compleja, tanto en organización como en fatalidad. No solo falsificamos la democracia cuando compramos votos a cambio de favores, sino que también falsificamos la organización social al asumirla como una pertenencia de derecha o izquierda, cuando las direcciones se clientelizan y se manipulan con fines de grupos. Proponemos al gobierno del presidente Juan

Manuel Santos y a los dirigentes sociales que nos unamos para lograr la gran transformación cultural de nuestro pueblo rural, que ha sido formado en la indolencia social, esa que nos legaron los colonizadores y que aún nos impide ver que organizar es fortalecer la democracia. (Suárez, 2011, pp. 2-3)

El discurso que presenté incluyó, asimismo, la crítica al asistencialismo frente al pueblo en condiciones de pobreza, y con tratamiento paternalista y lastimero. Discutí que era necesario crear mecanismos «para que esos “pobres indios”, esos “pobres negros” y esos “pobres campesinos” se conviertan en generadores de riqueza, tanto para ellos mismos como para el Estado y la sociedad en su conjunto». Argumenté la exigencia del respeto a la autonomía de las organizaciones sociales y de los pueblos como un asunto de principios: «Esa autonomía es lo que da recompensa a la sociedad civil, a la cultura del esfuerzo propio y al derecho de ser considerado un interlocutor válido en la construcción de la equidad social y la democracia participativa».

Puse de presente la exigencia de la información y la consulta a las comunidades y sus organizaciones, no aparte solo con sus dirigentes, para salirle al paso al «burdo clientelismo que ensucia nuestra conciencia».

Es bajo la pobreza ancestral que debemos discutir la ley de desarrollo rural con enfoque territorial, la oferta de servicios, las zonas de desarrollo integral y sustentable, la ley de víctimas y restitución de tierras. Estas leyes deben cambiar la perspectiva de vida de nuestras comunidades del Caribe, pero también transformar los enfoques de la democracia participativa y la gobernabilidad democrática. En este proceso construiremos confianza, fortaleceremos alianzas y consolidaremos la democracia con desarrollo humano y equidad social, y revitalizaremos el Estado social de derecho, fundamento de la

Constitución de 1991. A esto le invitamos a usted y a los gobernantes locales.

Proponemos, señor presidente, la creación de comisiones de trabajo estratégicas, integradas por funcionarios del Ministerio de Agricultura, Incoder, Banco Agrario, Finagro, los Gobiernos locales y regionales, los cooperantes internacionales y voceros de las comunidades. Estas comisiones se encargarían de implementar los proyectos productivos, analizar sus características técnicas y ambientales, la oferta de servicios estatales y las condiciones bajo las cuales los gobiernos cooperantes apoyarían nuestro desarrollo. Juntos podemos enfrentar los intereses oscuros; solos fracasamos. Usted no desea fracasar. Nosotros no podemos fracasar.

Fueron dos generaciones perdidas que involucionaron en el tiempo: celular, moto, televisión, champeta, reguetón, rancheras de mafias, fiestas, corralejas, calzado con luces y la proliferación de iglesias protestantes. Esto se presentaba como un nuevo contrato social, un mapa conceptual difícil de entender, ya que desbordaba nuestra estructura cultural. Todo se había mercantilizado, no había sueños, ilusiones ni proyectos de vida. Los viejos líderes agrarios se mostraban cansados, con discursos bien intencionados, pero sin impacto. Se sentían como en la canción del pescador: «No tiene fortuna, solo su atarraya». (Suárez, 2011, pp. 3-4)

Los compañeros de esta nueva aventura, confundidos y desilusionados, preguntaban: «¿Qué hemos hecho? ¿Qué necesidad teníamos de este enredo?». Mientras tanto, en Bogotá, algunos sugerían cancelar el evento. «Nosotros apoyamos políticamente, pero el Gobierno debe apoyarnos económicamente», decían los más afectados por la dependencia de las ONG. «¿Qué hacemos?

No vamos a luchar por treinta años contra el movimiento social solo para ver cómo arriamos la bandera al final». Los gobernadores y alcaldes no nos apoyarían.

Si anuncias una fiesta y luego la cancelas, los invitados no volverán a confiar en ti. Así fue como, en nuestra gran cita, 20 000 hombres y mujeres acudieron, pero el entonces presidente Juan Manuel Santos dudó en acompañarnos. Todos los presidentes tienen algo de mesiánicos, y el doctor Juan Manuel, por muy bien nacido que fuera, no fue la excepción: llegó al Metropolitano y fingió creer en nosotros.

Dejamos de hablar de organización campesina, cambiamos el término por «red de productores agrarios». Ya no hablamos de reforma agraria, sino de desarrollo rural con enfoque territorial, de alianzas estratégicas, de autonomía de los pueblos, de empoderamiento cultural, y de refrescar la democracia con ejercicios directos y electivos. Cambiamos el discurso, y el efecto no se hizo esperar: el pueblo campesino, el indígena y el afro se sintieron atraídos.

No sabemos si estaban convencidos, pero, al menos, pudimos garantizar que estuvieran confundidos, como en la canción de Rafael Orozco: «Me siento confundido, no sé lo que estoy cantando». Desde allí, las cosas se volvieron tan inciertas como los arroyos de los Montes de María o El Embrujo, de esa parte de la costa que todos pretenden, tocan y acarician, pero que nadie controla, ¡Los Montes de María!

#### 14.4. Pensando propuestas hacia una política agraria viable

En el 2011 realizamos en Sincelejo un reencuentro de la vieja dirigencia de la ANUC con unos 36 asistentes, entre ellos Florián Rivera, Chucho Pérez, Alejandro Suárez, Ismael Amaya y Catalina Pérez, acompañados del reconocido asesor en temas agrarios Alejandro Reyes. De allí salió el documento titulado *Propuesta para implementar la política de desarrollo rural democrática, pronta y por la*

*dignidad* (Convergencia afro-indígena-campesina caribe, 2011). A continuación, se retoma e introduce su contenido principal.

Los objetivos de la política agraria viable que se propuso fueron los siguientes:

- . Que el Gobierno asuma la responsabilidad política de fortalecer a las organizaciones sociales del agro, creando un canal de comunicación real y una interlocución efectiva para el desarrollo entre la sociedad civil y el Estado colombiano.
- . Promover y garantizar la organización, autonomía y participación del campesinado, de los indígenas, los afros, las mujeres, los jóvenes, los profesionales del agro, los pequeños y medianos productores, y demás grupos sociales rurales, en la definición y ejecución de planes y proyectos agropecuarios.
- . Generar las condiciones para que el Estado social de derecho, la institucionalidad y el reconocimiento del derecho real a la propiedad y al trabajo, así como la seguridad de las poblaciones rurales, sean una realidad.
- . Impulsar un nuevo modelo de poblamiento regional que desincentive la concentración de la población en los grandes centros urbanos y que fortalezca las medianas y pequeñas poblaciones, dotándolas de servicios públicos y programas de desarrollo integral y sostenible.
- . Mejorar el nivel de vida de la población rural, fortaleciendo su oferta social y económica, como condición esencial para alcanzar la paz y la convivencia en el campo.
- . Elevar la productividad y rentabilidad agropecuarias para garantizar la autonomía y seguridad alimentaria del país, adecuando los niveles de consumo y nutrición del pueblo colombiano, y generando excedentes comercializables. (Convergencia afro-indígena-campesina caribe, 2011, pp. 5-6)

La propuesta de política de desarrollo rural que planteamos debe orientarse hacia la construcción de un nuevo modelo de desarrollo rural integral y sostenible, que promueva la participación de todos los sectores sociales del agro, ya que el modelo actual aún no ha resuelto muchas de las situaciones de exclusión social y productiva que enfrentan las comunidades rurales campesinas.

Es esencial que en todo momento se priorice la creación de espacios de participación y diálogo entre las comunidades rurales y las instituciones públicas, especialmente en los espacios donde se toman decisiones sobre las políticas agrarias. Este diálogo debe abordar, entre otros, los siguientes temas:

- **Reconocimiento y fortalecimiento de las organizaciones gremiales y las asociaciones en el marco del ejercicio del derecho constitucional de asociación:** esto implica identificar y conocer el estado de las organizaciones existentes y su legalidad, así como diseñar planes organizacionales que apoyen procesos de formación integral, de manera concertada.
- **Implementación de una política agraria local y regional ejecutada por las dependencias públicas:** esta política debe estar en constante diálogo con las organizaciones reconocidas o con las familias o individuos que lo necesiten. Las organizaciones campesinas deberían poder designar a los técnicos de sus propias comunidades, preferiblemente egresados del SENA o de las universidades. Este enfoque permitirá crear un clima de gestión del conocimiento, donde dirigentes y activistas tengan la capacidad de gestionar y dialogar en búsqueda de un desarrollo integral, evitando los proyectos aislados que carecen de estrategia, planificación y sostenibilidad.
- **Creación de instancias de participación:** consiste en establecer espacios de diálogo y negociación permanente (consejos de desarrollo, mesas de diálogo) a nivel local, regional y nacional, para analizar y hacer seguimiento a los acuerdos de desarrollo. Estos espacios deben permitir la evaluación de la ejecución, calidad e

impacto de las políticas, sumando tanto las experiencias positivas como las negativas del desarrollo rural.

- **Formalización y adjudicación de tierras con base en un proceso de cartografía social apoyado por las comunidades:** es necesario apoyar la restitución, titulación y adjudicación de tierras a campesinos sin tierra, así como la administración de baldíos en sabanas, ciénagas y carreteras. Para ello, es fundamental revisar exhaustivamente la propiedad y activar las juntas de administración local de baldíos y ciénagas, asegurando la representación de organizaciones campesinas, indígenas, de mujeres y afrodescendientes en las respectivas áreas.
- **Financiación de proyectos productivos:** proponemos eliminar tipos de convocatorias y cualquier intermediación que excluya a los sectores más pobres del campesinado. En contraste, deben establecerse canales directos de adjudicación y financiación entre las entidades gubernamentales y las organizaciones campesinas. Estas adjudicaciones deben basarse en mecanismos legales y técnicos que favorezcan el uso adecuado de las tierras por parte de los campesinos, con recursos suficientes para lograr los resultados esperados en cuanto a productividad y rentabilidad.
- **Estructura de propiedad asociativa agroempresarial:** queremos promover modelos de economía solidaria o cooperativa donde existan condiciones geográficas, culturales y de organización favorables, y una formación adecuada a nivel empresarial, para fomentar el emprendimiento responsable.
- **Planes de desarrollo rural local:** deben surgir a partir del reconocimiento de los planes de desarrollo social elaborados por las comunidades. Esto fortalecerá la democracia directa y fomentará la participación en la planificación del desarrollo rural, incluyendo a los barrios pobres de ciudades intermedias. Esta visión debe permear todos los niveles de la población rural.

- **Clasificación agroecológica de suelos:** es necesario asegurar que las tierras utilizadas para actividades productivas sean viables. En ese sentido, la experiencia pasada demuestra que las tierras de mala calidad generaron pobreza, endeudamiento y descrédito a los campesinos, quienes fueron injustamente tachados de incapaces.
- **Desarrollo de la educación rural:** debe adaptarse a las necesidades de las comunidades rurales, aprovechando las nuevas tecnologías. La educación debe ser técnica, tecnológica y profesional, en colaboración con las instituciones educativas superiores y los centros regionales de educación (Ceres), apoyados por el SENA.
- **Identificación de renglones estratégicos productivos:** es necesario evitar propuestas externas que utilicen a los campesinos para sembrar productos sin asegurar una mejora real en sus condiciones de vida. El Estado debe garantizar un precio justo y sostenible para los productos, y ofrecer asistencia integral en áreas como riego, maquinaria y buenas vías de acceso.
- **Créditos de fomento:** es necesario rediseñar y ampliar los sistemas de crédito dirigidos a los campesinos, para facilitar el acceso a la financiación de pequeños y medianos productores agropecuarios. En esa medida, debe priorizarse la creación de fondos rotatorios en las comunidades organizadas, sujetos a los planes de desarrollo locales.
- **Infraestructura productiva:** es fundamental construir y mejorar la infraestructura de transformación, almacenamiento, conservación y comercialización cerca de las zonas de producción, para reducir los costos de transporte y generar más empleo e ingresos para los productores.
- **Asesorías y apoyo a la exportación:** es esencial generar programas que apoyen a los productores para que puedan establecer condiciones de exportación, inteligencia de mercado y organización para la comercialización internacional, así como para financiar las exportaciones de productos.

- **Infraestructura vial:** es crucial mejorar la infraestructura vial en las zonas rurales para garantizar la movilidad de personas y productos, evitando los problemas derivados de la temporada invernal.
- **Vivienda y saneamiento básico:** queremos impulsar proyectos masivos de vivienda digna y saneamiento básico en las zonas rurales, para mejorar las condiciones sanitarias y prevenir los efectos del invierno, fomentando la innovación comunitaria y la solidaridad.
- **Política de salud integral y preventiva:** es esencial apoyar a las comunidades campesinas, indígenas y afrodescendientes que cuentan con profesionales de la salud como enfermeros, médicos tradicionales y parteras. Es fundamental reconocer y respaldar estos recursos humanos y naturales para promover una salud preventiva que contribuya al desarrollo integral del campo.
- **Planificación concertada con el Estado:** es necesario impulsar la coordinación de los programas y proyectos de instituciones públicas y privadas en las zonas rurales, con el fin de ahorrar recursos y garantizar que se inviertan de manera eficiente en un plan de desarrollo común.
- **La mujer campesina, indígena y afro:** las mujeres del campo han sufrido violencia, desplazamiento y pérdidas, pero siempre han mostrado una valentía y fortaleza admirables. El Estado debe repararlas, no solo con auxilios mensuales, sino con planes de desarrollo integral que incluyan tierras en lugares estratégicos y un plan de desarrollo adecuado para ellas.
- **Política medioambiental:** es urgente una política que brinde alternativas a las comunidades en zonas de riesgo, que han sido afectadas por desastres naturales sin tener opciones viables. En esa vía, se deben fomentar alianzas productivas entre campesinos, pescadores y desplazados, para que trabajen juntos en tierras aptas para la producción agropecuaria, mientras se construyen viviendas seguras.

- **Modelos de ocupación, uso y conservación del territorio:** con enfoque ecosistémico, adaptados al cambio climático, para proteger humedales y sabanas. Las comunidades que habitan cerca de estos ecosistemas deben ser incluidas en proyectos de desarrollo sostenible.
- **Desarrollo rural y la juventud campesina:** los jóvenes y niños rurales son el futuro del país. Es fundamental apoyarlos con recursos para su educación y capacitación, para que puedan ser una fuerza transformadora en sus comunidades y en el país. El Estado debe respaldar proyectos educativos que les brinden las herramientas necesarias para ser agentes de cambio en el desarrollo rural. (Convergencia afro-indígena-campesina caribe, 2011, pp. 7-14)

El estilo que adoptamos nos llevó a nadar contra la corriente, pero nos mantuvimos firmes en nuestros principios, igual que las rocas de mi pueblo, que, a pesar de las explosiones de dinamita, resistían ante los intentos de perforarlas. Nuestra firmeza no fue solo ideológica, también fue práctica; comenzamos a apoyarnos en nosotros mismos, alejándonos del precipicio que desde el mundo de las ONG suele mostrarse. Siempre pensando en las futuras generaciones, apagamos la hoguera que los herejes encendieron contra los pueblos rurales.

Aprendimos a volar como los pájaros en una mañana soleada y a nadar como el pez en aguas limpias, rodeados de cedros centenarios, que florecían con aromas suaves, como fieles acompañantes de nuestra historia. Recordamos que, desde pequeños, habíamos nacido para nadar entre dos aguas llenas de supersticiones y magias, que nos daban vitalidad, a pesar de los mosquitos y jejenes que chupaban nuestra sangre, aunque el humo de las hojas de matarratón los ahuyentaba. A nuestros jóvenes, nuestra memoria y nuestra herencia de lucha.

A los jóvenes les diría que no tengan miedo de arriesgarse. El mundo necesita personas con ideas frescas,

con pasión y con el coraje de transformar la realidad. No se conformen con lo establecido, busquen siempre ir más allá. (IMH-CNMH, Ismael Amaya, Resguardo de San Juan, Sucre, 11 de octubre de 2024)

Después de aquel encuentro en Sincelejo, muchas cosas comenzaron a ocurrir con gran rapidez. La imagen del hombre triste se deshizo en el viento, desapareciendo la oscuridad que contemplan los ciegos. Surgieron destellos de luz, como relámpagos desde lo más alto del cielo Caribe. Aquellos que, por defender a la humanidad, se ocultaron en los rincones más secretos de la tierra, demostraron ser una fuerza inagotable de pujanza y dignidad, como el cielo y la tierra, interminables como el fluir de los ríos y arroyos, como el sol y la luna, que terminan solo para comenzar de nuevo.

Como las estaciones, que, aunque pasen, siempre retornan con la velocidad del viento, compactas como el bosque, inmóviles como las montañas, llegamos allí rompiendo el exilio, sin codiciar la fama, sin temer a las desgracias del retorno. Solo teníamos el ánimo de prestar un buen servicio al pueblo sabanero, dejando atrás las dudas que conducen a la desesperación y al olvido.

Con el tiempo, hemos presenciado ataques esquizofrénicos que ponen a las colectividades al borde de las alucinaciones. En las luchas campesinas de la década de los setenta, vimos al Comité Ejecutivo de la ANUC luchar por estar cerca del Palacio de San Carlos, en Bogotá, en una carrera desenfrenada hacia el palacio presidencial, donde esperaba que la revolución llegara en barca celestial, una vez las luchas por la tierra derritieran el régimen político feudal. Ese régimen, sin tierra, se desvanecería como una nube pasajera llevada por las brisas del Caribe colombiano. Se desvaneció, sí, pero también se desvanecieron las ilusiones que nos hicieron creer que el 21 de febrero, al tomar la tierra, todo se derrumbaría ante nuestros pies.

La vida es terrible, como un océano inmenso que te absorbe mientras navega por ti en un abismo insonoro, robándote lo que ya era tuyo y solo devolviéndote lo que ya le habías pagado: los sueños. A veces, es necesario ahogar los recuerdos para que no se atraganten en la garganta, produciendo asfixia y tristezas incontrolables en los labios, donde el desaliento siempre alienta. Es allí donde la palabra avanza lentamente, donde el canto se debilita porque ya no existen los temas.

Sin embargo, a veces, la vida es tan bella como las montañas primaverales de abril en la costa Caribe; por eso, reímos, porque no podemos olvidar la verdad de que en la belleza existe algo puro, y, por eso, amamos, apostamos por la vida, la felicidad, el placer y la estética, incluso en medio de las dificultades. El costeño se mofa de esas dificultades, convencido de que son solo momentos pasajeros, como una moneda de doble cara.

Siempre pensamos que nuestros sueños serán celebrados por los labios del futuro, pues eso es lo que perdura más allá de una tumba dorada, preservada por la naturaleza indómita, a pesar de quienes tienen el poder para herir, pero no lo hacen porque no pueden, porque el destino prometido, con los años, te acerca al goce, que es superior a lo trágico de la vida.

El pájaro saltamontes, una mítica ave abundante en los Montes de María, tal vez sea nuestra guía salvadora. Esa diminuta ave no vuela, sino que salta emitiendo su canto, «chiris, chiris», alertando al campesino del peligro de las serpientes venenosas; su plumaje, parecido a la hoja seca, le permite escapar de las víboras. Esta ave, imitada por los campesinos perseguidos, les salvó de la muerte.

Aunque cada parte de nuestro ser sufra olvido, habrá ojos no nacidos que leerán el libro abierto de lo vivido en nuestro Caribe y seguramente encontrarán frases veraces de amigos sinceros; solo se podrá decir que nuestro amor por la tierra fue nuestra ruina, nuestra fortuna y nuestro remolino de nostalgia. No se

puede avanzar hacia el puente derribado, pero hoy emprendemos el vuelo por el camino que la vida nos reservó, para probar nuestra fortaleza y nuestra debilidad.

Solo deseamos que aquellos pueblos rurales, llenos de indígenas, campesinos, pescadores y negros, conquisten la alegría en sus miradas perdidas y conserven la capacidad de soñar y reír, no importa cuántos obstáculos tengamos que saltar, como las cañas de corozo con espinas afiladas bloqueando el camino, para que, como trampas, obstruyan el progreso.

En Los Palmitos, primero, y en Los Guayacanes, después, labramos nuestra felicidad; hoy, queremos construir la senda del progreso y el desarrollo, a pesar de los violentos. Apostamos por el desarrollo de nuestros territorios, pero apostamos también al desarrollo humano, a la organización autónoma de las comunidades, al sueño de la democracia social, a los nuevos liderazgos y a la intervención de toda la cadena productiva, en un desafío a lo desconocido y a la incertidumbre de la vida.

Cincuenta y seis años después, un nueve de abril, volví en un sueño a la casa de doña Carmela Martelo, viuda de Olmos, donde vivió la señora Lorenza, en la finca El Recreo; entre guayacanes, volví a ver aquellos árboles frondosos de hojas menudas y verde oscuro, con flores amarillas. Los cactus de nuestros sueños volvieron a estar allí, con sus pitahayas rojas. Lo más extraordinario fueron las quince matas de corozo, llenas de frutos, que rodeaban los guayacanes.

Ahora, en vez de sabanas, había muchas matas de malvas, cuyas flores se parecen a la cola de un gato coqueteando, y que los campesinos usan para tratar cólicos hepáticos. En las quebradas, volví a encontrar árboles de chicho, que usábamos como abono en las áreas donde sembrábamos tabaco. Volví también a la ceiba del pozo, donde montamos los primeros fogones para la olla colectiva.

¿Será que la vida es recurrente para que no olvidemos el pasado y mantengamos vivos los sueños de los desposeídos? Porque ahora, junto con cientos de líderes y líderesas, queremos avanzar en darle certeza a la democracia abierta. Los sueños de lo vivido regresan como una tortura invisible, que lacera las heridas del camino y convierte la vida en una historia interminable de sufrimiento y desencanto. ¿Serán eternas las condenas humanas, como la búsqueda de la felicidad? No lo sé, solo sé que estamos tocando puertas, a ver si los sueños vividos tienen un final que corresponda a nuestros anhelos y sueños de equidad.



PREFACE

## Referencias

- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2017). *Campesinos de tierra y agua: memorias sobre sujeto colectivo, trayectoria organizativa, daño y expectativas de reparación colectiva en la región Caribe 1960-2015. Campesinado en el departamento de Sucre*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2018). *Todo pasó frente a nuestros ojos. El genocidio de la Unión Patriótica 1984-2002*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2019). *Tomamos la decisión de ser campesinos. Diálogo desde la ANUC*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2026a). *El pueblo habla, el pueblo manda. Memorias y exterminio del movimiento ¡A Luchar! (1984-1992)* (en prensa).
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2026b). *Todos los demócratas y revolucionarios unidos en un gran Frente Popular, 1980-1991* (en prensa).
- Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV). (2022a, julio 11). *Cifras de la Comisión de la Verdad presentadas junto con el Informe Final*. <https://web.comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/principales-cifras-comision-de-la-verdad-informe-final>

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV). (2022b). *Colombia adentro. Relatos territoriales sobre el conflicto armado*. Caribe. CEV. <https://www.comisiondelaverdad.co/colombia-adentro-1>

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV). (2022c). *No matarás. Relato histórico del conflicto armado en Colombia*. CEV. <https://www.comisiondelaverdad.co/no-mataras>

Convergencia afro-indígena-campesina caribe. (2011). *Propuesta para implementar la política de desarrollo rural democrática, pronta y por la dignidad*. Corporación Crecer-Corporación austriaca para el desarrollo. [https://www.archivodelosddhh.gov.co/saia\\_release1/almacenamiento/ACTIVO/2016-12-27/234922/anexos/1\\_1482877333.pdf](https://www.archivodelosddhh.gov.co/saia_release1/almacenamiento/ACTIVO/2016-12-27/234922/anexos/1_1482877333.pdf)

Echeverri Lara, L. M. (2006). *La flor de la esperanza: Gloria Lara de Echeverri / Luz María Echeverri Lara*. Panamericana.

El Tiempo. (2011, julio 3). Informe agrario. *El Tiempo*, p. 4.

Farah, M. A. y Pérez, C. E. (2004). Mujeres rurales y nueva ruralidad en Colombia. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, (51), 137-160.

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Editorial América Latina.

Fundación Cultura Democrática (Fucude), Opción Legal, Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (Codhes), Mesa de Organizaciones de Población Desplazada de los Montes de María (OPDS) y Universidad

- Tecnológica de Bolívar. (2020). *Los Montes de María bajo fuego*. Nueva Editorial.
- Gómez G, J. A., Herrera, J. R. y Pinilla, P. (2009). *Informe final de la Comisión de la Verdad sobre los hechos del Palacio de Justicia*. Universidad del Rosario.
- Hernández, E. (2021). *Balance aproximativo a la investigación sobre la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos—ANUC— años 70* [Tesis de maestría, Universidad Pedagógica Nacional]. Repositorio Institucional UPN. <http://repositorio.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/17276>
- Hernández, M. (2004). *Rojo y Negro. Historia del ELN*. Editorial Txalaparta.
- Partido Comunista de Colombia Marxista Leninista (PCC-ML). (1975a). Lanzamiento de la campaña de bolchevización. En Partido Comunista de Colombia - Marxista Leninista (PCC-ML) (Ed.), *Combatiendo Unidos Venceremos. Documentos 3* (pp. 64-86). Editorial 8 de Junio.
- Partido Comunista de Colombia - Marxista Leninista (PCC-ML). (1975b). Línea de masas. En Partido Comunista de Colombia - Marxista Leninista (PCC-ML) (Ed.), *Combatiendo Unidos Venceremos. Documentos 3* (pp. 187-213). Editorial 8 de Junio.
- Pérez, J. (2010). *Luchas campesinas y reforma agraria. Memorias de un dirigente de la ANUC en la costa Caribe*. Puntoaparte Editores.

Redacción Semana. (2007, agosto 10). La guerra por Estados Unidos. *Semana*. <https://www.semana.com/la-guerra-estados-unidos/87566-3/>

Rivera, F., Pérez, C., Suárez, A., Amaya, I. y Pérez, C. (2016). *Propuesta al movimiento campesino, indígena y afrodescendiente en el tema agrario* (documento de trabajo).

Romero, R. (2012). *Unión Patriótica, expedientes contra el olvido*. Alcaldía Mayor de Bogotá y Centro de Memoria Paz y Reconciliación.

Sectores Sociales Populares para la Paz en Colombia (Planeta Paz). (2002). *Campesinado. Documentos de caracterización sectorial*. Ediciones Antropos.

Suárez, A. (2011). *Intervención ante la concentración campesina con asistencia del presidente Juan Manuel Santos* [documento de trabajo no publicado]. Sincelejo, Sucre.

Tse-Tung, M. (1966). *Citas del presidente Mao Tse-Tung*. Editorial Draco.

Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas (Uariv). (2025). *Eventos 1996-2000*. <https://cifras.unidadvictimas.gov.co/Cifras/#!/infografia>

Valencia, L., Hernández, F., Sanguino, A., Broderick, W. y Celis, L. (2005). *El regreso de los rebeldes. De la furia de las armas a los pactos, la crítica y la esperanza*. Corporación Nuevo Arco Iris y Cerec.

- Villamizar, D. (2017). *Las guerrillas en Colombia. Una historia desde los orígenes hasta los confines*. Debate.
- Villarraga, Á. (2000). *Los derechos humanos y el derecho humanitario en los procesos de paz, 1990-2000*. Fundación Cultura Democrática.
- Villarraga, Á. y Plazas, N. (1994). *Para reconstruir los sueños, una historia del EPL*. Fundación Cultura Democrática e Instituto Colombiano de Cultura.
- Zuloaga, J. (1992). Pacificar la paz. Lo que no se ha negociado en los Acuerdos de paz. *Análisis Político*, (16), 93-94. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/75042>

## Entrevistas

- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2024, octubre 11). Arelis Barbosa Bettin. Resguardo de San Juan, Sucre.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2024, octubre 11). Ismael Amaya. Resguardo San Juan, Sucre.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2024, septiembre 5). José Ángel Bohórquez. Bogotá, D. C.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2024, septiembre 5). Catalina Pérez. Bogotá, D. C.



# Anexo 1

## Mandato campesino

El *Mandato campesino* hace referencia a un documento guía adoptado por la ANUC. Su proceso se desarrolló en un contexto en el cual esta organización comenzó a actuar con mucha más autonomía, alejándose de las orientaciones gubernamentales. Como resultado, la organización movilizó a las familias campesinas para impulsar una postura de independencia frente a cualquier actor que no fuera campesino.

Es por ello que en la Junta Nacional (la IV), realizada en Fúquene (Cundinamarca), en el mes de agosto de 1971, se aprobó un programa agrario denominado el *Mandato campesino*, el cual fue una declaración de independencia política de los movimientos campesinos. En este marco, se materializó la lucha más amplia del movimiento campesino, que no solo se centró en la tierra, sino también en la consolidación de la organización campesina, la difusión de su plataforma ideológica y la creación de nuevas asociaciones municipales.

Para la época, según lo afirma Jesús María Pérez en su libro *Luchas campesinas y reforma agraria*, el *Mandato campesino* fue percibido como un documento «para la toma del poder» más que una solicitud al Gobierno para reivindicar al campesinado. Esta percepción surgió debido a que este proyecto de ley fue redactado por las organizaciones campesinas y no desarrollado al interior del Congreso.

Como dato importante, es relevante mencionar que el *Mandato campesino* fue una contrapropuesta al Pacto de Chicoral. En este contexto, algunos miembros de la ANUC adoptaron una postura radical frente a la situación. Así, el 2 de febrero de 1972, en la quinta reunión de la junta directiva realizada en Tolú, Sucre, al entonces ministro de Agricultura, Hernán Jaramillo Campo, le expresaron: «Que si él quería representar a los campesinos y apoyarlos, el proyecto de ley indicado era el mandato campesino» (Pérez, 2010).

Dentro del libro *Luchas campesinas y reforma agraria*, mencionado anteriormente, se identifican cuatro postulados esenciales desarrollados en el *Mandato campesino*:

- . El derecho a organizarse independientemente.
- . Exigir la expropiación de todo latifundio sin indemnización.
- . Exigir la nacionalización del crédito.
- . Exigir el reconocimiento legal de todas las recuperaciones de tierras ya realizadas.

La ANUC buscaba una transformación política, social y económica mediante la lucha activa en torno al tema de la tierra, logrando justicia e igualdad a través de su recuperación. Más allá de este objetivo, el *Mandato campesino* fue una expresión de «protesta antes que un proyecto de ley para el desarrollo agrario del país».

Una vez estipulado, lo novedoso no fue el proyecto ni el hecho de que se presentara a nombre de la organización de los campesinos colombianos. La novedad consistió en que, dentro del contexto político nacional, se buscó atribuir a la ANUC las funciones, atribuciones y competencias para crear los organismos necesarios para la reforma agraria, así como las facultades para dotarlos de los instrumentos y procedimientos requeridos para la ejecución de las disposiciones del *Mandato campesino* (Pérez, 2010).

## Anexo 2

### Plataforma ideológica de la ANUC

Este postulado se condensa en otro documento de la ANUC históricamente muy ligado al anterior. En esa medida, fue consolidado dentro del *Mandato campesino* y generó la ruptura de las negociaciones con el gobierno de Misael Pastrana y los partidos políticos tradicionales Liberal y Conservador, entre 1971 y 1972.

La plataforma ideológica surge a partir de los conflictos presentados, tanto internos como externos, que atravesaba la asociación, producto de las divisiones políticas internas entre los líderes. Algunos apoyaban al Gobierno, mientras que otros tenían posturas más independientes, revolucionarias y socialistas. Externamente, el Gobierno desarrolló una «política de sometimiento» para controlar el proceso de organización de las juntas directivas municipales y departamentales, y evitar la creación de nuevas organizaciones, imponiendo las suyas.

Esto llevó a que la gran mayoría de los afiliados de la asociación tomara la decisión de adoptar estrategias de independencia, generando un modelo organizativo agrario basado en la lucha directa y colectiva, frente a la falta de voluntad política para implementar una reforma agraria conforme a los lineamientos de los conglomerados.

El 5 de junio de 1991, en Villa del Rosario, Norte de Santander, tras las acciones negativas del Gobierno contra los principios de la asociación, y con el apoyo de los obreros y el sindicalismo, se estipuló la plataforma ideológica de la ANUC. Esta fue definida como «una organización autónoma de campesinos asalariados, pobres y medios, que luchan por una reforma agraria integral y

democrática; por la reivindicación del trabajador agrícola, por la elevación de su nivel de vida económico, social, cultural y el desarrollo pleno de sus capacidades» (CNMH, 2019, p. 12).

Para algunos, estas acciones de independencia, como la plataforma ideológica, fueron percibidas como la pérdida del sentido original de la asociación, al unirse con otros sectores sociales para desarrollar acciones de reivindicación sobre la tierra para jornaleros, campesinos pobres y medianos propietarios, en una lucha contra el capitalismo y el imperialismo.

Conforme lo expresa el libro *Tomamos la decisión de ser campesinos. Diálogos desde la ANUC* (CNMH, 2019), la plataforma ideológica de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) estipuló los siguientes principios:

- Respeto a la organización autónoma de los campesinos.
- Promoción de la reforma agraria integral y democrática.
- Expropiación sin indemnización de la gran propiedad terrateniente.
- Expropiación de las tierras ocupadas mediante concesiones del Gobierno a monopolios extranjeros.
- Establecimiento de un límite racional a la propiedad.
- Apoyo a la cooperativización de los campesinos.
- Garantía de servicios básicos a las familias campesinas en las zonas de colonización.

Como complemento, Edwar Hernández (2021), en su tesis de grado de la Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional denominada *Balance aproximativo a la investigación sobre la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos —ANUC— años 70*, detalla otros postulados como:

- . Liquidación de todo tipo de explotación anticuada y semifeudal de la tierra, tales como arriendo, aparcería, porambería y medianería, garantizando a los campesinos su permanencia en las parcelas que ocupen. Condonación de deudas pendientes por esos conceptos y eliminación del trabajo o especie exigido por parte de los campesinos al dueño del fundo.
- . Nacionalización del crédito y suministro de este en forma fácil, suficiente, sin condiciones políticas partidistas, con plazos amplios e intereses bajos para los campesinos. Condonación de deudas contraídas con entidades crediticias oficiales y privadas, en casos de factores climáticos o calamidades naturales que imposibiliten la producción suficiente para cubrirlas. Organización de un sistema de seguro de cosecha.
- . Nacionalización de las importaciones de maquinaria e insumos agropecuarios, asistencia técnica y suministro de equipos sencillos, abonos, fungicidas, etc., distribuidos a través de las asociaciones de usuarios campesinos. Servicios de irrigación y desecación a cargo del Estado.
- . Abolición del sistema actual de importación de excedentes agrícolas norteamericanos, que compiten deslealmente con el campesino colombiano y acentúan la dependencia externa. La ayuda externa debe ser acordada sin imposiciones políticas.
- . Elevación del salario mínimo en el campo y jornada rural de ocho horas. Extensión de seguros sociales, puestos de salud, vivienda adecuada y educación integral para las masas campesinas. Pago garantizado de prestaciones sociales por parte de empresas agropecuarias.
- . Progreso y reivindicación integral para comunidades indígenas mediante la entrega de tierras y devolución de las arrebatadas violentamente por latifundistas o el Estado. Modernización de cultivos, educación y sanidad, respetando sus costumbres y organización de cabildos.

- . Garantía de derechos para la juventud campesina, con educación gratuita en todos los niveles, promoción del deporte y la recreación, y formación militar con trato digno y justo.
- . Total respeto a la ocupación de latifundios, prohibición de desalojos de campesinos y eliminación de la intervención militar en problemas de tierras. Solución pacífica de conflictos y establecimiento de jurisdicción agraria especial.
- . Precios estables y remunerativos para productos agropecuarios, fomentando la comercialización y exportación mediante las asociaciones de usuarios campesinos.
- . Reforma tributaria basada en gravar drásticamente los grandes capitales improductivos, disminuir impuestos a las rentas de trabajo y estimular la explotación cooperativa y comunitaria.
- . Participación decisoria de las asociaciones de usuarios campesinos en entidades del sector agropecuario y en la reforma agraria.

En conclusión, la plataforma ideológica simbolizó un cambio estratégico, pasando de la dependencia estatal a la acción propia. Marcó un hito en la reclamación y recuperación de tierras de forma justa y equitativa en Colombia, además de influir en las dinámicas de los movimientos sociales y políticos del país.

## Anexo 3

### Voces y rostros de la lucha campesina



«[Montes de María] era nuestro altar, un lugar de esperanza, donde queríamos cultivar aguacates, mangos, ñames y maíz. Queríamos que sus montañas florecieran, pero pronto llegaron las fuerzas de Morales, vestidos de verde oliva, y los campesinos nos vimos atrapados, confundidos sobre cuál verde oliva era bueno y cuál era malo. El terror de las masacres que azotaron nuestra región oscureció nuestra capacidad de pensar, y la única opción era evacuar, callar y sobrevivir.

Los más resignados decían: “Si no nos mató la falta de tierra, ni las sequías, ni las tormentas de Morales, ¿por qué nos matarán ahora estos tipos que ni conocemos?”. Sin embargo, el silencio se convirtió en nuestra única defensa, mientras la amenaza de muerte seguía acechando a quienes luchaban por la tierra y, aunque no nos mataban por montones, sabíamos que la lucha por la tierra nos convertía en blancos de aquellos que querían liberarse de los “subversivos”».

Alejandro Suárez (2024)



«Hoy, más que nunca, necesitamos cuestionarnos hacia dónde vamos. No podemos seguir repitiendo los mismos errores y esperar resultados diferentes. Es momento de tomar decisiones valientes y comprometernos con un cambio real.

No se trata solo de alcanzar metas, sino de encontrar un propósito que dé sentido a lo que hacemos. El verdadero éxito no está en los logros materiales, sino en el impacto que dejamos en los demás».

Ismael Amaya (2024)



«Las mujeres como poderosas y debemos seguir luchando, así nos toque más duro, pero necesitamos seguir abrazándonos y arraigando a la tierra. Llegará el día en que ya nuestras nietas, bisnietas y tataranietas ya no les toque tan duro. Mientras, a seguir alzando la voz y luchando por tener más espacios de participación femenina. Sin resentimientos, nuestra Colombia nos necesita».

Arelys Barbosa (2024)



«La tierra es un elemento esencial de la vida, de la producción. Debemos seguir cuidándola como lo hemos hecho las familias campesinas por años, aún con el conflicto que tanto dolor ha dejado. Sin embargo, el movimiento campesino sigue adelante en beneficio de la soberanía alimentaria; no lo hemos dejado ni lo dejaremos morir, pues hay relevo generacional».

José Ángel Bohórquez Jiménez (2024)



«Las mujeres siempre participamos activamente en la lucha por la tierra, y fuimos objeto de hostigamiento por parte de la Policía y el Ejército. Nos arrebataron la tierra a los campesinos mediante la violencia, pero siempre estuvimos allí, resistiendo».

Catalina Pérez (2024)

Este libro se terminó de imprimir en  
la Imprenta Nacional de Colombia en  
diciembre de 2025.

Se utilizó papel propalcote de 90 g y se  
usaron las familias tipográficas Filosofía  
OT y New Paris.



La furia de Morales es el resultado del acompañamiento del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), en 2024, a la iniciativa de memoria histórica: «Visión distinta del conflicto que vivió y vive el departamento de Sucre», promovida por Alejandro Suárez, víctima del conflicto armado en Sucre, fundador de la Unión de Trabajadores de Sucre y activista de la Federación Agraria Nacional (Fanal).

Este libro recopila las memorias de hombres y mujeres que entregaron su vida en defensa del territorio y del campesinado, enfrentando la adversidad para reclamar el derecho a una reforma agraria rural integral, prometida por el Estado en las décadas de 1970 y 1980. No solo honra el pasado, sino que también visibiliza y potencia la lucha social y política de quienes han dedicado su vida a la protección de la tierra y la reivindicación de sus derechos. Es, en esencia, un homenaje a la lucha incansable del campesinado por la tierra y a la construcción de una democracia abierta e incluyente.